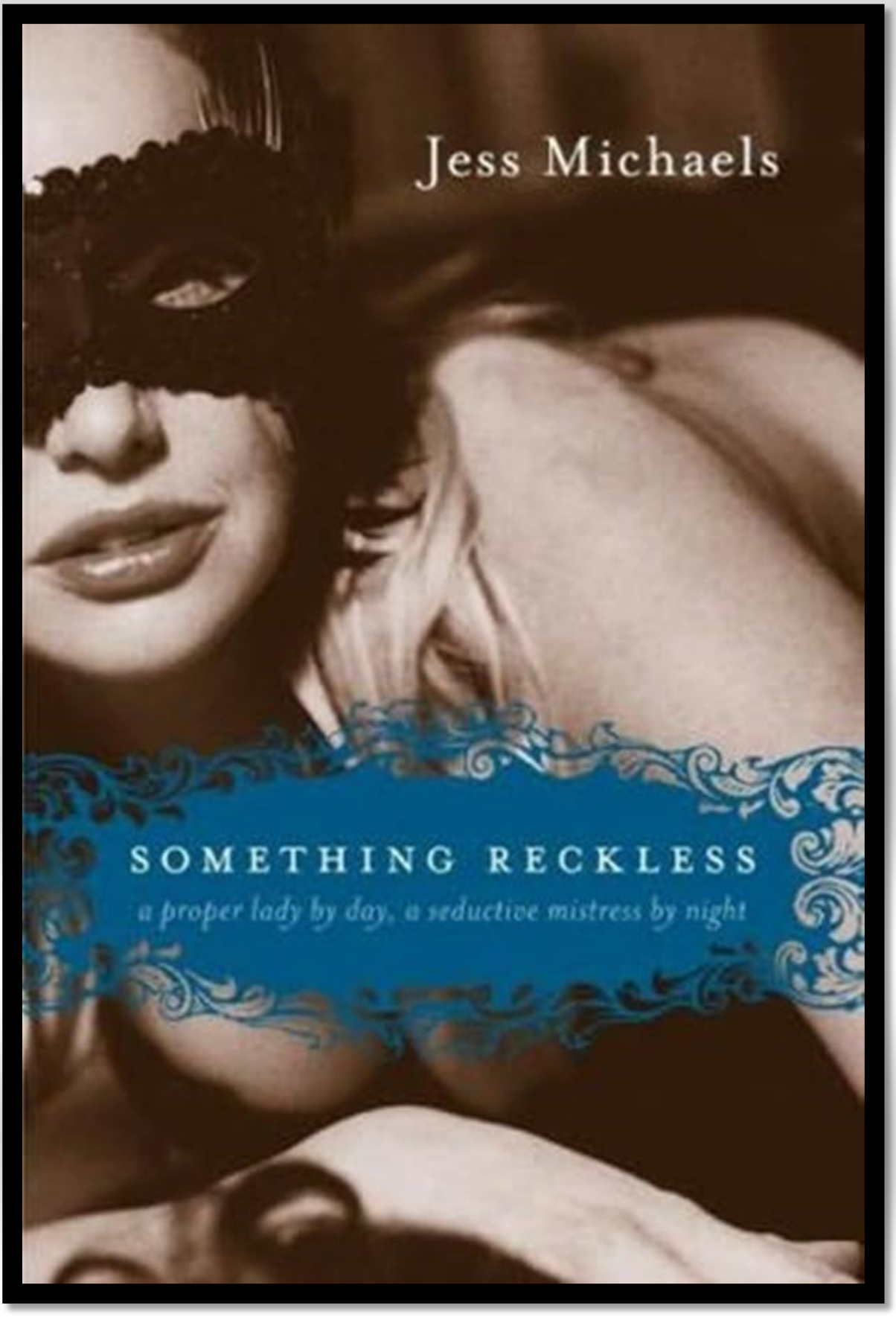

Jess Michaels
SOMETHING RECKLESS
a proper lady by day, a seductive mistress by night

Agradecimientos

Al Staff Excomulgado: Alie, Dannen, Lety MacKeltar, Lobita_15, Mdf30y, Nelly Vanessa, PaolaQ y Reira por la Traducción, Angiee por la Corrección de la Traducción, Bibliotecaria70, Leluli, Puchunga y Zaphira por la Corrección, Laavic por la Diagramación y Kiti08 por la Lectura Final de este Libro para **El Club De Las Excomulgadas…**

A las Chicas del Club de Las Excomulgadas, que nos acompañaron en cada capítulo, y a Nuestras Lectoras que nos acompañaron y nos acompañan siempre. A Todas….

¡¡¡Gracias!!!

El Club de las Excomulgadas

Argumento

Después de presenciar una escena impactante y experimentar un matrimonio desastroso, de alguna manera Penélope Norman se ha convertido en la voz de aquellos que luchan contra los escandalosos excesos sexuales de la clase adinerada. Y Jeremy Vaughn, duque de Kilgrath, ha sido elegido en secreto para silenciarla.

El Duque cree que puede seducir a la hermosa pequeña hipócrita, para lograr que cese en su alarmante discurso... o al menos ponerla en una posición complicada, para poder chantajearla. Por lo que pretende estar de su lado durante el día, con el fin de exponerla al sensual estilo de vida que ha estado llevando, y por la noche le escribe cartas eróticas y visita su cama como un amante enmascarado, para instruirla en todas las actividades pecaminosas a las que tanto teme. Pero a medida que crece su cercanía, Penélope los desea a ambos, a Jeremy y a su amante misterioso. Y Jeremy comienza a darse cuenta de que la frustrante y absolutamente tentadora Penélope, tiene la mano ganadora en cualquier juego en el que participen. Especialmente en los del corazón.

El Club de las Excomulgadas

Capítulo Uno

1819

—Esa mujer debe ser detenida.

Jeremy Vaughn, duque de Kilgrath, levantó la mirada de su copa de oporto con el ceño fruncido, para observar a su amigo, Anthony Wharton, despotricar furiosamente en el salón privado del Club Worthington.

— ¿Qué mujer?—, Preguntó, antes de aspirar una larga bocanada de su cigarro.

David Forster, el marqués de Chartsford, lo fulminó con la mirada. — ¡Por Dios!, Kilgrath, ¿qué quieres decir, con 'qué mujer'? Estos hablando de Penélope Norman.

Anthony asintió, su ceño fruncido se profundizó. —Exactamente. La mujer es una amenaza tremenda.

Jeremy se encogió de hombros, sacudiendo los restos de su cigarro en un cenicero de plata, mientras pensaba en Lady Norman. Con su constitución delgada, largo cabello rubio y ojos color turquesa, Penélope no era exactamente la clase de mujer que un hombre de sus apetitos podría ignorar. Y aun si pudiera, su cruzada contra los excesos sexuales de los hombres adinerados, estaba siendo la comidilla de la clase alta.

Sin embargo, apenas podía creer ella fuera capaz de desatar todo este alboroto. Había ido a Worthington a reunirse con sus amigos, con el fin de evitar este tipo de maldiciente tontería.

— ¿Qué efecto puede tener realmente una sola mujer?—, preguntó con suavidad.

Los otros cinco hombres en la habitación lo miraron fijamente. Estos eran sus

mejores amigos. Todos hombres de medios, excepto Ryan Crawford, cuyo padre le había cortado las rentas años atrás. Y todos eran hombres con apetitos. Disfrutaban de todas las ventajas que su nombre y riqueza les brindaban. Especialmente las relacionadas con las mujeres.

Se llamaban a sí mismos —Los Nunca—, un nombre tonto acuñado por el hermano menor de Jeremy, Christopher, después de una noche de borrachera, cuando el grupo entero juró nunca cambiar, o claudicar, o amar.

Hasta ahora, sólo el hermano de Jeremy había ido en contra de ese juramento. Christopher se había casado seis meses antes, y era el único ausente en la reunión de esta noche. Jeremy se estremeció ante la idea.

Finalmente, Anthony dio un resoplido indignado. — ¿Qué efecto? ¿Eres un maldito tonto? La mujer me despojó de mi amante.

Jeremy contuvo una sonrisa, pero sólo porque sabía que el tema era doloroso para su amigo.

—Vamos, Wharton, — dijo Ryan Crawford, mientras se echaba hacia atrás en un sillón de cuero. —Eso es exagerar un poco. Actúas como si Lady Norman hubiera secuestrado a Fiona. Fi se fue por su propia voluntad.

Nathan Ridgemont, el conde de Dunfield, inclinó su cabeza hacia atrás, soltando una carcajada. —Tal vez pensó que Penélope podría satisfacerla más.

Jeremy se habría tomado un momento para disfrutar de la espectacular imagen que esa afirmación asentó en su mente, pero no tuvo tiempo. Anthony se abalanzó sobre Dunfield con una maldición, y la sala estalló en gritos cuando varios de los amigos trataron de contener a los dos hombres. Jeremy detuvo a Anthony tomándolo por los brazos y lo hizo retroceder, mientras su amigo luchaba.

—Wharton, — gruñó él. —Vamos, sabes que Dunfield sólo está diciendo tonterías.

—Y no eres el único que ha sufrido—, Chartsford hizo un mohín, cuando Anthony dejó de luchar para liberarse y algo parecido a la calma volvió a la reunión. —Mi esposa, que siempre fue tan dócil y no le importaba un comino a donde iba, o con quien, ahora me discute día y noche, y me exige que renuncie a mi amante. Y todo por culpa de esa maldita mujer.

Jeremy liberó a Anthony lentamente, y dio un paso atrás. Wharton se había convertido en lo más parecido a un mejor amigo que tenia, desde que Christopher lo abandonó por los placeres del hogar y la dicha conyugal. A Jeremy le fue difícil conciliar a este enojado hombre, con el rostro enrojecido, con el normalmente despreocupado caballero que llamaba amigo. En verdad, Penélope Norman era más que una mera molestia para Wharton. Ella había llegado a representar la más profunda humillación del otro hombre.

— ¿Qué sugieren que hagamos con ella?—, Preguntó el vizconde John Lockwood, desde la esquina donde había estado sentado en silencio, observando todo el intercambio. Él fue el único que no hizo ningún movimiento para interferir en la lucha.

Chartsford y Anthony intercambiaron una mirada, que hacía ver con claridad lo que les gustaría hacerle a Penélope, pero no dijeron nada. De hecho, fue Dunfield quien dio un paso adelante.

—Hay seis de nosotros aquí—, dijo con una sonrisa. —Y cada uno tiene una cierta reputación. Seguramente alguno de nosotros podría hacerla cambiar de opinión, y de alguna manera poner fin a su intromisión.

— ¿Cómo?— Replicó Wharton, con un malhumorado ceño fruncido. — ¿Cuál es tu plan, si es que tienes uno?

Dunfield se encogió de hombros. —La seducción es una manera. Abriría la puerta para un chantaje o la exposición.

— ¿Seducirla?— espetó Chartsford, sacudiendo la cabeza con incredulidad. —No es muy probable. No la llaman la 'Reina de Hielo' por nada.

—Lo intentaste y fallaste, ¿verdad?— preguntó Jeremy, mientras levantaba su copa y tomaba otro lento sorbo de oporto.

Chartsford lo miró, pero no refutó la afirmación. Cuando los otros hombres comenzaron a debatir el tema, Jeremy dejó que su mente vagara, una vez más, hacia Penélope Norman.

Nunca había sentido que el epíteto 'Reina de Hielo' le quedara. Podría parecer fría y distante a primera vista, pero él había observado a la joven muchas veces durante los últimos dos años. La vio observando a todo el mundo a su alrededor. Y a veces, cuando pensaba que nadie la estaba mirando, vio un atisbo de ardiente lujuria en sus hermosos ojos. Deseo insatisfecho, incluso antes de que su marido estirara la pata un año antes.

No, Penélope Norman no era la reina de hielo. Y si lo era, podría ser fácilmente derretida por el hombre adecuado.

—Vamos Kilgrath, toma una cerilla—, dijo Anthony, sacándolo de sus pensamientos.

Jeremy miró a su amigo con los ojos muy abiertos por la sorpresa. En algún momento, durante sus meditaciones privadas, su amigo había recogido un lote de cerillas y ahora extendía hacia él un puñado, de manera expectante.

—No hablas en serio—, dijo Jeremy, dando un paso atrás.

Anthony avanzó hacia adelante, apretando su puño. — ¡Diablos, claro que lo hago! Esa pequeña perra Penélope Norman me robó a mi amante, y si mantiene su cruzada contra los hombres como nosotros, alguien más podría sufrir, además de Chartsford y mi persona. Quiero que sea detenida. De una forma u otra. Y nosotros somos los únicos que tenemos las pelotas para hacerlo. Escoge una.

Normalmente Jeremy habría hecho alguna declaración concisa sobre la última afirmación de su amigo, pero como se veía tan enojado y serio, que se abstuvo. En vez de eso, extendió la mano y sacó un fósforo del paquete. Hizo una mueca cuando vio cuan corto era.

Anthony sonrió y se movió hacia Dunfield. Cada hombre en el círculo sacó una cerilla, y cada una era más larga que la de Jeremy. Para el momento en que Anthony abrió el puño y reveló la última cerilla, Jeremy ya había adivinado el resultado de pequeño juego de su amigo.

Se quedó mirando el corto palito en su mano, la delgada pieza de madera que había sellado su destino.

—No tienes que aceptar la ridícula sugerencia de Dunfield de seducirla—, dijo Anthony, mientras se dejaba caer en una silla y tomaba un trago de whisky. — Podrías amenazarla. Está sola en el mundo ahora que su marido ha muerto. Sólo está emparentada con una persona con influencia, y es su hermana, la condesa Rothschild. He oído que han estado alejadas, al menos durante el tiempo que Lady Norman ha estado en la sociedad londinense.

Jeremy caminó hacia el fuego, sacudiendo la cabeza, y tiró la astilla de madera hacia las llamas. —Podré ser muchas cosas, caballeros, pero nunca he sido reducido a amenazar a una mujer. No, estoy seguro de que puedo encontrar muchas maneras, más placenteras, de convencer a la encantadora Lady Norman, de que su cruzada contra la cópula ilícita, es algo que debe abandonar.

Se quedó mirando las llamas, mientras estas devoraban el trozo de madera, y pensó largamente en lo que había sido reclutado para hacer. Seducir a Penélope Norman con el propósito de manipularla.

Esperó que alguna punzada de temor o una bofetada de ira lo llenaran. Pero ninguna apareció. Ciertamente, él normalmente se acostaba con compañeras de cama más dispuestas, pero nunca se había alejado de un reto.

Y Penélope Norman era el mayor desafío de todos. Debajo de su exterior almidonado, presagiaba que se escondía una mujer lujuriosa e hipócrita. Todo lo que tenía que hacer era sacar al exterior esa parte de ella. Una vez que sucumbiera a sus propios deseos carnales, sería fácil hacerle ver lo equivocada que estaba al inmiscuirse en los asuntos de los demás. O, en el peor de los casos, podría recurrir al chantaje, como Dunfield había mencionado anteriormente.

De cualquier manera, toda la seducción podría ser enormemente placentera. Desde el matrimonio de Christopher, Jeremy se había sentido muy inquieto, incluso aburrido de su vida. Se había separado de dos amantes en los últimos seis meses y tenía una decidida falta de interés en las numerosas cantantes de ópera, las muchachas de los salones de baile, y las viudas maliciosas, que se arrojaban a sus pies.

No es que no obtuviera su placer, pero no sentía lo mismo. Sí, arruinar a Penélope parecía lo justo, lo indicado, para devolver la alegría a su vida.

—Entonces, ¿cuál es tu plan, Kilgrath?—, preguntó Dunfield mientras se acercaba a Jeremy, con una nueva copa de oporto. — ¿Cómo pretendes lograr ser apreciado por la Reina de Hielo?

Jeremy sonrió mientras tomaba un sorbo de vino. —Mi plan no es complicado, caballeros. Solo me limitaré a convertirme a su causa.

******

Lady Penélope Norman estaba de pie en un rincón del salón, mirando hacia el mar de bailarines que se balanceaban con el ritmo de la música de la orquesta. Todos a su alrededor se veían tan felices, tan contentos.

Y ella era todo lo contrario. Se sentía... estirada. Amargada. Algo así como una rareza en exhibición. La sensación era totalmente desagradable.

—Allí, ¿lo ves?, Lord Billingham acaba de desairarte. — Susurró su madre, Dorthea Albright, lo bastante fuerte para que todo el mundo en un radio de quince pasos, la oyera. —Es la décima persona en hacerlo esta noche.

Penélope suspiró y no miró a su madre. —No exageres, mamá—, murmuró.

Su madre tiró de su brazo y Penélope se volvió hacia ella. La cara redonda Dorthea estaba enrojecida por la indignación, y sus ojos azules, los que se parecían tanto a los de Penélope, estaban muy abiertos.

— ¡No es una exageración! He estado contando—. Los dedos de su madre se apretaron alrededor de su brazo en un grado casi doloroso. —Tu comportamiento te está exponiendo a comentarios mordaces y cerrándote las puertas de algunos lugares de la sociedad.

Penélope frunció los labios. Ella no había querido venir a esta reunión, pero Dorthea había insistido, diciendo que la fiesta era imprescindible para el futuro de las dos hermanas solteras de Penélope, Beatrice y Winifred.

Por desgracia, ninguna de ellas estaba bailando. Lo que parecía molestar a su madre cada vez más.

—Si no vas a pensar en ti misma y en tu propia capacidad para obtener un nuevo

marido, piensa en tus hermanas. Tu pequeña cruzada les está haciendo daño, al atraer la clase incorrecta de atención hacia ti. — Su madre la soltó de repente, y cruzó los brazos sobre su pecho. —A los hombres les gusta que sus esposas sean dóciles. Les gusta que sus esposas miren hacia otro lado. Que nunca susurren la palabra…—, su madre descendió el volumen de su voz, —…'amante', y mucho menos que discutan con ellos sobre el hecho de tener una. Penélope…

Penélope se frotó sobre la cabeza con la mano, que de repente le palpitaba. —Sí, madre, te escucho. La mitad de la sala te escucha —, dijo entre dientes. —Voy por una bebida.

Se apartó de Dorthea, antes de que su madre pudiera decir otra palabra, y comenzó a recorrer la sala, a través de la multitud.

¿Cómo demonios se había convertido en una cruzada?

Era la pregunta se hacía a sí misma por lo menos una vez al día. No tenía la intención de convertirse en la voz contra los excesos sexuales de los hombres con dinero. Simplemente, tuvo una acalorada discusión con algunas integrantes de la Sociedad de Damas de Beneficencia. Y entonces más mujeres quisieron hablar con ella acerca de lo que pensaba sobre el comportamiento de los hombres fuera de los lazos del matrimonio. Y luego más.

De repente, todo fue una bola de nieve, rodando fuera de control, hasta que fue llamada un Demonio y una Salvadora, a veces casi en la misma oración. Había hombres que le chistaban cuando pasaba y mujeres que apretaban su mano, y le decían lo mucho que apreciaban su —trabajo.

Penélope negó con la cabeza. Bueno, no importaba cómo había llegado a este punto. El hecho era, que ahora era la voz en contra de la infidelidad y la sexualidad desenfrenada. Y creía en su causa.
Ciertamente había visto y sentido de primera mano, qué tipo de poder perverso

podía ejercer un hombre, a través del sexo. Su vida había sido alterada, de manera irrevocable, por dos hombres que hicieron justamente eso.

—Buenas noches, Lady Norman.

Penélope se detuvo, congelada en su lugar por una voz que había llegado a conocer tan bien, a pesar de todos sus esfuerzos para evitarlo y al hombre al que pertenecía. Forzó a su expresión a convertirse en una máscara de frialdad, y se volvió hacia Jeremy Vaughn, el duque de Kilgrath.

Se quedó sin aliento, sin importar lo mucho que quisiera evitarlo. Eso era algo que siempre le sucedía cuando veía al hombre. Era hermoso. No había otra manera de expresarlo. Con oscuro cabello, que se rizaba perezosamente sobre la frente, una mandíbula dura y fuerte, labios sensuales, que parecían siempre estar curvados con sorna, todo en él era pura perfección.

Pero la parte que lo destacaba, que asustaba a Penélope hasta su esencia misma y también hacía temblar su cuerpo con un vago deseo insatisfecho, eran sus ojos. Sus cejas oscuras y largas pestañas, enmarcaban unos ojos, que eran del verde más sorprendente, que jamás hubiera visto. Eran tan oscuros que tomaban casi un tono esmeralda, y resplandecían con una sensualidad que representaban todo contra lo que ella luchaba.

Este hombre era sexo y pecado encarnado. Y vivía a la altura de las cosas que su hermoso rostro, y su fuerte y bien formado cuerpo, insinuaban. Todo el mundo conocía su reputación, incluso las muchachas solteras, que por lo general, estaban protegidas de esas cosas. Pero, ¿quién podía mirarlo y no ver que era un hombre de apetitos ardientes y lujuriosos? Un hombre que se deleitaba en las atenciones de demasiadas mujeres para contarlas.

Damas de todos los rangos y circunstancias se habían arrojado a sus pies a través de los años. Había historias que circulaban discretamente citas en pasillos oscuros,

comportamiento pecaminoso en reuniones en el campo, e incluso un acoplamiento público en el escenario de un teatro de Londres, con una actriz descarada, cuando la obra que ella había representado había terminado, y todo el mundo se había marchado a casa.

Este era su enemigo.

Y Penélope se estremeció cuando otra pequeña oleada de deseo la convirtió en una hipócrita de primera línea. Peor aún, Kilgrath sonrió como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

Penélope frunció los labios. —Buenas noches, Excelencia.

Su sonrisa se ensanchó, y la perversidad en su mirada se duplicó, cuando dejó que su mirada se moviera sobre ella en un barrido perezoso. Ella luchó contra el impulso de envolver sus brazos sobre su pecho para protegerse, y en su lugar, arqueó una ceja.

—Admito que estoy sorprendida de que este hablándome, Lord Kilgrath—, le espetó. —La mayoría de sus amigos están a punto de lanzarme fruta podrida.

Su sonrisa cayó una fracción y él inclinó la cabeza. —Sí, he oído algunos rumores. No es frecuente que una dama de su rango se ocupe de alguna causa, y mucho menos una que afecta las conquistas de los hombres con título.

—Tal vez debería ocurrir más a menudo. — Ella sacudió la cabeza. —Siento ser grosera, Excelencia, pero si ha venido a vociferar palabras de odio o a amenazarme, por favor absténgase. He oído las suficientes para que me duren toda la vida. Considere que ya he tomado debida nota de su regaño.

Volviéndose sobre sus talones, Penélope se dispuso a irse, pero antes de que pudiera dar un paso, una mano fuerte se envolvió alrededor de su antebrazo. Se quedó sin

aliento al sentir el contacto de Kilgrath y de inmediato giró hacia él, rompiendo el agobiante asimiento de sus dedos.

—Me disculpo, milady, — dijo en voz baja, con las manos hacia arriba en rendición silenciosa. —Pero ha malinterpretado completamente mis intenciones.

Penélope frunció el ceño. No confiaba en este hombre, aunque su expresión parecía completamente sincera. De hecho, él parecía abierto y amistoso. Era la primera vez que veía tal mirada en un hombre de su talla desde que empezó su —cruzada.

— ¿Lo he hecho?—, Preguntó, cautelosa de no bajar la guardia.

Él asintió. — ¿Podemos hablar en privado?

Ella contuvo el aliento. Ir a cualquier parte privada con este hombre era el equivalente a despojarse de su ropa y bailar desnuda en el centro de la pista de baile. Y él lo sabía.

—No soy una muchacha ingenua en los salones de baile a la que pueda seducir, Kilgrath—, le espetó ella, poniendo las manos sobre sus caderas. —Sabe las consecuencias de ser vista saliendo de esta habitación con usted. Si éste es su plan para desacreditarme, no va a funcionar.

Él negó con la cabeza. —No estoy tratando de desacreditarla, Penélope.

Ella se removió ante el sonido de su nombre saliendo de sus labios. Fue tan íntimo como un toque. Pero antes de que pudiera corregirlo, él continuó.

—Estoy tratando de decirle que apoyo su causa.

Capítulo Dos

Jeremy sonrió cuando Penélope quedó boquiabierta y lo miró con asombro. Y era una boca de lo más bonita. Una que él podría fácilmente imaginar en torno a su longitud, o abierta con un suspiro de placer, mientras él la tocaba en los lugares más íntimos.

Finalmente, ella arqueó una de sus magníficas cejas. —No le creo.

Él ahogó una risa. Maldita sea, le gustaba su espíritu. Sin duda, llevaría una buena dosis de ese espíritu a su cama, cuando por fin la tuviera allí. No podía esperar.

—Lo entiendo, milady—, dijo, con un tono de voz melancólico. —No le he dado ninguna razón para creer en mi declaración. Mi comportamiento no ha sido del tipo que una dama como usted podría aprobar. Pero soy un hombre nuevo.

— ¿De verdad?—. Dijo con sarcasmo, mientras se cruzaba de brazos, y, sin ser consciente de ello, llevaba su atención hacia la perfecta curva de sus pequeños pechos.

Él se esforzó por mantener la concentración. — ¿Tal vez ha oído hablar del matrimonio de mi hermano, hace seis meses?

Ella asintió lentamente, como no estuviera segura de sí el estar de acuerdo con él, aunque fuera en esto, era una especie de trampa.

—El ver su felicidad conyugal me ha cambiado—, continuó Jeremy.

Las palabras tenían un gusto amargo, tal vez porque había algo de verdad en ellas. El matrimonio repentino y feliz de Christopher lo había puesto fuera de sí.

Se sacudió el pensamiento y siguió hablando. —Y, aunque he tratado de seguir por el camino disipado que una vez llevé, lo he encontrado cada vez menos satisfactorio. Escuchar sus opiniones sobre el tema de los excesos sexuales y de la fidelidad conyugal, ha cambiado mi visión de la vida. De muchas maneras. Usted es…— se inclinó para acercarse más a ella. —Usted es muy convincente, Lady Norman, en formas que ni siquiera puede comprender del todo.

Ella hizo rodar los ojos. —Dice que ha cambiado. Y, sin embargo, está coqueteando conmigo en este mismo momento.

Esta vez, él no pudo evitar reírse. —En verdad, eso es muy posible. Los viejos hábitos, ya sabe. Pero nunca he pensado que un intercambio de coqueteo perjudique a nadie.

El rostro de ella se endureció de pronto. —Por supuesto que no ve el perjuicio. Pero nunca he conocido a un hombre que no utilizara el sexo como un arma.

Jeremy se echó ligeramente hacia atrás ante el fervor en su voz. Así que eso era. Ella había sido utilizada o herida por un hombre en el pasado. ¿Su marido, tal vez? ¿O algún otro? ¿O ambos? Tendría que descubrir ese secreto como parte de su plan.

Inclinó la cabeza en señal de asentimiento. —Puede ver, milady, que necesito su ayuda. Este es exactamente el tipo de conocimiento que requiero, mientras me transformo en un caballero respetable.

Penélope lo miró fijamente, sus ojos azules casi imposiblemente dilatados. Quedó completamente en silencio por un largo tiempo, más de un minuto. Tiempo suficiente para que Jeremy comenzara a preguntarse si se había quedado muda de repente por el shock. Pero finalmente ella negó con la cabeza.

—No sé qué juego es el que está jugando, Excelencia. Pero no quiero ser parte de él. Su 'transformación' no es más auténtica que la peluca de Lord Norwich. —

Inclinó la cabeza. —No tengo tiempo para tonterías. Buenas noches.

Se volvió para alejarse, una segunda vez, y Jeremy le permitió retirarse con una sonrisa. Ella se había alejado un paso cuando él le dijo, —Voy a hacer que cambie su opinión sobre mí, Penélope.

Ella le dirigió una mirada sobre su hombro, y continuó caminando hacia la multitud. Jeremy observó el movimiento de sus caderas mientras se alejaba, con el calor del deseo atravesando su estómago.

¡Oh, sí!, iba a hacer que Penélope cambiara su opinión sobre muchas cosas. E iba a disfrutar de cada momento de ello.

******

Penélope entró en su recamara con un fuerte suspiro. Mientras cerraba la puerta detrás de ella, su doncella, Fiona Clifton, entró desde el dormitorio contiguo. Penélope forzó una sonrisa hacia la mujer.

Fiona había sido una amante. Penélope estaba segura que había sido una muy solicitada. Con su brillante cabello marrón, piel de porcelana y ojos azules, era una imagen impresionante para la vista. Con solo mirarla, Penélope podía sentir el poder sensual del que la doncella era muy consciente. Fiona sabía exactamente cómo moverse, mirar, o hablar, con el fin de llamar la atención masculina. La mitad de los hombres del personal de Penélope estaban enamorados de ella.

Pero Fiona no les prestaba atención. Abusada por su, así llamado, protector, había aceptado de buena gana un lugar en la casa de Penélope, después de que las dos mujeres se conocieron por casualidad en la ópera, cuando el amante furioso de Fiona la había abandonado después de una discusión particularmente cruel.

El pasado de Fiona, las cosas por las que había atravesado, eran en parte el motivo

por el cual Penélope había comenzado a hablar con sus amigas sobre los excesos sexuales de los hombres en su círculo. Ninguna mujer debería verse obligada a soportar lo que Fiona soportó, sin importar su lugar en la vida.

—Buenas noches, Penélope—, dijo Fiona, dando un paso adelante para empezar a abrir los lazos del vestido de Penélope.

Penélope hizo una mueca cuando la otra mujer la pellizcó. Ella podría ser una buena amante, pero definitivamente no era una buena doncella. Pero una no salvaba a otra persona, y luego se quejaba de sus habilidades.

— ¿Cómo estuvo la fiesta?—, Preguntó Fiona, y Penélope creyó escuchar un toque melancólico en la voz de su doncella.

Echó una rápida mirada por encima de su hombro, pero la joven estaba centrada exclusivamente en la tarea entre sus manos. Tal vez se había imaginado el anhelo en su voz.

— ¿Con honestidad?— Penélope suspiró. —Absolutamente horrible. La mayor parte de las personas me dieron un corte directo. Incluso los que susurran que me apoyan, no se quedaron conmigo en público.

Fiona frunció el ceño. —Me temo que conozco la sensación.

Penélope asintió. Suponía que era verdad. Fiona había llegado, en ocasiones, a las distintas reuniones del brazo de su protector, antes de huir de él, y nunca había sido aceptada, tampoco. Todo el mundo sabía lo que era. Lo que hacía.

Y fue castigada por ello.

—Lo que es peor, es que ahora algunos de ellos están tratando de tomarme por tonta—, dijo Penélope, mientras Fiona sacaba el vestido de sus hombros.

En vez de doblarlo adecuadamente, la ex cortesana lo arrojó a un lado. Consternada, Penélope miró como los metros de seda se apilaban en una esquina.

— ¿Qué ocurrió?—, Preguntó Fiona, mientras se acercaba a la banca apostada delante del tocador de Penélope, y se dejaba caer sobre éste, como si la acción de desnudar a Penélope la hubiera agotado por completo.

—Se me acercó el duque de Kilgrath—, reconoció Penélope, haciendo rodar sus ojos.

— ¿Jeremy?—, preguntó Fiona, enderezándose. Sus ojos se iluminaron. — ¡Oh!, siempre me gustó Jeremy.

Penélope se quedó inmóvil. Se había olvidado que Fiona había sido parte del grupo que frecuentaba Jeremy. De hecho, su antiguo protector, Anthony Wharton, era uno de los mejores amigos del Duque. Frunció los labios. ¿Era por eso que se le había acercado Kilgrath? ¿Estaba tratando de engatusarla, de ganar su favor para poder hablar con Fiona? Penélope nunca había pensado en él como el tipo de hombre que toleraba la violencia contra la mujer.

Pero tal vez él no estaba actuando en nombre de su amigo, después de todo. Kilgrath simplemente podría desear a Fiona para sí mismo, ahora que Wharton ya no la tenía. Penélope había oído decir, que el pequeño grupo de hombres que se hacían llamar —Los Nunca—, habían compartido amantes en el pasado.

— ¿Qué tan cercana eras de Lord Kilgrath?—, Preguntó Penélope, esperando parecer indiferente.

—No tan cercana como me habría gustado—, dijo Fiona, riendo. — ¡Vaya!, es un demonio apuesto, ¿no?

Penélope se quedó callada. ¡Dios sí!, era guapo. Demasiado guapo. Sólo mirarlo, la

hacía pensar en las cosas que había jurado combatir. Cuando sintió el aroma limpio y masculino de su piel, se sintió débil. Cuando le sonrió, la hizo desearlo.

Pero también sabía que era un completo mentiroso. Especialmente acerca de la supuesta transformación en su forma de pensar.

—Apuesto o no, está tratando de hacerme quedar como una tonta —, dijo, mientras deslizaba los dedos hacia su cabello, y comenzaba a soltarlo. Normalmente, su doncella realizaría esa tarea, pero Fiona parecía demasiado interesada en charlar.

— ¿Cómo?

Uno por uno, Penélope arrojó los pasadores que sacaba, sobre el cubrecama. — Kilgrath quería que creyera, que ya no está interesado en la vida disoluta que ha disfrutado durante tanto tiempo. Que ha cambiado por las cosas que he dicho acerca de las consecuencias de los excesos.

Fiona oculto una risita con la palma de su mano. — ¿Jeremy Vaughn? No, nunca he conocido a nadie que disfrutara más del libertinaje. Y con buena razón. Él puede conseguir lo que quiera, en cualquier momento que lo desee, con un simple movimiento de su dedo. ¿Por qué iba a querer abandonar eso?

—No lo haría—, reconoció Penélope.

Sintió una pequeña punzada de pesar en la boca del estómago. Frunció el ceño. ¿Realmente había querido creerle? En alguna pequeña parte de sí misma, ¿había deseado creer que en verdad había cambiado, y que buscaba un guía en ella?

Que estúpida.

— ¡Oh!, se me olvidó por completo—, dijo Fiona, levantándose de su lugar en el

tocador de Penélope, y excavando en el bolsillo de su sencillo vestido. Sacó una carta y se la tendió a Penélope. El sobre estaba arrugado, por la forma descuidada en que Fiona se lo había metido en el bolsillo.

Penélope suspiró. — ¿Qué es esto?

Fiona se encogió de hombros. —Fue entregado poco después que partiera hacia el baile. Le dije a Smickens que se lo daría cuando llegara a casa. Todavía me desprecia, ya sabe.

Con una sacudida de cabeza, Penélope pensó en su muy correcto mayordomo. Él, al igual que el resto del personal, tenía dificultades en aceptar a una antigua dama de la noche como su igual. Al menos quienes no estaban influidos por los encantos de Fiona, tenían dificultades.

—Él va a cambiar de opinión con el tiempo, especialmente a medida que mejores en tus tareas—, dijo Penélope mientras tomaba la carta. —Me pregunto de quién podrá ser. Espero que no sea otra amenaza.

Rompió el sello que mantenía adheridas las páginas, y abrió la nota. Leyó las palabras escritas, y no pudo evitar el agudo jadeo que escapó de sus pulmones. Las hojas en su mano cayeron a la deriva en el suelo, mientras la miraba con una mano tapando su boca.

Fiona se apresuró a recoger la misiva. — ¿Qué es?— Susurró, tomando la carta.

— ¡No!— Gritó Penélope, saltado hacia adelante.

Pero Fiona fue demasiado rápida. Penélope contuvo el aliento cuando la doncella comenzó a leer en voz alta.

—Mi querida Lady Norman, — leyó, con los ojos muy abiertos. —Usted no me

conoce, pero yo la he observado desde lejos durante muchos meses. No puedo permanecer en silencio por más tiempo. Por favor, permítame expresarle mi admiración. ¿Por dónde podría empezar? ¿Los labios que un hombre podría imaginar fácilmente, envueltos alrededor de su polla hinchada? ¿O la garganta que me gustaría devorar a besos, por toda una noche, si sólo me lo permitiese? Sus pechos, que llenarían mis manos. Si deslizara mis dedos sobre ellos, ¿gritaría? ¿Suspiraría de placer?

Penélope se quedó petrificada mientras Fiona leía cada palabra, las lascivas palabras eróticas, que describían con detalle creciente, lo que el autor de la carta quería hacer con ella. Una cosa había sido leerlas sorprendida en una rápida ojeada. Y otra muy distinta, escuchar que se las recitara la voz sensual de una antigua cortesana.

—Detente—, susurró, sorprendida al notar lo ronco de su propio tono de voz. Extendió una mano temblorosa, y arrebató la carta de los dedos de Fiona.

La doncella la miró boquiabierta. Tenía las mejillas sonrojadas, y levantaba sus pechos con cada respiración. — ¿Quién pudo haber escrito eso?

Penélope negó con la cabeza. —Alguien que está jugando una absurda broma cruel, sin duda. — Se movió hacia el fuego y extendió la nota hacia las llamas. Pero, mientras miraba la misiva, se encontró con que no la podía dejar caer en el fuego devorador. En cambio, hizo una representación, como si la arrojara, pero en realidad la escondió detrás de su espalda.

Fiona se acercó a ella. —Es una carta muy detallada para ser sólo una broma—, susurró. —El hombre que la escribió realmente la desea, realmente la ha observado, para poder entrar en tantos lujuriosos detalles.

La sangre se agolpó en las mejillas de Penélope. ¿La deseaba? No creía que algún hombre la hubiera deseado verdaderamente alguna vez. Su esposo había utilizado

su cuerpo, por sus propios motivos, no porque la deseara particularmente. Y la mayoría de los hombres de la aristocracia la odiaba en la actualidad, ellos no querrían tocarla a menos que fuera con violencia.

Las palabras en esa carta deberían haberla hecho enojar. Disgustarla. Pero en lugar de eso... la emocionaron.

Se sonrojó cuando Fiona inclinó la cabeza y la miró de cerca. — ¿Penélope?

Penélope sacudió la cabeza como para desechar el tema. —No le daré cuerda a ese tipo de persona con una respuesta. Ahora, estoy muy cansada. ¿Está listo mi baño en la habitación de al lado?

Fiona abrió la boca, pero luego la cerró de nuevo, como reprimiendo un comentario. —Er, sí. Me había olvidado, pero Smickens me lo recordó. Está listo para usted.

Penélope asintió. —Muy bien. Me bañaré sola. Puedes retirarte a su dormitorio.

—Gr-gracias—, dijo Fiona suavemente, luego se retiró de la habitación con una extraña expresión en su rostro.

Tan pronto como Fiona se fue, Penélope entró en el dormitorio. Allí, detrás de una pantalla al lado de su cama, estaba la enorme bañera que sus sirvientes habían llenado con agua caliente. Penélope se acercó a ésta con un suspiro de anticipación. Había sido una noche agitada, y todo lo que necesitaba era un largo baño para ponerla en forma de nuevo.

Dejó la carta en la bandeja de plata que contenía sus jabones, y se quitó la camisa y las medias. Luego, introdujo un pie en el agua caliente con un silbido de satisfacción. ¡Ah, sí!, esto era lo que necesitaba.

El agua se deslizó sobre su cuerpo, mientras se recostaba contra la pared de la bañera, cubriéndola hasta la parte superior de sus pechos. Se quedó sin aliento cuando el agua golpeó contra sus pezones, y le produjo una sensación de hormigueo, que la hizo muy consciente del dolor que había comenzado en su cuerpo. Pero, ¿cuándo?

¿Fue cuando leyó la carta? No, fue antes de eso. Probablemente mientras discutía con Kilgrath. Era humillante, pero su intercambio con él había llevado su cuerpo por un camino de necesidad que no se podía permitir. Trató de ignorarlo en aquel momento, pero su intercambio la había estimulado en más de un sentido.

Esto era una locura. No permitiría que las manipulaciones de un libertino como Kilgrath, o el garabateo perverso de un —admirador— anónimo, la apartaran de su tan apreciada moral.

Extendió la mano para tomar el jabón de la bandeja, al lado de la bañera, pero sus dedos húmedos tocaron las hojas dobladas de la carta, en su lugar. Retiró la mano como si se hubiera quemado, y se quedó mirando las páginas de lino blanco.

¿Quién podría haberle escrito aquellas cosas? ¿Y cuánto habría dicho este desconocido? Sólo había echado una ojeada a la primera página, que hablaba de sus pechos, del deseo de su admirador misterioso, de verlos a la luz de la luna, de tocarlos, de acariciar sus pezones hasta hacerla gritar, de lamer sus delicadas curvas...

Penélope sacudió la cabeza con un sobresalto. Cada palabra que el hombre desconocido había escrito, ya estaba grabada a fuego en su mente. Levantó una toalla mullida de la bandeja y se secó los dedos poco a poco, sin apartar los ojos de la carta. Ésta la llamaba. Burlándose de ella.

¿Y si la carta le daba alguna pista sobre el autor? ¿Y si contenía alguna información valiosa? Sería negligente si no volvía a leerla. En su totalidad.

¿Cierto?

Sus dedos temblorosos alcanzaron la misiva, y se hundió más en el agua mientras desplegaba las páginas. Con una mirada furtiva alrededor de la habitación vacía, empezó a leer.

Las palabras familiares en la primera página la rozaron, al igual que el agua caliente en la bañera. Se detuvo en cada una de ellas, tomándose su tiempo para absorber cada descripción. Y, poco a poco, se dio cuenta de que no estaba solo leyendo la carta, sino imaginando en detalle lo que el escritor describía.

Casi podía verlo ahora. Un hombre sin rostro, con el cuerpo fuerte y listo, cruzando la habitación hacia ella. Observándola, mirándola como este extraño afirmaba haberlo hecho durante muchos meses. ¿Le gustaría verla en el baño como estaba ahora? Todo su cuerpo, sólo protegido por in poco de agua clara de la bañera.

Se estremeció ante la idea de que un hombre la viera de esa manera. Uno que la deseara. Lo imaginó tocando sus pechos, como lo había descrito en la carta. Sosteniendo su peso húmedo en sus manos, cubriéndolos con los dedos, arrastrando los pulgares sobre sus ya dilatados pezones.

Un pequeño grito de placer escapó de sus labios, y sacudió a Penélope de su fantasía. ¿Qué le ocurría? ¿Qué estaba haciendo al permitir que las vulgares palabras de un extraño la excitaran?

Y, sin embargo, su mirada se posó de nuevo en la carta en su mano. Lentamente, levantó la primera página y comenzó a leer la segunda, la que solo había ojeado anteriormente buscando un nombre.

¿Alguna vez has sentido tu propia excitación, Penélope? No sentirla en tus entrañas, o como una vaga emoción. Quiero decir, ¿te has tocado a ti misma y sentido cómo tu cuerpo cambia? ¿Alguna vez dejaste que tus dedos jugaran con tu propia piel, y sintieran la resbalosa

evidencia de tu deseo? ¿Has acariciado tus pliegues hasta encontrar el pequeño clítoris escondido en su interior? ¿Has jugueteado hasta que tu cuerpo se estremeciera de placer, de manera tan intensa que bordeara el dolor?

Te he imaginado haciendo eso. Anhelo verte haciéndolo.

Penélope contuvo el aliento y apartó la carta, arrojándola de nuevo en la bandeja de plata con tanta fuerza, que la barra de jabón saltó.

A pesar del calor del baño, se estremeció ante las palabras. Despertaron recuerdos largamente escondidos. Sí, ella se había tocado, se había producido placer en un pasado lejano. Mucho antes de ver hasta qué punto el deseo podía arrastrar a una persona, se había abierto a tales actividades secretas en la oscuridad de su dormitorio.

En algún momento, había llegado a anhelar experimentar más placeres sensuales con un futuro marido, sin rostro. Sin embargo, su eventual matrimonio la había obligado a darse cuenta de que la pasión era un arma para ser usada. Y el placer no era inevitable, sino algo que podía ser arrebatado.

Y, sin embargo, leer las palabras de su admirador misterioso, no sólo refrescó su memoria, sino también las sensaciones. Su vagina se estrechó, sus pezones se apretaron violentamente y sus muslos se juntaron, lo que sólo logró que su deseo aumentara.

Casi por cuenta propia, su mano se deslizó bajo el agua, rozando su piel con un propósito. Cerró los ojos mientras dejaba que sus dedos rozaran sus pezones, tensándose ante las ondas de placer que hallaba al tocarlos. ¡Dios!, había pasado tanto tiempo desde que se sintiera así.

Y quería más. A pesar de saber que eso la convertía en una hipócrita. A pesar de que iba en contra de la fría fachada que había llevado en público, durante tanto

tiempo.

Su mano se movió sobre su estómago y, finalmente, sus dedos se deslizaron a través del parche de vello suave entre sus muslos. Apoyó la mano sobre su monte durante un largo rato, con los ojos cerrados, mientras las francas palabras del autor desconocido se mofaban de ella.

¿Alguna vez dejaste que tus dedos jugaran con tu propia piel, y sintieran la resbalosa evidencia de tu deseo?

Lentamente, deslizó la mano hacia abajo, y tocó la carne hinchada entre sus piernas. Un gemido escapó de sus labios mientras acariciaba sus pliegues. Estaban húmedos y era más que por el simple baño. Empujó más profundamente, y entró en contacto con el nudo oculto de carne al que el autor de la carta había aludido.

¿Has acariciado tus pliegues hasta encontrar el pequeño clítoris escondido en su interior?

Clítoris. Ella nunca antes había escuchado que lo llamaran de esa manera. Hizo círculos con los dedos alrededor del duro brote, y jadeó cuando una caliente ola de placer se extendió desde el punto de contacto y a través de su cuerpo. Concentrada y potente, la sensación se multiplicó, se amplió, hasta que pareció que todo su ser se centraba en ese pequeño lugar.

Lo rodeó con más fuerza, levantando las caderas para alcanzar el placer. Se sentía bien, pero quería más. Más.

Temblando, llevó la mano contraria para unirse a la otra. Aumentando la presión, volvió la cabeza y se mordió el labio, para contener los gritos que podrían llevar allí a su personal para investigar.

Sabía que algo se acercaba. Sentía la pared del placer construyéndose en un crescendo, pero no pudo alcanzarlo. Estaba justo allí, sobre el borde.

Abrió los ojos con frustración y se encontró mirando de nuevo fijamente la carta.

En algún lugar de Londres, había un hombre que decía querer verla haciendo exactamente lo que estaba haciendo en este momento. La idea hizo que sus caderas se arquearan y el placer creció.

Esta vez, cuando cerró los ojos, se imaginó a ese hombre sin rostro. De pie al final de la bañera, inclinándose sobre el agua. Su respiración entrecortada, sus brazos desnudos y musculosos, contenidos en un intento de mantener el control. Casi podía verlo mirándola. Esperando que ella explotara para unírsele.

— ¡Oh, oh!—, no podía dejar de gemir.

Y sin embargo, no era suficiente. Presionó los dedos contra su carne, jadeando con frustración. El placer era tan agudo que era casi doloroso. Necesitaba alivio. Necesitaba más.

Se concentró con fuerza en la imagen del hombre en su mente. ¿Y si sus manos se deslizaran bajo el agua, fuertes dedos moviéndose hacia arriba por sus piernas desnudas, subiendo más y más hasta que se enredaran con las suyas? Y luego las apartaran.

Oprimiendo su clítoris, se lo imaginó levantando sus caderas, extendiendo sus piernas, abriendo su cuerpo para él. Ella había tenido muy poca experiencia con tal verdadera pasión. Sin embargo, no hacía falta mucha imaginación para creer que tal hombre, haría círculos con el pulgar alrededor de su clítoris, al igual que ella lo estaba haciendo. Y luego introduciría los dedos profundamente en su vagina.

Ella gritó cuando hizo lo que imaginaba haciendo al hombre. Aún así, bailaba en el borde de la locura. Las lágrimas le pincharon los ojos, las lágrimas de una liberación inminente mezclada con una frustración salvaje.

El hombre, él era la clave. ¿Qué clase de hombre la tomaría tan perversamente? Jugaría con ella. Necesitaba un rostro para el hombre sin rostro. Una voz para las palabras que él había escrito.

Y de repente apareció un rostro, una voz resonó en sus oídos.

Kilgrath.

En el momento en que superpuso el apuesto rostro de Jeremy, sobre el rostro en blanco de su amante imaginario, sus caderas corcovearon violentamente. Su vagina se apretó fuera de control, sobre los dedos que la llenaban, y dejó escapar un gemido de alivio, que rompió el silencio de la sala. Su espalda se arqueó, y fue vagamente consciente del agua chapoteando violentamente, agitándose sobre el borde de la bañera mientras ella cabalgaba el intenso placer.

Penélope se derrumbó de nuevo en el agua con un gemido final. Se sentía ligera, laxa. Completamente agotada y satisfecha.

Por innumerables minutos, reposó en la bañera que se enfriaba rápidamente, simplemente sintiendo las secuelas del deseo y la liberación. Luego, lentamente, abrió los ojos y se enfrentó a la fría y vacía habitación.

Y a la realidad de lo que había hecho.

La carta que debió ser desagradable para ella, la había excitado salvajemente, en niveles fuera de su control. Se había entregado a sus necesidades y deseos básicos, desbaratando todas sus apasionadas declaraciones acerca de la necesidad de control de los hombres de la clase alta.

Y lo peor de todo, era que lo había hecho mientras se imaginaba a Jeremy Vaughn, duque de Kilgrath, como su amante ilícito. Un hombre que sabía a ciencia cierta

que era un seductor flagrante, un hombre que le había mentido a la cara menos de tres horas antes. Uno que representaba todo lo que decía despreciar.
— ¿Qué he hecho?— Murmuró, mientras se sentaba muy erguida en la bañera. Más agua se derramó por el borde y en el suelo. La brillante madera estaba salpicada de charcos de agua, prueba de cuán lejos la había llevado su deseo.

Levantándose, se puso de pie sobre el suelo húmedo. Se frotó para secarse con rapidez, y luego se encargó de secar los charcos de agua volcada. No quería que los criados vieran el resultado de su arrebato pasional. No quería que existiera ninguna evidencia de que se había entregado por completo.

La entrega absoluta era un lujo que no podía permitirse. Incluso si lo deseaba.
Cosa que no hacía.

Sólo tenía que luchar para recordar eso, a pesar de la distractora presencia de Jeremy Vaughn, o las palabras eróticas de su escritor misterioso.

El Club de las Excomulgadas

Capítulo Tres

Jeremy caminaba dando vueltas en su salón, inquieto y agitado, mientras recordaba los eventos del baile de esta noche. El porqué, no podría decirlo. Todo había salido según lo planeado, quizá mejor de lo planeado. Había conseguido acercarse a Penélope, cosechar su interés, y ver, con bastante claridad, que escondía un espíritu sumamente apasionado.

Con todo, había sido una noche exitosa. ¿Entonces por qué se sentía mal?

— ¡Buen Dios, Kilgrath!—. Dijo Anthony Wharton detrás de él, mientras se servía su cuarto jerez de la velada. — El salón entero te vio con esa pequeña arpía. Es el tema de conversación de la aristocracia, ¿lo sabías?. El libertino y la cruzada.

Jeremy se volvió hacia su viejo amigo con el ceño fruncido. Wharton lo había seguido a su casa, ya medio borracho. Ahora estaba más allá de estar borracho, y era una importante causa del mal humor de Jeremy. Wharton había estado vociferando por al menos una hora, en contra de Penélope y de cómo ella le había —robado— a su querida.

—Si somos el tema de la clase alta, entonces he logrado mi cometido, — Jeremy arrastró las palabra mientras volvía su mirada hacia la oscura noche en el exterior.—Quiero que se pregunten qué ocurre entre Penélope y yo. De esa manera, cuando la ponga en evidencia como una hipócrita, todos ellos estarán pendientes de cualquiera de mis palabras.

— ¿Cómo la vas a poner en evidencia sobre algo, si te haces su amigo?—. Anthony arrastró las palabras.

Jeremy se volvió sobre sus talones y cruzó la habitación a zancadas. Arrancando la bebida de las manos de su amigo, se la tomó de un sólo trago y dijo, —Si piensa

que soy su amigo, confiará en mí. Cuanto mejor para hacerla caer en mi trampa. Y ya tengo en marcha otros planes.

Su mente se trasladó hacia la carta que había entregado en la casa de Penélope, justo antes de partir hacia el baile de esa noche. En la misiva describía en detalle cada observación que había hecho alguna vez acerca de su exuberante cuerpo, acerca de todas las cosas que se preguntada si ella alguna vez se permitía experimentar.

¿Cuál habría sido su reacción? Sólo podía esperar que sus palabras eróticas predispusieran más a Penélope a una seducción completa. De esa manera, sus dos asaltos podrían trabajar en conjunto. De día, él sería el duque de Kilgrath, su insospechado aliado. De noche, un misterioso amante sin rostro, que despertaría sus deseos en las sombras.

— ¿Planes? ¿Qué, seducirla, como Crawford y Dunfield sugirieron?— espetó Anthony, rompiendo el agradable hechizo de las fantasías de Jeremy. —Bah. Sigo diciendo que ella no cambiará de opinión, sin importar cuántos orgasmos le des. Si es que puede encontrar placer. Frígida...

Jeremy lo cortó con el ceño fruncido. —Si la seducción en sí misma, no hace cambiar su manera de pensar, entonces el chantaje lo hará.

Anthony soltó un suspiro. —Y si nada de eso funciona, hay otras maneras de tratar con una mujer como ella.

Jeremy ladeó la cabeza, sorprendido por el súbito destello de lucidez, y ciertamente de crueldad, en la mirada ebria de su amigo. Esa expresión concentrada era perturbadora.

Pero no. Desecho esos pensamientos. Wharton era impetuoso, nada más. Estaba divagando sin pensar. Sus palabras carecían de sentido. Pero, a pesar de ello, su amigo estaba totalmente borracho y necesitaba dormir.

Jeremy dirigió a Anthony hacia la puerta. —Confía en mí, amigo. Tengo la situación bajo control. Ahora, mi cochero te llevará a tu casa y se asegurará que entres sin matarte primero. Buenas noches.

Anthony lo empujó momentáneamente, pero finalmente condescendió y dejó que Jeremy lo guiara hacia la puerta del salón, y al lacayo que estaba esperando.

Una vez que su amigo salió de la casa, Jeremy regresó al salón. Esta noche, había dado el primer paso para conquistar a la hermosa y problemática Penélope Norman. Y no tenía intención de fallar, de ninguna manera.

******

Penélope levantó las manos y alzó su voz, sobre la refriega de parlanchinas mujeres. —Señoras, señoras, este caos no nos hace ningún bien,

La ruidosa multitud hizo silencio por un lapso de tiempo, y algunas de las señoras volvieron sus cabezas hacia Penélope. Ella suspiró, mientras miraba al pequeño grupo, de cerca de diez mujeres, la mitad de ellas la ignoró en el baile de la noche anterior, pero ahora estaban en su salón para —apoyarla—. Pero, ¿era realmente apoyo si todo se hacía en secreto?

—Cada una de ustedes tiene el poder de ayudar a nuestra causa, — insistió Penélope, continuando con el argumento que había estado haciendo desde el comienzo.

— ¿Poder?— Adela Foster, la marquesa de Chartsford repitió con una inhalación.— ¿Qué poder tenemos?

Penélope miró a la joven mujer con un gesto de tristeza. Aunque Adela parecía a veces altanera y mordaz, era una mujer muy bonita, con cabello oscuro y ojos brillantes, con la piel más bonita que Penélope hubiera visto nunca. Pero su belleza poco común no la había protegido de un matrimonio sumamente infeliz, con uno de los mejores amigos de Jeremy.

Jeremy. Un rubor llenó las mejillas de Penélope al pensar en él. Al pensar en lo que había hecho la noche anterior mientras fantaseaba sobre él. Nadie debía enterarse de esa vergüenza… nunca.

— ¿Penélope?— repitió Adela. — ¿No tienes respuesta para mí?

Penélope desechó sus pensamientos y frunció el ceño. —Los hombres de la clase alta no cambiarán, hasta que sus esposas, madres y hermanas hagan un frente común, y les digan que no aprueban su conducta.

Una mujer mayor, Lady Pendergrath, asintió. —Lady Norman es una mujer sabia a pesar de su escasa edad. La experiencia me ha enseñado que los hombres generalmente quieren paz en sus hogares. Si nosotras no se la damos, ellos, a la larga, cambiarán sus perversos comportamientos.

Adela sacudió la cabeza y las lágrimas llenaron sus ojos. Ella las ahuyentó frunciendo el ceño.

—He expresado claramente mi manera de pensar sobre…— Se sonrojó. —Las actividades extramaritales de mi esposo. ¿Saben lo que David me respondió? Me dijo que le gustaba más cuando era dócil e indiferente acerca de lo que él hacía—. La mujer apretó los puños. —Nunca fui dócil, ni indiferente. Simplemente guardaba silencio.

Penélope resistió la necesidad de tocar el hombro de Adela, de ofrecerle consuelo. No creía que la otra dama apreciara el gesto, especialmente frente a las demás. Era demasiado orgullosa.

El grupo comenzó a hablar de nuevo a la vez, expresando sus argumentos, entre aquellas que pensaban que sólo harían que las cosas empeoraran al hacerle frente a sus díscolos maridos, y aquellas que sentían que podrían cambiar su mundo para mejor. Penélope llevó una mano hasta sus ojos, frotó sus sienes. ¿Cuánto éxito podría haber en luchar contra algo, cuando la mitad de los involucrados en la guerra, no se atrevían a ir a la batalla?

Antes de que pudiera hacer algún intento para silenciar al grupo por segunda vez, ellas lo hicieron por sí mismas. Un silencio poco natural cayó sobre el grupo, interrumpido solamente por discordantes murmullos de voces apagadas, que Penélope no pudo entender.

Lentamente, bajó la mano y miró hacia la puerta. Se quedó estupefacta por lo que vio. Jeremy Vaughn estaba de pie allí, apoyado contra el marco, con una sonrisa petulante en su hermoso rostro. Una sonrisa que sacudió las entrañas de Penélope y la hizo recordar cómo había perdido el control en el baño la noche anterior. Un calor recorrió sus mejillas, y quiso huir.

Pero no podía. En vez de eso, avanzó a zancadas, con los puños a ambos lados de su cuerpo.

—Lord Kilgrath, — dijo con voz tensa. Cuando estuvo cerca de él, siseó, — ¿Qué está haciendo aquí?

Él la miró con una expresión absolutamente inocente. Una que estaba deplorablemente fuera de lugar en ese rostro pecador. —Escuché que estaban teniendo una reunión, con respecto a sus ideas de la conducta de los hombres de la clase alta. Pensé en venir, y ver si podría ofrecerles alguna idea.

Penélope inhaló con fuerza, y dejó las manos a los costados. Mientras miraba a Jeremy de manera fulminante, exclamó por encima de su hombro, —Creo que hoy hemos abarcado gran parte del terreno. ¿Por qué no lo aplazamos y nos dirigimos a la Terraza de Rosas a tomar el té?

Las mujeres en la sala se pusieron de pie lentamente, todavía cuchicheando y mirando a Jeremy, mientras pasaban a su lado. Cuando las últimas abandonaron el salón, Kilgrath le sonrió a Penélope y le ofreció su brazo.

Penélope se tambaleó ante la idea de tocarlo. No quería tener nada que ver con su cercanía. Sólo agregaría más imágenes a sus oscuras y prohibidas fantasías.

— ¿Qué está haciendo?

Él sonrió por una fracción de segundo. —Ir a la Terraza de Rosas. Podría tomar una taza de té.

Su mandíbula cayó por el impacto. —No va a acompañarnos, Excelencia.

— ¿Quiere decir que desea hablar conmigo en privado?—, preguntó él, inclinando la cabeza más cerca. Lo suficientemente cerca, como para que ella pudiera percibir el intoxicarte aroma de su especiada esencia masculina. Era una agradable y vertiginosa combinación de madera de sándalo y algo que era puramente Jeremy.

—Sí, — dijo ella.

Él sonrió. —Pensé que una mujer de su calibre no tomaría el riesgo de hablar conmigo a solas. ¿Qué me dijo anoche? ¿Que eso la desacreditaría? Y luego, menos de veinticuatro horas después, demanda estar a solas conmigo en este salón. ¿Ha cambiado algo?

Ella apretó los labios. ¡Demonios! Aunque él no podía saber cuánto había cambiado desde su intercambio verbal la noche anterior a esta tarde, sus palabras todavía le recordaban ese hecho.

En solo unas horas, se había convertido en una completa hipócrita.

—Usted ciertamente no ha cambiado, milord, — dijo, esperando que su voz sonara fría, aun cuando su corazón palpitaba locamente. —Así que, por favor, deje de tratar de convencerme que lo ha hecho.

Trató de pasar por un lado, pero Jeremy atrapó su brazo y la mantuvo en su lugar. Justo como había temido, un calor, como el de una caldera, la recorrió desde donde la estaba tocando, y se instaló en los peores lugares posibles. Lo miró, su garganta se sentía seca y con un nudo, su mente traicionera la llevó a lugares que no debería permitirse.

—Todavía no me ha permitido convencerla de nada, Lady Norman, — dijo suavemente, mientras la soltaba y daba un paso atrás, como probando que no la estaba tocando porque se sintiera atraído.

Su estómago se hundió inexplicablemente ante ese pensamiento.

— ¿Por qué debería de creer en su milagrosa transformación?— preguntó ella, frotando el lugar en donde la había tocado. Éste se sentía... ardiente. Cómo marcado por un hierro candente.

Él ladeó la cabeza. —Porque eso demuestra que tiene razón en su juicio de que un hombre puede cambiar. Piénselo, milady. Que bendición podría ser para su causa. Conozco mi reputación. Si estoy de su lado, si la apoyo, podría cambiar el rumbo de su movimiento. ¿Acaso es tan orgullosa y me detesta tanto, como para que ni siquiera considere mi oferta de ayudarla?

Los labios de Penelope se abrieron por la sorpresa. —Y-yo no lo odio. Odiarlo implicaría que lo conozco o que usted me importa. Y… y no es así.

Él la miró por un largo momento. Luego se encogió de hombros. —Me gustaría probarme ante usted. Puedo ayudarla si me deja. Si no me conoce, si no le importó, entonces no conoce verdaderamente lo que hay en mi corazón o mis intenciones. ¿Puede juzgarme en esas condiciones?

Penelope lo miro. ¡Demonios!, él estaba en lo cierto en muchos aspectos. Si Jeremy realmente había cambiado y trabajaba a su lado, le podría agregar credibilidad a sus palabras.

Pero, ¿cómo podría creer que había cambiado? ¿O simplemente que quisiera cambiar?

— ¿Y cómo pretende probarse?—, preguntó ella, lentamente.

Una pequeña insinuación de sonrisa curvó sus labios, de manera arrogante, como si siempre hubiera sabido que ganaría. —Puedo mostrarle contra que está luchando exactamente. En secreto. De manera anónima. Entonces, entenderá mucho mejor a sus enemigos.

Ella ladeó la cabeza, confusa e intrigada a la vez. ¿Mostrarle? ¿Qué podría querer decir con eso?

—No sé a qué se refiere, — dijo ella, alejándose de él y tratando de parecer aburrida de su conversación. No quería que él se diera cuenta de cuán intensamente la afectaba su presencia. De cuánta curiosidad despertaba en ella. Acerca de lo que él podría revelarle. Acerca quien era.

Cuando espió por encima de su hombro, él estaba sonriendo de nuevo, pero esta vez era una sonrisa depredadora. A su pesar, su estómago dio un vuelco. Sus pezones se endurecieron al instante. La estaba mirando con tal... deseo.

Y, aunque ese hecho sólo probaba que él estaba mintiendo acerca de los cambios de su perversa personalidad, no estaba enfadada. No con él, al menos. No, su ira era contra misma por sentirse atraída hacia él.

— ¿Puedo llevarla a algún lugar esta noche?—, preguntó él con voz baja.

Ella se sorprendió por la pregunta. — ¿Qué?

—Pienso que puedo explicar mejor lo que quiero decir mostrándoselo, en lugar de decirlo verbalmente. — Él se acercó. Sólo un poco. —Permítame llevarla a algún lugar, y creo que todo va a cobrar sentido para usted.

Penélope sacudió la cabeza. Esto era un juego, pero no podía entender las reglas, o siquiera el objetivo. ¿Qué estaba él tratando de ganar?

—Si esta es una manera de acercarse a mí... — comenzó a decir ella.

Él la miró estupefacto, como si nunca hubiera considerado algo como eso, y justo en ese momento, ella se sonrojó de nuevo.

—Por favor, — dijo él, suavemente.

Penélope miró sus manos, uniéndolas reflexivamente. Su mente debatió entre todas las razones por las que debería rechazarlo, y las razones por las cuales debería aceptar su oferta. Entre todos los peligros y todos los beneficios.

Y sobre todo, debatió con el hecho de que *quería* aceptar su oferta. Para ver cualquier cosa que quisiera mostrarle. Para estar a solas con él, aunque sólo fuera

por un breve tiempo. Quizás si lo hiciera, él podría revelarse a sí mismo como el sinvergüenza que sabía que era, a pesar de sus grandes afirmaciones sobre su cambio. Entonces, este tonto hechizo de deseo se rompería, y podría restablecer su atención a los asuntos que le concernían.

Al menos, hacer lo que él le pedía lo aplacaría, y quizás podría convencerlo de que dejara de intentar hacerla quedar como tonta, especialmente ante la inconveniente presencia de otras personas. Ella no podía permitirse ningún escándalo, o malentendido, que su súbito interés en ella pudiera ocasionar.

—Muy bien, — murmuró ella, finalmente, dejando que su mirada regresara al rostro del Duque.

Él sonrió, esta vez de manera más genuina. —Muy bien. Enviaré un carruaje para usted esta noche, a las ocho.

Ella asintió sin decir palabra. —Ahora debería irse. Su presencia incómoda a mis invitadas, creo. Hasta que esté convencida de sus verdaderas intenciones, quizá podríamos dejar nuestra asociación en secreto.

Él ladeo la cabeza. —Muy bien. Entonces la veré está noche. Hasta entonces, Penélope.

Con una ligera inclinación de cabeza, a manera de saludo, salió de la habitación. Sólo cuándo se fue, Penélope se dio cuenta de que su respiración era agitada y que sus manos temblaban.

El Club de las Excomulgadas

Capítulo Cuatro

Jeremy se apoyó contra el asiento de cuero de su carruaje, mientras éste se detenía suavemente en las sombras oscuras detrás de la propiedad londinense de Penélope. Corrió la cortina y observó como ella salía por la puerta de los sirvientes, y se apresuraba a llegar hasta el vehículo. Su criado hizo una rápida reverencia, y luego abrió la puerta del carruaje, sin escudo de propiedad, para permitirle entrar.

Jeremy se inclinó hacia delante, ofreciéndole su mano para ayudarla a entrar. Penélope lo miró, con los ojos muy abiertos, mientras calibraba la oferta. Pero finalmente, después de un largo momento de vacilación, la aceptó. Cuando toco los suaves dedos, chispas de conciencia lo recorrieron, tomándolo por sorpresa.

A ella también parecieron tomarla con la guardia baja, porque le soltó la mano como si la quemara, en el momento que se sentó en el asiento frente a él. La puerta se cerró tras ella y el carruaje se puso en movimiento.

La miró atentamente. Aún cuando su vestido no era tan revelador como los que vería esta noche, todavía era bastante bonito. Azul oscuro, con un escote profundo, que le mostraba la tentadora curva superior de sus hermosos senos. Se preguntó si ella fue consciente de lo provocadora que era esa hermosa y firme curva. ¿Acaso lo mostraba a propósito, demostrando su naturaleza apasionada?

¿O era tan inocente que no podía comprender lo absolutamente encantadora que era?

Otro misterio por descubrir.

—Buenas noches—, dijo Jeremy, arrastrando las palabras. —En verdad pensé que no iba a venir después de todo, así que estoy contento de verla.

Ella no dijo nada por un momento, pero luego se encogió de hombros. —Lo consideré. Pero supuse que vendría hasta mi ventana, y tiraría piedras, hasta que todo el vecindario fuera consciente de su presencia, así que pensé que venir era el menor de los males.

— ¿Prefiere hacer algo travieso, a que la gente crea que estaba haciéndolo?—, Le preguntó, observando su rostro en la penumbra.

Su mirada se encontró con la suya. —Preferiría no tener que hacer la elección. Pero si debo hacerlo, entonces mi reputación es todo lo que tengo. Protegerla significa mucho para mí, sí.

Jeremy asintió. Era una buena pieza de información, ya que significaba que probablemente podría chantajear a Penélope para que se mantuviera en silencio, con el fin de proteger su tan querida reputación. Y él prefería eso, definitivamente, a revelarla como una hipócrita y arruinarla irrevocablemente.

El porqué, era algo que no deseaba analizar en detalle.

—Supongo que eso le parecerá una tontería a un hombre como usted—, murmuró ella, mirando por la ventana.

— ¿Proteger su reputación?—, preguntó. Cuando ella asintió, él se echó a reír. —No, tiene perfecto sentido. Después de todo, yo también tengo una reputación que mantener.

—Excepto que afirma querer cambiar esa reputación. Tal vez con mi ayuda.

Jeremy la miró fijamente una vez más. Ella no lo miraba, pero podía sentir su escrutinio, sin embargo. Tenía que darle crédito. Penélope Norman no era ninguna tonta. A pesar de su encanto, se negaba a confiar en su palabra.

Lo cual significaba que se vería obligado a demostrar su valía ante ella, aún mientras la seducía. Un reto, sin duda. Uno que lo emocionaba.

— ¿Por qué no me dice a dónde vamos?—, Preguntó ella, sin esperar que él respondiera a su comentario. — ¿Y cómo pretende mantener mi anonimato?

Jeremy se sentó con la espalda recta. Sí, era el momento de llegar al punto de esta noche. Sin más preámbulos, él se movió a través del carruaje, para sentarse al lado de ella. Penélope se quedó sin aliento ante la súbita acción, y lo miró con ojos muy abiertos. Jeremy no pudo evitar quedarse él mismo sin aliento. ¡Dios!, ella olía bien. Como la canela, un picante aroma embriagador que apretó su estómago y endureció su polla.

Con un poco de suerte, ella no lo notaría.

— ¿Qué está haciendo?— Susurró ella, con la voz quebrada, por algo que al instante él identificó como deseo.

Ella lo deseaba. A pesar de todo.

Sonrió, mientras sacaba una elaborada máscara del bolsillo interior de su chaqueta. Había elegido una azul, de un color turquesa que hacía juego con sus ojos. Tenía cosidas pequeñas joyas y diminutas plumas, que enmarcarían sus brillantes ojos.

Envolvió la suave tela de satén alrededor de su rostro, posicionándola contra su nariz, antes de deslizar sus dedos hacia la parte posterior de su cabeza. De manera perversa, se inclinó para ajustarla en su lugar, moviéndose, demasiado cerca de ella, para que fuera un comportamiento correcto. Pudo sentir su respiración irregular y el cosquilleo de su cabello contra su mejilla.

Ella apretó los dedos contra sus piernas, y emitió un sonido amortiguado de… Bueno, era de angustia o deseo. Probablemente una combinación de ambos.

Jeremy se apartó y le sonrió. ¡Dios!, sólo quería empujarla de espaldas contra el asiento y deslizar las manos por debajo de su falda. Apostataría su mejor montura a que ya estaba húmeda y lista para él, sus muslos tensos y hormigueando.

Y podría haberlo hecho. En su estado actual, era probable que fuera capaz de superar sus protestas, despertar su núcleo interior, que deseaba ser acariciado, lamido, follado. Nunca antes había dudado de su propia destreza, y no había ninguna razón para comenzar ahora.

Pero, tanto como quería hacerlo, tan fácilmente como creía que podría, su plan era mucho más complicado que simplemente una follada en un carruaje, que ella más tarde podría descartar. No, él tenía que cambiar a Penélope. Si quería ganar, tenía que hacerla cuestionarse cada creencia que tuviera. Obligarla a ver su verdadera naturaleza sensual, no sólo en una situación, sino en cada momento de su vida.

Esa era la única manera de poner fin a su pequeña cruzada.

Así que, en lugar de arrastrarla contra su pecho, se echó hacia atrás. —Esta noche, vamos a un baile de máscaras Cyprian—, le explicó.

Los labios de Penélope se abrieron por la sorpresa. Con el resto de su rostro cubierto por satén azul y encaje, su boca resaltaba aún más. ¡Demonios!, eran unos labios tentadores. Llenos y regordetes, un poco húmedos donde ella los había lamido.

— ¡No!—, Gritó ella, rompiendo el hechizo. —Debe estar bromeando. No puedo ir a tal lugar.

Jeremy frunció los labios, mientras volvía a su lado del carruaje. Estar tan cerca de ella estaba teniendo un extraño efecto en su control, normalmente sólido.

—Le dije que quería mostrarle las cosas contra las que lucha. Ayudarla a entender a su enemigo. Esta reunión, es exactamente lo que dice despreciar.

— ¡Y es por eso que no puedo ir!—, repitió ella, usando su tono de voz que él adivinó utilizaría con un sirviente torpe o un niño pequeño.

Él arqueó una ceja. — ¿Quiere ver a su enemigo, ¿no?

Penélope se quedó en silencio durante un largo momento, inclinando la cabeza mientras lo miraba, a través del vehículo en penumbra. Jeremy se movió un poco, de manera inquieta, ante su escrutinio. Era casi como si realmente pudiera verlo. Ver más de lo que era en el exterior, más que su imagen pública. *Verlo*.

—*Tú* eres mi enemigo, Jeremy—, susurró ella.

Él podría haberse decepcionado, podría sentir que no había hecho ningún progreso con ella, salvo que lo había llamado por su nombre. Y escucharlo de sus labios era completamente excitante. También le demostraba que, a pesar de todas sus protestas, estaba empezando a confiar en él. . . aunque sólo fuera un poco.

—Yo *era* tu enemigo—, dijo él en voz baja. —Pero ya no.

El carruaje se detuvo, pero ninguno de sus sirvientes llegó para abrir la puerta, tal como lo había ordenado. Quería que fuera Penélope quién tomara la decisión de entrar. Ella tenía que seguir su propio camino. Si más tarde pudiera apuntar a alguien más como el catalizador, sería perjudicial para su entrega total a su propio corazón.

—Entra conmigo—, dijo él, —y observa las cosas contra las que luchas. Nadie

sabrá quién eres. Supondrán que eres sólo otra mujer que he reclamado como mi amante. Puedes mirar a los hombres de la alta sociedad en acción, y ver qué tipo de mujeres escogen para relacionarse.

Penélope tragó tan duramente, que él pudo ver su garganta funcionar. Una garganta muy delicada de hecho, su piel pálida, casi translúcida, era muy blanca. Ella miró la puerta del carruaje, y de regreso a él.

—Bien—, dijo finalmente, con el ceño fruncido. —Voy a entrar. Pero no quiero que hagas nada que pueda hacer pensar a los demás que somos amantes. Nada de… tocarme de alguna manera familiar.

Jeremy retrocedió. Apenas podía contener su risa. No pensaba poder recordar la última vez que una mujer se le había negado. Esto lo excitaba, lo llevaba, aún más, a hacerla cambiar de opinión.

Y también despertaba su curiosidad. ¿Qué le había ocurrido a Penélope Norman, que había puesto tanto almidón en su espíritu? ¿Quién la hacía temer a la sensualidad y el pecado, en lugar de abrazar todos sus placeres?

—Lo prometo, no haré nada más que tomar tu brazo—, dijo él en voz baja.

Al menos por ahora.

Ella asintió, con un movimiento espasmódico. —Entremos, entonces. Quiero ver este infame baile Cyprian.

******

— ¿Quieres una bebida?

Penélope se sacudió ante la suave seducción en la voz de Jeremy. Ésta rozó sus novatos sentidos, como el satén sobre su piel.

— ¿E-Estaré a salvo aquí… sola?—, Le preguntó ella, odiando el temblor de su voz.

Jeremy miró a su alrededor. La había traído al baile de Cyprian media hora antes. Sin embargo, cuando demasiados juerguistas enmascarados lo identificaron, y quisieron saber quién era su nueva compañera, la había escoltado hasta ésta pequeña terraza privada, que le permitía observar la sala de baile, un nivel por debajo. Penélope estuvo muy feliz de ir. Entre los asistentes a la fiesta se sentía rodeada, sofocada. Expuesta.

—Estarás a salvo, te lo aseguro. Y estaré de regreso en escasos momentos. — Sonrió hacia ella y Penélope se estremeció.

Se sentía protegida por la máscara, pero también se sentía protegida por la presencia de Jeremy. Como si él pudiera evitar que alguien le hiciera daño.
A pesar de saber que el mayor daño podría provenir de él. A pesar de todas sus declaraciones de lo más contrarias, ella todavía sentía una cualidad salvaje y animal, que se escondía debajo de su correcta vestimenta.

—Muy bien—. Ella asintió. —Tengo la garganta seca.

Él asintió, y luego la dejó sola en la terraza. Penélope giró para observar de nuevo la escena de abajo. La casa en la que se encontraban era grande y muy hermosa, aunque no pertenecía a ningún caballero que ella conociera. Ciertamente, nunca había estado aquí, en esta habitación con altas columnas, decoradas con desnudas estatuas contorsionándose, y lascivas figuras míticas con gruesos falos. ¡Dios mío!, las cosas que dirían algunas de las mujeres que conocía, si vieran tales imágenes eróticas.

Pero el verdadero impacto, no provino de la pecaminosa mano de obra en los

pilares. Lo hizo del comportamiento de los participantes. A diferencia de un baile aceptado y con la presencia de las damas de su propia esfera social, en éste había un aire de sexualidad descarada, que impregnaba el ambiente de la habitación. Los hombres y las mujeres bailaban y reían juntos, mirándose abiertamente y analizando los atributos físicos de sus parejas.

Todos llevaban máscaras, aunque al parecer, muchos sabían la identidad de sus compañeros sin ver sus rostros. O por lo menos, actuaban con familiaridad. Sus manos recorrían a los demás, sin vergüenza, de manera atrevida, mientras la música erótica sonaba a su alrededor.

Las mujeres. . . prostitutas, llevaban vestidos impactantes. Muchas llevaban corpiños que caían por debajo de sus pechos, dejando al descubierto los pálidos y desnudos esferas de carne. Otras llevaban vestidos con aberturas estratégicas
a los lados, para que sus admiradores tuvieran rápidas visiones de sus muslos… y aún más.
Ninguna de las mujeres parecía avergonzada de lo que su ropa revelaba. O abochornada por la valoración contundente de los hombres en su compañía. De hecho, parecía gustarles la atención.

En comparación, el vestido de Penélope, que era uno de sus más atrevidos, parecía soso.

Se inclinó hacia delante y miró la multitud. A medida que avanzaba la noche y las bebidas fluían libremente, el comportamiento de los invitados parecía estar empeorando. Contuvo un jadeo, cuando un caballero se inclinó para lamer el pezón desnudo de su pareja de baile, luego se echó a reír y la empujó hacia otro caballero, que tomo en su mano el mismo firme pecho, y enterró sus caderas contra las de ella de manera sugerente.

Penélope retiró la mirada, llevándola hacia un rincón de la habitación, que estaba escondido detrás de una mampara de tela blanca. No era visible desde la pista de

baile, pero desde su elevada posición, podía ver sobre el borde, el espacio vacío detrás de ésta. Por muy tentadoras que fueran las imágenes sensuales que se desarrollaban delante de ella, sus sentidos estaban empezando a ser abrumados por el erotismo descarado a su alrededor.

Abrumados y. . . excitados. Penélope cerró los ojos. Ella nunca lo admitiría, ante nadie, pero ver a las parejas que se retorcían, besándose a la vista de todos a su alrededor, tocándose entre sí. . . todo era infinitamente excitante.

Era tan incorrecto sentirse de esta manera. Esas mujeres estaban siendo utilizadas, ¿O no? Podrían reír, gemir y acicalarse, pero no tenían otra opción. . . ¿O sí?

Abrió los ojos con un suspiro, y encontró que una pareja se había deslizado detrás de la mampara en la esquina de la habitación mientras ella reflexionaba sobre sus propias reacciones ante lo que veía a su alrededor. La mujer era una linda dama de cabello oscuro, ataviada con un hermoso vestido de satén rojo, con remolinos de encaje sobre los hombros. Su acompañante era un caballero bien constituido, que llevaba una máscara de toro, que hacía juego con el impresionante color rojo del vestido de su compañera.

Penélope observó, mientras cuchicheaban entre sí por unos minutos. La dama se inclinó hacia el caballero, colocando las manos contra su pecho, con un toque familiar que hablaba de una profunda relación física. Y cuando él dirigió sus manos a lo largo de su espina dorsal, y comenzó a masajear suavemente su trasero a través del vestido de seda, se hizo evidente para Penélope, que eran amantes.

A medida que empezaron a besarse con un apasionado abandono, un estremecimiento perverso recorrió el cuerpo de Penélope. Sabía que tenía que alejarse. No era justo que observara tal cosa, que se excitara con las mismas actividades contra las que luchaba. Y, sin embargo, no pudo contenerse. Era como si estuviera congelada, mantenida inmóvil por algún poder invisible que la obligaba a observar desde lejos.

Miró a su alrededor. No había nadie cerca para ver su desvergonzado voyerismo. Y la pareja no tenía idea de que estaban siendo observados. Tal vez no le importaría, aunque fueran conscientes de su presencia, ya que había elegido comenzar su juego de amor detrás de una delgada cortina, en un baile lleno.

No, nadie tenía que saber lo que estaba haciendo. Así que Penélope se entregó a las imágenes del piso inferior.

La mujer había retirado la boca de los húmedos besos que ella y su compañero compartían, y comenzó a dar besos a lo largo de la parte delantera de su chaqueta, y luego más y más abajo, hasta que cayó de rodillas ante el caballero. Penélope quedó sin aliento cuando, entre los dos, aflojaron sus pantalones, y la mujer sacó su duro eje con su mano. Incluso desde la distancia, Penélope podía ver el fuerte empuje de los músculos dentro de la mano.

Entonces, la mujer se inclinó hacia adelante y envolvió sus labios de color rojo oscuro alrededor de su compañero, llevándolo tan dentro de su boca como podía. El caballero se apoyó en la pared detrás de él, para afianzar, aún cuando sus dedos se enredaron en el cabello de su compañera, para guiar la velocidad y la profundidad de su boca.

Penélope se movió de manera inquieta, mientras observaba las escandalosas actividades que se desarrollaban bajo de ella. El calor se diseminó a través de su cuerpo, mientras observaba la manera lujuriosa en que la misteriosa mujer tomaba en su boca la erección de su amante. Una sensación de hormigueo, por el deseo y el poder, hizo temblar a Penélope contra su voluntad, cuando vio al hombre inclinar la cabeza hacia atrás, con el cuello tenso por el placer.

El esposo de Penélope nunca había querido este acto. Nunca lo pidió. Pero ella podía ver cuánto poder le daba a una mujer. Y la cantidad de placer que le dada a un hombre.

De repente, el caballero agarró los brazos de su compañera, tirando de ella hacia arriba, lejos de su erección. Deslizó los dedos por debajo de su máscara y la retiró, luego hizo lo mismo con su propia máscara, para poder dejar caer su boca sobre la de ella. Se besaron, salvaje y apasionadamente, mientras él la hacía girar para que su espalda estuviera contra la pared.

La presionó contra la pared, tirando del escote bajo de su vestido transparente, hasta que ambos pechos estuvieron libres. Bajó la boca y succionó cada pezón, mientras los dedos de la dama se clavaban en la lana que envolvía sus hombros.

Mientras daba placer a sus pechos, empujó sus faldas, deslizándolas hacia arriba, hasta que tuvo acceso a las piernas y al desnudo montículo entre ellas. Penélope jadeó ante la falta de camisa, y otras prendas interiores, de la mujer, pero antes de que pudiera asimilar esa impresión, la pareja se había colocado en posición, y el caballero empujó sus caderas.

Penélope no podía escucharlos desde lo alto, pero, por la forma en que la mujer abrió la boca y cerró los ojos, era evidente que había dejado escapar un largo y bajo suspiro de placer, mientras era tomada. La pareja se quedó allí, inmóvil, con las frentes presionadas la una a la otra, por un largo momento. Entonces el caballero se echó hacia atrás y luego empujó hacia delante, sus caderas se movieron con fuerza, en duros círculos contra su compañera, que se arqueaba en cada uno de los empujes, con la cara retorciéndose en silencioso placer.

Los puños de Penélope se aferraron a la pared de la terraza, apretando los dientes, mientras observaba la escena. Su propia respiración era entrecortada, su cuerpo reaccionó a su acoplamiento, con un calor húmedo y espasmos de placer frustrado. Se inclinó hacia delante, apretando más los dientes con cada empuje, y tratando de no imaginarse a sí misma como la mujer que estaba siendo tomada.

Ella no quería eso. *No lo hacía*.

De repente, hubo un tintineo de vidrio en la pared de la terraza, y una mano masculina puso una copa de champaña junto a su mano.

Penélope dio un salto, girando para encontrar a Jeremy allí, mirándola intensamente. Sus ojos oscuros, que brillaban a la luz de las velas, estaban centrados en su rostro. Ella sintió el calor en sus mejillas y levantó sus fríos dedos para cubrirlas.

—H-Hola, — balbuceó ella, negándose a mirarlo a los ojos.

El arqueó una ceja en respuesta. — ¿Estás bien? Estás ruborizada.

Ella asintió. Tal vez, él no había visto lo que estaba mirando mientras se acercaba. Quizá no sabía lo que había estado observando…

—Una joven muy hermosa, ¿verdad?—, Preguntó él, inclinando la cabeza hacia la pareja.

Bueno, era el fin de su esperanza. Sin mirar siquiera, sabía a qué joven mujer se refería. La dama de rojo que estaba siendo tomada tan vigorosamente.

Penélope se apartó con un rubor aún más oscuro y alcanzó la copa de champaña. La mano le temblaba mientras tomaba un largo trago del burbujeante líquido. — Yo…yo supongo.

Su mirada regresó a la esquina. La pareja aún estaba apareándose furiosamente, pero el final parecía cercano. El cuello del caballero se tensaba en cada empuje, y la mujer se había puesto el dorso de la mano contra los labios, probablemente para ahogar sus gemidos de placer. Finalmente, el hombre tomó su boca en un duro beso y se quedó rígido, con las piernas temblando al llegar a su liberación. Se separaron por un breve instante, y luego sus labios se encontraron de nuevo, esta

vez para un suave beso, antes de que él la depositara en el suelo y la ayudara a alisar su vestido sobre sus piernas desnudas.

Penélope se volvió. De alguna manera, mirar su gentiliza post-coital, le parecía más como una intrusión, que observarlos teniendo relaciones sexuales.

— ¿Quién es ella?— Se las arregló para preguntar.

—Su nombre es Cecilia Charles. Es la hija de una cortesana muy famosa, y ha seguido los pasos de su mamá. — Él inclinó la cabeza cuando la pareja salió de detrás de la tela. —Y encontró un buen protector en Rannoch.

Penélope miró la espalda del caballero y el balanceó de las caderas de la dama, mientras se mesclaban entre la multitud. — ¿Ese es Peter Rannoch?

Ella no había reconocido al popular caballero. Su propia excitación la había cegado.

Jeremy asintió. —Segundo hijo del duque de Turnberg.

—Esa mujer no debería ser forzada a hacer tales cosas en un baile—, murmuró Penélope. Pero incluso mientras lo decía, pensaba en la expresión del rostro de Cecilia Charles. Nunca había sido obligada a nada.

Jeremy se volvió hacia ella y ella sintió su mirada en su rostro. No pudo evitar sonrojarse una vez más. ¿Sabía qué clase de pensamientos habían pasado por su mente mientras observaba a la pareja? ¿Podría ver cuánto se había excitado y que aún lo estaba?

— ¿Crees que fue obligada?—, Le preguntó él, con voz baja.

Ella tragó saliva, mirando hacia él, pero sin llegar a los ojos. — ¿No piensas que

tendría que haberlo sido, para hacer algo tan atrevido, prácticamente a la intemperie?

Él sonrió, sólo una ligera expresión, pero la hizo sentir muy joven e inexperta. — ¿Nunca has hecho algo travieso? ¿Algo que sabías que no deberías hacer? ¿Algo por lo que podrían atraparte, pero lo hiciste de todos modos? ¿Tal vez sólo la idea de ser atrapada, hizo el acto más emocionante?

Ella contuvo la respiración. — ¿Estás insinuando que yo alguna vez…?

—No todo es acerca del sexo, Penélope—, dijo él en voz baja, y dio un pequeño paso hacia ella. Lo suficientemente cerca para que pudiera oler la intoxicante combinación de jerez y menta en su aliento tibio. —Me refiero a cualquier cosa, por pequeña que fuera, que sabías que no debías hacer. Tomar una galleta del ama de llaves cuando ella no estaba mirando. Montar a caballo a horcajadas apenas lejos de la vista de su mamá. ¿Nunca has hecho algo que implicara algo de riesgo?

Penélope pensó en su propia infancia. En su dominante madre. En su a menudo ausente, y completamente irresponsable padre. Su hermana mayor, Miranda, se había visto forzada a menudo a tomar las riendas, y asegurarse de que todo estuviera bien. Penélope nunca había tenido corazón para hacer algo travieso y que su hermana se preocupara por ella también.

—No, — admitió finalmente, en voz baja. —Hice lo que se suponía que debía hacer. Cuando se suponía que debía hacerlo.

Jeremy la miró por un largo y tranquilo momento. —Entonces, podría ser difícil para ti entender, si te explicara porque una dama estaría de acuerdo en hacer algo tan tabú en público. Pero es una predilección que tienen muchos.

Penélope apretó los puños. Una vez más, se sentía completamente inocente. — ¿Estás tú incluido en ese grupo?

— ¿Entre los que tienen predilección por la consecución de sus conquistas en público?— le preguntó él, con los ojos muy abiertos. Cuando ella asintió, se ampliaron todavía más. —Debo admitir me he dejado llevar por el momento algunas veces, a través de los años. Sin embargo, siempre he preferido tomar a mis amantes en privado, donde tengo más tiempo para saborear su entrega.

Penélope se humedeció los labios, repentinamente secos, y se obligó a mirar a Jeremy a los ojos. Eran de un verde tan hermoso. Tan sensual y oscuro. Y su boca también le llamó la atención. ¿A cuántas mujeres habría besado con esa boca? Sus labios eran muy llenos, tenía que asumir que sería bueno besarlos. Estaban tan cerca, que sería muy fácil, sólo levantarse en puntillas y disfrutarlos. Eso sería muy travieso. Un beso robado a uno de los miembros de la aristocracia más mencionados, cuando se hablaba de los libertinos.

¿La rechazaría, o querría saborear el momento si lo hacía?

—Pero eso fue antes de que me reformara—, dijo Jeremy, y dio un largo paso hacia atrás.

Penélope sacudió la cabeza para despejar su mente. ¡Dios mío!, ¿qué había estado pensando? De pie allí, en medio de un baile Cyprian, pensando en besar a este hombre.

—C-Creo que he visto lo suficiente—, dijo ella, con voz temblorosa. —Quiero irme a casa.

Jeremy asintió. —Sí, probablemente ya has visto lo suficiente para una noche. — Vaciló antes de extender su brazo. —Ven, te acompañaré a casa.

Penélope tomó su brazo, haciendo caso omiso de la chispa de conciencia que la

atravesó ante su toque. A medida que hacían su camino de regreso al piso inferior, y caminaban entre la multitud, pensó en lo que Jeremy le había dicho.

¿Estaba realmente —reformado—? ¿O la habría llevado allí porque deseaba que observara esas imágenes excitantes?

Y si lo segunda fuera cierto. . . ¿sabría cuán completamente había caído en su trampa?

Capítulo Cinco

Jeremy observó detalladamente a Penélope, mientras se dirigía hacia él, a través de su sala de estar y decía unas pocas palabras suaves a su sirviente. Se había sorprendido cuando le pidió que fuera a su casa a tomar el té, pero no se encontraba en posición de rechazar la invitación. No si quería continuar con su plan.

Aunque esta noche, quizás, su plan había funcionado demasiado bien. Cuando entró en el balcón, en el baile Cyprian, y vio a Penélope mirando la cópula frenética de Cecilia y Rannoch, su respiración agitada, sus ojos vidriosos por el deseo, sus piernas temblando, había necesitado toda su fuerza de voluntad para no llevarla contra su pecho y besarla hasta que no pudiera respirar. Y eso había sido aún más difícil de resistir, cuando miró fijamente su boca, haciéndole preguntas sobre sus propias conquistas, que él aún no estaba preparado para contestar.

Por mucho que deseara a esta mujer, esas cosas estaban fuera de sus planes. No, tenía que ser cauto. Prudente.

Y no podía ser Jeremy Vaughn, duque de Kilgrath, quién la sedujera. Si lo hiciera, ella podría esconderse en su cáscara y luchar contra él. Él la tendría, pero sería con la apariencia de su misterioso admirador secreto. Así que, al estar con ella, tendría que recordar ese hecho.

No, cuando fuera Jeremy Vaughn, tendría que representar el papel de amigo. Alguien en quién pudiera confiar.

— ¿Puedo preguntarte algo?— dijo él, mientras tomaba asiento junto al fuego.

Penélope caminó nerviosamente hacia la ventana, y se quedó mirando el exterior por un largo momento, antes de susurrar, — ¿Qué pregunta?

—Siempre has parecido ser una dama muy correcta, — comenzó, eligiendo cada palabra cuidadosamente. —Sin embargo, tomar parte en una lucha pública contra los excesos sexuales, atrae el tipo de atención que la mayoría de las mujeres de tu estatus evitaría.

Lentamente, ella se volvió para mirarlo. Sus mejillas estaban pálidas y sus ojos abiertos. —Sí. Es verdad, el que esta cruzada cayera sobre mis hombros, ha alterado mi vida de muchas maneras. Amigos con los que he tenido una relación cariñosa durante años, me han dejado. Y personas con las que nunca había tenido asociación, de repente, saben mi nombre. He sido elogiada y amenazada, algunas veces, simultáneamente.

Jeremy ladeó la cabeza. — ¿Cayera sobre tus hombros? ¿Estás diciendo que en verdad no crees en tu causa?

Si ese fuera el caso, —convencerla— de terminar su intervención, sería mucho más fácil.

Penélope lo miró por un largo momento, y Jeremy pudo sentir la lucha en su interior. Todavía no confiaba en él, por lo cual tenía que darle crédito, y aún así, había anhelo en sus ojos. Un deseo de decirle cosas que tal vez no podría decir a nadie más. Todo lo que tenía que hacer, era cultivar su deseo por un confidente libre de juicios.

Dio un paso para acercarse un poco más a ella. —Entiendo tu duda. Pero te prometo que sólo lo pregunto por mera curiosidad de cómo llegaste a estar es esta posición.

Su expresión se relajó un poco, pero la reacción de Jeremy no fue de triunfo. La

había manipulado diciéndole lo que necesitaba escuchar, pero eso lo hacía sentirse… vacío. Frío. Por primera vez, no estaba orgulloso de su habilidad para volver cualquier situación en su propio beneficio. Especialmente cuando sabía que el resultado final sería para Penélope.

—Sólo dije algunas cosas, — dijo ella, en voz baja. —Sólo hablé en alto al sentir una airada frustración. Y entonces todo acabó fuera de control.

Él ladeo la cabeza. —No lo entiendo.

Ella caminó por la habitación de manera inquieta. —Fue hace algunos meses. Yo estaba casi fuera del luto, en un té con unas amigas. Una de ellas, estaba muy disgustada porque había descubierto que su —perfecto— matrimonio feliz, era una mentira. Su esposo había mantenido en secreto a su querida, la cual ahora estaba esperando un hijo ilegítimo. Ver a mi amiga con el corazón tan destrozado, tan desgarrada por las acciones desconsideradas de su marido, me enfureció.

Jeremy permaneció en silencio, observando la forma en que su rostro se iluminaba al hablar. Sus mejillas se oscurecieron por el aumento de tono en su color, su cuerpo se animó, sus ojos brillaron. Estaba magnífica.

—No sé por qué lo dije, pero me lancé en una diatriba contra los hombres de la clase alta, y sus acciones estúpidas y egoístas. Una vez que comencé, las palabras fluyeron. Hablé sobre su libertad sexual y cómo, nosotras las mujeres, podíamos poner freno a sus hábitos fuera de control, si sólo nos agrupáramos. — Ella sacudió la cabeza. —Fue sólo una conversación. Pero las mujeres que escucharon parecían completamente fascinadas. Era como si ninguna de ellas hubiera pensado nunca en decirle a sus maridos, cómo se sentían sobre sus aventuras amorosas, y por supuesto, exigirles un poco más.

—Probablemente ninguna lo había hecho, — Jeremy soltó una risita. Ciertamente, él nunca había conocido a una mujer tan atrevida, como para pensar que pudiera

controlarlo. —Así que te convertiste en su defensora.

Ella asintió. —De alguna forma, las ideas que expresé ese día se difundieron. De repente se me aproximaban, las damas me buscaban para que repitiera mis pensamientos. Y entonces, algunas mujeres en realidad comenzaron a poner mis palabras en acción. Fue ahí, cuando los hombres empezaron a decirme cosas entre dientes, mirarme… incluso amenazarme.

La sonrisa de Jeremy desapareció. Aunque entendía el enfado y frustración de los hombres como sus amigos, cuya vida se había puesto patas arriba por la cruzada de Penélope, la idea de que alguno de ellos la hubiera amenazado no lo alegraba. Tan frustrante como era Penélope, no merecía ser dañada. O incluso intimidada.

Siempre había pensado que, si una mujer estaba enfada con un caballero, era deber del caballero usar su encanto para apaciguarla. Si sus amigos eran incapaces de eso, entonces era su culpa. No la de Penélope.

— ¿Piensas que alguna de las amenazas son serias?— preguntó, quedándose inmóvil de repente. Si Wharton podía llegar a ser tan apasionado con respecto a ella, era razonable pensar que otros hombres podrían sentirse aún más tentados a detenerla. Por cualquier medio disponible.

Ella se encogió de hombros, pero la forma cómo bajó la barbilla y rechazó mirarlo a los ojos, le decía que se había asustado por las amenazas. —Pienso que la mayoría no son más que habladuría furiosa. Pero no puedo pretender que no he enfadado a algunos hombres muy poderosos.

—No tienes que continuar con esto, — dijo Jeremy, tanteando las aguas con cuidado. —Si sientes que te pone en peligro, puedes terminarlo fácilmente. Creo que si lo dejas, pronto, todos lo olvidaran.

Penélope tomó aire y sacudió la cabeza. —No. Ahora que he comenzado, no

puedo detenerme.

— ¿Por qué?— preguntó él, acercándose más. Ella se puso rígida por el movimiento, y su mirada turquesa se dirigió a su rostro, llena de anticipación e inquietud, en igual medida. — ¿Por qué estás tan determinada?

Ella cerró las manos en puños a sus costados. —He visto las consecuencias de las acciones de los hombres, — susurró, su voz era severa. —Más de una vez.

El momento en el que las palabras escaparon de sus labios, Penélope rompió el contacto de su mirada, con un pequeño jadeo. Jeremy se sobresaltó. Era la segunda vez que había dado a entender, que algún tipo de dolor personal en su pasado, tenía que ver con su cruzada. Tal vez, descubrir ese dolor, era la llave para silenciarla.

—Penélope…— comenzó a decir él.

Pero antes de que pudiera terminar, la puerta detrás de ellos se abrió, y una mujer entró. —Buenas noches, Penélope…

La mujer cortó lo que estaba diciendo con un jadeo, y se tambaleó hacia atrás, al mismo tiempo, la mirada de Penélope subió rápidamente y sus ojos, muy abiertos, se movieron hacia él, llenos de temor.

Jeremy retrocedió. ¿Qué podría haber causado tal reacción? Observó a la mujer que había entrado en la habitación. Le parecía familiar, con sus pálidos ojos azules y su cabello marrón. ¿Dónde la había visto?

Espera. Sabía exactamente donde había visto antes a esa mujer. Aunque ya no llevaba los impresionantes y caros vestidos, o el sensual maquillaje, que alguna vez habían llevado a los hombres hacia ella como moscas a la miel, no podía ocultar el sensual balanceo de sus caderas, o el familiar mohín de sus labios llenos. Era Fiona Clifton. La amante que había dejado al mejor amigo de Jeremy, Anthony Wharton,

por la intromisión de Penélope.

La mujer cuya deserción, había llevado a sus amigos a forzarlo a detener a Penélope.

******

¿Por qué había entrado Fiona a la habitación?

Penélope apretó los puños en absoluto terror. ¡Querido Dios!, cualquier otra doncella habría preguntado si su señora tenía algún invitado, antes de irrumpir en el salón para interrumpir.

Pero ese era el problema. Fiona no tenía entrenamiento en ni uno de los pequeños matices que separaban a un sirviente de su señora. Y ahora, había entrado en una situación muy peligrosa. Jeremy estaba mirando fijamente a su amiga, y estaba perfectamente claro, que reconocía a la antigua cortesana. Sabía que fue la antigua amante de su mejor amigo.

— ¿Fiona?— tartamudeó él. — ¡Por Dios!, ¿Es aquí donde te habías escondido?

Aún cuando Fiona era una terrible doncella, Penélope tenía que darla crédito por tener otros talentos. A pesar del miedo que brillaba en sus ojos azules, la joven mujer nunca había perdido una oportunidad. Simplemente, dio un paso hacia Jeremy con una sonrisa que sólo podía ser descrita como insinuante, y rió.

— ¡Kilgrath! ¡Dios mío!, ¿cuánto tiempo ha pasado? ¿Y aún sigues pareciendo tan diabólico como siempre?

Penélope frunció los labios. La mujer no podía aprender la apropiada etiqueta para servir el té, pero todavía tenía a mano, todas las lecciones de cómo ser una cortesana. Estaba mirando a Jeremy como si pudiera devorarlo, justo allí, en medio del salón. Y peor, Jeremy devolvía la mirada como diciéndole que, si lo hiciera, no

le importaría en lo más mínimo.

Y los pensamientos sobre —devorar—, sólo hacían que Penélope pensara en la pecaminosa escena que había presenciado esa noche, y eso la dejó muda, mientras un caliente sonrojo coloreaba sus mejillas.

—Y, ¿Cómo conoces a Lady Norman?— preguntó Jeremy, con una rápida mirada hacia Penélope.

Fiona sonrió, pero había una tensión alrededor de sus labios, que hablaba de su propio nerviosismo. Penélope situó sus temblorosas manos detrás de su espalda.

—Lady Norman fue lo suficientemente amable, como para ofrecerme una posición en su casa, — dijo Fiona, y miró a Penélope con genuina gratitud.

Era esa gratitud, la que le facilitaba a Penélope, pasar por alto los otros defectos de Fiona.

— ¿Es eso cierto?— dijo Jeremy, su sorpresa se evidenciaba, tanto en su expresión como en su tono.

Fiona asintió. —Sí. En realidad, sólo vine para entregarte esto, Penélope.

Penélope hizo una mueca cuando Fiona empleó su primer nombre. Ella no había corregido a la mujer antes, principalmente porque parecía complicado para la dulce, pero caprichosa chica, recordar más de una o dos cosas a la vez. Pero escuchar el nombre de Penélope, de los labios de una sirvienta, hizo que las cejas de Jeremy se arquearan. ¡Maldición!, él ciertamente tendría preguntas. Y, si quería que él mantuviera la presencia de Fiona allí en secreto, tendría que contestarlas.

Penélope dio un paso adelante, con la mano extendida.

— ¿Qué es?— preguntó ella, encontrando finalmente su voz perdida.

Fiona le entregó una hoja de papel doblada. Cuando Penélope la giró, jadeó. Allí estaba la escritura, curvada y sensual, de su admirador misterioso. ¡Demonios!, era otra carta de él.

—Gracias, — tartamudeó ella, mientras escondía la carta detrás su espalda. — Puedes retirarte.

Fiona lanzó una rápida mirada a Jeremy. —Buenas noches, Excelencia. Ha sido muy agradable verlo de nuevo.

Jeremy inclinó la cabeza educadamente, pero no pudo ocultar la curiosidad e interés en sus ojos, mientras murmuraba. —Y a ti, Fiona. Buenas noches.

En el momento en el que su doncella salió de la habitación, Jeremy se volvió hacia Penélope, una oscura ceja se alzó en interrogación. — ¿Está Fiona bajo tu servicio?

Penélope enderezó los hombros. —Sí. Ella es mi doncella.

Jeremy asintió lentamente, luego la miró con una insinuación de humor perverso. — ¿Es buena en ese cargo?

Los ojos de Penélope se ensancharon por la sorpresa. No había esperado esa pregunta, y se encontró dejando escapar, —No mucho. — Se cubrió la boca, ahogando su nerviosismo con una risita. —Pero está tratando de aprender.

Él se echó a reír, y el sonido era completamente placentero. Profundo y rico. Ella lo miró, a pesar de sí misma. Todo su rostro cambiaba al reír. Parecía menos el sensual demonio, y más… simplemente un hombre cuya sonrisa era… cálida. Tentadora. Tenía un pequeño hoyuelo en la esquina de su labio, en lado derecho de la cara.

Ella parpadeó. ¡Gran Señor!, ¿En qué estaba pensando?

—Yo, er, me gustaría pedirte que no menciones la presencia de Fiona aquí, — dijo ella, forzándose a mantener un tono muy serio.

Jeremy dejó de sonreír. — ¿Puedo preguntar por qué?

Ella titubeó, sus dudas sobre el hombre ante ella, regresaron. Fiona le había contado historias terribles sobre la furia abusiva de Anthony Wharton. El pasado de Fiona era una de las razones del por qué, Penélope continuaba en su cruzada, incluso cuando sentía que era demasiado peso para soportar. ¿Era realmente posible que Jeremy no estuviera completamente consciente del abuso de Wharton?

O, simplemente no lo veía como un problema, ya que Fiona sólo era una mujer… y una cortesana, además.

Frunció los labios ante el pensamiento de que Jeremy pudiera mantenerse al margen, mientras una mujer fuera golpeada. El hecho de no estar segura de lo que él haría, o no haría, era un doloroso recordatorio de que no podía confiar en él.

—Simplemente, no quiero que la gente que venga a mi casa, la trate con menos respeto, basándose en sus indiscreciones del pasado. — Le explicó. —Ese es el único favor que te pediré.

Jeremy se encogió de hombros. —Estoy bastante seguro que el tema de los sirvientes que mantienes no saldrá a relucir en una conversación educada, Penélope. Pero si lo hace, yo no seré yo el que revele que Fiona se encuentra bajo tu contrato, o la naturaleza de su vida anterior.

— ¿A nadie?— ella presionó.

Él la miró fijamente, sus ojos se iluminaron con entendimiento. — ¡Ah!, ¿Te refieres a Anthony Wharton, su anterior protector?

Ella asintió lentamente.

Con un encogimiento de hombros, él dijo, —No veo ninguna razón por la que deba decirle sobre el paradero de Fiona, a no ser que ella decida decírselo por sí misma.

Un alivio parcial la inundó. Ahora, sólo debía tener esperanza de que Jeremy fuera consecuente a su palabra.

—Ella te trajo una carta, — dijo él, con una pequeña sonrisa. —Una que escondiste detrás de tu espalda.

Penélope levantó la mirada hacia él, y apretó su agarre sobre la carta detrás de ella. —Es completamente de mala educación por tu parte, el señalar algo como eso, ¿sabes?

Jeremy se rió. — ¿Lo es? Debes perdonarme, aún estoy aprendiendo a ser un hombre razonable. — Él dudó, inclinándose hacia un lado, como para echar un vistazo a la misiva que ella escondía. — ¿Es una carta de amor?

Los labios de Penélope se separaron. ¿Era tan obvio? Excepto, que realmente no la llamaría una carta de amor. Lo que el hombre que la escribió había dicho la vez anterior, tenía muy poco que ver con el amor. Deseo, sí. Pasión, ciertamente. Amor… no.

—No, e incluso si lo fuera, ¡No sería asunto tuyo!— dijo bruscamente, mientras se alejaba de él.

Él se rió de nuevo, y Penélope se detuvo en su marcha, sorprendida. Él sólo le estaba tomando el pelo. Como si fueran cercanos. Como si fueran amigos.

¿Pero lo eran? ¿Podrían serlo alguna vez?

—Muy bien, perdóname, — dijo Jeremy, con una elegante reverencia. —No debería atormentarte más. Si no deseas pedir consejo sobre la carta, no te forzaré a que confíes en mí. Sólo esperaba haber descubierto alguna debilidad en ti, querida. Si alguien de tu talla la tiene, eso me daría esperanza de que quizás, algún día, pueda superar las mías.

Penélope lo miró fijamente. ¿Seguía jugando con ella, o lo decía, hasta algún punto, en serio? El hombre era tan completamente confuso, no estaba segura que pensar de él, en ningún momento.

—Tengo muchas debilidades, Jeremy, — ella susurró.

Su sonrisa desapareció. —No serías humana si no las tuvieras.

Él extendió la mano y tomó la de ella, antes de que pudiera apartarla. La llevó hacia sus labios y rozó un beso ligero, como una pluma, a lo largo de sus nudillos. Ella se estremeció ante el firme contacto de sus cálidos labios contra su piel. Tenía una necesidad urgente de sentirlo en otros lugares. En todo su cuerpo.

Con una sacudida, ella apartó la mano, y la dirigió hacia su pecho, repentinamente pesado. —Adiós, Jeremy, er… Excelencia, — tartamudeó, con las mejillas sonrojadas.

Una oscura ceja se arqueó. —Hasta luego, Lady Norman. Disfruta de tu carta.

Entonces, salió de la habitación. Una vez que estuvo fuera, Penélope se hundió en la silla más cercana. Sus piernas estaban temblando y su estómago estaba dando saltos. No importaba que fuera completamente estúpido, o que todavía no estuviera segura de poder confiar en Jeremy Vaughn; algo sobre él aún la desconcertaba. La

conmovía desde muy adentro. La hacía cuestionarse a sí misma.

Al igual que lo hacía la carta. Penélope sacó la misiva, todavía en su espada, y miró la redondeada escritura. ¿Qué le habría escrito esta noche? ¿Qué fantasías habría tejido?

Y, ¿sería ella lo suficientemente fuerte para resistir el llamado?

Ya sabía la respuesta a esa pregunta, aún antes de romper el sello de cera y desdoblar las páginas. Ella no poseía ese tipo de fuerza. Antes de que terminara la noche, sabía que estaría retorciéndose en su cama, sola, pensando las palabras del autor, recordando las cosas perversas que había visto en el baile Cyprian…

E imaginando la cara de Jeremy durante todo el tiempo.

Con un suspiro, comenzó a leer:

Querida Penélope:

Si fueras mía, pasaría una eternidad, simplemente tocando tu piel. Y entonces, pasaría otra degustándote, por todas partes…

Capítulo Seis

Penelope estaba sentada en su cama, mirando la pequeña pila de cartas que había puesto allí. Su presencia se burlaba de ella. La atormentaba.

Todas las cartas eran de él, su admirador misterioso, el que quería hacerle tantas cosas perversas. Cada noche, durante una semana, habían llegado exactamente a la misma hora. De hecho, Penelope se había acostumbrado tanto a recibirlas, que cuando se acercaba la hora, se encontraba a sí misma mirando la puerta, y esperando por la siguiente misiva. Crecía en impaciencia y aburrimiento, hasta que tenía en sus manos las hojas dobladas, de un costoso papel.

Quiero tomarte, Penélope. Duro y rápido. Lento y suavemente…

Cada una detallaba más y más, las fantasías que el autor quería realizar con ella. En realidad, se habían convertido en sus fantasías, también. Había leído sus directas, poéticas, y a menudo pornográficas palabras, tantas veces, que podía recitar cada frase de memoria, sin siquiera intentarlo.

Y quiero que me desees tan desesperadamente, como yo te ansío…

Algunas de las cartas se habían centrado en detalle, en lo que su admirador deseaba hacerle. Había sido forzada a pensar en noches, en las que su hombre sin rostro la besaba, en cada pulgada de su cuerpo. En sus manos y dedos, acariciando cada curva, e invadiendo cada hendidura oculta y prohibida. Y finalmente, en el punto culminante, tomándola en cada posición imaginable… y algunas que ella ni siquiera había pensado que fueran posibles.

¿Te entregarías si te apretara contra la cama, y te abriera ampliamente para mi toque? ¿Alguna vez me has imaginado haciéndolo?

Pero, algunas de las cartas habían sido menos descaradas sobre las actividades. Eran más sobre su encantos. Una carta había tratado en su totalidad, sobre la erótica belleza de su cabello. Sobre sus fantasías, en las que ella lo soltaba delante de él, permitiendo que le hiciera cosquillas en su cuerpo, que se envolviera alrededor de su polla…

Penelope se puso de pie y se alejó de las cartas. No se hacía ilusiones sobre el hecho de que esas calientes palabras, no estuvieran alterándola. Arruinándola. Haciéndola convertirse en algo que no entendía.

Debería quemarlas, pero no lograba obligarse a hacerlo. Le traían tanto pecaminoso placer. Hechizando sus noches. Había abandonado la pretensión de resistirse a su erótica atracción. La pasada semana había sido una de poco sueño y descanso, mientras se llevaba a la liberación una y otra vez, y aún así, cada vez se sentía menos satisfecha.

Apretó un puño contra la repisa de la chimenea. Un hambre profunda, una que nunca se había permitido sentir antes, se había despertado en ella. Un oscuro deseo que hacía que sus muslos se apretaran contra una vacía humedad, cuando pensaba en las cartas, o en las cosas pecaminosas que había visto en las salidas de campo de Jeremy.

— ¿Milady?

Penelope se volvió, con un caliente sonrojo, para mirar hacia la puerta, y al lacayo que esperaba en ésta. Rechazó mirarlo a los ojos, temerosa de que cualquiera que la mirara ahora, pudiera descubrir sus perversos pensamientos.

— ¿Qué ocurre Appleton?

—El duque de Kilgrath ha llegado, milady. La espera en el salón oeste.

Penelope se sorprendió. Su cerebro se estaba volviendo tan confuso, que se había olvidado por completo de la hora, y de la cita que había acordado para la visita de Jeremy.

—Por favor, infórmele que bajaré en un momento.

Mientras el sirviente hacía una reverencia y se retiraba, Penelope se movió hacia el espejo de cuerpo entero, en la esquina de su vestidor. Aunque era probablemente una tontería, pensar que su sirviente pudiera leer sus pensamientos y fantasías escandalosas, sólo al mirarla, con Jeremy era completamente distinto. Él seguramente vería algo pecaminoso en su conducta, si no aclaraba su mente.

Alisó su cabello, pasó las manos sobre el talle alto de su precioso vestido azul. Tenía la apariencia de una dama. Podría comportarse y pensar como una, también.

Lentamente, bajo por las escaleras, hacia el cómodo salón donde Jeremy esperaba. Tomando una respiración profunda para calmarse, abrió la puerta.

Él no estaba sentado, sino inclinado contra la pared al lado de la chimenea, cuando ella entró, con uno de los libros de su biblioteca en la mano. Se quedó sin aliento al verlo. Su cabello, apenas demasiado largo, rozaba su frente, sus ojos verdes estaban completamente enfocados en las palabras que estaba leyendo.

Sus rodillas comenzaron a temblar ante la visión frente a ella. Si las palabras de su admirador, y las pecaminosas imágenes a las que había estado expuesta, la habían hechizado, también lo había hecho el rostro de Jeremy. ¿Cuántas veces lo había imaginado, mientras se daba placer en la furtiva oscuridad de su cama vacía?

¿En cuántos sueños había sido Kilgrath, quién se deslizaba sobre las mantas, y la despertaba con el placer demoledor, que otro hombre había escrito en tal detalle?

—Byron —dijo él, sacándola bruscamente de sus pensamientos, mientras cerraba el libro—. Bastante sensual para una mujer que encabeza la lucha contra los excesos.

Penelope parpadeó. —Siempre pensé en Byron como romántico, más que sensual.

Él sonrió, mientras dejaba el libro sobre una mesa cercana, y se aproximaba a ella. —En mi experiencia, a veces el romance y la sensualidad están cerca de ser la misma cosa.

Penelope tragó con fuerza, cuando él se detuvo frente a ella, a una distancia no mayor de un pie. Él miró su rostro, y luego inclinó la cabeza hacia un lado.

— ¿Estás bien?

Ella parpadeó. —Por supuesto.

—Pareces… —él dudó, como si tratara de encontrar la palabra correcta.

En el breve silencio, Penelope se tensó. Ella podía pensar en algunas palabras que la describirían. Hipócrita. Lasciva.

—Cansada, —dijo él, finalmente.

Ella sacudió la cabeza. —No, estoy bien. Simplemente perdí la noción del tiempo. Me disculpo si tuviste que esperar durante mucho tiempo.

—Para nada. Pero, ¿estás lista para marcharnos?

Ella dio un paso atrás. — ¿Marcharnos?

Era mediodía. ¿A dónde querría llevarla a esa hora? ¿No podría estarse llevando a cabo ningún baile Cyprian, o Courtesan's bed, o una ópera erótica, cierto? Si alguna de esas cosas se estaba llevando a cabo a esa hora, no estaba segura de poder soportarlas en su estado actual.

—Sí. —Él asintió—. ¿Me harías el honor de cabalgar conmigo? Ven a mi casa.

Penelope se tambaleó, alejándose más de él. — ¿A tu casa? No, eso sería completamente inapropiado. Tu reputación, o nosotros estando juntos… a solas. Si se descubriese…

Él frunció el ceño. —Me aseguraré de que no seamos vistos, Penelope. Te protegeré.

Penelope tomó una respiración profunda. Protegerla. Esa era la única cosa que no podía permitirse creer, que este hombre pudiera ser su protector. Y se dio cuenta, ahora que había sido dicho, que era la única cosa que deseaba, tal vez más que nada en el mundo.

No había tenido un amigo verdadero, un confidente real, desde… desde que ella y su hermana rompieran la confianza, años atrás. Y eso había ocurrido por un hombre, casi exactamente como el que tenía ante ella. Aún ahora, mirando a Jeremy, sentía como si pudiera susurrarle sus secretos más íntimos, y él no la juzgaría. Podría contarle sus dolores, y ser confortada.

Y, sin importar cuánto tratara de convencerse, de que esas apariencias no eran nada más que una ilusión, no podía romper con él, aunque sabía que debería hacerlo.

— ¿Prometes que no dejarás que me vean? —susurró.

Él dudó, luego asintió. —Lo prometo.

Su cabeza cayó. Había sido derrotada por sus propios deseos secretos, y una soledad que se sentía tan profunda, cuando estaba cerca de este hombre. —Muy bien. Tomaré mi chal y nos podemos ir ahora, si es lo que quieres.

******

Jeremy miró subrepticiamente la mano que Penelope había deslizado en el pliegue de su codo, después de que la llevara a hurtadillas a través de la puerta trasera de los sirvientes, de su opulenta propiedad londinense. Estuvo temblorosa y callada

mientras recorrían el camino en su carruaje, hasta su casa. Apenas lo había mirado a los ojos durante todo el tiempo que habían estado juntos.

Supuso que debería enorgullecerse de ese hecho. Estaba perfectamente claro que estaba quebrando sus creencias, cada vez que la exponía al erotismo y ella respondía con silenciosa excitación. Y sus cartas anónimas también la encendían. Estaba seguro de eso. Era casi tiempo de progresar hacia la última fase de su plan.

Y aún así, no se sentía orgulloso. Mirándola, tan pálida y callada, sintiéndola aferrarse a su brazo como si pensara que él sería su apoyo, se sintió… culpable.

Y esa no era una experiencia que hubiera tenido antes. Ciertamente no asociada con una mujer. Su vida era suya para vivirla. Nunca lo había hecho pensando mucho en otras personas. Si él no les gustaba, podían quitarse de su camino. Si eran heridos por sus acciones, era su fallo, no el de Jeremy.

Pero con Penelope todo era… distinto.

— ¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Penelope.

Jeremy se sorprendió. Había estado tan enfocado en sus propios confusos e inoportunos pensamientos, que había olvidado su propósito. Bien, no se podía permitir eso. No podía permitir que el extraño atractivo de Penelope lo manipulara, para abandonar su jurado deber. Él tenía algo de honor, aunque sus promesas fueran tan deshonrosas.

—Quiero mostrarte algo, —dijo, soltando su brazo. Distanciarse era lo mejor. Después de todo, se suponía que tenía que ser quién la hiciera cambiar, no su amigo.

Ella lo miró fijamente por un breve momento, entonces separó la mirada con un sonrojo, mientras colocaba las manos detrás de su espalda. — ¿Qué es?

—Yo, por supuesto, pronto me desharé de esos objetos, pero antes de hacerlo, pensé que podrías desear verlos. Representan todas las cosas contra las que luchas, —le dijo, mientras se detenía delante de una puerta.

Penélope inclinó la cabeza en interrogación, pero antes que pudiera hablar, Jeremy empujó la puerta, y ésta se abrió, revelando su galería privada.

Penélope se adelantó a él, con la boca ligeramente abierta, mientras se movía dentro de la amplia y soleada habitación. Jeremy cerró la puerta detrás de ellos y se reclinó contra ésta, observándola mientras miraba con asombro lo que veía.

Jeremy había comenzado a coleccionar esas piezas, cinco años atrás, cuando un amigo volvió de la India con algunas estatuas escandalosas, que representaban parejas interviniendo en actos evidentes de hedonismo sexual. Le había comprado una a su amigo, e inmediatamente se puso a buscar más arte erótico.

Con el paso de los años, había añadido pinturas, algunas de las cuales había encargado, y otras que simplemente habían llamado su atención. También había tomado interés en otras formas de arte. Alfarería grabada con escenas de actos sexuales, o trabajos en plata cuyos pomos representaban mujeres desnudas o eran fálicos en su forma.

En poco tiempo, había reunido una de las colecciones más extensas de ese tipo de arte, en Londres. Ocasionalmente, incluso permitía visitas guiadas.

Pero esta "visita", con Penelope como su única invitada, era su favorita hasta ahora. Lo que ella veía a su alrededor, habría sido escandaloso para la mayoría de las mujeres, quienes habían sido criadas para ser "buenas" y "correctas." Ciertamente esta habitación no era una que compartiera con cualquier invitado.

Para apreciar realmente este tipo de arte, se requería un cierto tipo de personalidad. Había pensado, que Penelope apenas sería capaz de mirar las estatuas y pinturas, pero para su feliz sorpresa, ella no se acobardó.

De hecho, ella los miraba abiertamente. Sus puños estaban apretados a sus costados, y su cuerpo estaba rígido, mientras se acercaba a los objetos de manera tambaleante, pero no pudo esconder la expresión embelesada de su rostro, mientras se movía hacia la gran estatua de mármol, que era la pieza central de la habitación.

Había encargado esa pieza un año atrás, y pagado bastante dinero por ella. Representaba a una mujer, con largo cabello echado hacia atrás, dejando libre su rostro, cuya expresión era de éxtasis. Su desnudo cuerpo estaba envuelto alrededor del de su amante de mármol. Sus piernas estaban firmemente aferradas, alrededor de su cintura, los dedos de piedra del hombre, presionaban su muslo, y su boca estaba sobre su pecho. Era hermoso y excitante a la vez.

Y, le gustara o no, era claro que Penélope reaccionaba de la misma forma que él. Estaba embelesada. Con un estremecimiento, se volvió hacia él, su cara era una llama roja, sus ojos azules miraron en todas direcciones, excepto a él.

— ¿Cuál es el propósito de enseñarme estas… estas cosas? —preguntó—. ¿Es un juego para ti?

Jeremy contuvo la risa. Algunas veces, realmente parecía estar jugando. Una complicada partida de ajedrez, donde ella maniobraba y él contraatacaba, pero ninguno ganaba terreno. Pero podía sentir sus defensas flaquear, y era sólo cuestión de tiempo antes de que la pusiera en jaque mate.

—Por supuesto que no —mintió, haciendo su mejor esfuerzo para sonar ofendido—. Cuando me acerqué a ti, te dije que podía exponerte de manera segura, a los bajos fondos de la Sociedad contra la que deseas luchar. Los he vivido durante la mayor parte de mi vida, y estoy íntimamente relacionado con ellos. Estuviste de acuerdo en que te gustaría verlo de primera mano, con el fin de estar mejor equipada para la batalla. ¿Has cambiado de idea?

Ella sacudió la cabeza, pero había duda en sus movimientos. Sutil, pero innegable. Penelope estaba comenzando a dudar de su lucha, a dudar de sí misma.

—No puedo cambiar de idea ahora, —murmuró ella, volviéndose de nuevo, para mirar a los amantes entrelazados, y su abrazo apasionado.

— ¿Deseas hacerlo? —preguntó él, su propia voz era tan baja como la de ella.

Ella lo miró sobre su hombro, y el estómago de él se apretó. ¡Dios Mío!, ella no tenía idea de cuán seductora era en esa posición. Pequeños mechones de su cabello rubio se rizaban sobre sus rosadas mejillas, enmarcando su rostro. ¿Estaría su cara tan rosada si él se estuviera deslizando, dentro y fuera de su húmedo cuerpo, mientras la doblaba sobre la estatua de mármol?

¡Maldición!, como le gustaría descubrirlo.

—No, —dijo ella, esta vez de manera más firme.

Alisó su vestido, y parecía que las dudas que había sentido en ella, habían desaparecido. Cubiertas, al menos temporalmente, por el severo y frío exterior, que Penelope mostraba a la mayor parte del mundo a su alrededor.

—Dime, ¿todos los caballeros de tu posición tienen tal galería? —preguntó ella, caminando a un lado se la estatua, y moviéndose para mirar las pinturas.

Jeremy se echó a reír. —Conozco algunos coleccionistas, pero nada tan extenso como esto. Tengo piezas que he encargado, así como obras que datan de miles de años atrás.

Sus ojos se ensancharon cuando lo miró en asombrada incredulidad. — ¿Miles?

Moviéndose hacia un estuche de cristal, a lo largo del fondo de la pared. —Sí, la mayoría de estas piezas son bastante antiguas.

Ella caminó hacia adelante, en dirección al estuche de cristal, como si estuviese acercándose a una ejecución, pero finalmente se inclinó sobre el cristal y jadeó. La mayoría de los objetos antiguos eran piezas que habían tenido uso en una casa. Cucharas con imágenes picantes en sus mangos, un espejo manchado, con dioses y

diosas apareándose en el agrietado marco, e incluso una pieza de joyería femenina, que mostraba un demonio dorado dando placer a una doncella con su lengua.

—Sensualidad, sexo, libertinaje —dijo Jeremy, moviéndose un poco más cerca de Penelope—. Esas cosas no son nuevas. Eran incluso celebradas por algunas sociedades.

— ¿Y cuántas de aquellas sociedades desaparecieron al final? —Penelope continuó observando los objetos, sus puños se apretaron contra la fría tapa de cristal de la caja—. Estas cosas, estas imágenes, y la disipación que representan, puede que no sean nuevas, pero fueron peligrosas en aquel momento. Incluso tan peligrosas como lo son ahora.

— ¿Peligrosas? —repitió Jeremy, sorprendido por el uso de la palabra.

Se podía ver fácilmente a través de lo que ella quería decir con 'peligroso para la Sociedad', peligroso para aquellos que se sometían a sus instintos básicos, pero había algo en su tono de voz, y una tristeza en su expresión, que le hizo pensar que su declaración era más algo personal, que una referencia externa.

Él se inclinó hacia ella. — ¿Penelope, qué te ocurrió?

Sus dedos se apretaron contra el cristal, antes de dar la vuelta, con la cara pálida. No lo miró a los ojos, pero a pesar de eso, Jeremy pudo ver poderosas y oscuras emociones en la profundidad azul. Allí había reflejado un crudo dolor.

Y por primera vez, realmente le importó ese dolor.

—Alguien a quién quería… —dijo entrecortadamente, como si el mero hecho de decir las palabras, la lastimara—,…fue seducida para protegerme.

Jeremy retrocedió una fracción. Esa era la única confesión que no había esperado, ¿A quién podría referirse?

Contuvo el aliento. Su hermana. Lady Miranda Rothschild había sido objeto de numerosos chismes, después de que su marido, Ethan Hamon, conde de

Rothschild, se lanzara a sus pies en un baile… espera, había sido en el baile de compromiso de Penelope, ¿no había escuchado eso?

¿Podría Rothschild haber seducido a Miranda? Jeremy no podía asegurar lo contrario. Los dos hombres habían recorrido los mismos círculos por muchos años, aunque Ethan lo había abandonado todo, tras su matrimonio. Muchos de sus amigos dijeron que la mujer del Conde lo había arruinado, aunque el hombre parecía muy feliz, cada vez que Jeremy lo veía.

Buscó en el rostro de Penelope. Había más en su dolor, que algo del pasado de su hermana. Después de todo, Miranda ahora era feliz, y ciertamente no le faltaba nada. Rothschild la llenaba de regalos regularmente, hasta el punto de que las mujeres hacían apuestas, sobre cuál sería la próxima joya magnífica que recibiría la hermosa Lady Rothschild.

No, el dolor de Penelope era mucho más profundo. Era personal. Causado por algo que no tuvo final feliz.

—Pero, ¿Que te ocurrió… a ti? presionó Jeremy, sus dedos le ardían por el deseo de cubrir su mano. Pero no se permitiría hacerlo. No la tocaría, principalmente porque temía, que una vez que lo hiciese, no terminaría en un mero consuelo.

Y si le daba algo más que consuelo, eso arruinaría sus planes.

Penélope finalmente levantó la mirada hacia la suya. Sus ojos brillaban por las lágrimas no derramadas, y su labio inferior temblaba ligeramente.

—É-él —comenzó a decir, entonces se detuvo.

Se alejó de él tres largos pasos, sacudiendo la cabeza. —No, nunca debí mencionarlo. Me disculpo por mi falta de decoro. Quiero ir a casa ahora. Voy a asistir al baile de Trimble esta noche, y tengo mucho que hacer.

Jeremy pudo haberla presionado, pero se contuvo, en parte porque sintió que presionarla, sólo perjudicaría su causa. Y en parte, porque estar tan cerca de ella, era desconcertante.

—Muy bien. Te acompañaré a casa.

Se dirigió hacia la puerta, y Penelope se mantuvo al menos a dos pies de distancia de él, mientras caminaban hacia el corredor.

— ¿Vas a estar allí? —preguntó ella, con la voz llena de forzada ligereza.

— ¿En el baile de Trimble? —preguntó él.

Ella asintió.

Él la observó de reojo. Había sido invitado al baile, por supuesto, y había tenido la intención de presentarse. Pero ahora no estaba seguro de que fuera el mejor curso de acción.

Penélope estaba lista para ser tomada, pero no por él. No, no podía descubrir que era Jeremy Vaughn, el duque de Kilgrath, el que la seducía hasta la rendición de sus sentidos.

Necesitaba al extraño anónimo, que ya la había debilitado con sus palabras desvergonzadas. Y Jeremy estaba más que dispuesto a representar ese papel.

—Lo siento, no puedo asistir —mintió—. ¿Pero quizás podamos hablar mañana?

—Sí, —dijo Penelope, mientras la ayudaba a entrar en el carruaje—. Me alegrará verte mañana.

Y mientras Jeremy entraba y tomaba asiento frente a ella, no pudo evitar sonreír. Lo supiera ella o no, Penelope lo vería. Y él la vería.

A toda ella.

Y, tal vez para cuando la noche terminara, él habría completado su deber para con sus amigos, y purgado la extraña atracción que ésta pequeña y bonita señorita tenía sobre él.

El Club de las Excomulgadas

Capítulo Siete

Penelope se miró en el espejo, observando mientras Fiona cepillaba su cabello, con pases largos y parejos. Se sentía como si estuviera mirando a una extraña, porque no tenía idea de en quién se había convertido en sólo dos semanas.

Desde la muerte de su marido, desde que había comenzado su discurso sobre los aristócratas y sus vicios, había empezado a verse a sí misma bajo una luz particular. Ella era Lady Penelope Norman, una mujer que decía lo que pensaba, a quién no le importaba lo que otros pensaran de ella. Había aceptado que sus opiniones impopulares, probablemente descartarían otro posible matrimonio para ella. Y su código moral evitaría que sus deseos básicos fueran nuevamente satisfechos por el toque de un hombre.

Había creído que había aceptado todas esas consecuencias.

Pero, mientras más tiempo pasaba con Jeremy Vaughn, más se daba cuenta de que su aceptación, no era más que una bonita mentira. Podría haber sido capaz de ignorar sus más oscuros secretos y pecaminosos deseos, pero en verdad, no los había suprimido por completo. Seguían acechando allí, haciendo que le doliera, haciéndola débil.

Entre la erótica influencia de Jeremy, y el escritor secreto que no dejaba detalles a la imaginación de lo que le haría a su húmedo cuerpo, estaba peligrosamente cerca del borde.

— ¿Está bien, Penelope? —Preguntó Fiona, su voz atravesando los pensamientos de Penelope—. Está demasiado pálida.

Penelope se enfocó en la otra mujer, en la imagen del espejo. —Tu vida anterior, — dijo suavemente, sonrojándose cuando Fiona hizo una ligera mueca—. Tu vida con Wharton, ¿la extrañas alguna vez?

Fiona colocó el cepillo sobre el tocador, con un golpe. —Wharton… me hizo cosas que nunca olvidaré, —dijo suavemente—. Y nunca perdonaré.

Penelope asintió. La expresión en el pálido rostro de Fiona, le recordó todo en lo que creía. Y enderezó la espalda. Podía luchar contra sus deseos, podía batallar contra su debilidad. Mañana, cuando viera a Jeremy, le diría que ya no deseaba más encuentros con él. Que había visto lo suficiente. Si realmente había cambiado, su rechazo sería suficiente para él.

Y si no lo había hecho, ya no haría el papel de tonta.

La puerta de la recámara se abrió, y un criado entró. —Milady, acaba de llegar una misiva para usted.

Penelope se dio la vuelta para mirar al sirviente. Incluso desde el otro lado de la habitación, podía decir de quién era la carta. Su admirador secreto. Su vicio tentador.

Esta era la primera prueba para su recién descubierta resolución.

—Tráigala aquí, —dijo, levantándose con el ceño severamente fruncido.

El joven le entregó la carta. Mientras salía de la habitación, ella la miró fijamente. La familiar escritura. El anónimo y redondeado sello de cera en la parte de atrás. Incluso antes de leerla, su cuerpo se debilitaba, sus pechos se sentían pesados. Sus piernas temblaban.

Sus dedos se apretaron alrededor del papel, arrugándolo mientras caminaba en silencio hacia el fuego.

— ¿Qué está haciendo? —preguntó Fiona, conteniendo el aliento.

—La voy a quemar, —dijo Penélope, a través de sus dientes apretados, mientras sujetaba las páginas por encima del fuego. El calor calentó su temblorosa mano, pero no podía liberar la carta, a pesar de saber que debería hacerlo. La miró

fijamente, el brillo naranja del fuego tornando el color marfil de las hojas, en un extraño amarillo.

— ¿Penelope? —susurró Fiona.

Controlando un sollozo, Penelope retiró la carta. No podía hacerlo. Tenía demasiada curiosidad a cerca de lo que le diría el hombre misterioso. Si quemaba la carta, sabía bien que eso la perseguiría.

— ¡Maldición!, —susurró sin aliento, mientras rompía el sello con tanta violencia, que la hoja bajo éste se rasgó. Sujetando los extremos, leyó el mensaje.

Penélope, debes saber que verte, sin ser capaz de tocarte, es un tormento. Estaré en el baile de Trimble esta noche. Te esperaré en el primer salón en el ala oeste de la residencia. Ven a mí a medianoche. Por favor.

— ¿Qué es lo que dice esta vez? —preguntó Fiona, dando un paso adelante.

Penelope estrechó la carta en su pecho. Desde que Fiona viera el contenido de la primera carta, Penelope no le había permitido a su doncella leer las demás. Pero no se hacía ilusiones de que la antigua cortesana, no estuviera completamente al tanto del tipo de cosas pecaminosas que el misterioso escritor había escrito en cada carta que había llegado luego.

—Quiere encontrarse conmigo. Esta noche. En el baile de Trimble, admitió Penelope, con la respiración entrecortada, mientras arrugaba las hojas.

Fiona sonrió, sus ojos claros brillaron. — ¡Qué emocionante!

Penelope la miró fijamente. ¡Querido Dios!, ella estaba de acuerdo. Era una excitación que hacía que su pecho se hinchara, y la ponía húmeda y necesitada.

Sacudió la cabeza. — ¡No!, —dijo bruscamente, enfada consigo misma, tanto como con Fiona—. No es excitante. ¡Es completamente inapropiado, tonto y vergonzoso!

Fiona se echó atrás ante el tono de regaño. —M-me disculpo, milady, —susurró—. No era mi intención ofenderla.

Penelope bajó la barbilla, sintiendo vergüenza. No tenía derecho a descargar sus problemas en Fiona. Eso no la hacía mejor que Wharton.

—No, yo me disculpo. Las últimas semanas han sido agotadoras. Y este nuevo desarrollo de los eventos, sólo causa más confusión.

Su sirvienta sonrió como si comprendiera los sentimientos de Penelope. — ¿Qué hará?

Penelope consideró la pregunta. —Una parte de mí desea esconderse aquí, evitar la fiesta por completo, como una cobarde.

Fiona se adelantó, sacudiendo la cabeza. — ¿Usted?, ¿Una cobarde? No, es la mujer más fuerte que haya conocido.

Penelope se sonrojó de placer por el cumplido. No estaba segura de merecer tan entusiasta elogio, cuando su mente era tan débil.

—Gracias. Pero el que sea fuerte, o una cobarde, no puede dictar esta decisión. La propia Lady Trimble me espera en la reunión. Ella es tan influyente. No puedo echarme atrás.

Con un suspiro, Penelope comenzó a caminar. —Supongo que simplemente podría ignorar la carta, como si nunca la hubiera recibido. Entonces, este hombre me esperará en vano, y eso será el fin de esta situación.

La idea la hizo sentir una indeseada sensación de consternación, que se aplastó profundamente en su interior.

—Pero, ¿qué ocurriría si él no espera simplemente? —preguntó Fiona.

Penélope ladeó la cabeza. — ¿A qué te refieres?

—He pasado muchos años entre hombres atrevidos y sensuales, como el que le escribe, — explicó la antigua cortesana—. Puede que simplemente no la espere y aparezca entre la multitud, cuando ignore su llamado. Podría aproximarse a usted delante de todos los asistentes.

Penélope tragó saliva. ¡Dios Mío!, no había pensado en esa posibilidad. Si un hombre se acercaba a ella en público, demandando saber por qué no había mantenido su encuentro secreto con él, en el área privada de la casa de sus anfitriones, el escándalo sería bastante malicioso. Hay quienes gustosamente sacarían provecho de cualquier marca contra su persona.

—Es cierto. —Caminó a lo largo de la habitación por segunda vez, imaginando cada horrible escenario que pudiera resultar de tal cosa. Finalmente, miró a Fiona—. Supongo que no tengo más remedio que encontrarme con él. Puedo decirle, sin duda, que ya no deseo recibir sus cartas. Tal vez eso termine con esta locura.

La otra mujer dio un paso adelante, colocando una mano en el antebrazo de Penelope, con una expresión de preocupación. — ¿Está segura de que él no… la lastimará?

Penelope ubico su propia mano sobre la de la mujer, con una sonrisa. Por supuesto que Fiona temería por su seguridad física, después de todo lo que había tenido que atravesar en su trágica vida. Pero Penelope no se preocupaba por la seguridad de su cuerpo. La forma en la que el extraño le escribía, no era amenazadora u ordinaria. Era simplemente descarada y erótica.

Sus temores se cimentaban más en su propia falta de control, en lugar de en la de él. Pero quizás, una vez que viera al hombre que había imaginado tan completamente en su mente, no lo desearía más. Tal vez tenía los dientes torcidos y las pantorrillas rellenas, y lo encontraría repugnante.

—Él no me hará daño, —prometió—. No le permitiré que lo haga.

Y todo lo que podía esperar, era no terminar haciéndose daño a sí misma, cuando se encontrara cara a cara con el hombre cuyas palabras la habían hechizado.

******

Jeremy estaba de pie, entre las largas sombras que llenaban la oscuridad de la vacía extensión del salón de Lord Trimble. Era un salón familiar, no uno público, alejado del zumbido de la muchedumbre que llenaba el brillante salón de baile, a sólo unos pasos por el pasillo.

Aunque no la había visto, sabía que Penelope estaba allí. Su conductor le había avisado de su llegada, mientras él esperaba afuera, en un carruaje sin marcas. Jeremy había entrado por una puerta secundaria, y ahora la estaba esperando.

Esperando lo inevitable.

El pensamiento lo emocionaba. En sólo… miró su reloj de bolsillo… diez minutos, estaría con ella. Ella no sería capaz de verlo en la oscura habitación, pero él finalmente la tocaría. La seduciría.

No había sentido tanta necesidad desde… en realidad, no podía recordar la última vez. Criado como el hijo mayor de un poderoso Duque, Jeremy se había acostumbrado a obtener lo que deseaba, cuando lo deseaba. Ya fueran armas, caballos o mujeres, podía contar con una mano las veces que había sido rechazado.

Era algo aburrido, a decir verdad. No había desafío en simplemente chasquear los dedos, y tener a una mujer cayendo a sus pies.

Penelope era un desafío. Perseguirla había sido un trabajo duro, y esta noche, recibiría el beneficio de esa labor. Era un pensamiento infinitamente satisfactorio, y su polla se endureció.

El sonido del pestillo de la puerta lo sacó de su ensueño y centró su atención. Observó mientras la barrera se abría lentamente, y una mano enguantada se curvaba por el borde.

Penelope.

Ella entró. La luz de la luna caía desde la ventana, en una larga columna que iluminaba perfectamente la puerta. En la brillante neblina, Jeremy podía ver cada detalle de la forma y rostro de Penélope, pero ella no lo podía ver en las sombras.

Y realmente observó. Ella llevaba un vestido verde pálido con un elegante escote bajo, y cortas mangas abombadas. Un chal más oscuro cubría sus antebrazos, las borlas de éste, acariciaban la curva de su cadera, mientras se adentraba un poco más en la habitación.

— ¿Hola? —dijo ella, su voz era áspera y débil. Frunció sus labios y lo repitió, esta vez con más convicción.

Jeremy continuó mirándola fijamente, observando con fascinación, sus labios llenos al formar la palabra. Su rostro estaba casi tan pálido como la débil luz de la luna, sus ojos ensanchados y llenos de emociones que no había practicado lo suficiente para esconder. Estaba asustada. Estaba ansiosa.

Estaba necesitada. El deseo brillaba en su mirada, junto con esas otras emociones.

Su rostro se desencajó cuando no hubo respuesta dentro de la habitación. Miró hacia abajo, ruborizada, antes de comenzar a dirigirse a la salida.

Jeremy sacudió la cabeza para dejar a un lado su inesperada reacción ante su apariencia y susurró, —Penélope.

Tuvo cuidado de mantener baja la voz, disfrazada por el volumen, y un poco de aspereza que se forzó en producir.

Ella saltó ante el sonido de su nombre y giró, saliendo bruscamente del fragmento de luz de luna, y uniéndose a él en la casi completa oscuridad.

— ¿Qué…? —comenzó a decir.

Él no le permitió terminar. Dando un paso adelante, tomó su mano. Ella se sacudió ante el toque, pero no lo detuvo cuando la arrastró hacia delante y la llevó hacia sus brazos. Él se envolvió a su alrededor, llevando su ruborizado rostro contra su pecho, sus caderas contra las de él, sus piernas contra las propias. ¡Dios!, ella se sentía tan bien. Un paraíso inesperado que había entrado en su infierno seductor.

—Por favor, —gimoteó ella, pero el propósito de su petición no estaba claro. Él no sabía si le estaba suplicando que la tocara o que no lo hiciera.

Pero ella parecía no saberlo, tampoco. Por un lado, tenía los puños apretados contra su pecho para apartarlo, y por el otro, arqueaba sutilmente las caderas contra las suyas, para acercarlo más. Con una pequeña risa de placer, Jeremy tomó ventaja de su confusión, inclinando la cabeza para presionar sus labios contra los de ella.

Por un breve momento, ella se quedó completamente inmóvil, con las manos en puños contra su pecho, y su boca fruncida bajo la suya. Pero entonces, dejó escapar un pequeño gemido y se aferró a su abrigo. Sus labios se separaron, invitándolo, y cuando él tomó la invitación, su húmeda lengua lo saludó con una fiebre caliente y hambrienta.

Jeremy la aplastó contra él, para acercarla más, renunciando a la técnica por una pasión salvaje. Succionó su lengua, bajó las manos a lo largo de su columna, tomó su trasero para levantarla contra su dolorida polla. Caminó hacia adelante, llevándola de espaldas, paso a paso, hacia la pared del otro lado de la oscura habitación.

Cuando su espalda se aplastó contra la dura superficie, Penelope gimió de nuevo y levantó sus caderas hacia las suyas en una muda súplica.

Toda la espera había merecido la pena. Su entrega era dulce. Una verdadera entrega, no como la actuación que representaban las cortesanas, e incluso las viudas. Jeremy había conquistado realmente a Penelope, abrumó su resolución,

torció la fuerza de su resistencia. Cada vez que ella hacía un pequeño sonido de placer, su polla se ponía más adolorida.

Hasta que casi enloqueció por el deseo.

Moviendo su boca de la de ella, arrastró sus labios por su barbilla, y por la curva de su garganta. Deslizó una mano por debajo del escote de su bonito vestido, y sintió la dura punta de su pecho, presionando contra sus dedos. Hizo rodar el pezón entre el pulgar y el índice, a medida que bajaba más la boca, sobre el material de seda de su vestido, hasta llegar a su estómago. Cayó de rodillas, mientras deslizaba la boca aún más abajo, soplando aire caliente contra la coyuntura de sus muslos, y deleitándose con la forma en que elevaba las caderas para encontrar su boca, mientras soltaba un gemido de placer.

Él no habló, no preguntó, mientras empujaba hacia arriba las capas de seda del vestido, hasta que reveló la delicada camisa de algodón. La apartó también, y encontró la abertura de sus calzones de satén. Introdujo un dedo, para acariciar con la punta de su dedo índice, la dulce y húmeda hendidura oculta.

— ¡Oh, Dios!, —gimió ella, sus uñas rayaron el caro papel tapiz de la pared tras ella.

Él añadió un segundo dedo, separando y torturando sus pliegues resbaladizos, abriéndola hasta que pudo sentir el aroma de su deseo, hasta que cubrió sus dedos con la prueba de que había estado tan necesitada de él, como él lo había estado por ella. Incluso si no supiera quién era él.

******

Penelope luchaba por aferrarse a la resbaladiza pared. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido. Había tenido toda la intención de terminar esta locura. De exigirle a su admirador secreto que cesara con su no deseada correspondencia. En su lugar, se encontraba medio desnuda, los dedos de él estaban ahora profundamente alojados en su húmedo canal, extrayendo sensaciones que nunca antes había sentido, incluso con el toque furtivo de sus propias manos.

La acarició con una combinación de malvadas intenciones e infinita dulzura. Él extendió su cuerpo, abriéndola para…

Sabía para qué. Él tenía toda la intención de llevar esta caliente, inesperada y animal unión, hasta el final. Iba a tomarla. Contra una pared, en el salón de uno de los líderes más influyentes y severos de la Sociedad de Londres.

Y Penelope no podía encontrar la voz para detenerlo. Especialmente cuando sus dedos se movían en su interior y sentía el susurro de su respiración contra su piel desnuda.

Miró hacia abajo y observó la sombra de su cabeza. Entrecerró los ojos, pero no pudo distinguir ningún rasgo en la oscura y silenciosa habitación. Sólo un amante misterioso, como lo había sido en todas sus fantasías.

Pero esto era real. El roce de sus labios contra su muslo era real. La forma en que tiró de sus calzones, rasgando la fina tela de satén, hasta que ésta quedó colgando de manera inútil alrededor de sus piernas, y luego llevó la boca hacia arriba para darla el beso más íntimo de todos, era real.

Ella afianzó las piernas, dejando caer su cabeza contra la pared detrás de ella, cuando una sensación exquisita la atravesó. La lengua de él acarició sus labios externos, jugueteando con el pequeño nudo oculto entre los pliegues de su sexo, succionó hasta que el crudo y caliente latido de deseo, se convirtió en un crescendo interminable. Ella empujó contra él, actuando contra su voluntad y su razón, y buscó lascivamente la liberación que tanto deseaba. Una liberación de su cuerpo. De su espíritu.

Una liberación de todo por lo que luchaba.

Ese pensamiento la trajo de vuelta con rapidez. Su cuerpo titubeaba en el borde de la locura, y no podía permitirse caer. Con un sollozo, que no era de placer, Penelope desenredó los dedos de su cabello y se arregló la falda para alejarse de su malvada lengua.

—No, —gimió ella, volviéndose de cara a la pared. Se apoyó contra ésta, mientras alisaba su falda hacia abajo, entre la fría superficie y su cuerpo—. No, no puedo.

******

Jeremy miró a Penelope, deseando poder ver los detalles de su rostro en la oscuridad. Sólo podía escuchar su respiración entrecortada, la que hacía juego con sus propios jadeos. Su cuerpo había estado tan cerca de la liberación, que él ya había sentido los primeros espasmos contra su lengua.

Había saboreado la desesperada necesidad de su carne, sintió el líquido de la liberación mientras vertía sobre él.

Y ansiaba más de ello. En ese momento, no había estado pensando en nada más, que hacerla sollozar en su liberación. Sentirla estremecer de placer. Y hacerlo una y otra vez, hasta que estuviera recostada, débil y satisfecha, sobre el suelo y bajo su duro cuerpo.

No podía entender que ella se resistirse a él, sin incluso permitirse su propio placer. No cuando había reaccionado tan poderosamente a su beso, su toque, su calor.

Aparentemente, él había subestimado su dedicación a su tonta búsqueda y a su extraño código moral.

Se puso de pie y la miró en las sombras, mientras continuaba apoyada en la pared, de espaldas a él.

—Penelope, —susurró él, y esta vez no hizo ningún esfuerzo para que su voz sonara ronca y extraña—. ¿Por qué me apartas cuando todas las reacciones de tu cuerpo me hacen saber lo mucho que deseas mi toque?

Ella se volvió, y en la débil oscuridad la vio sacudir la cabeza. —Mis deseos, no son todo lo que debo considerar. Debes saberlo, ya que conoces mi identidad. No sé por qué me elegiste para escribirme tus…

Ella dudó y él escuchó exhalar, en un suspiro estremecedor.

—… para escribirme tus cartas.

Él dio un paso para acercarse, y su cuerpo se puso rígido. —Porque te he deseado desde el primer momento que te vi.

—No, —susurró, pero él tuvo el presentimiento de que estaba diciéndoselo a sí misma, no negándose a él—. No puedo. No puedo permitírtelo, no puedo permitir esto.

Ella se apartó de él, tambaleándose a través de la habitación, hasta que se detuvo de nuevo bajo el rayo de la luz de la entrada. Apoyó la frente en la puerta, con los hombros encogidos.

—Por favor, no sé quién eres. Y no quiero saberlo. Pero no puedes escribirme de nuevo. No puedes buscarme. Sólo…sólo déjame en paz.

Entonces abrió la puerta y se apresuró hacia el pasillo, dejando solo a Jeremy. Él miró el lugar donde ella había estado y dejó escapar una maldición, aunque no estaba enfadado.

No, había otro sentimiento. Uno que raramente experimentaba. Decepción, mezclada con un matiz de arrepentimiento. Su cuerpo estaba tan duro que le dolía, y estaba claro que no tendría la satisfacción esta noche, a menos que la buscara en otra mujer.

Lamió sus labios y saboreó la dulce ambrosia del cuerpo de Penelope en su lengua. Otra mujer sólo podría satisfacerlo temporalmente. Era a Penelope a quién deseaba.

Ella había huido esta noche, de regreso insatisfecha a la multitud, pero eso no significaba que no hubiera experimentado un cambio. Incluso si no había permitido que ninguno de ellos encontrara la liberación, ella se había entregado, capitulando ante un hombre que existía sólo en las sombras. Ante un extraño que la había seducido con palabras.

Su cuerpo tembloroso y sus gemidos de placer, habían sido la prueba de que la hermosa Penelope, escondía deseos que eran completamente opuestos al código de corrección por el que regía su vida.

Jeremy sonrió mientras echaba una rápida mirada al pasillo, e hizo el camino de vuelta a su carruaje. Puede que esta noche regresara a su casa duro y dolorido, pero no tenía duda de que, con un poco más de tiempo, un poco más de presión, tendría a Penelope. Primero su cuerpo, después su alma. Y su causa pronto sería aplastada por la ola de placer a la que él, con seguridad, la introduciría.

Capítulo Ocho

Los bordes deshilachados de los calzones rotos de Penelope rozaban sus muslos, todavía temblorosos, por debajo de su vestido. El roce suave del tejido rasgado atormentaba su ya tenso cuerpo. Era un recordatorio constante de lo que había hecho. O aún peor, de lo que todavía quería hacer con un extraño cuyos motivos aún no lograba entender.

Pero eso no había importado en el momento que unió sus labios a los suyos. Había dejado de lado todas sus dudas, y se entregó como una insensata lasciva. Se sonrojó al recordar todas las sensaciones placenteras que se habían apoderado de ella en la oscuridad. Al igual que recordaba que no había hecho ningún esfuerzo por detener al extraño sin rostro cuando la tocó.

Sus manos temblaban, cuando tomó una copa de vino de la bandeja de un sirviente que pasaba. Mientras se tragaba de golpe el fuerte líquido, trató con todas sus fuerzas de mantener la calma, pero todo fue en vano.

Quería irse a casa. Quería esconderse de sus recuerdos.

Y lo peor de todo, fue que deseaba hablar con Jeremy, entre todas las personas. A pesar de que dudaba de sus intenciones, de que su presencia la ponía nerviosa y necesitada, quería verlo.

Para decirle lo que había pasado y pedirle consejo.

Él no la juzgaría. No pensaría que era una desvergonzada. Él comprendería.

¿O no?

— ¡Penelope!

Los hombros de Penelope se pusieron rígidos cuando escucho la penetrante voz de su madre, a través del salón, tras ella. ¡Dios mío!, precisamente esa noche, no quería ver a su madre. Pasar tiempo con Dorthea Albright, ya era lo suficientemente difícil, incluso cuando Penelope no tenía los nervios destrozados, y un cuerpo vacío y adolorido, que le recordaba sus pecados.

Con una mueca, Penelope se volvió. Su madre se abría paso a través de la multitud, con Beatrice, la hermana menor de Penelope, a su lado, con una mirada furiosa en el rostro de la chica.

—Hola, mamá —dijo Penelope— Beatrice. ¿Dónde está Winifred?

Beatrice se cruzó de brazos con el ceño fruncido. —Le pidieron bailar. Lo que no es justo. Soy un año mayor que ella. Si un joven quiere bailar con una Albright, debería elegirme a mí.

Penélope se mordió la lengua. No estaría bien señalarle a Beatrice que su actitud de superioridad y su expresión agria, probablemente mantenían a los jóvenes alejados

de pedir su mano. Beatrice siempre había sido la niña de los ojos de su madre, criada para tener una actitud pretenciosa, que no se ajustaba a su situación en la vida. Era fría y mimada, y su actitud alejaba a mujeres y hombres por igual.

Penelope había pensado a menudo que su hermana, debía sentirse muy sola en la torre de marfil que había construido a su alrededor. Pero nada podía detenerla, o a su madre en su fomento de tanta vanidad y superioridad.

—No te preocupes por Winifred —la acalló Dorthea—. El chico con el que está es solo el hijo de un barón. Ciertamente, no merece la pena que malgastes tu tiempo con él.

Penélope reprimió un grito de asombro. Su madre había hablado tan alto, que sin duda, algunas de las familias a su alrededor habían escuchado sus comentarios despectivos.

—Mamá —murmuró, apretándole el brazo—. Has dicho algo irrespetuoso.

—No es cierto —insistió su madre, agitando el brazo para liberarse—. Tu hermana no debe casarse con alguien con menos rango que un conde, como lo ha hecho su hermana.

Beatrice asintió. —Sí, y tú no deberías hablar, Penelope. Después de todo, has estado trabajando para conseguir un duque.

Penelope quedó boquiabierta, y miró a su madre y a su hermana. —Primero, no somos una familia con título, y aún cuando Miranda se ha casado con un conde, eso no significa que Beatrice y Winifred se casarán con hombres de ese rango. —Se volvió hacia su hermana—. ¡Y en cuanto a que yo me case con un duque, no tengo idea de dónde has oído ese rumor, pero te aclaro que no me voy a casar con nadie!

Su madre sonrió. —Vamos, toda la Sociedad está comentando como tú y el duque de Kilgrath han sido vistos hablando de manera muy cercana. ¡El hombre tiene seis residencias y por lo menos cincuenta mil libras al año, Penélope! Incluso superarás a Miranda. ¡Estoy tan orgullosa!

Penélope tragó con fuerza. Su cabeza comenzó a dar vueltas. ¡Dios mío!, ¿En verdad había gente diciendo tales cosas? Con su madre, era difícil saber la diferencia entre la verdad y la ilusión de la esperanza.

—El duque de Kilgrath ha mostrado interés en mis ideas sobre el comportamiento de los hombres de su círculo —insistió Penélope—. No me está cortejando.

Aunque eso era algo que tenía que recordarse ocasionalmente, cómo lo había hecho más temprano ese mismo día, cuando habían recorrido la pecaminosa galería, en la que guardaba su arte erótico.

La sonrisa de su madre desapareció. —Tus ideas. ¡Por Dios!, niña, lo arruinarás todo si continúas con tu parloteo incesante. Estás obteniendo una reputación, querida. Una tan dañina como lo sería si anduvieras haciendo cabriolas en rincones oscuros, como una mujer fácil.

Penelope se mordió el labio. Había estado haciendo justo eso, menos de una hora antes. Un poco más que cabriolas, en realidad. Había estado a punto de entregarse al pecaminoso tacto de un hombre cuyo rostro ni siquiera había visto.

Y le había gustado. Lo que la convertía en el mayor fraude de la historia.

—…Y cuando hables con Miranda y Ethan, espero que hagas precisamente eso —continuó su madre.

Aunque Penélope no sabía sobre qué había estado hablando su madre, la mención de su hermana y su marido, hizo que su atención retornara.

— ¿Hablar con Miranda y Ethan? —Repitió, mientras su corazón saltaba en su pecho—. No tengo intención de hablar con ninguno de ellos.

Su madre frunció el ceño. —No sé porque rompiste los lazos con tu hermana. Las dos eran uña y carne hasta su matrimonio. Es absurdo tener celos de sus logros, cuando sabes que su esposo puede ser muy beneficioso, por medio de sus influencias, en tu vida.

Penélope contuvo una carcajada, poco propia de una dama. ¡Oh, sí!, Ethan Hamon, conde de Rothschild, podría ser muy beneficioso. Había visto de primera mano cuan beneficioso podía ser. Y si su madre supiera exactamente como había "cortejado" a Miranda, se preguntó si Dorthea lo aprobaría tanto.

Lamentablemente, quizá su madre solo vería el dinero y la influencia que la unión había llevado a su familia. Tal vez no se preocupara por los medios para llegar al fin.

Pero Penélope sí.

— ¡Ellos están aquí esta noche y tienes que hablar con Miranda! —Insistió Dorthea, cerrando su abanico y golpeando su palma—. Esta pelea entre vosotras tiene que terminar.

Penélope se quedó sin aliento mientras su mirada se movía por la habitación. Efectivamente, a unos veinte pasos de distancia estaba su hermana mayor, Miranda, con la mano curvada en la parte interior del brazo de su esposo. Estaba ligeramente apoyada contra él, mirándolo mientras le susurraba algo al oído. No era difícil adivinar el tema de conversación, por la manera que Rothschild le devolvió la sonrisa, con algo de maldad en la suya.

Penelope desvió su mirada.

—Me voy a casa —dijo, con los dientes apretados.

—No, no lo harás —dijo su madre bruscamente, sujetándola.

Penélope esquivo su agarre. —Lo haré.

Encontró a su hermana por segunda vez y vio que la pareja se dirigía hacia ellas. Desde el otro lado de la habitación, Miranda encontró su mirada. A Penelope le dolió el corazón. Miranda había sido su mejor amiga, su confidente más cercana. O por lo menos, ella había pensado que eran así de cercanas, pero todo había resultado una mentira.

Aún así, cuando observó los ojos de Miranda, vio la cercana relación que alguna vez habían tenido. Vio la calidez y el cariño de su hermana mayor.

Pero cuando miró a Miranda y Ethan juntos, vio todas las mentiras, todos los engaños. Y también vio un recordatorio de todo lo que no debía desear, y menos aún tener. Era un vergonzoso recordatorio de cuán cerca había estado de tirar las virtudes que tanto había aclamado.

—Buenas noches —balbuceó, antes de salir corriendo, con la voz de su madre llamándola, aún sonando en sus oídos.

******

Jeremy caminaba de arriba a abajo por su dormitorio, su túnica ondeaba alrededor de sus muslos desnudos, a cada paso. A pesar de que era casi mediodía, y habían pasado casi doce horas desde su poderoso encuentro con Penelope, la intensidad de su intercambio todavía lo sacudía. Y los recuerdos... bueno, él tenía una memoria perfecta. Aún podía oler su ligero perfume, todavía podía sentir el calor de su piel bajo la suya.

Aún podía sentir su sabor en los labios. Una combinación dulce y terrenal, que ponía su polla dura como una roca, sin importar cuántas veces encontrara la liberación por su propia mano. Había sido más de una vez desde que lo dejó, y sin embargo, aún ahora, su excitación se burlaba de él por debajo de su túnica.

Dejar marchar a Penelope, cuando él sabía que podría haberla convencido de volver con otro beso, otra caricia, había sido muy difícil. Casi imposible.

Y eso era preocupante. No había sentido algo tan fuerte por una mujer en mucho tiempo. El deseo era un hambre que saciaba y luego olvidaba. Pero, con Penelope era diferente. Los pensamientos sobre ella lo atormentaban.

Al igual que el conocimiento de que podría haber terminado fácilmente con su deber, la noche anterior. Podría haberlo preparado todo para que fueran interrumpidos en esa habitación. Cualquiera de sus amigos habría estado feliz de

traer respetables testigos al salón a una hora convenida, e interrumpir el apasionado encuentro.

Si alguien hubiera visto la salvaje y erótica escena, Penélope habría estado arruinada. Las damas que estaban tan cautivadas con las ideologías de Penelope sobre los males de la sexualidad sin trabas de la Sociedad, no habrían pasado por alto la lasciva actuación de su líder.

Sus propios amigos estarían plenamente satisfechos con la ruina de Penelope.

Pero Jeremy no había hecho ningún arreglo de ese tipo. No había deseado ser interrumpido. No había querido poner fin a su cacería de Penelope.

Sólo había deseado tocarla. Y aún lo deseaba.

—Excelencia, Lady Norman lo espera en la galería.

Jeremy dio un respingo, al oír la voz de su mayordomo, desde la puerta. Se dio la vuelta para mirar al hombre. — ¿Lady Norman? —repitió, haciendo caso omiso de cómo su polla se había endurecido, aún más, al pensar que ella estuviera allí.

—Sí, señor —dijo el sirviente con un asentimiento de cabeza, manteniendo la mirada a la altura del rostro de Jeremy.

—Llega temprano, no la esperaba hasta las dos —murmuró, más para sí que para el sirviente.

— ¿Debo decirle que no está en casa, señor?

— ¡No! —dijo Jeremy, con un poco más de fuerza de lo que pretendía. Contuvo la respiración. No debía demostrar su anhelo en todo lo que decía o hacía—. No. Por favor, dígale que bajaré cuando me haya vestido. Y prepare todo para el almuerzo. Creo que la dama y yo comeremos en la galería, ya que es un día tan hermoso.

No mencionó que también esperaba ver la luz de sol del principio de la tarde, brillar sobre el dorado cabello de Penélope.

—Sí, señor. Enviaré a Paddington, también —dijo el mayordomo, mientras hacía una reverencia y salía de la habitación.

Jeremy sonrió mientras se dirigía a su vestidor, en espera de su ayuda de cámara. Si Penelope había llegado a su casa casi dos horas antes de la hora convenida, sólo podía significar que tenía algo muy importante que compartir con él.

Y sospechaba que ese algo tenía que ver con lo sucedido la noche anterior.

******

No estaba vestido. Eso era lo que el criado de Jeremy le había dicho a Penelope antes de hacer una reverencia y retirarse, dejándola esperar bajo el cálido sol del día de verano. Ella retorcía sus manos en el regazo, mientras pensamientos pecaminosos la bombardeaban.

Pensamientos del cuerpo desnudo de Jeremy. Pensamientos de las cosas que Jeremy podría hacerle con ese cuerpo desnudo.

Se puso de pie y caminó hasta la pared de la galería. Apretó las manos en puños en la baranda y miró hacia los jardines. ¿Qué le ocurría? La noche anterior, había dejado que un extraño la besara de la forma más íntima posible, y doce horas después estaba fantaseando con permitirle a Jeremy Vaughn hacerle las mismas cosas.

Sus principios se estaban erosionando a un ritmo impactante.

Bajó la cabeza y cerró los ojos, cuando la vergüenza se apoderó de ella. ¿Cómo había llegado a esto? No había crecido queriendo ser una especie de cruzada. Había soñado con la pasión y el placer, como cualquier otra joven.

Pero las cosas habían cambiado. Cambiaron cuando Penelope se dio cuenta de lo lejos que Miranda estaba dispuesta a llegar, para proteger a su familia. Cambiaron cuando Penelope se casó, y supo que el concepto de pasión de su esposo era diferente al suyo.

Cambiaron cuando hizo algunos comentarios frustrados sobre los excesos pecaminosos de los hombres de la alta sociedad. De alguna manera, esas cosas la habían convertido en la mujer que era actualmente.

Pero todo parecía una ilusión. Ahora, de pie bajo la reveladora luz de sol de la terraza de Jeremy, ya no estaba segura de sí misma. Y en la oscuridad de la habitación, la noche anterior, con un extraño sujetándola contra la pared, su caliente y áspera lengua provocando gemidos perversos a través de sus labios, no se sentía como una cruzada. No se había sentido mal.

Se había sentido viva.

Se cubrió el rostro, suspirando de manera temblorosa. Ahora, ni siquiera estaba segura de quien era. O lo que deseaba. Había llegado a la casa de Jeremy Vaughn, dos horas antes de la hora acordada, violando las sutilezas sociales, y exponiéndose a más insinuaciones, como las que su madre había hecho la noche anterior, pero no le importaba. Fue como si ya no estuviera al mando de su propio corazón, su cuerpo o sus decisiones.

—Penelope, siento haberte hecho esperar.

Se dio la vuelta para quedar frente a Jeremy, mientras él entraba en la galería con una amplia sonrisa. Pero en el momento que vio su rostro, la sonrisa se desvaneció, dando paso a una mirada de genuina preocupación, que hizo que su corazón doliera más.

— ¿Estás bien? —le preguntó, mientras acortaba la distancia entre ellos, con algunos pasos largos. Tomó sus manos y la atrajo hacia él para mirarla a los ojos—. Estas pálida. ¿Te sientes mal? ¿Deseas que llame un médico para ti?

Penélope se sonrojó, retirando lentamente sus dedos de las manos de él. Era casi imposible pensar cuando la tocaba.

—No, e-estoy perfectamente —balbuceó, dando un paso hacia atrás—. Simplemente estoy cansada. Tuve una noche difícil.

Él frunció el ceño. —El baile no fue agradable, supongo. ¿Hizo más gente comentarios impertinentes? ¿Te amenazaron de nuevo?

Sacudió la cabeza —No, no anoche. —Lucho para recobrar la compostura—. Mi madre estaba presente, sin embargo. ¿Sabías que algunas personas, aparentemente, han estado murmurando que me estás cortejando?

Jeremy se echó hacia atrás, y Penelope pudo notar el ligero parpadeo de pánico que oscureció sus ojos, ya de por sí oscuros. Aún cuando afirmaba estar cambiando de actitud, estaba claro que él no tenía interés en establecerse con una sola mujer. O al menos, no con ella.

Lo que estaba bien, por supuesto. Todavía no estaba convencida de sobre los motivos de este hombre. Incluso si estuviera buscando un nuevo esposo, lo que no estaba haciendo, Jeremy Vaughn sería el último hombre que consideraría.

— ¿Te dijo eso tu madre? —preguntó él.

Ella asintió en respuesta, mientras evitaba sus ojos. Solo hablar con él, con calma, tranquilamente, parecía calmar sus nervios destrozados. Era extraño que este hombre, de entre todos ellos, pudiera causarle tal reacción.

—No quiero ofender —dijo Jeremy, con una pequeña carcajada—. Pero creo que tu madre podría decir eso por sus propios motivos.

Penelope elevó la mirada hacia la de él. Su rubor se intensificó. —Supongo que su mercenario deseo de que cada una de sus hijas se case con hombres ricos y poderosos, no es ningún secreto. Ciertamente, su comportamiento ha provocado burlas en algunos círculos.

Jeremy no respondió, pero hizo un gesto hacia la silla que ella había ocupado antes. —Ven, siéntate. Tomaremos una bebida y compartiremos el almuerzo.

Ella dudó. Compartir el pan con este hombre parecía muy civilizado, tan normal, después de todas las cosas pecaminosas que habían visto juntos. Y, a pesar del

número de imágenes eróticas que le había mostrado, compartir también la comida, se sentía más íntimo de alguna manera.

—Por favor —insistió él, colocando una mano sobre su espalda para guiarla suavemente hacia la silla—. Es evidente que hay más cosas aquí, que un simple encuentro con tu madre. ¿Podría ayudarte, tal vez?

Penelope se sentó y miró fijamente el mantel de lino blanco que decoraba la mesa redonda situada frente a ella. Las líneas de la tela se volvieron borrosas, mientras consideraba sus opciones.

Necesitaba hablar con alguien sobre el preocupante encuentro de la noche anterior. Penelope no quería recordarle a Fiona ninguna de las cosas desagradables de su pasado, y ciertamente, no podía hablar con ninguna de sus otras amigas, sobre el hombre misterioso que la sedujo con sus frases, y la excitó con su toque oscuro y anónimo.

—Necesito saber algo —susurró ella. Miró a Jeremy a los ojos, buscando la verdad. En busca de sus intenciones, de su honor—. ¿Estás jugando conmigo?

Capítulo Nueve

Jeremy se estremeció ante la directa pregunta. Por la expresión concentrada y sensual de los ojos azules de Penelope, inicialmente temió que hubiera descubierto la verdad sobre la identidad de su amante misterioso. Pero al examinar su

expresión, se dio cuenta de que ese no era el caso. Ya había conjeturado que Penelope no era capaz de ocultar sus emociones, sin importar lo mucho que lo intentara. Llevaba su dolor, su felicidad, su miedo y su deseo en el rostro.

Si hubiera adivinado la verdad, él lo habría sabido desde el primer momento que piso la terraza.

— ¿Jugando contigo? —repitió, dejando que las palabras crearan en su mente imágenes sensuales de la noche anterior—. ¿Qué quieres decir?

Ella frunció el ceño, la expresión provocó arrugas alrededor de sus labios, que él quería borrar con un toque. La noche anterior no había podido ver su rostro con claridad, una vez que salió del anillo de luz de luna. ¿Cuál habría sido su apariencia cuando la había tocado? ¿Cuándo el placer se abatió sobre ella como una ola?

—Tu milagrosa transformación, de un hombre de vicios a un hombre de honor. ¿Es real o estás representando un papel? —preguntó ella.

Jeremy retrocedió una fracción. Aunque siempre había sabido que Penelope no creía por completo en su cambio, un hecho que él respetaba, no había esperado que expresara sus dudas con tanta claridad.

—Puedes confiar en mí.

La miro de forma tranquila. A diferencia de Penelope, él siempre había sido capaz de ocultar sus verdaderas emociones. Nunca antes se había sentido culpable por ese hecho. Ahora, apartó a un lado esa no deseada reacción.

Sus engaños eran para lograr lo mejor. Para sus amigos, por supuesto, pero también para la mujer ante él. Si maniobraba esta situación adecuadamente, podría detener su guerra contra el pecado con el chantaje, no mediante la exposición. Una vez que cesara su batalla, la sociedad la aceptaría de nuevo. Su vida sería mucho más fácil, y sin duda, más segura.

Y, sin embargo, la culpa continuó asediándolo cuando su rostro se relajó un poco. Ella le creía.

—Espero que sea cierto, —susurró—. Por el bien de ambos.

—Dime lo que está ocurriendo, Penelope, —dijo, tomando su mano con suavidad—. Por favor.

Ella asintió con un movimiento espasmódico. — ¿Recuerdas la carta por la que me estabas tomando el pelo? ¿La que recibí después de nuestro regreso del baile Cyprian?

Él inclinó la cabeza. —Sí.

—Creíste que era una carta de amor, —dijo, tragando con fuerza.

—Pero no lo era. He estado recibiendo cartas que son… seductoras, de alguien que mantiene su identidad en secreto.

Jeremy arqueó una ceja. No había esperado tal honestidad. —Seductoras. ¿Quieres decir que hablan en detalle sobre…?

—Sí, —interrumpió ella, con un sonrojo profundo en el rostro.

Su polla se hinchó, cuando se preguntó de nuevo, si sus mejillas estarían tan rosadas la noche anterior. —Ya veo.

Ella se dio la vuelta. —Ayer por la noche, antes del baile, recibí otra. Esta vez, el autor deseaba reunirse conmigo.

— ¿Y lo hiciste? —preguntó, inclinándose hacia adelante con expectación. ¿Hasta dónde llegaría Penelope? ¿Le confiaría lo que había hecho? ¿Lo que sintió cuando él la tocó?

Ella asintió, con movimientos lentos y desiguales.

— ¿Y quién era él? —preguntó Jeremy, inclinándose hacia atrás, como si sólo estuviera algo interesado en la respuesta.

—Y-yo no lo sé —balbuceó Penelope—. Permaneció en las sombras. Mantuvo su rostro como un misterio.

—Interesante, —reflexionó, observando su expresión para ver cada reacción. Ella lo miraba por el rabillo del ojo, haciendo lo mismo—. Debe tener alguna razón para su anonimato. Dime, ¿de qué hablaron?

Ella apretó los puños contra el mantel. —De nada. Tenía toda la intención de decirle que dejara de escribirme, pero en lugar de eso… en su lugar e-él…

Jeremy se inclinó hacia delante con una practicada mirada de preocupación. — ¿Te hizo daño? ¿Te obligó a hacer algo que no querías?

Ella sacudió la cabeza al instante, y él sintió una extraña sensación de alivio ante el hecho de que no lo acusara de forzarla.

—No, m-me gustó cuando me toco. —Se cubrió el rostro—. Todo se salió de control, no sé lo que pasó. Me aterrorizó ver con cuanta rapidez dejé a un lado mis modales, mi moral. Fue en un breve momento de lucidez, cuando me di cuenta de que le permitiría hacer cualquier cosa, llegar hasta el final, cuando me aparté. Le dije que quería que me dejara en paz, y me fui corriendo.

Jeremy tragó con fuerza. Necesitó casi todo su control, para evitar echar la mesa a un lado y tomar a Penelope entre sus brazos. Escuchar de sus labios todas sus emociones y reacciones, era casi tan erótico como tocarla.

— ¿Y lo hacías? —Preguntó, con la voz un poco ronca—, ¿deseabas que abandonara su propósito?

Ella subió la cabeza bruscamente, y lo miró con extrañeza. Luego sacudió la cabeza. —No, —admitió con un sollozo—. No quiero que me deje en paz.

Jeremy la miró fijamente. Su rostro lucía tan triste, tan perdido. Le había hecho eso, al sacar al exterior a la mujer lasciva que ocultaba en su interior, la mujer de deseos ardientes que Penelope insistía en apisonar bajo un miedo equivocado.

—No sabía en quién más confiar, —admitió ella, recomponiéndose—. No creo que nadie más pueda comprenderlo. Pero pensé que… ¡oh!, debes pensar que soy el peor de los fraudes, después de todo lo que te dije acerca de los males del deseo y el pecado.

Jeremy sacudió la cabeza. —No, Penelope, no creo que seas un fraude. Y me complace que estés depositando tu confianza en mí.

El hecho de que, por juramento, tuviera que traicionar esa confianza, era algo que trataba de ignorar, aún cuando lo carcomía por dentro.

— ¿Qué debería hacer? —preguntó ella—. Tú estás tratando de cambiar, ¿no? ¿Cómo puedo ignorar estas sensaciones? Estas cosas que nunca antes he sentido, que nunca entendí.

De nuevo, él se retiró una fracción. Penelope había estado casada. Y, sin embargo, actuaba como si el deseo fuera un concepto extraño para ella. Antes, ya había dado a entender que su matrimonio no había sido feliz, ahora, Jeremy se preguntó cuán roto habría estado.

—Hace poco tiempo, hablamos sobre tu pasado, —dijo, con una voz dulce y suave, para calmarla como lo haría con una yegua salvaje—. Y tuve la impresión de que alguien… tal vez tu esposo… te había lastimado.

Penelope se sobresaltó, su mano se deslizó de la mesa hacia su regazo, mientras sus ojos atormentados se encontraban con los suyos. Estaba tan pálida que le extendió la mano, por instinto, estabilizándola al tocar su antebrazo.

— ¿Qué pasó? —preguntó.

Ella miró la mano que descansaba sobre su antebrazo, y de nuevo, su mirada se calentó. Jeremy sintió que su cuerpo reaccionaba a esa mirada, endureciéndose, creciendo pesadamente. Gracias a Dios por la protección del mantel de la mesa sobre su regazo, sino, las intenciones que Penelope siempre trataba de leer en él, quedarían más que claras, y todo estaría perdido.

— ¿Conociste a mi padre? —preguntó ella, con voz suave y temblorosa.

Él asintió. —Un poco.

—Entonces, tal vez sabías algo sobre su… —ella vaciló, y su boca se endureció un poco—. ¿Su falta de control?

Jeremy frunció el ceño. Había visto a Thomas Albright en los garitos de juegos un par de veces, hacía muchos años, cuando él mismo era un niño inmaduro.

—Si no lo sabías, no eras el único, —susurró ella—. Muy pocos estaban al tanto de la magnitud de sus problemas. Incluso nuestra propia familia estuvo en oscuridad hasta el momento de su muerte. Fue solo cuando mi hermana Miranda se hizo cargo de las finanzas de la familia, nos dimos cuenta de lo cuantiosa que era su deuda. Algunos 'Caballeros' salieron de la nada, exigiendo el pago.

Ella se estremeció. —Algunos exigieron sus pagos en términos muy desagradables. Pero Miranda los rechazó a todos. Pensaba que ella era tan fuerte. Pero sabíamos que al menos una de nosotras, tendría que casarse muy por encima de nuestra posición. Sin embargo, no contábamos con fondos para financiar tal cosa. Pero de repente, hace dos veranos, Ethan Hamon, quién era nuestro vecino, nos ofreció dinero para una temporada para mí, así como para las temporadas de mis hermanas, más adelante. Él dijo que tenía una deuda con mi padre, y era su forma de saldarla.

Jeremy frunció el ceño. Podría no recordar demasiadas cosas sobre Thomas Albright, pero Ethan Hamon era otra historia. El conde de Rothschild había sido conocido por sus vicios, sus manejos perversos con las mujeres, sus proezas

sexuales. No se le había conocido, sin embargo, por sus obras de caridad. La idea de que ofreciera temporadas a las hijas de un vecino, le sonaba extraño.

— ¿Por qué lo hizo? ¿Era tan cercano a tu familia?

Ella emitió una carcajada, que era cualquier cosa menos agradable. Era áspera y dura, al igual que su expresión. —Yo no pensaba que fuera así. Pero resultó que… —vaciló y su mirada se enganchó con la suya—. Mi hermana había hecho un trato con él. Se comprometió a pagar nuestras temporadas y ella- ella…

Los ojos de Jeremy se abrieron ampliamente. Entonces, Miranda Albright había vendido su cuerpo para proteger a sus hermanas. Hubo rumores discretos sobre la relación de los Rothschild antes de su matrimonio, pero Jeremy los había descartado como palabrería. Miranda parecía muy correcta, y ciertamente había domesticado a Rothschild en el poco tiempo que llevaban casados.

—Entiendo, —dijo él, levantando la mano. Quería escuchar cómo había afectado esta historia a Penelope, y decir en voz alta lo que su hermana había hecho era, obviamente, difícil para ella.

—Miranda y yo siempre habíamos estado muy unidas, —continuó ella—. Pero nunca me habló sobre ese trato perverso. En lugar de eso, lo descubrí por mí misma, cuando me topé con ellos… abrazados, durante un baile de mi propia temporada.

Jeremy levantó la cabeza para mirarla. ¿Un abrazo? No, pensaba que había sido mucho más que eso. Penélope había sido una inocente, y claramente amaba profundamente a su hermana. Ver a Miranda en la cúspide de la pasión con un hombre como Rothschild, de todas las personas… podía imaginar como la había alterado.

—Después, Miranda me confesó que no sólo había hecho el trato por su propia voluntad, sino que le gustaba. Había rechazado la propuesta de hombres muy adecuados, simplemente porque quería ese tipo de pasión. —Penélope frunció el ceño—. Yo estaba tan… enfadada.

— ¿Enfadada? —repitió Jeremy, genuinamente confundido.

Ella asintió. —Nuestra familia se encontraba en una situación calamitosa, nuestras propias vidas estaban en juego, y mi hermana estaba dispuesta a cambiar su inocencia por alguna… alguna fantasía que construyó en su cabeza. Esa noche juré que haría el sacrificio que ella no había hecho. Me casaría con el primer hombre de título y riqueza que me lo propusiera, sin importar quién fuera. Aunque solo fuera para evitar que Miranda cometiera más errores. Y para proteger a mis hermanas menores de las consecuencias de sus acciones egoístas.

Jeremy la miró. Estaba sentada tan tiesa que temía que si la tocaba, se rompería en pedazos.

—Y ahí es cuando conociste al vizconde Norman, —la alentó suavemente Jeremy, cuando Penelope se perdió en sus pensamientos por un momento demasiado largo.

Ella asintió bruscamente. —Él había asistido al baile esa noche. Cuando regresé al salón de baile, después de mi enfrentamiento con Miranda, me lancé de cabeza hacia lo que vi como mi deber. No sentía afecto por ninguno de los hombres que me rodeaban. Y nunca sentí nada por George. Pero él tenía un título, y fondos, y me prometió que ayudaría a mi familia. Así que, cuando hizo una oferta por mi mano, yo acepté.

—Pero, en última instancia, Rothschild y tu hermana se casaron, —dijo Jeremy con una sacudida de cabeza—. Y la riqueza e influencias del conde superan, de lejos, las de Norman. Según todas las apariencias, él traería la luna, si tu hermana la pidiera, así que ¿por qué no rompiste el compromiso cuando estuvo claro que Rothschild tenía la intención de hacer lo más honorable?

Penelope se quedó sin aliento, y era evidente por su expresión, que el matrimonio entre Miranda y Ethan era una fuente de mucha confusión para ella, y hasta de celos. Sí, eran celos los que Jeremy veía en el parpadeo de sus ojos azules. Interesante.

—Mi hermana y yo, nos dijimos palabras muy duras. Después de lo que Ethan había hecho, no creía realmente poder confiar en él. Ciertamente, no quería que mi futuro dependiera de su honor, ni quería vivir bajo su techo. —Apretó los dientes—. Y lo admito, fui muy terca. Pensé que mi vida con George no podría ser peor, así que seguí adelante con la boda. Pero eso fue… — contuvo el aliento—,…un terrible error.

Jeremy vio las lágrimas, comenzar a agolparse en las esquinas de sus ojos, y su pecho se oprimió ante esa vista. Vacilante, colocó una mano sobre las de ella. —¿Por qué?

Ella sacudió la cabeza. —Yo fui un trofeo para él. Una forma de demostrar su destreza, a pesar de su avanzada edad. Pero no le importaba más que él a mí. La destreza que estaba tratando de demostrar, ya estaba fallando. Cuando no pudo excitarse, me culpó. Me dijo… —vaciló—. Me dijo cosas inimaginables. Palabras que resonarán en mis oídos hasta mi último aliento.

Jeremy frunció los labios. Podía imaginar con facilidad el tipo de cosas que Norman le habría dicho. A él nunca le había gustado el muy bastardo. Ahora le gustaba aún menos.

—Cuando pudo cumplir, —continuó, y ahora una de esas lágrimas cayó, en silencio—. No le importó para nada mi placer. Mi único consuelo era que esas noches eran pocas y distantes entre sí, y sus atenciones fueron de corta duración.

En ese momento, la ira de Jeremy se duplicó. La idea de que cualquier hombre que tuviera a esa diosa en su cama, no adorara su cuerpo adecuadamente, era una tragedia repugnante. Que la hubiera lastimado, era una ofensa imperdonable.

—Vi a mi hermana, que lo había sacrificado todo por su propio placer, establecida en un feliz matrimonio, —susurró Penélope, con voz dura—. Y allí estaba yo, que me había sacrificado por los demás, y vivía un infierno. Parecía tan desesperadamente injusto. La brecha entre nosotras se hizo más ancha, y me sentía más y más sola. Y cuando George murió, me quedé con una gran herencia, un

título respetable, y una vida vacía. Y ahora ni siquiera tengo esa vida. Este último par de semanas me ha cambiado, Jeremy. —Sacudió la cabeza—. No sé quién soy, o lo que quiero, o lo que debo hacer. Este hombre misterioso me ofrece placer, y me temo que quiero tomarlo, a pesar de lo incorrecto que eso sea. A pesar de todo lo que he dicho sobre este tema, una y otra vez.

Jeremy asintió, fingiendo considerar qué responder. En realidad, estaba encantado de que Penelope lo deseara, especialmente después del tormento de su matrimonio. Eso lo obligaba aún más a brindarle un placer diferente a todo lo que jamás había imaginado. A seducirla y hacerle ver que la sensualidad contra la que luchaba, no era sólo explotación y crueldad.

Pero también estaba el hecho, de que todo lo que imaginaba que estaba ocurriendo, era en verdad una manipulación, y eso lo hacía más amargo. Ya le habían causado demasiado dolor, y él estaba obligado a causarle aún más.

Negó con la cabeza. ¿En qué estaba pensando? Un mes antes, le habría importado un comino su dolor. O su pasado. Tenía que olvidar el hecho de que ésta mujer estaba comenzando a gustarle, y centrarse en la tarea que tenía entre manos.

— ¿Quieres mi consejo? —le preguntó, levantándose para caminar hacia la baranda de la galería. Se recostó contra la barrera y la miró.

Ella asintió. —Sí. Tienes mucha más experiencia que yo en estas cosas. Y has afirmado que estas tratando de cambiar. Dime, Jeremy, ¿qué debo hacer? ¿Cómo puedo detener esta locura?

Él inclinó la cabeza. —No creo que debas hacer ningún intento de detenerla. Creo que deberías tomar el placer que se te ofrece, Penelope.

Capítulo Diez

Penelope miró fijamente a Jeremy, con los ojos muy abiertos, sin importar cuánto tratara de fingir que no se inmutó por su sugerencia.

— ¿Tomar el placer?, —repitió, con la esperanza de que su total confusión y la tentación de ese permiso, no se notaran en su voz, ni en su expresión—. No puedes estar hablando en serio.

Él asintió. —Hablo completamente en serio. Ese hombre te está ofreciendo un regalo, y creo que serías una tonta si no lo aceptaras.

Ella frunció el ceño. De alguna manera, había pensado que Jeremy le diría que luchara contra los impulsos en su interior. O que incluso estaría... celoso, de que le hubiera permitido a otro hombre tales libertades. Aunque no la estaba cortejando, a veces sentía una conexión entre ellos. Una chisporroteante fisura de calor, que la atraía más hacia él.

Pero, tal vez, había malinterpretado completamente la situación. Quizá Jeremy no sentía ninguna atracción hacia ella en absoluto. En este punto, su expresión de aburrimiento y su completa falta de emociones, eran la prueba de ese hecho.

—No entiendo, —dijo Penelope—. Si me entrego a ese hombre, iría en contra de todo lo que he dicho y hecho. Iría en contra de mis argumentos contra los excesos sexuales de nuestra clase.

Él asintió. —Puedo entender por qué lo ves de esa forma, pero estoy pensando en ello desde un punto de vista totalmente diferente. Permíteme explicarte.

Penelope vaciló. Una vez más, se preguntó si estaría siendo tomada por tonta por este hombre. Había jurado que podía confiar en él, pero ahora le decía que lanzara todos sus ideales al viento.

—Por favor, —susurró ella finalmente, con su curiosidad aplastando su razón.

—Estás luchando una guerra, Penelope, —dijo, avanzando hacia ella lentamente—. No es una guerra atractiva, tampoco. Cuando hablas sobre la falta de moral en los hombres de la clase alta, cuando animas a las esposas infelices a que hagan frente a sus esposos y les exijan un mejor trato, hay algunos en mi círculo que lo ven como una táctica solapada. Y no sienten remordimiento al devolverte la pelea con poco respeto hacia tu persona. Y el hecho es, que no tienes armas.

— ¿Qué no tengo armas?, —repitió ella, sacudiendo la cabeza en confusión—. ¿Qué quieres decir?

—Cuando hablé por primera vez contigo acerca de mí... —Penelope pensó que dudó un momento, pero luego continuó, su rostro no evidenció incertidumbre alguna—. Acerca de mi cambio de actitud con respecto a mis actividades del pasado, me ofrecí a mostrarte algo del mundo contra el que luchabas. Pensé que eso te ayudaría a conocer mejor a tu enemigo. Pero hasta esta tarde, no fui consciente de lo mal equipada que estás para luchar contra ellos. Algunas noches escondida en las sombras, observando por ti misma los excesos sexuales clandestinos, no es suficiente.

Penelope se puso de pie. —Todavía no lo entiendo.

—No, lo sé. —Suspiró—. Mira, asumí que como habías estado casada, habías sentido, de primera mano, los placeres del sexo. Que tenías un conocimiento básico del por qué los placeres de la carne atraen a una persona, y cuando vieras el lado más oscuro de ese placer, eso simplemente completaría tu educación. Pero me

acabas de decir que la cama de tu esposo, nunca fue un lugar de deseo para ti. Nunca fue un refugio cálido y agradable.

La sangre tiñó de color sus mejillas y se movió para alejarse, pero Jeremy extendió la mano para tomar su brazo, manteniéndola en su lugar. Le tomó el mentón con la mano opuesta e inclinó su cara hacia arriba, hasta que no pudo evitar su directa y oscura mirada.

—Eso no fue culpa tuya, —susurró—. Lo que Norman hizo no se debió a que no fueras deseable.

Ella contuvo la respiración. Sin que se lo dijera, Jeremy había golpeado el miedo que la había acosado durante tanto tiempo. Uno que nunca había dicho a ninguna persona, tal como había guardado para sí misma el secreto de su amargo matrimonio vacío. Pero él había visto a través de ella.

Él la conocía. Sin tener que preguntar. Y esa fue una perspectiva aterradora.

¿Significaría también que sabía lo que era mejor para ella, cuando se trataba del desconocido que le había ofrecido seducción y pecado en la oscuridad de la noche?

—Dijiste que te gustó cuando ese hombre, quienquiera que sea, te tocó ayer por la noche, —continuó él.

Ella asintió.

— ¿Sentiste placer?

—Sí, —dijo ella, la palabra pareció ser arrancada de su constreñida garganta—. Lo detuve antes de poder sentir aún más, pero hubo placer.

Él tragó lo suficientemente fuerte, como para que ella viera moverse su manzana de Adán con la acción. —Bien. —Ella inclinó la cabeza y se apresuró a explicarse—. Sólo quiero decir que sentir el placer te ayudará. Digo que deberías entregarte a lo que te ofrece este hombre, porque después de algunas noches bajo su tutela, podrás

comprender completamente los deseos que impulsan a otros hacia los excesos sexuales.

Penelope, lentamente, zafó el brazo de su asimiento y retrocedió. Cuando explicaba su lógica de esa forma, casi tenía sentido. Estaba en lo cierto en que nunca había entendido completamente, por qué las mujeres se entregaban a los hombres, o por qué los hombres se desviaban sin pensar en las consecuencias. Comprender eso podría darle un gran poder, siempre y cuando, ella no se perdiera a sí misma.

—Pero hay tantos riesgos, —murmuró, más para sí misma que para él.

Jeremy sacudió la cabeza. —En realidad no. Lo que este hombre te ofrece es temporal. Algo secreto.

—No, —dijo ella—. Es un secreto para mí, pero él conoce mi identidad. Conoce mi nombre y mi rostro. Podría traicionarme fácilmente.

Jeremy frunció los labios y pareció estar ponderando ese pensamiento. Ella se encontró inclinándose hacia adelante, esperando que con sus explicaciones terminara con sus miedos, final. Con la esperanza, en alguna parte secreta de ella, encontrara la forma de permitirle todo ese placer.

Porque ella lo deseaba. Se odiaba por ello, pero lo deseaba.

—Supongo que podría haber alguna clase de motivo nefasto, —reconoció, y el corazón de Penelope se hundió—. Sin embargo, anoche tuvo una muy buena oportunidad para exponerte, y decidió no hacerlo.

Penelope se detuvo. —Sí, eso es cierto. Si él hubiera hecho arreglos para que alguien nos encontrara... —Fue callando gradualmente, con un estremecimiento ante ese pensamiento—. Hubiera quedado arruinada. Y, sin embargo, no lo hizo.

—Entonces ése no es probablemente su propósito al seducirte. —Se volvió de repente para mirar hacia los jardines de la residencia detrás de él—. Lo más probable es que simplemente te desee.

Penelope suspiró, mientras se movía para plantarse a su lado, y mirar la fresca hierba verde detrás del jardín. —Puede que me deseara ayer por la noche, pero lo rechacé. Le dije que me dejara en paz. Es muy posible que ya no me deseé, incluso si conociera algún modo de ponerme en contacto con él.

Jeremy se volvió para mirarla. Ella retrocedió ante la intensidad de sus ojos, el repentino enfoque en ella, la atraía hacia la oscuridad que veía allí.

—Sería un tonto si ya no te deseara, —dijo en voz baja y seductora.

Los labios de Penelope se separaron. Allí estaban, hablando de que fuera a la cama con otro hombre, que disfrutara de una aventura secreta con el único propósito de entender el placer, y sin embargo, todavía sentía esa conexión con Jeremy. Su cuerpo traicionero se calentó bajo su mirada, por debajo de sus faldas estaba húmeda y lista.

Se inclinó hacia adelante, levantando sus temblorosas manos. Él observó cada movimiento, aunque no dio ningún fue hacia ella. Pero justo cuando estaba a punto de ubicar sus dedos alrededor de la fina tela de sus solapas, la puerta de la terraza se abrió detrás de ellos, y una criada entró, llevando una bandeja llena de comida.

—Su almuerzo, Excelencia, —dijo la joven, mientras dejaba la bandeja en la mesa detrás de ellos.

Penelope se alejó, tambaleándose. Miró a Jeremy, sorprendida por su falta de control. Había deseado besarlo. Y fácilmente podría haberlo hecho, si no hubiera sido por la interrupción de la criada.

—N-no me puedo quedar, —balbuceó Penelope, mientras retrocedía hacia la puerta—. Lo siento. Tengo que irme.

Antes de que él pudiera responder, huyó, sin atreverse a mirar atrás. Sin atreverse a ver si le hacía alguna señal para que volviera. Sin atreverse a probar si era capaz de resistirse a él, si lo hacía.

******

Jeremy pasó los dedos sobre la superficie lisa de madera del aparador, mirando, sin ver realmente, el vaso de whisky que se acababa de servir.

— ¿Whisky tan temprano? —Preguntó su hermano detrás de él—. ¿Hay algo que quieras discutir?

Jeremy se volvió para mirar a su hermano menor. Christopher Vaughn estaba extendido sobre su sofá, viéndose tan libertino, como lo había hecho hacía apenas un año, cuando los dos merodeaban juntos por Londres, buscando el vicio y el placer de todo tipo.

Sólo que ahora la apariencia de su hermano era una ilusión. Seis meses antes se había casado. No en un matrimonio forzado, ni uno por las apariencias. Se había casado porque decía haberse enamorado.

Y los hermanos no habían compartido la misma relación desde entonces. De hecho, Jeremy evitaba la compañía de su hermano, más a menudo de lo que la buscaba. Simplemente no sabía cómo manejar la recién encontrada fidelidad y paz de Christopher.

Y, sin embargo, después de que Penelope huyera de su lado, se había sentido impulsado a venir aquí. A ver a su hermano. Para hablar con él como lo hacían antes.

Pero ahora las palabras no llegaban, y un incómodo silencio llenó el espacio entre ellos.

— ¿Jeremy?, —repitió su hermano, enderezándose—. ¿Ocurre algo?

Él se encogió de hombros, mientras se dejaba caer en una silla frente a Christopher. —No, por supuesto que no. ¿Qué podría ocurrir? Vivo una vida perfecta.

La ceja de su hermano se arqueó, pero si tenía argumentos contra esa afirmación, afortunadamente se los guardó para sí mismo.

—Sólo te pregunto, porque normalmente evitas mi compañía, a menos que mamá esté en la ciudad. Y ella estará en el continente por un mes más, por lo menos.

Jeremy apretó la bebida, todavía intacta. — ¿No deseas mi compañía?, —preguntó, con voz tensa.

Christopher negó con la cabeza. —Por supuesto que sí, echo de menos nuestros momentos juntos. Simplemente no te esperaba hoy. Y ahora que estás aquí, pareces distraído. Distante. Siento que hay algo que quieres compartir conmigo, aunque todavía dudas. Si hay algo en lo que pueda ayudarte, sabes que lo haría. No importa cuánto hayan cambiado las cosas, seguimos siendo hermanos, Jeremy.

Jeremy miró a su hermano. Christopher era menor que él por un año, y Jeremy había pasado toda su etapa de crecimiento poniendo sobre su cabeza su estatus de hermano mayor. Aún siendo hombres, Jeremy siempre se había sentido un poco más mundano, un poco más experimentado.

Pero ahora, Christopher lo miraba como si fuera un niño. Y él sentía como si su hermano en realidad entendiera más que él. Fue una sensación extraña.

¿Podría contarle a Christopher los planes sobre Penelope? ¿De su interacción con ella, y la extraña manera de cómo lo hacía sentir? ¿Comprendería incluso su hermano sus motivos todavía, o sólo se horrorizaría por lo lejos que había llegado Jeremy, con el fin de proteger a sus, alguna vez, amigos mutuos?

—Dudo que lo entiendas, —dijo Jeremy, con un gesto de su mano que no reflejaba su confusión interna en lo más mínimo.

— ¿Porque estoy enamorado?, —preguntó Christopher suavemente. Tenía una pequeña sonrisa conocedora, en la que Jeremy no estaba particularmente interesado.

—Amor, —bufó.

—Deberías probarlo, —dijo su hermano en voz baja—. Hay mucho que decir acerca de la sensación.

Jeremy sacudió la cabeza. — ¿Quieres decir tener sólo una mujer, a nadie más? ¡Bah! A mí me suena como una prisión.

La sonrisa de Christopher desapareció, y el brillo conocedor de sus ojos fue reemplazado por algo aún más irritante. Lástima.

—Si es realmente así cómo ves una unión de almas, entonces, esa es tu desgracia. Espero que algún día encuentres a una mujer que cambie eso. De lo contrario, vivirás una existencia vacía, sin duda.

—Tú viviste esa 'Existencia vacía' tú mismo, no hace mucho tiempo, —replicó Jeremy, más emocionado de lo que deseaba estar.

Christopher asintió. —Sí. Y no lo extraño.

Jeremy miró a su hermano. ¿Cómo podría ser eso cierto? Christopher había sido el que más celebraba su libertad. ¿Podría estar realmente contento, establecido en el aburrido día a día de la vida matrimonial?

Como si fuera el momento justo, la puerta del salón se abrió, y Hannah Vaughn entró e interrumpió la conversación. Jeremy la miró mientras caminaba por la habitación.

La esposa de Christopher era una belleza, no se podía negar ese hecho. Con una gran masa de rizos color caoba flotando alrededor de sus mejillas, y brillantes y vívidos ojos verdes, era exactamente el tipo de mujer por el que su hermano siempre se había sentido atraído.

Excepto que Christopher no la había seducido simplemente, como lo había hecho con tantas otras antes que ella. Se había casado con ella.

Jeremy se puso de pie, por cortesía, mientras su cuñada le sonreía ampliamente, y besaba a su esposo en la mejilla.

—Estabas aquí, querido, —dijo ella. Luego se volvió hacia Jeremy. No había un ápice de duda en sus ojos, a pesar de que Jeremy sólo había hablado con ella dos veces, en seis meses. Dio un paso adelante, extendiendo las dos manos.

—Jeremy, es tan bueno verte. —Ella apretó las manos que él le tendió brevemente—. Estoy tan contenta de que hayas venido. Christopher y yo pensamos en ti a menudo.

Jeremy se movió incómodo. —Gr-gracias.

Miró a Hannah mientras tomaba asiento junto a su hermano. Jeremy no siempre había pensado en ella en el más amable de los términos, y, aún así, ella nunca había hecho otra cosa que darle la bienvenida. Él la había menospreciado por no ser nada más que una dama, sin embargo, su comportamiento, propio de una dama, lo avergonzaba.

Era una mujer de la clase de Penelope. Y aunque Penelope estaba más hastiada, por las circunstancias que le había relatado tan sólo unas horas antes, tenía la sospecha de que las dos mujeres se llevarían bastante bien. Casi podía imaginarlos a los cuatro, compartiendo juntos el té, en esta misma habitación.

Con una impactada descarga, alejó el preocupante pensamiento. ¡Dios mío!, se estaba volviendo loco al pensar que ese tipo de cosas lo satisfaría en lo más mínimo. Era por las palabras de su hermano, no algún deseo verdadero.

— ¿Has sabido algo sobre tu madre últimamente?, —preguntó Hannah, completamente ajena a sus pensamientos íntimos, aunque Jeremy creyó ver una expresión preocupada en Christopher.

Jeremy asintió. —Recibí una carta suya hace dos días.

—Por lo que parece, está disfrutando de su viaje enormemente, —dijo Hannah, luego echó a reír—. ¿Quién hubiera adivinado que se volvería tan aventurera?

Jeremy frunció el ceño. Su madre había estado viajando desde poco después de la boda de su hermano, y le había escrito muchas cartas. Pero, al igual que la que se encontraba sobre su escritorio en ese momento, la mayoría se había quedado sin abrir, y a las otras, sólo les había echado un vistazo. No era que no adorara a su madre, simplemente no tenía mucho interés en lo que hacía. Mientras estuviera a salvo, estaba contento de vivir su propia vida, y dejarla vivir la suya.

Este era el primer momento, en el que se daba cuenta de cuán egoísta era eso. ¡Querido Dios!, ¿Sabía siquiera dónde estaba su madre? ¿En Italia? O tal vez España.

¿Por qué no se había preocupado lo suficiente como para recordarlo?

Miró cómo Christopher extendía una mano, y la colocaba suavemente sobre la rodilla de Hannah. Ella acarició distraídamente el pelo de la parte de atrás de su cuello. Había algo tan íntimo en esas caricias. Algo tan fácil y cómodo.

Durante meses, Jeremy había llorado la pérdida de la compañía de su hermano, y en secreto, le tenía resentimiento a Hannah por haber alejado a Christopher de él. Pero, mirando a su hermano ahora, podía ver que Christopher era feliz.

Y eso apostó una pregunta inquietante en su propia mente. ¿Lo era él? ¿Era feliz al estar de juerga en Londres? ¿Era feliz con los acoplamientos sin significado, y las vagas noches llenas de alcohol? ¿Era feliz al seguir la voluntad de sus amigos, quienes a veces ni siquiera le gustaban mucho?

— ¿Jeremy? —dijo su hermano.

Él se sobresaltó y los miró. Tanto Hannah como Christopher se inclinaban hacia adelante, mirándolo con idénticas expresiones de preocupación.

—Lo siento, —murmuró, mientras se ponía de pie—. Olvidé una cita a la que debo asistir. Gracias por recibirme, Christopher. —Dirigió a Hannah una reverencia torpe—. Hannah. Buenas tardes.

Apenas escuchó sus palabras de despedida, mientras salía de la habitación, sintiendo las llamas del infierno quemar sus pies a cada paso. Su hermano sólo lo confundía, eso era todo. Jeremy no estaba interesado en renunciar a la vida que llevaba. Era lo suficientemente satisfactoria para él. Era lo que deseaba.

Estaba en lo cierto. E iba a demostrarlo.

Capítulo Once

¿Cómo podía alguien encontrar a un hombre sin nombre? ¿A un hombre sin rostro? No era como si Penelope pudiera poner un anuncio en el Times, describiendo el toque pecaminoso del extraño, y pedirle que le envíe otra impactante nota. Eso crearía un revuelo escandaloso del que se hablaría por décadas.

Penelope caminó por su cuarto, apretando y abriendo los puños a sus costados. ¿Cuándo se habría convertido en ésta mujer tan... disipada?

No, no era disipada. Jeremy tenía mucha razón al decir que tenía que experimentar el placer, con el fin de comprender lo que llevaba a otros a sacrificarlo todo por él. Si se iba a entregar al tacto de su admirador, lo haría para fines de investigación, y sólo de investigación.

—Mentirosa, —murmuró, con una sacudida de cabeza.

Ciertamente, no había sido la investigación, lo que la había llevado a desear tocar a Jeremy la tarde anterior. No había sido la mera curiosidad lo que la había hecho confesarle sus más oscuros secretos, a pesar de permanecer insegura sobre su confianza.

Esas cosas habían sido causadas por sus debilidades. Por nada más.

Y, sin embargo, no se arrepentía de ninguna. Había mantenido los detalles del matrimonio de Miranda, y la pesadilla del suyo, en secreto durante mucho tiempo. Esos secretos se habían enconado, envenenando todo lo que decía y hacía. Ahora que los había declarado en voz alta, se sentía… libre.

Tal vez no había sido intencional, pero era un regalo que Jeremy le había dado.

Y ahora tomaría un regalo más de él. Su permiso para entregarse al extraño que le había escrito.

Si sólo pudiera encontrar a ese hombre.

Con un suspiro se cubrió la cara, justo cuando la puerta detrás de ella se abrió.

—No necesito nada, gracias, —dijo Penelope, a través de sus dedos.

—Lo siento, pero ha recibido una carta.

Penelope giró para encontrar a Fiona de pie en la entrada, con una misiva plegada en la mano. Penelope cruzó la habitación, con algunos pasos apresurados, y se la arrebató. Se quedó mirando la letra y su corazón brincó. Era de él.

— ¿Está usted bien? —Le preguntó Fiona, inclinando la cabeza—. Está muy pálida y casi no comió nada anoche, ni esta mañana.

Penelope miró distraídamente a la mujer. — ¿Qué? No, estoy bien. Gracias. Si me disculpas, quiero leer mi carta.

Fiona dudó, mirando fugazmente las hojas en las manos de Penélope. Penélope se ruborizó. Fiona era la única que tenía alguna idea sobre el tipo de cosas que las cartas decían. Y la preocupación de su doncella era evidente.

—S-sé que no soy una doncella muy buena, —dijo Fiona, suavemente—. No sé lo que estoy haciendo, aunque estoy tratando de aprender. Pero soy una buena amiga. Y entiendo ciertas cosas, ciertos impulsos y sentimientos.

Penelope apretó la carta, mientras miraba a Fiona con sorpresa. No había pensado en que su doncella deseara revivir viejos impulsos y sentimientos. Ciertamente, ahora lamentaba sus decisiones.

—Quizá no sea mi papel decirlo, pero si necesita hablar con alguien, espero que piense en mí, —continuó Fiona.

Ruborizándose, Penelope se volvió. —Yo... Gracias, Fiona. Aprecio el ofrecimiento.

Oyó a la doncella murmurar una respuesta, y luego salió de la habitación. Penelope suspiró. No podía hablar con Fiona, aunque quisiera hacerlo. Después de todo lo que la otra mujer había pasado, después de que Penelope la convenciera de dejar la vida que una vez había llevado, no había manera en que pudiera explicarle cómo ella misma estaba siendo atraída por los placeres de la carne. Estaba segura de que tal confesión horrorizaría a Fiona, y con razón.

De hecho, no había nadie, excepto Jeremy, con quién pudiera hablar sobre el asunto. Y después de su confesión inicial, dudaba al pensar en darle aún más detalles. Especialmente si la carta en su mano llevaba a la seducción que él le había sugerido permitirse.

Con manos temblorosas, rompió el sello y se hundió en un sofá junto a la chimenea, para leer lo que su admirador misterioso tenía que decirle.

Un probada, un toque no es suficiente. Sé que dijiste que no podías, pero Penelope reconsidéralo. Déjame darte placer. Un placer que nunca has conocido. Si me deseas, pon una

vela en tu ventana esta noche, y déjala abierta para mí. Si no veo la vela, haré lo que me pediste y abandonaré toda esperanza. Pero mi mayor deseo es que me dejes entrar.

Penelope aplastó la hoja sin firmar contra su pecho, con un gemido ahogado. Una guerra se libraba en su interior. Una guerra entre sus deseos y sus dudas. Una batalla entre las reglas personales que había seguido durante tantos años, y las secretas y ardientes necesidades que había ahogado una y otra vez.

¿Qué debía hacer? ¿Cómo podría tomar el placer que este hombre le ofrecía, entenderlo, y sin embargo mantenerlo alejado? ¿Era posible permitirle libertades a este hombre y, sin embargo, seguir siendo la misma?

No lo sabía. Pero tendría que decidir rápidamente su curso de acción. Debido a que en pocas horas tendría que decidir entre abrir su ventana, o cerrarse para siempre a sus deseos más profundos.

******

Jeremy trepó a la pequeña terraza sobre los jardines de Penelope. Era más de medianoche, y la casa estaba a oscuras y en silencio, excepto por una luz brillante que parpadeaba en la ventana de la habitación frente a él.

La ventana de Penelope.

Le había tomado algo de trabajo llegar a su habitación, pero el viaje valdría la pena. Jeremy sonrió, antes de colocar una máscara oscura sobre la mitad superior de su rostro, para proteger su verdadera identidad. Mientras se la acomodaba sobre la nariz, no pudo dejar de pensar en el aspecto de Penelope con su máscara de fantasía, en el baile Cyprian.

Tembló de deseo antes de tomar una respiración profunda, en un intento por calmar sus inquietos nervios. Esa noche tenía que ser sobre sus planes, nada más. Dejaría de lado, tanto la confusa visita a su hermano, como sus emociones conflictivas sobre las reacciones de Penelope y sus dolorosas confesiones.

Esta noche estaba a punto de romper sus barreras finales. Entonces podría poner fin a esa farsa y volver a su vida normal, sin preocupaciones.

En silencio, tocó la ventana y el panel giró. Pasó por encima de la repisa, hacia el silencio oscuro de la habitación.

Miró a su alrededor. Aparte de la vela, la única luz en el dormitorio, era el fuego bajo de la chimenea, al otro lado de la habitación. Delante de éste estaba Penelope. Jeremy contuvo el aliento.

Llevaba una fina bata de algodón. Anchos tirantes cubrían la mayor parte de sus delicados hombros, y la tela blanca colgaba sobre sus curvas, como un saco sin forma. Pero con la luz del fuego pasando a través del algodón, podía ver cada curva del cuerpo de Penelope, contorneadas por sombras tentadoras.

Y su polla se puso dura como el acero, en un instante.

—Hola, Penelope, —murmuró, y esta vez no tuvo que esforzarse para que su voz sonara grave y áspera por el deseo.

Ella se volvió hacia él, obviamente sorprendida por su voz. En la tenue luz del fuego, vio que su expresión se relajaba con alivio. Había pensado que tal vez no asistiría a su cita, como había prometido. Gracias a su pasado, la decepción y la humillación, se habían convertido en lo que esperaba. Darse cuenta de eso, hizo que su pecho doliera, con una no deseada empatía.

—He notado que no encendiste la luz de tu habitación, —dijo en voz baja, mientras daba un paso adelante, todavía envuelto en las sombras—. No haces ningún esfuerzo para ver mi rostro.

Ella colocó las manos a su espalda. —S-Sí, —balbuceó—. Quiero decir, no. Creo que lo mejor es que no conozca tu identidad. De alguna forma, me gustaría que no conocieras la mía.

Él dejó de moverse, mientras la culpa que había sentido más temprano, ese mismo día, regresaba. Ella temía que la traicionara. Y ahora tenía que prometerle que no lo haría, cuando no habría mentira más grande. Lo haría. Tenía que hacerlo.

—Así que deseas un amante secreto, —ronroneó él, ignorando sus miedos, en lugar de decirle una mentira directa—. Quieres a alguien que puedas pretender no conocer, con la fría luz del día.

Ella se mordió el labio y asintió lentamente. —Sí, supongo que eso es cierto. En el día, no quiero recordatorios. No quiero distracciones de las acciones que debo tomar. De las cosas que debo hacer.

—Estoy muy feliz de complacerte, —dijo, mientras cerraba la brecha final de espacio entre ellos, y la tomaba de la mano. Levantándola, apretó la boca contra sus nudillos. Su lengua salió como una flecha, y la acarició entre sus dedos.

Penelope se estremeció, con el movimiento corriendo desde la cabeza hasta los pies. —Pero tengo algunas condiciones, —dijo, sin aliento.

Él vaciló. Eso era algo inesperado. — ¿Condiciones?

Ella retiró la mano, llevándola hacia su pecho. —No puedo simplemente tirar todas mis precauciones y responsabilidades. Debo mantener algún nivel de control.

Jeremy contuvo una sonrisa. Así que ese era su juego. Cuán entretenido sería arrebatarle toda huella de control.

—Y, ¿cómo te propones hacer eso?

Ella retrocedió y su tono fue serio, a pesar de los temblores remanentes en sus miembros.

—No quiero saber tu nombre, ni ver tu cara, —dijo ella, marcando sus declaraciones con los dedos—. Veo que estás usando una máscara. Te pido que continúes haciéndolo, y yo seguiré manteniendo mi habitación oscura cuando vengas a mí. ¿Prometes no revelarte?

Él hizo una reverencia y asintió. Esa era una promesa fácil de hacer. No quería que supiera quién era realmente. Al menos, no a menos que fuera absolutamente necesario.

—Si prometes no preguntarme quién soy, te prometo que no te lo revelaré.

Ella no dudó. —De acuerdo. También debes prometer que no te acercarás a mí en público. Cuando estuvimos juntos en el baile de Trimble, corrimos un riesgo demasiado grande. Debemos mantener nuestros-nuestros…

—Encuentros, —ofreció él, notando cómo ella se estremecía de nuevo al escuchar la palabra.

—Sí. —La palabra salió como un graznido estrangulado—. Debemos mantenerlos en privado.

Él se cruzó de brazos. —Estoy de acuerdo con eso.

—Y mi condición final, —dijo ella, moviéndose incómodamente—, es que no deseo que… que penetres mi cuerpo con el tuyo.

Jeremy se echó hacia atrás sobre sus talones, estaba lo bastante sorprendido, como para no alterar su voz cuando espetó: — ¿Qué?

Penelope inclinó la cabeza y lo miró de manera interrogante. Por un momento, pensó que había sido descubierto, pero luego, alejó sus dudas cuando dijo: — Quiero lo que tienes que ofrecer. Lo deseo más de lo que probablemente debería. Pero no puedo ir tan lejos. No debería.

Él frunció los labios. —Permíteme asegurarme de que te entiendo correctamente. Quieres que te toque, pero no que penetre tu cuerpo. ¿No deseas mi lengua, mis dedos, ni mi polla...?

Ella dio media vuelta para darle la espalda, pero no estaba seguro de si era por vergüenza ante su audacia, o porque quería ocultar su propia excitación.

—No, deseo tu boca. —Su voz se entrecortó—. Deseo tus dedos. Lo quiero todo, excepto que pongas tu...

Ella se detuvo, y Jeremy contuvo un gruñido de frustración. —No quieres que ponga mi polla dentro de tu cuerpo, donde más la deseas. ¿Es eso?

Ella asintió sin girarse.

Él sacudió la cabeza con asombro. ¿De verdad pensaba que eso le impediría cambiarla? Si protegía su cuerpo como si fuera una virgen, entonces, ¿el resto, de alguna manera, no tendría importancia?

Se detuvo en seco. Eso era. Ella pensaba que si le permitía todo, excepto el acto final del sexo, de alguna forma, podría mantenerse distante de la conexión que dos amantes formaban invariablemente. Que las experiencias en las que él la introduciría no serían tan intensas. Que no serían algo significativo.

Mirándola, consideró sus opciones. Si se negaba a sus duras y frustrantes condiciones, ella podría negarse a aceptar su oferta por completo, y eso no era bueno para su causa. Si aceptaba sus términos, sin embargo, tendría todas las oportunidades para demostrarle que estaba equivocada. Para demostrarle que no había forma de protegerse a sí misma del deseo. Para demostrarle que negarse a sí misma al acto físico final sólo la haría desearlo más, no menos.

—Muy bien, —concedió él, acercándose y tomándola por los codos. Ella no se resistió cuando la llevó contra su cuerpo, moldeándola contra él, hasta que sintió su polla rozar los suaves globos de su trasero.

Penelope se quedó sin aliento al sentir su contacto, tan estrechamente contra ella, pero no se alejó.

—Y yo tengo una condición, —murmuró él, dejando que su lengua trazara la concha de su oreja.

Ella gimió en lugar de responder.

—Si accedo a no llenar tu coño con mi polla, —dijo, encantado ante la forma que se sacudió ante sus directas palabras—. Entonces me debes conceder el acceso completo de todas las otras maneras. Te deseo de todas las otras formas que pueda tenerte. ¿Te parece justo?

Mientras hacía la pregunta, movió sus manos alrededor de ella y tomó sus pechos, dejando que los suaves montículos llenaran las palmas de sus manos, mientras los masajeaba suavemente.

— ¡Oh Dios!, —gimió ella, sus rodillas se doblaron ligeramente.

— ¿Es eso un sí? —preguntó él, soplando su cálido aliento contra su sensible cuello.

—Sí, sí, —gritó, mientras él convertía sus pezones en picos duros, bajo de la tela de algodón.

Jeremy sofocó la necesidad de dar gracias a Dios, y en lugar de eso, hizo girar a Penélope para que quedara de frente a él. Su cabello rubio, que había sido atado de manera suave para dejar libre su cara, ahora se enroscaba hacia abajo alrededor de sus mejillas en ondas sueltas. La luz tenue mostraba cuán grandes eran sus ojos azules. Y su respiración entrecortada y desigual, le hacía saber lo mucho que lo deseaba, más que cualquier palabra que pudiera emitir.

Con otro gruñido de placer, Jeremy tomó los tirantes de su bata y tiró de ellos hacia abajo, para retirarlos de sus hombros. La gran bata de noche cayó sin mucho esfuerzo, posándose alrededor de sus tobillos, dejándola expuesta al instante.

Si su reacción era una indicación, ese no era un estado en el que estuviera cómoda. A diferencia de las mujeres experimentadas que habían ocupado su cama en el pasado reciente, Penelope no empujaba sus pechos hacia fuera, o se contoneaba para mostrarse de la mejor forma posible. En su lugar, llevó las manos hacia sus pechos, girando el rostro para que su expresión quedara oculta por las sombras.

Durante un poderoso momento, Jeremy odió a George Norman con todo su ser. Como su esposo, el hombre debió haber enseñado a Penelope lo hermosa que era.

Debería haberla hecho sentir orgullosa del poder que le habían otorgado con su deseable cuerpo. En cambio, el hijo de puta la había hecho temblar, no de placer, sino de miedo y humillación.

Pero no se suponía que su hombre misterioso estuviera al tanto de esos hechos. Sólo Jeremy, su amigo y confidente, sabía la verdad de su pasado. Tendría que tener cuidado para asegurarse de no revelar que eran la misma persona.

—No retires la mirada, —susurró, llevándole el rostro hacia atrás—. Mírame.

Ella no lo obedeció, en lugar de eso, mantuvo su mirada fijamente en el suelo bajo sus pies descalzos. Jeremy apretó los dientes.

—Recuerda, prometiste darme todo lo que deseara. Mírame.

Penelope no pudo ocultar la forma en que se estremeció, pero finalmente levantó la barbilla. Estaba demasiado oscuro para saber si ella miraba su cara o no, pero no la presionaría. Todavía no.

—Eres hermosa, —dijo en voz baja—. No sabes lo mucho que me enloqueces. Cuán desesperadamente deseo saborearte, tocarte, lo mucho que deseo reclamarte. Eso lo logras sólo estando de pie allí.

Ella contuvo el aliento con un suspiro irregular que rayó en un sollozo.

Jeremy ignoró la tensión alrededor de su corazón, y tomó la barbilla de Penelope para inclinar su rostro hacia arriba, en el ángulo correcto. —Voy a besarte ahora, —le dijo, mientras sus labios se movían hacia los de ella—. Y luego terminaré lo que comenzamos en el baile.

Su gemido se perdió cuando se adueñó de su boca. Tenía la intención de abrumarla, dominarla con su pasión y exteriorizar la de ella de igual manera. Pero de alguna forma, no funcionó de ese modo. En su lugar, apenas rozó sus labios, arrastrando su boca contra la de ella, una y otra vez, con un ritmo suave y gentil.

Cuando su boca se abrió con un suspiro, fue la primera vez que se introdujo entre sus labios. Sumergió la lengua dentro de su boca, saboreando la menta y un toque de algún tipo de licor que probablemente había ingerido antes de su llegada para darse valor. Sonrió contra su boca mientras rozaba su lengua con la suya, succionándola muy suavemente.

Penelope clavó los dedos en los antebrazos de su amante sin rostro, cuando sus rodillas comenzaron a temblar. ¿Cómo podía un beso excitarla tan completamente? ¿Hacerle sentir tan débil? Los besos de su esposo nunca la habían hecho derretirse.

Pero estaba comenzando a darse cuenta, tanto a través de su conversación con Jeremy y con cada toque de este otro hombre, que su experiencia con George no había sido una que representara todo lo que el pecado y el placer podían ser. Por primera vez, comprendió que había mucho más.

El desconocido envolvió los brazos alrededor de su cintura y la atrajo más cerca, presionándola contra su cuerpo, hasta que casi no pudo decir dónde terminaba él y comenzaba ella. Se balanceó contra el cuerpo de Penelope, tomando sus caderas desnudas, y empujándose contra ella, hasta que sintió la presión insistente de su dura erección entre sus muslos.

Penelope se sorprendió de que su primera reacción ante contacto íntimo, fuera un deseo vergonzoso de abrir esas mismas piernas y ofrecerse a él. A pesar de su declaración, menos de diez minutos antes, de que no podía permitirle penetrar su cuerpo con el suyo.

Ahora esa disposición parecía una tontería. Porque deseaba rendirse por completo. Entregarle su cuerpo a este hombre para que hiciera con éste lo que quisiera.

Pero antes de que pudiera hacer algo tan tonto como rogarle, él la tomó en sus brazos y la depositó en la cama. Su duro cuerpo cubrió el suyo, presionándola profundamente en el cobertor, mientras su boca encontraba la de ella por segunda vez. Penelope se aferró a él, mientras ola tras ola de placer la atravesaban.

Suavemente al principio, pero creciendo en intensidad y fervor. Pronto, sería arrasada.

Cerró los ojos y se entregó a sus caricias. Perdida en un mar de placer, su mente estaba benditamente quieta y tranquila, por primera vez en lo que podrían haber sido años.

Hasta que una imagen persistente surgió. Una visión de Jeremy Kilgrath inclinado sobre ella, reclamando su boca con la suya.

Con un jadeo, Penelope se apartó de los labios de su amante. ¡No! No podía, no quería pensar en Jeremy. No en ese momento.

—He estado soñando con tu sabor durante dos noches, —le susurró su amante misterioso, antes de darle otro beso en los labios.

Penelope se obligó enfocarse de nuevo en el hombre sobre ella, con su aliento rozando su piel con infinita dulzura. A medida que los pensamientos se desvanecían, ella sonrió, pero luego sus palabras se hicieron claras en su mente. Él no estaba hablando sobre el sabor de su beso. Estaba hablando sobre...

—Tan dulce, —murmuró él, mientras su boca se deslizaba por su enrojecida carne—. Y esta noche no puedo esperar para probarte de nuevo. Toda, Penelope. En todos los lugares.

Las manos de ella se hundieron en el cobertor y su espalda se arqueó contra su voluntad, mientras sus calientes labios rozaban su cuello. Succionó suavemente la delicada y sensitiva columna, y ella se sorprendió cuando una caliente humedad inundó sus muslos. ¡Dios!, lo que podía hacerle con un solo toque.

Y le prometía mucho más por venir.

Sus labios se movieron hacia abajo, hasta que se detuvo sobre sus pechos. Ella percibió la sombra brumosa de su cuerpo. Tenía la vista fija en sus pechos, y ella se ruborizó. Él podría no ser capaz de verla con claridad en la penumbra del débil

fuego, pero seguramente se daba cuenta de sus defectos. George se había quejado a menudo de que su esbelta figura hacía que sus senos fueran demasiado pequeños. Le había dicho lo fea y poco femenina que era. Que su cuerpo era la razón por la que no podía cumplir con sus deberes como marido.

El desconocido tomó los pequeños montículos, cubriéndolos por completo con sus grandes manos. Ella volvió el rostro, incapaz de soportar su escrutinio y sentencia.

— ¿Por qué miras hacia otro lado? —le preguntó, mientras extendía sus dedos. Sus pezones se asomaron entre ellos.

Ella se sonrojó. —Porque no... no son bonitos.

Su cabeza se irguió. — ¿Quién te dijo eso?

Ella sacudió la cabeza. Ya le había hecho a Jeremy confidencias humillantes sobre su matrimonio con George. No se las repetiría a este hombre.

—No importa.

—Alguien muy estúpido, —murmuró él y bajó la cabeza. —Creo que son perfectos.

Sus labios se envolvieron alrededor de un pezón, y las caderas de Penélope se presionaron contra su estómago, ante la impactante, tirante y caliente sensación que se precipitó desde el punto de contacto, y a través de todo su cuerpo, estableciéndose como un pulso acelerado entre sus piernas.

—Respondes tan bien, —dijo su amante sin rostro, y pudo escuchar la sonrisa en su voz—. Tan dulcemente.

Se movió hacia el pezón opuesto y lo succionó, suavemente al principio, y luego aumentando la presión, hasta que la punta estuvo distendida y palpitante por un placer tan agudo, que sentía que podía caer sobre el borde, sólo con sus caricias.

El escuchar cada jadeo, el sentir cada arqueo de las caderas de Penelope, volvía loco de deseo a Jeremy. Había algo tan seductor en darle placer. Nunca lo había

sentido antes, al menos no por el toque de un hombre. Y él se lo estaba dando. Poco a poco, extrayendo con habilidad las sensaciones de su cuerpo, hasta que ella estuvo débil debajo de él.

Nunca antes se había sentido tan impulsado a dar ese tipo de placer. Ciertamente, nunca le habían dicho que fuera un amante egoísta. Sabía cómo hacer que una mujer se corriera, y se enorgullecía de haber dejado una serie de damas satisfechas a su paso.

Pero había una diferencia entre asegurarse de que una mujer experimentara placer, y dar algo sin pensar en sí mismo. Era consciente de su polla dura, por supuesto. Sentía el impulso, la necesidad pulsante de tomar a Penelope, aún cuando le había dicho que no podía permitirlo. Quería introducirse en su interior, y correrse mientras ella pulsaba en torno a él como un guante, caliente y húmedo.

Por primera vez, sin embargo, esos deseos no eran tan fuertes como la necesidad de darle placer.

Levantó la vista mientras soplaba una ráfaga de aire caliente, lentamente, sobre su húmedo pezón. Ahora, sólo había un brillo de color naranja en la habitación, proveniente de la chimenea, pero los ojos de Penelope brillaban en la tenue luz. Él captó un destello blanco, cuando sus dientes se hundieron en su propio labio inferior, mientras contenía pequeños gemidos y sonidos entrecortados.

Ella estaba tan cerca del borde.

Jeremy se deslizó más abajo, arrastrando sus labios sobre su vientre desnudo. Su piel era tan suave, tan delicada. Como satén bajo su lengua. Cada toque la hacía temblar, cada caricia hacía que sus manos se volvieran puños, y apretaran el cobertor con mayor fuerza.

Se deslizó más hacia abajo, rozando con la nariz la curva desnuda de su cadera. Ya podía oler la dulzura de su deseo, y su polla se endureció aún más con el aroma. Ella se puso rígida cuando su boca rozó su muslo, todo su cuerpo se tensó, como lo había hecho la primera vez, dos noches antes.

Pero esta vez, se aseguraría de que no huyera. Tomó sus caderas, manteniéndola inmóvil, mientras rozaba su débil barba contra su sensible piel. Ella dejó escapar un pequeño grito, y sus piernas se abrieron por instinto.

Él tomó lo que ella no había tenido la intención de ofrecer, moviendo las manos por la parte interna de sus muslos, y abriéndola aún más. Ya estaba húmeda, hinchada por sus caricias, con la piel temblando de anticipación, a la espera de lo que ocurriría a continuación.

Sus propios dedos temblaron, cuando tocó su sexo, y sintió el calor quemando su piel. Penelope se movió contra él, incapaz de evitar que un fuerte y estrangulado gemido escapara de sus labios. Lentamente, la abrió, extendiendo los húmedos pliegues, para revelarla ante la débil luz. Las caderas de ella se arquearon hacia arriba, y tomó la silenciosa invitación, presionando la boca sobre su tensa carne, y degustando la prueba de lo mucho que lo deseaba, de cuánto deseaba esto, sin importar lo mucho que argumentara en contra o se preocupara.

La acarició, saboreando su melosa dulzura, explorando cada húmedo rincón de su hendidura. La respiración de Penelope se entrecortó, y luego cesó del todo, cuando tembló bajo su contacto. Fue implacable, conduciéndola a propósito hacia la liberación, a una velocidad e intensidad que normalmente habría reservado para una segunda o tercera vez de hacer el amor.

Pero con Penelope, todo era diferente. En parte, porque estaba instruyéndola. Y quería que sintiera de inmediato, hasta qué punto era sin sentido luchar contra la marea.

Y la otra parte, era que codiciaba hacer que se corriera. Quería oírla gritar de placer, sentir sus caderas empujarse contra él, probar el néctar de su liberación mientras llenaba su lengua. Lo deseaba con un potente impulso que rayaba en la obsesión.

Con movimientos suaves, se movió hacia la dura protuberancia de su clítoris, expuesto por las caricias de sus dedos. Cuando pasó la lengua sobre éste, Penelope

gritó, y su cabeza giró hacia un lado. La probó de nuevo, jugueteando con ella, jugando como un gato con un ratón. Ella se arqueó, gimiendo su placer con pequeños y débiles sonidos.

Él succionó su clítoris dentro de su boca, en el mismo momento que deslizaba un dedo en su apretada vagina. Penelope se incorporó parcialmente, mirándolo a través de la oscuridad, mientras sus gritos se hacían más fuertes. Se adentró en ella con su dedo, doblándolo contra el paquete de nervios ocultos en lo profundo de ella, mientras succionaba con fuerza la dura protuberancia de su placer. Ella ya ni siquiera trataba de contener sus gritos. Éstos hacían eco en la habitación, alrededor de ellos, mientras sus caderas se arqueaban para encontrarse con sus empujes.

El crescendo se acercaba, su cuerpo tembloroso lo dejaba en claro. Pero antes de que se corriera, Jeremy humedeció otro dedo con sus jugos, y lo deslizó entre los globos de su trasero. Mientras Penélope explotaba, deslizó el mojado dedo dentro de ella, llenándola por completo.

Ante el prohibido toque, el orgasmo de Penelope se intensificó. Sus caderas se empujaron contra su boca y manos, y su humedad se duplicó, mientras se estremecía y se sacudía de placer. Incluso después de que cayó contra las almohadas, agotada, los temblores continuaron, pequeños espasmos de placer que explotaban en su lengua.

Finalmente, él se retiró, deleitándose con el suave sonido de angustia que escapó de los labios de Penelope, cuando ya no la llenaba en todos los sentidos. Se deslizó hacia arriba sobre su cuerpo y la besó. Ella se abrió a él de inmediato, y fue consciente de que podía saborear su propia esencia en sus labios.

Pero no se retiró, y eso le dio la certeza de que todo el tiempo había tenido la razón sobre Penelope Norman. Era una criatura de sensualidad y pecado, a pesar de sus protestas en sentido contrario. Y estaba seguro de que después de algunas noches calientes con él, cambiaría lo suficiente como para dejar su lucha contra los excesos. Tal vez ni siquiera tendría que chantajearla.

— ¿Te gustó eso?, —murmuró él, acariciando su oreja con los labios.

Sus brazos lo envolvieron, y ella lo acarició, pasando las uñas a lo largo de su columna, a través de su camisa de lino. Él se estremeció ante la sensación.

—Más de lo que debería, —susurró—. Esto está mal. Es tan incorrecto, teniendo en cuenta lo que soy, y lo que la gente cree que represento.

Él retrocedió, incapaz de ver su expresión en la oscuridad. Pero había una resignación en su voz, que no estaba seguro de que le gustara.

—No hay nada malo con el placer, Penelope, —dijo, con voz baja. Por muchas razones, quería que entendiera eso. Que lo creyera.

—Malo o no, —respondió, mientras sus dedos se apretaban y lo acercaba más—. Quiero más.

Jeremy contuvo el aliento ante esa confesión. ¡Maldita sea!, la mujer era una tentadora natural. ¿Cómo podía no saber cuán irresistible eran sus caricias en su espalda? ¿Cómo el calor de su carne lo hacía desear empujar su polla en su interior y tenerla de todas las maneras posibles? ¿Cuánto deseaba llenar de luz la habitación, y ver su cuerpo en todo su esplendor?

¿Cómo podía no entender que era un tormento encarnado?

—Te lo daría todo, —dijo, girando sobre su espalda, y colocándola a horcajadas.

A pesar de estar completamente vestido, su polla se acomodó de inmediato contra su mojado coño. Podía sentir su calor a través del tejido de lana, y se balanceó contra ella. Ella emitió un gemido ahogado ante la fricción.

—No todo, —susurró, mientras se inclinaba para besar sus labios—. Sólo más.

Capítulo Doce

La primera luz del alba comenzaba a penetrar en la habitación, cuando Jeremy se levantó de su lugar junto a Penelope y comenzó a reunir su ropa, desechada alrededor de la cama. Mientras se vestía, no pudo evitar revivir cada sensual momento.

La había llevado al orgasmo tres veces más con su boca y dedos, antes de que ella se derrumbara, temblorosa y agotada, y cayera en un profundo sueño.

Pero él no se había corrido. Verla despertar a un placer intenso y poderoso, había sido suficiente para él en ese momento. Una vez que estuvo dormida, no había querido encontrar su liberación con su propia mano. Así que simplemente se había quedado allí, mirándola dormir durante la última hora.

Todavía ardía por el deseo, pero también estaba… en paz, de alguna manera. Había corrompido a la mujer a la que sus amigos llamaban la 'Reina de Hielo'. La había hecho arquearse, rogar y estremecerse de placer. Sería bastante fácil chantajearla ahora. Poner fin a esa locura.

Pero, mientras se abrochaba los pantalones, se dio cuenta de que no quería terminarla. Todavía no. Sentía como si estuviera al inicio de una travesía, no al final. Como si hubiera mucho más placer por experimentar y enseñar.

No se haría ningún daño pasar con ella algunas noches más de placer. Tal vez incluso podría convencerla para rogar por su polla.

Después de eso... estaría satisfecho. Estaba seguro de ello.

Se inclinó para dar un beso en su hombro desnudo, y Penelope rodó sobre su espalda con un suspiro que lo llevó a ponerse duro en un instante. Las sábanas estaban enredadas alrededor de sus piernas, con sus pechos desnudos ofreciéndose a la luz del amanecer, de manera tan hermosa, que le tomó cada onza de voluntad, no tomar uno de los duros pezones, y hacerla gritar de placer una vez más.

Pero no. No en ese momento. Si despertaba, podría reconocerlo al verlo ante la luz creciente, y no quería ser descubierto. Así que en vez de eso, se inclinó para dar un segundo beso sobre sus labios, y luego se movió hacia la ventana y escapó.

A medida que se abría paso hacia abajo, por el alféizar de la ventana, hacia la rama de un árbol y, finalmente, a un enrejado muy resistente, no pudo evitar pensar en la noche anterior. En los detalles de la entrega de Penelope, por supuesto, pero más que eso. Pensó en su entrecortado de su aliento, en la súplica de su voz, en la forma que había dicho que estaba mal ceder a su toque, a pesar de desear más de éste.

Estaba insatisfecho con los acontecimientos de la noche anterior, decidió finalmente, mientras caminaba por el callejón detrás de la residencia, hacia el bien oculto carruaje que lo había estado esperando toda la noche.

Insatisfecho físicamente, sí. A medida que se instalaba en el lujoso asiento de cuero, se vio obligado a moverse para llevar de manera más confortable su todavía dura erección, un firme recordatorio de que no había conseguido la entrega completa de su adversaria.

Pero era más que la necesidad física lo que lo hacía sentirse inquieto. Penelope, a pesar de su aquiescencia a sus caricias, sus gemidos necesitados y sus gritos de placer, aún se contenía. Había encontrado la culminación total con sus caricias expertas, pero en su mente, había sido capaz de mantenerse alejada de él.

Sin duda, necesitaba otra noche con ella. Dos noches, tal vez, para reducir poco a poco las hebras finales de su resistencia. Para hacerle ver, de una vez por todas, que no es la mujer correcta y fría, que quería que el mundo creyera que era. Para hacerla sentir desenfrenada, viva y necesitada.

Una vez hecho eso, ella estaría obligada a verse a sí misma bajo una nueva luz. Entonces, su tarea final se lograría con facilidad. Sería sencillo convencer a Penelope de que dejara de alentar la rebelión de sus amigas contra los hombres.

Sin embargo, aún con ese reconfortante pensamiento en su exhausta mente, Jeremy aún no se sentía completamente a gusto, mientras su carruaje giraba hacia el amplio camino de entrada de su residencia londinense.

******

Penélope tomó distraídamente el borde del encaje del mantel de su madre. La voz de Dorthea se hacía eco a su alrededor, sin embargo, Penelope no sería capaz de repetir algo de la interminable diatriba de su madre, aún cuando su vida dependiera de ello.

Estaba demasiado distraída con sus pensamientos, cada vez más preocupantes. Pensamientos sobre la noche anterior. Pensamientos de su amante misterioso, a quien se había entregado sin dudarlo. Bueno, con una duda. Había mantenido su condición de que el hombre no penetrara su cuerpo con su pene. De alguna forma, había esperado que eso hiciera la experiencia menos íntima, que alterara menos su vida.

Pero se había equivocado.

Y, aún así, no era el recuerdo de las calientes caricias del hombre sin rostro, lo que la mantenía frustrada y confundida. Fue porque el apuesto rostro del duque Kilgrath, se había inmiscuido en su sobre-estimulada mente, una y otra vez. No importaba cuánto tratara de luchar contra ello, su imagen regresaba, mientras su amante le hacía tantas cosas perversas a su cuerpo. Ver en su mente el rostro de Jeremy, sólo había hecho que la experiencia fuera más intensa. De hecho, su imagen la había empujado sobre el borde de la liberación no una, sino varias veces.

Así que, no sólo fue una hipócrita con su cuerpo, sino también con su mente. Era una mujer que clamaba contra los excesos sexuales, y sin embargo, dejaba que un extraño la tocara de manera íntima, mientras fantaseaba con otro hombre. Era infiel, incluso con un extraño.

Se frotó los ojos en un intento de aliviar el repentino latido en su cabeza.

— ¡No me estás prestando atención, Penelope!, —dijo su madre, mientras golpeaba la mesa, por delante de Penelope.

Ella saltó ante la súbita acción, y levantó bruscamente la mirada hacia su madre. —Lo siento, no dormí bien anoche. Pero, honestamente, mamá, ¡Esta no es una conversación nueva!

Incluso sin tener plena conciencia del tema, Penelope podía decirlo con certeza. Su madre sólo hablaba de tres tópicos: La afortunada unión de Miranda con Ethan Hamon, y de su enorme estipendio anual; su creencia de que ella y sus hijas solteras, deberían lograr matrimonios iguales, o aún mejores, tan pronto como fuera posible; y su deseo de que Penelope se volviera a casar. De inmediato.

Ninguno de los temas inspiraba a Penelope a responder. No compartía la opinión de su madre en ninguno de ellos.

— ¿Cómo puedes ser tan fría con tus hermanas?, —se quejó su madre, mientras se hundía en una silla a su lado.

Penelope suspiró. Bueno, al menos sabía de qué tema hablaba su madre esta tarde. —No sé por qué insistes en que mi estatus tiene alguna relación con Beatrice o Winifred. Estuve casada con un hombre respetable, con una considerable fortuna. Soy aceptada en los círculos correctos de la clase alta. ¿Qué más podrías desear para mí?

—Ya te lo he dicho, quiero que dejes esas tontas conversaciones sobre el comportamiento de los mismos hombres con los que tus hermanas probablemente se casen.

Su madre sacudió la cabeza, y por un breve momento, Penelope vio verdadera preocupación en la expresión de Dorthea, cuyo rostro a menudo era inexpresivo. Era una mujer tan frívola y mercenaria, y sin embargo, Penelope se había dado cuenta mucho tiempo atrás, de que todos los desvaríos de su madre surgían de

algún tipo de creencia equivocada. No estaba tratando de ser malintencionada o vil. Simplemente, no podía evitar comportarse así.

Con un suspiro, extendió la mano para cubrir la de su madre. —Nunca tuve la intención de que mis pensamientos pusieran en marcha algún tipo de movimiento, mamá. En verdad, sólo estaba expresándome de manera casual. El hecho de que otras personas lo tomaran como una… bandera, fue un shock para mí, tanto como lo pudo haber sido para cualquiera. —Sacudió la cabeza—. Pero mamá, seguramente no deseas en realidad que alguna de mis hermanas se case con un hombre que haga alarde de sus amantes delante de ella. O que la trate con un desprecio absoluto, excepto cuando quiera producir sus herederos y los hijos de repuesto. ¿Las haría felices algo así?

Los labios de su madre se apretaron. —Tienes que recordar lo que era ser pobre, Penelope. Si tus hermanas tienen dinero, tienen estabilidad, podrán aprender a vivir con otras decepciones en sus matrimonios. Es lo que hacen las mujeres.

Dio unas palmaditas en la mano de su madre, de manera ausente. Dorthea no había nacido en la clase alta, pero había entrado en ella después de su matrimonio. Penelope recordaba vagamente algunas escenas desagradables, en las que habían desairado a su madre. Eso debió haber herido a Dorthea, de manera terrible.

¿Cuántas otras decepciones habría soportado en los años previos a la muerte de su esposo? Por mucho que la familia lo hubiera adorado, Thomas Albright no había sido perfecto.

—Desearía más que eso para ellas, —le susurró Penelope—. Vivir un matrimonio sin amor, por el simple hecho de la comodidad financiera... es un intercambio muy pobre.

Dorthea retiró la mano con el ceño fruncido. — ¡Eres imposible!

Penelope suspiró. —Me temo que ese es un tema sobre el que nunca estaremos de acuerdo, mamá.

—Entonces, ¿qué te ocurre con Miranda? Sabes que la gente habla acerca de su alejamiento, —dijo su madre, levantándose y caminando por la habitación llena de nuevo de frenética energía—. Y aún así, te niegas a hablar con ella.

Penelope cerró los ojos. —Es complicado.

— ¡Ja! No me vengas con esas. Te reconciliarás con ella. Llegará en cualquier momento y espero que…

Penelope se puso de pie, mientras su corazón se alojaba firmemente en su garganta. — ¿Qué? ¿Miranda vendrá hoy?

Su madre asintió.

—Sí. Ya es tiempo de que termine esa tonta disputa. Debes superar tus celos sobre su matrimonio, —dijo Dorthea, con una mirada definitiva.

— ¡No estoy celosa! —exclamó—. Nunca he estado celosa de ella.

Excepto, que había una pequeña voz en su cabeza que le decía que eso no era cierto. Por primera vez, se dio cuenta de que tal vez, había sentido celos de Miranda. Después de todo, su hermana se había rendido a sus necesidades más bajas, había ido en contra de toda norma, había sido totalmente egoísta... y había terminado con un matrimonio aparentemente feliz, con un hombre al que adoraba.

Mientras que Penelope, se había sacrificado en el altar por la responsabilidad familiar, había hecho lo que se esperaba de ella, y había sido infeliz. Insatisfecha, se había marchitado durante años, incluso mientras miraba a Miranda florecer.

Y tal vez los celos habían sido una parte importante del alejamiento de su hermana, como la reacción de Penelope a la escena de pasión que había presenciado entre Miranda y Ethan.

Como si le hubieran dado una señal, un lacayo se detuvo en la entrada. —Lady Rothschild.

Penelope apretó las manos a su espalda, mientras Miranda entraba en el comedor. Llevaba un espectacular vestido de satén azul pavo real, con un escote bajo que habría sido sorprendente, si no fuera por la masa de encaje blanco translúcido que le proporcionaba algo de modestia. Los ojos de Miranda brillaban, en parte por el color de su vestido, pero también, por una felicidad que ardía desde su interior.

Penelope se movió incómoda. Definitivamente eran celos, los que ardían en su pecho en ese momento. Y la horrible y amarga sensación, no tenía nada que ver con los hermosos vestidos de Miranda, con la gran fortuna de Ethan, o su título.

Tenía que ver con el amor. Con la pasión. Con la satisfacción. Su hermana tenía todas las cosas sobre las que ella no podía ni siquiera fantasear.

Las dos mujeres cruzaron miradas a través de la habitación. La de Miranda se suavizó mientras se detenía en Penelope, y tuvo un fuerte deseo de correr por la habitación y envolver sus brazos alrededor de su hermana. De susurrarle a Miranda sus secretos, como lo había hecho sólo unos pocos años antes.

De confiar en ella, a pesar de que Miranda no le había confiado sus propios oscuros secretos.

En lugar de eso, Penelope se volvió a un lado. —No… no puedo quedarme.

— ¡Penélope! —dijo bruscamente su madre, mirándola fijamente luego de que diera un breve beso en la suave mejilla de su madre.

—Tengo algunas cosas que atender, —mintió. Miró de nuevo a Miranda, mientras la rodeaba para dirigirse a la puerta—. Adiós.

Llegando al vestíbulo, le indicó al mayordomo que necesitaba su carruaje. Cuando el hombre salió a buscarlo, oyó la puerta del comedor cerrarse detrás de ella. Lentamente se volvió, para encontrar a Miranda apoyada en la puerta, mirándola fijamente.

—Te ves cansada, —susurró su hermana.

Penélope cerró los ojos con fuerza, luchando por mantener la distancia que había logrado tener durante tanto tiempo. Era casi imposible cuando Miranda estaba lo suficientemente cerca como para tocarla.

—Gracias, —logró decir, con frialdad en su voz—. Te agradezco el cumplido.

Miranda ignoró la burla y dio un paso adelante. —No te ves cansada físicamente. Si algo puedo decir, es que estás más bella que nunca. Pero estás... como cansada en el alma. —Su hermana sacudió la cabeza—. Y hay tanto dolor en tus ojos.

Penelope se quedó sin aliento, mientras daba la vuelta para mirar, sin ver realmente, la puerta abierta. ¡Dios!, Miranda la conocía. Aún ahora, cuando no había permitido que una palabra civilizada pasara entre ellas durante más de dos años. Su hermana aún era capaz de atravesar su apariencia externa, tal como había sido siempre. Excepto por el único secreto que Miranda había podido ocultar.

Penelope había culpado a su hermana por mentir acerca de Ethan. Por comerciar con su cuerpo por dinero, por ayuda. Había estado enojada, había sido fría.

Pero después de lo que había experimentado la noche anterior, ya no podía juzgar a Miranda por nada. No podía juzgar a nadie. Y si Miranda la miraba con atención, vería ese hecho, también.

La mano de su hermana se cerró en la parte superior de su brazo, con un suave toque que llevó lágrimas a sus ojos.

—Sabes que si me necesitas...

Penelope retiró el brazo cuando su carruaje se detuvo en la entrada. —Tengo que irme.

Sin mirar atrás, corrió hacia el calor de la tarde, y se introdujo en su carruaje, sin esperar la ayuda de un sirviente. Cuando la puerta se cerró detrás de ella, se atrevió a mirar por la ventana, para ver a Miranda caminar hasta la puerta y mirar el transporte, mientras se alejaba lentamente.

Penelope se cubrió los ojos. ¿Cómo se había vuelto su vida tan complicada? ¿Tan confusa? ¿Y cómo era que no tenía a nadie en el mundo en quien confiar?

Nadie excepto Jeremy Vaughn, de todas las personas. Él sabía sobre el hombre que le había escrito. Sabía que el hombre la deseaba. No la había juzgado por esa correspondencia.

Tal vez podría ayudarla a darle sentido a la enredada existencia, de la que ahora formaba parte. Un mundo donde los deseos a los que temía, eran de repente aceptables, donde las acciones de su hermana, que antes había rechazado, ahora eran comprensibles, y en el que deseaba a un hombre, mientras codiciaba a otro.

Capítulo Trece

Jeremy tomó una respiración profunda cuando se detuvo ante la puerta de su salón. No había esperado la llegada de Penelope, pero no tenía intención de dejar que se fuera. Sólo tenía que asegurarse que no sospechara. No podía mostrar en con su rostro el deseo que aún sentía por ella. No podía dejar que adivinara que era el mismo hombre al que le había permitido tomar tantas libertades la noche anterior.

Lentamente, abrió la puerta y entró. Penelope estaba sentada en el borde del sofá, en el centro de la habitación, con las manos apretadas sobre su regazo. Cuando escuchó la puerta, miró hacia arriba, y Jeremy dio un paso atrás. Se veía tan preocupada. Con una mezcla de miedo, decepción y tristeza, que lo golpeó con fuerza en su interior.

¿Sería el responsable de su confusión emocional? ¿Realmente había desarrollado tal influencia sobre ella? Era un pensamiento a reflexionar.

— ¿Qué sucede?, —le preguntó, mientras se dirigía hacia ella.

Penelope se tambaleó para ponerse de pie, mientras él se acercaba, y dio un paso atrás, levantando las manos como si quisiera mantenerlo lejos. Él se detuvo al instante. Invadir su espacio y forzar sus límites, era el papel del hombre misterioso. Durante el día, Jeremy era su amigo. Por mucho que quisiera tocarla, forzarla a recibir su consuelo hasta que lo aceptara, ese no era el rumbo correcto a seguir si quería continuar en la delicada cuerda floja de su relación.

Penelope lo miró durante un largo momento, con la cara muy pálida. Abrió y cerró la boca varias veces, luchando para encontrar las palabras.

Jeremy se inclinó hacia adelante, esperando su explicación, preguntándose cuánto le diría acerca de su caliente encuentro con el hombre que le había escrito.

—Nada, —murmuró ella finalmente, dándole la espalda. Caminó hacia la ventana y miró hacia el exterior.

Interesante.

Él negó con la cabeza. —Estás tan pálida como una sábana, y claramente preocupada. Algo debe haber ocurrido. ¿Has tenido otro encuentro con el hombre de las cartas?

Ella dio la vuelta, dando un grito áspero. Sus manos se aferraron al alféizar de la ventana y lo miró fijamente, con los labios temblorosos. Una vez más, esperó la inevitable confesión. Penelope nunca había sido muy buena en ocultar sus emociones, en guardar secretos. No estaba en su naturaleza.

Pero hoy, luchaba contra esa naturaleza.

—Yo… no es eso, —dijo ella, bajando la mirada hacia el suelo.

—Hmmm. —Jeremy inclinó la cabeza.

Así que, no tenía intención de confesar, a pesar de que él ya sabía mucho acerca de ese supuesto extraño. ¿Por qué querría mantener en secreto la noche anterior cuando ya le había revelado tanto?

A menos que lamentara lo que había ocurrido en su cama.

Su estómago se revolvió ante el pensamiento.

—Vi a mi hermana hoy, —susurró.

Jeremy se echó hacia atrás. — ¿En serio?

—Mi madre arregló en secreto que nos encontráramos en su casa. Quiere que pongamos fin a nuestro "enojo". No había estado tan cerca de Miranda desde... desde mi matrimonio, supongo. Años. — Penelope cerró los ojos, y Jeremy sintió que estaba conteniendo sus lágrimas.

Una vez más, deseó moverse hacia ella y ofrecerle consuelo, pero esta vez se contuvo a causa de él mismo, no debido a ella. Su confesión sobre su reacción emocional al ver a Miranda, lo hacía sentir más incómodo que cualquier secreto sexual. El dolor de Penelope se sentía más íntimo que oír acerca de sus encuentros.

—Deseaba tanto hablar con ella. —Penelope abrió los ojos—. Quería decirle… cortó súbitamente sus palabras.

Jeremy avanzó un paso, casi contra su voluntad. — ¿Por qué no lo hiciste?

—No podría. Una vez la juzgué tan duramente. Si ella me hablara durante algunos minutos, podría ver...

Jeremy llegó hasta ella, finalmente, permitiéndose tocarla por primera vez, desde que dejara su cama esa misma mañana. Le tomó la mano. Se puso rígida, pero no se retiró. En cambio, lo miró, como un pequeño conejo atrapado por un lobo.

Sólo que el lobo estaba tan afectado por ella, como ella lo estaba por él. Jeremy sentía el fuerte impulso de besarla. Besarla hasta que olvidara su dolor. Hasta que le permitiera todo. Hasta que se diera cuenta de que él era el hombre a quien había entregado su cuerpo la noche anterior. Quería exigirle que se entregara aún más.

— ¿Qué podría ver?, —le preguntó en voz baja.

Su pregunta sacó de golpe a Penelope del hechizo, y retiró su mano. —Podría ver en cuán hipócrita me he convertido.

Jeremy la miró fijamente. Esa inseguridad y odio por sí misma que estaba experimentando, era exactamente lo que había planeado para ella cuando había accedido a detenerla. Al inicio, había querido que se diera cuenta de que era una charlatana, un fraude. Pero imaginarlo y verlo en realidad, eran dos cosas muy diferentes. Ahora, verla tan destrozada no fue nada agradable.

Lo hacía sentir culpable. Una vez más. Y no le gustaba esa sensación.

—No debería haber venido, —susurró—. No debería poner mis tontos problemas a tus pies. Me disculpo.

Se movió hacia la puerta, pero Jeremy la tomó de un brazo.

—No, —dijo, manteniéndola inmóvil—. Has sido...

Dudó. Iba a mentirle, a manipularla. Esas cosas nunca antes habían sido difíciles para él, pero ahora...

No. Sacudió la cabeza. No podía permitirle que lo hiciera salir del curso que se había trazado. Esta era la oportunidad perfecta para continuar con su plan.

—Has sido una amiga para mí. Lo menos que puedo hacer es ser lo mismo para ti. —La soltó, y ella dio un paso atrás, para alejarse de su alcance—. ¿Puedo llevarte a una de mis excursiones?

Penelope frunció el ceño. — ¿En este momento?

Él asintió. —Creo que podría mostrarte algo que te ayudará. —Miró el reloj sobre la chimenea—. Si nos vamos ahora, estoy seguro de ello.

Ella se mordió el labio por un momento, oscureciendo la suave y llena piel, hasta alcanzar un tentador rojo profundo. Luego asintió. —Muy bien.

Él sonrió y le ofreció su brazo. Nunca había tenido tal confianza, proveniente de una mujer.

Y nunca había traicionado esa confianza tan plenamente.

Pero no había forma de evitarlo. Ya no.

******

— ¿Dónde estamos?, —preguntó Penelope, mientras se asomaba por la ventana del carruaje, para observar la grande y moderna residencia que se elevaba ante ella.

—Este es el Palacio de Placer de John y Arabella Valentine, —le explicó Jeremy, con una sonrisa.

Penelope lo miró, sintiendo que sus ojos se agrandaban, incluso cuando quería parecer indiferente. — ¿Palacio de Placer?

Él asintió. —Un club exclusivo para los más particulares hombres... y mujeres.

Introdujo la mano en su bolsillo, y sacó una máscara. —Toma, deberías usar esto. Adentro podría haber personas que te reconocerían. Y tú a ellas…

Penelope miró la máscara. Al instante, su cuerpo se humedeció ante la vista. Los recuerdos regresaron. Recuerdos de su misterioso amante extendiéndola ampliamente. Recuerdos de su lengua lamiendo su carne, de sus dedos penetrándola de las maneras más perversas.

— ¿Penelope?

Ella regresó al presente, sonrojándose, y tomó la máscara con dedos temblorosos. Mientras la aseguraba alrededor de su rostro, miró a Jeremy. Apenas la miró mientras la puerta del carruaje se abría, y salía de éste. Extendió una mano hacia ella, la cual Penelope miró durante un largo momento, antes de permitir que la ayudara a salir del vehículo.

Había ido a la casa de Jeremy con toda la intención de confesarle sus actividades de la noche anterior, y pedirle su consejo sobre cómo debía proceder. Pero una vez que realmente estuvo ante él, mirando el hermoso rostro que había atormentado sus sueños y fantasías, no había sido capaz de confesarle que había pasado toda la noche retorciéndose en brazos de otro hombre. Ni tampoco podía admitir que no había permitido a ese hombre, hacerle el amor en realidad, sin importar lo mucho que ansiaba esa clase de unión íntima.

Y, ciertamente, no podía revelarle a Jeremy, que mientras se entregaba a las caricias del hombre misterioso, había pensado de manera secreta en su rostro.

¿Qué pensaría de ella si conociera la verdad? Después de todo, entre más tiempo pasaba con Jeremy, más comenzaba a creer que, tal vez, en verdad estaba cambiando.

La ironía fue que ella también estaba cambiando. Si Jeremy se estaba convirtiendo en un caballero respetable, entonces, ella se estaba convirtiendo en alguien lascivo. Sus roles se estaban revirtiendo. ¿Quería decir eso que, en última instancia, Jeremy la miraría con el mismo desdén, con que ella lo había mirado antes de que realmente se hubieran conocido?

La idea hizo que un escalofrío desagradable la recorriera, uno que trató de reprimir, mientras Jeremy la conducía hacia la escalera de mármol y a través de la puerta principal de la residencia.

Ella enderezó su columna. Sus sentimientos hacia ella no debían significar nada en absoluto.

— ¡Arabella!, —dijo Jeremy, cuando entraron en el vestíbulo.

Penelope se tensó cuando una mujer rubia dio la espalda a un sirviente bien vestido para mirarlos. Su rostro se iluminó mientras caminaba hacia ellos a través del corto pasillo. Penelope miró a Jeremy de reojo. Estaba sonriendo de manera genuina, y ¿quién podría reprochárselo? La mujer era una belleza. Su cabello caía como una

cascada sobre sus hombros, rozando sus pechos llenos, y sus ojos eran azules, pero no claros como los de Penelope. Sino oscuros y profundos como zafiros.

—Kilgrath, —dijo la mujer con una sonrisa, mientras daba un beso a Jeremy en la mejilla—. No te hemos visto en lo que parece ser una eternidad. Bienvenido. ¿Qué estás haciendo aquí tan temprano?

Jeremy hizo un gesto con la cabeza hacia Penelope con un guiño audaz. —Quería que mi... amiga viera tu establecimiento.

Arabella volvió su atención hacia Penélope. Una vez más, se puso rígida. Tal vez esta mujer la reconocería, a pesar de la protección de la máscara. Penelope estaba segura de que la dueña de lo que parecía ser una casa de prostitución, no sería una de sus admiradoras, dado el hecho de que, en el pasado, se había pronunciado públicamente en contra de tales lugares.

Pero si Arabella la reconoció, no dio el menor indicio. En cambio, se limitó a sonreír. —Buenas tardes, querida. Bienvenida.

Penelope asintió en silencio, temerosa de que Arabella, o cualquiera de las otras personas que deambulaban por el vestíbulo, pudiera reconocer su voz. Una vez más, Arabella no dio ninguna indicación de que pudiera estar siendo grosera o extraña, al permanecer en silencio.

—Déjame buscar a Valentine antes de discutir sobre tu placer. Estoy segura de que le gustará verte. Ha extrañado jugar a las cartas contigo en tu ausencia. —Llevó la mano hacia el brazo de Jeremy, y se escabulló.

—Ha extrañado tomar mi dinero, querrás decir —dijo Jeremy, detrás de ella, con una carcajada a la que ella hizo eco en la distancia.

Penelope se aferró a su brazo y susurró: — ¿Eres su amigo?

Jeremy la miró con genuina sorpresa en sus ojos. —Es imposible que a alguien no le guste Arabella. Te reto a que pases más de diez minutos en su compañía y no sientas afinidad con ella. Y su esposo es un amigo, también.

— ¿Su esposo? —Penelope sacudió la cabeza—. ¿Qué hizo, sacarla de las filas de sus putas?

Jeremy se echó a reír. —En realidad desconoces por completo el mundo contra el que luchas. Este establecimiento es de Arabella. John ahora es dueño de la mitad, por supuesto. Pero Arabella lo creó por sus propios medios. John entró en su vida mucho tiempo después de que tuviera un imperio por sí misma.

Mientras Arabella comenzaba a caminar de regreso hacia ellos, con el brazo aferrado al de un caballero alto y bien parecido, con un rostro severo, Penelope la miró fijamente. ¿Una mujer había creado este establecimiento? ¿Una mujer tenía ese tipo de poder? Y estaba claro que tenía riqueza, a juzgar por los avíos de la casa y las prendas de vestir de quienes la rodeaban.

—John, —dijo Jeremy, mientras estrechaba la mano del esposo de Arabella—. Me alegro de verte.

—Sí. —John Valentine miró hacia Penelope con una breve sonrisa, que hizo que su rostro severo luciera muy hermoso, en verdad.

Mientras los tres charlaban brevemente, Penelope los miró con asombro. Los Valentine eran educados, bien hablados, y tan devotos el uno del otro, que se sorprendió muchísimo ante ello.

En pocas palabras, no eran nada de lo que había esperado, y una vez más, todos sus pensamientos e ideas preconcebidas se esfumaron como barcos contra una costa rocosa.

—Ahora, a los negocios, —dijo Arabella, cuando Valentine hizo una reverencia para alejarse—. ¿Qué es lo que deseas, Kilgrath?

Jeremy echó una mirada rápida hacia Penelope, antes de inclinarse hacia Arabella y susurrarle algo al oído. Penelope se sorprendió cuando unos fuertes y calientes celos, recorrieron su pecho a raudales, al ver a Jeremy murmurando al oído de la otra mujer. Y cuando Arabella le sonrió, con conocimiento y sensualidad, estuvo dispuesta a sacar los ojos de la señora.

—Creo que eso puede arreglarse, —dijo Arabella—. Vengan.

La siguieron por un pasillo, y a través de una serie de corredores retorcidos, que llevaban a una habitación tras otra. Penelope se sonrojó al escuchar los lujuriosos gritos ocasionales, o guturales gruñidos de placer desde el otro lado de las puertas, a pesar de que era la mitad del día. Para su última vergüenza, no se encontró horrorizada por los sonidos, sólo curiosa. ¿Qué estarían haciendo esas personas anónimas para darse placer?

Finalmente, Arabella los llevó a una habitación. Era pequeña y ordenada, con una gran cama en el centro, con un cobertor de terciopelo, oscuro e invitador. Penelope miró hacia otro lado cuando soltó el brazo de Jeremy y se paseó por la habitación. ¿Qué demonios habría planeado Jeremy para ella, al estar solos en el dormitorio de una casa de mala reputación?

—Querrán examinar esa pintura, —dijo suavemente Arabella, mientras hacía un gesto hacia la habitación—. Disfruten.

Luego se retiró y los dejó solos. Penelope se volvió hacia Jeremy con nerviosismo. —Esto no está bien. No deberíamos estar solos.

Él se acercó a ella lentamente. — ¿Temes que te seduzca?

Ella tragó, mientras su mirada se dirigía, casi contra su voluntad, hacia la cama por segunda vez. Era demasiado fácil imaginar el gran cuerpo de Jeremy sobre el suyo, su boca sobre su piel, su pene profundamente dentro de su deseosa hendidura.

—Te aseguro, —dijo en voz baja—. Que si quisiera hacerlo, podría haberlo conseguido en mi propia cama, que es mucho más confortable. No, te he traído para ver algo totalmente diferente.

El aliento de Penelope era entrecortado, mientras se las arreglaba para decir, —¿Qué?

Él se acercó hacia la pintura, sobre la chimenea, que Arabella había indicado antes de dejarlos. Era un retrato de una mujer, de cintura para arriba. Era completamente corriente, excepto que estaba desnuda y sostenía sus pechos, ofreciéndoselos a un amante invisible. Penelope se sonrojó mientras él maniobraba, para hacer a un lado un panel escondido, sobre los ojos pintados de la mujer, y le hacía señas a Penelope para que se le uniera.

Ella dio un paso adelante, y notó que había un pequeño banco delante de la chimenea. Con la ayuda de Jeremy, se acomodó para poder ver a través del panel. Contuvo la respiración en completo asombro. La pintura le permitía una visión perfecta de la habitación de al lado. Un lugar donde se podía ver la cama en el lado opuesto.

Pero la habitación no estaba vacía. En la cama estaban un hombre y una mujer. El hombre recostado sobre su espalda, con su pene erecto, mientras una mujer desnuda, con la espalda hacia la pintura, lo frotaba con la palma de su mano. Con cada firme caricia, el hombre arqueaba las caderas, y dejaba escapar un gemido de placer.

Penelope se sacudido hacia atrás y casi cayó del banco.

— ¿Qué...?

Jeremy puso una mano en su cintura para sostenerla, y sintió el contacto a través de su ropa, hasta llegar a su piel.

—Shhh, —dijo en voz baja—. Sólo mira.

A pesar de que quería darle la espalda, decirle a Jeremy que no, huir de ese lugar, estaba demasiado atraída, demasiado excitada por lo que veía, para no mirar hacia la otra habitación de nuevo.

Ahora, la boca de la mujer desnuda, estaba sobre el miembro de su amante, igual que la otra mujer que Penélope había visto en el baile Cyprian. Su cabeza se balanceó de arriba y abajo, con su oscuro cabello moviéndose por su espalda desnuda, mientras de manera lujuriosa le daba placer a su amante. Las manos del hombre estaban flexionadas contra el cobertor, tomando puñados de tela con cada movimiento de los labios de la mujer.

Penelope observó con fascinación, la forma en que la cara del hombre se tensaba y retorcía, mientras su placer crecía. Una vez más, pensó en su amante. Ella no le había hecho nada como esto. Sólo había permitido que él la tocara. ¿Cómo se sentiría tenerlo entre sus labios? ¿Gemiría de esa manera si le daba placer?

—Date la vuelta, —le ordenó el hombre, con su voz tensa.

La mujer lo miró brevemente, pero luego hizo lo que le pidió. Penelope se esforzó para verla mejor, pero su oscuro cabello caía sobre su rostro como una cortina, mientras se colocaba a cuatro patas delante del hombre.

Él se levantó sobre sus rodillas detrás de ella y comenzó a frotar su erección contra ella, acariciando perezosamente su trasero y hacia abajo, hasta llegar a su vagina. Penelope contuvo el aliento, esperando… esperando el momento en que se introduciría en su interior.

Y, finalmente, llegó el momento. Con un fuerte gemido, empujó sus caderas hacia adelante y desapareció en el deseoso y húmedo cuerpo de su amante. La mujer arqueó la espalda, con las manos aferrando las sábanas, y gritó una maldición que no solía salir de los labios de una mujer.

Estaba claro que ya habían sido amantes antes, porque el hombre no tuvo ninguna duda. No exploró, simplemente tomó, golpeando su cuerpo contra el de ella con una intensidad febril, que hizo que su compañera se moviera y temblara bajo él.

La boca Penelope se secó mientras los miraba copular furiosamente. Sus dedos se curvaron en el borde de madera de la repisa de la chimenea, y se inclinó hasta que su nariz casi tocó el lienzo del retrato.

El hombre deslizó la mano hacia arriba, por la espalda de la mujer, sin perder un solo empuje de su poderoso ritmo. Penelope observó, mientras sus dedos se enredaban en su largo cabello, y comenzaba a tirar de éste, haciéndola arquear la espalda y girando su cara.

Penelope miró mientras el grueso cabello de la mujer se apartaba de su rostro.

— ¡Oh, Dios mío!, —murmuró, y esta vez, ni siquiera el toque calmante de Jeremy, pudo evitar que se levantara del banco, y se alejara de la impactante visión—. Esa es… esa es Lady Turncroft.

Jeremy se apartó de la escena y la miró. Su rostro era inescrutable. Estoico. —Sí.

Penelope tragó. —Ese no era su esposo.

—No.

Ella cubrió su boca, mientras caminaba sin descanso por la habitación, aún excitada por lo que había visto, y sorprendida por la persona que había visto involucrada en esas actividades ilícitas.

—P-Pero ella es una de las mujeres más respetadas de la sociedad, —balbuceó—. ¡Se encarga de una asociación de caridad, por el amor de Dios! Se me acercó en un baile, no hace ni dos semanas, y me susurró al oído lo mucho que apoyaba mi "lucha".

Jeremy arqueó una ceja. —Y sin embargo aquí está.

Penelope lo miró fijamente. —Sabías que estaría en esa habitación. —Se cruzó de brazos—. Sabías que estaría con ese hombre.

—O algún otro. —Se encogió de hombros—. O con dos.

Los ojos de Penelope se abrieron ampliamente. — ¡Dos!

—De vez en cuando. Ella es una mujer de ciertos apetitos.

— ¿Sabe que la gente puede verla?, —preguntó Penelope, apretando las manos detrás de su espalda. Aún mientras hacía preguntas, tenía una extraña necesidad de mirar de nuevo hacia la otra habitación. Para ver el final de la escena erótica. Luchó por permanecer en el mismo lugar.

—Lo sabe. Arabella no le da esa habitación a ninguna persona que no le guste ser observada. —Jeremy miró hacia la pintura—. Te sorprendería saber cuántas solicitudes hay para esa habitación. Y para ésta. Ver, o ser visto, son fantasías muy populares.

Penelope tragó ante ese pensamiento, pero ignoró su declaración, al menos por el momento. —Pero ella no usa una máscara. Cualquiera en esta habitación podría reconocerla como yo lo hice. ¿No tiene miedo de ser confrontada por su conducta escandalosa?

Jeremy se encogió de hombros. —Hay reglas en este club que ofrecen a sus miembros un nivel de protección. Cualquiera que hable de lo que ve aquí es suspendido de por vida. Y si eso no fuera suficiente, la esencia misma de este lugar es la protección. Después de todo, ¿qué podría decir alguien si deseara revelar el secreto? No podría decir simplemente: Me estaba follando a mi amante, mientras espiaba a alguien, y vi a lady Turncroft ser tomada por dos hombres.

Penelope cerró los ojos. Las palabras directas de Jeremy debieron apagar su deseo, pero no lo hacían. En cambio, sus traicioneros pezones se endurecieron bajo la suave tela de su vestido.

—Supongo que no podrían, —reconoció, tratando de recuperar el aliento—. Pero, ¿por qué me muestras esto?

Él se acercó a ella y ella lo miró. No creía que pudiera soportar que la tocara en ese momento. Se sentía necesitada, caliente y en el borde. Lista para pedirle algo a

Jeremy que no podía exigirle. Al menos no sin perderse por completo a sí misma. Y ya estaba demasiado cerca de hacerlo.

—Hoy estabas preocupada, reprendiéndote a ti misma por ser una hipócrita, —dijo en voz baja—. Quería que vieras que muchas mujeres de sociedad tienen secretos. Secretos mucho más impactantes que cualquiera de los tuyos podría ser alguna vez.

De alguna manera, ese fue un consuelo vacío. Después de todo, Jeremy no era consciente de lo impactante que era su propio secreto.

—Quieres decir, que estabas tratando de demostrarme que mi enemigo, podría muy bien tener mi propio rostro, —dijo en voz baja.

Él la miró, claramente sorprendido por esa afirmación. Pero no la negó, se limitó a inclinar la cabeza, en un asentimiento silencioso.

Capítulo Catorce

Penelope se estremeció, aunque el fuego había calentado la habitación a hasta un nivel más que confortable. No, no fue la temperatura la causa de su temblor.

Con un suspiro, se sentó en uno de los sillones junto al fuego. Era confusión lo que la atormentaba, nada más. Había estado sintiéndola desde que ella y Jeremy fueron al Palacio de Placer de Arabella y John Valentine, durante el día.

Una y otra vez, las imágenes de lo que había visto, dieron vueltas en su cabeza.

— ¿Penelope?

Con un sobresalto, Penelope miró hacia la puerta de su habitación. Fiona estaba en la entrada, contemplándola con preocupación en sus bonitos rasgos.

— ¿Sí?, —le preguntó, tratando de mantener firme la voz.

Fiona entró vacilando. —Si no desea otra cosa, me retiraré a mi habitación para descansar.

Penelope sonrió tan amablemente como pudo, mientras su mente corría a toda prisa. Era casi medianoche, y sabía que su larga noche apenas estaba comenzando. Habría pocas horas de sueño para ella esta noche. Sólo más placer. Más confusión.

—Puedes retirarte, —dijo, haciéndole un gesto a su criada, hacia la puerta—. Gracias.

Fiona no se retiró del dormitorio, como esperaba. En lugar de eso frunció el ceño. — ¿Está segura, milady? ¿Desea un té? ¿Tal vez un poco de leche caliente para relajarse? ¿O algo de comer? Apenas comió algo durante la cena.

Penelope se puso de pie con una sacudida de su cabeza. —No, estoy bien. —Cuando la ex-cortesana no pareció convencida, Penelope cruzó la habitación hacia ella—. Realmente estoy bien. Ahora, ve a acostarte.

Fiona abrió la boca como si fuera a decir algo, pero luego se encogió de hombros y giró hacia la puerta. Pero antes de salir al pasillo, dijo, —Sólo estoy preocupada por usted. Ha estado… extraña durante las últimas semanas. Sé que eso tiene algo que ver con las frecuentes visitas de Jeremy, y probablemente también con su admirador secreto. Pero me preocupo por usted.

Entonces la joven salió del dormitorio y cerró la puerta tras ella. Penelope suspiró.

—Yo también estoy preocupada por mí, —murmuró, mientras frotaba una mano sobre sus ojos.

—Como lo estoy yo.

Penelope se dio la vuelta para hacer frente a la voz, ronca y masculina, que de repente resonó desde la ventana. Su corazón se tambaleó, cuando vio la sombra oscura de su amante secreto, que al entrar, trabar la ventana detrás de él.

—Casi fui descubierto cuando tu doncella entró, —dijo suavemente—. Gracias a Dios, estaba demasiado inmersa en la confesión de sus preocupaciones por tu bienestar, para darse cuenta de mi presencia, en el alféizar de la ventana, esperando para corromperte completamente. —Avanzó un paso—. Es posible que quieras cerrar con llave la puerta, milady.

Penelope retrocedió, y se encontró contra la misma puerta que él le había ordenado cerrar con llave. Su corazón latía violentamente mientras lo observaba acercarse, paso a paso, hasta que pudo oler el masculino aroma del sándalo combinado con una piel limpia. Un toque de pino, y una abundante pizca de lujuria.

Sus rodillas se debilitaron, aunque trataba de permanecer impasible.

— ¡Oh, por favor!, —susurró ella, girando el rostro, cuando él presionó una mano contra la puerta, al lado de su cabeza—. No puedo. No puedo hacer esto.

Él rió entre dientes, un sonido bajo y salvaje, que al instante convirtió sus protestas en gemidos, que ella reprimió. Su cuerpo se humedeció cuando la atrapó, al situar su otro brazo, enjaulándola.

—Pero lo harás, —dijo en voz baja, mientras inclinaba la cabeza para acariciar con los labios su cuello—. Necesitas esto. Casi puedo saborearlo en tu piel. —Su lengua salió como una flecha para saborear la piel en su cuello—. Puedo olerlo, mezclado con tu perfume. Tan dulce.

Bajó más la cabeza, sus labios moviéndose a lo largo del borde festoneado del escote de su vestido. Sus pechos se hincharon, sus pezones se endurecieron incluso con ese ligero roce. Ella gimió por la traición de su cuerpo. Y su mente no estaba

mucho mejor. Todas sus protestas se perdieron cuando las sensaciones la inundaron.

—Si no me quisieras aquí, —continuó el extraño, mientras sus dedos se dirigían hacia la pequeña fila de botones de su corpiño. Comenzó a soltarlos con dedos hábiles—. No habrías colocado una lámpara tan cerca de la ventana. El fuego de la chimenea sería una luz ardiente, no un débil destello. Puedes no querer admitirlo, incluso ante ti misma, pero me esperabas esta noche.

Penelope apretó los labios, mordiéndose la lengua para impedirse gritar, cuando él retiró el vestido. ¡Dios!, él tenía razón. Ella había estado esperándolo. Esperando esto.

—Tan hermosa, —ronroneó él, mientras rozaba con el pulgar el duro pezón que empujaba contra la fina tela de su camisa.

La espalda de Penelope se arqueó contra la puerta, cuando unos calientes dedos de placer la recorrieron, en una explosión de sensaciones sin control. Fue vagamente consciente de que el extraño extendió la mano detrás de ella y dio la vuelta a la llave, para cerrar la puerta. Ella levantó sus caderas sin poder evitarlo, su húmedo cuerpo la obligaba a comportarse de la misma manera que había rechazado tan pública y duramente, durante tanto tiempo.

Él hizo caso omiso de sus caderas, y mantuvo su atención centrada exclusivamente en sus pechos. Mientras continuaba masajeando un adolorido montículo, retiró hacia abajo el tirante de su camisa, exponiendo el otro pecho. Sus calientes labios se cerraron alrededor del pezón, y succionó, con la suficiente fuerza para que Penelope se tambaleara. Con la suficiente fuerza como para que el placer bailara a lo largo del filo del dolor, pero no cayera completamente.

Penelope dejó de luchar contra sus deseos. Dejó que sus dedos subieran y se enredaran entre su pelo. Lo acercó más a ella, gimiendo mientras lamía su pezón, lo pellizcaba con el borde de sus dientes, y succionaba su sensible carne hasta que sus rodillas temblaron y su coño pulsó como loco contra el vacío.

Él dejó escapar un murmullo de placer, mientras movía la boca hacia el otro pecho. Esta vez, bajó la camisa aún más lentamente, dejando que la suave tela rozara su sensible piel, mientras Penelope se retorcía inútilmente contra la puerta, sus manos apretándose contra su cabello, su espalda arqueándose de manera lasciva con cada pecaminosa caricia.

Parecía disfrutar al atormentarla, cuando ahuecó ambos pechos en sus manos, levantándolos, juntando los pequeños montículos para poder lamer lánguidamente un pezón, y luego repetir la caricia en el otro. De uno al otro, mordiscos pequeños, tirones suaves, y, finalmente, acarició con la caliente lengua el valle que había creado entre ellos.

Los ojos de Penelope se abrieron ampliamente. Sintió la húmeda caricia de su lengua entre sus piernas, como si hubiera repetido la acción en ese lugar.

—Por favor, —gimió, levantando las caderas hacia él—. ¡Por favor!

Él levantó la barbilla, de modo que sus bocas casi se tocaron. —Por favor, ¿qué? —murmuró, mientras frotaba la áspera barba contra su mejilla.

Ella reprimió un grito de frustración. Quería suplicarle que la llenara. Que la tomara. Deseaba dejar a un lado la precaución y sus límites, y dejar que separara sus piernas e introdujera su pene en ella. Eso era lo que deseaba y él lo sabía, el muy cabrón. Él lo sabía y la estaba probando. Se estaba deleitando en ello.

Pero ella no podía. Era demasiado.

Así que, en vez de pedir lo que anhelaba, dejó que sus manos soltaran su cabello y se deslizaran hacia abajo. Le acarició el pecho con sus dedos, sintiendo la contracción de los duros músculos debajo de la camisa de lino que llevaba. Bajó hasta la áspera lana de la cintura de sus pantalones. Y más abajo, hasta que la palma de su mano ahuecó su dura longitud, a través de las capas de gruesa tela.

Ahora fue el turno de él de jadear de placer y sorpresa, mientras su cuerpo se sacudía contra el suyo, haciendo que sus dedos se envolvieran a su alrededor.

—No empieces algo que no vayas a terminar, —le advirtió él, mientras empujaba de nuevo contra ella. Esta vez, su dura polla empujó a través del capullo de sus dedos, y presionó con fuerza entre sus piernas, contra la tela de la camisa que cubría su clítoris, y arrancó un gruñido de placer de sus labios.

Penelope vaciló. Había visto una manera de proporcionarle placer a un hombre sin permitir que se introdujera en su cuerpo. Y tenía mucha curiosidad sobre aquel acto prohibido.

— ¿Quién dice que no terminaré? —murmuró ella, sobresaltada por el tono ronco y tentador de su voz. Sonaba disoluta, como una cortesana, una mujer de placer.

Y eso le gustaba.

Sin detenerse a considerar ese hecho, comenzó a trabajar para quitar la camisa de su compañero anónimo. Era difícil abrir cada botón en la oscuridad, pero se las arregló para hacerlo con dedos temblorosos. Contuvo el aliento cuando tocó su piel desnuda. Era un hombre muy bien formado, en todos los sentidos. Su piel era suave, estirada sobre músculos bien definidos, y salpicada con un toque de vello rizado. Apretó los dedos sobre su piel, adorando como se contraían sus músculos ante su toque.

No parecía un mimado miembro de la clase alta. ¿Sería un trabajador de algún tipo? Si lo era, ¿cómo diablos la habría visto y elegido como su conquista?

Pensamientos sobre Jeremy Vaughn invadieron de nuevo su mente, mientras apartaba la camisa del otro hombre, y ésta cayó revoloteando al suelo. Jeremy tenía un magnífico cuerpo, y era un duque. Una mujer tendría que estar ciega para negar lo magro y atlético que era. Así que, quizá, este hombre tenía un tipo similar.

Ella cerró los ojos, aún estando en la oscuridad. Tenía que dejar de pensar en Jeremy. Sobre todo cuando estaba tocando a otro hombre. Y dejaba que otro hombre la tocara. Eso era incorrecto.

Mientras sus dedos se deslizaban por la carne desnuda, su amante contuvo el aliento. Ella sonrió, mientras seguía el rastro del vello de su pecho, para encontrar la cinturilla de su pantalón. Desató cada gancho con una deliberada lentitud, deleitándose de la forma en la que éste hombre, que obviamente estaba bien versado en el sexo y el placer, contenía la respiración. La forma en que se apoyaba contra ella, como si silenciosamente le suplicara por más. La manera cómo se tensó, cuando enganchó los pulgares en la cintura de su pantalón, y empujó la tela en un movimiento lento.

Sus palmas se movieron hacia abajo por sus caderas, mientras el pantalón caía y los dos contuvieron la respiración. Penélope se estremeció. ¡Dios!, él estaba tan duro por todas partes. Era como una estatua de granito, que cobraba vida para cumplir cada una de sus fantasías.

Todas sus fantasías, excepto una.

Ella apartó el pensamiento y se concentró en tocarlo. Acarició la extensión de sus estrechas caderas, sintió en las palmas de sus manos el cosquilleo de los rizados vellos sobre sus duros muslos, y ahogó una risita nerviosa cuando dejó que sus dedos ahuecaran su trasero.

—Recuerda lo que te dije, —refunfuñó él, y esta vez su voz era menos juguetona—. No comiences algo que no puedas terminar, Penelope.

Ella lo miró fijamente en la oscuridad, frustrada por el hecho de que sólo podía distinguir rasgos difusos en su rostro. Quería ver su efecto sobre él, no solo escucharlo en su voz o sentirlo en su piel. Quería mirarlo a los ojos mientras lo tocaba.

Pero eso era imposible. Estúpido. Esto era todo lo que podía tener. Sólo un amante en las sombras.

Pero mientras lo tuviera, tenía la intención de hacer pleno uso de él. Sin decir una palabra, se dejó caer de rodillas. La ropa descartada era un perfecto colchón, mientras deslizaba las manos hacia arriba por sus piernas, y capturaba entre sus

dedos el duro empuje de su erección, por segunda vez. Pero esta vez no había tela entre ellos. Nada más que su piel caliente contra la suya.

—Penelope… —Su voz era de advertencia, pero detrás de ella, hubo un temblor de anticipación.

Y eso fue demasiado para resistirse. Penelope se inclinó hacia delante y rozó su mejilla contra él. Su carne era tan caliente, tan dura. Saltó contra su piel, moviéndose incansablemente, fuera de control. Ella sólo deseaba… más. Así que dejó a un lado sus acelerados pensamientos, dejó su mente libre de imágenes perturbadoras, y se permitió el placer.

Darlo y recibirlo.

******

Las rodillas de Jeremy se doblaron cuando Penelope movió sus labios, de atrás hacia adelante, sobre la muy sensible punta de su polla erecta. Su aliento era caliente sobre su piel, sus labios lisos y suaves, y lo suficientemente húmedos como para que se contrajera de placer. Normalmente, él estaba en control. Pero en este momento, era todo lo contrario. Quería que lo tomara en su boca, quería sentir su lengua sobre él.

Pero más que eso, deseaba arrastrarla hacia arriba, fijarla contra la puerta con su peso, y hundirse en su coño. Quería tomarla, de manera dura, caliente y rápida. Aún cuando eso fuera en contra de cada uno de sus planes.

Se suponía que fuera ella quién debía suplicar. No él.

Pero estaba listo para hacer justo eso, cuando ella separó los labios y sacó la lengua para lamerlo de manera ligera y juguetona. Jeremy gimió, y afianzó los brazos en la puerta detrás de ella.

La siguiente lamida no fue juguetona. Ella deslizó la boca alrededor de la cabeza de su polla y succionó, llevándolo a su boca centímetro a centímetro, masajeándolo

con su lengua, y mordisqueándolo suavemente con los dientes. Lo tomó tan profundamente como pudo, aferrando firmemente la base de su polla con cada empuje.

Era una locura.

Ninguna mujer debería ser tan talentosa en un acto que sólo había visto dos veces. ¡Pero maldita sea!, ella lo era. Alguien con talento natural para dar un intenso placer. Una disoluta en su interior.

Jeremy se estremeció cuando ella se retiró, frotando su palma sobre el camino mojado que su boca había creado, mientras lo retiraba de ella.

— ¡Cristo! —murmuró, la palabra salió de su boca en contra de su voluntad, cuando ella volvió a succionarlo hacia el interior de su boca.

Enredó los dedos entre su cabello y sintió que ella se ponía rígida. Estaba pensando en lo que había visto más temprano. En haber visto a Lady Turncroft dando placer a su amante, como Penelope hacía ahora. En la mirada de éxtasis en su rostro, cuando aquel otro hombre tiró de su pelo.

Jeremy esperó, con su polla palpitando de placer, para ver si Penelope se apartaría. Tal vez, incluso admitiría lo que había visto. Pero después de breves segundos, volvió a darle placer. Si algo cambió, fue el incremento de su ritmo, y él se olvidó de todos sus planes para ella. Olvidó todas las emociones confusas que le producía.

Y se centró en el placer.

******

Penelope sonrió cuando su amante misterioso comenzó a arquear las caderas contra su boca, y la presión de sus dedos en la parte posterior de su cabello aumentó. Él comenzaba a perder el control debido a lo que ella le hacía. Su boca, su lengua, sus manos… ellos tenían la capacidad de hacerlo gemir. De hacerlo tensarse. De hacerlo correrse.

Y ella, nunca en su vida, se había sentido tan poderosa.

Le gustó sentir que su polla se endurecía más en su boca. Le gustó la manera en que su respiración se entrecortaba. Eso la excitaba. Estaba tan húmeda, tan dispuesta, y cada caricia de su boca sobre él hacía su propio deseo más agudo, más definido. Estaba justo al borde del orgasmo, cuando su amante anónimo dejó escapar un gruñido gutural y de repente, sacó su polla de su boca.

En la oscuridad, lo escuchó gemir de placer, y supo lo que le había hecho. Sintió una extraña sensación de decepción ante el hecho de que no hubiera encontrado la finalización entre sus labios, aunque se dio cuenta de que retirarse, era una acción caballerosa.

—Eres una descarada, —murmuró él, mientras la tomaba por la parte superior de los brazos y la puso de pie. Con un roce de sus dedos, le quitó su enredada camisa, dejándola desnuda.

Ella contuvo la respiración, sorprendida. Había asumido que después de encontrar su placer, él se iría. Su esposo nunca había expresado interés en ella, una vez que había obtenido su propia liberación.

— ¿Qué haces…? —comenzó a decir.

La hizo callar con un beso que derritió sus huesos. Su lengua se introdujo en su boca, frotando la de ella, con promesas, y una pasión, que la hicieron arder.

— ¿Creías que había terminado?, —gruñó él, antes de dejar caer la boca sobre la suya, en otro beso salvaje y lleno de necesidad—. En absoluto. Ahora que mi deseo está bajo control, puedo concentrarme únicamente en ti.

Los ojos de Penelope se abrieron ampliamente ante ese pensamiento. ¿Así que la noche anterior su atención no había estado únicamente en ella? ¡Dios mío!, él la había debilitado. ¿Qué podría lograr con su propio deseo satisfecho, y su cuerpo siendo lo único en su mente?

No tuvo que esperar mucho tiempo para averiguarlo. Él levantó sus brazos sobre su cabeza, fijándolos contra la puerta con una de sus grandes manos. Luego acuñó una rodilla entre sus muslos y los separó. Penelope jadeó cuando los duros músculos de su muslo se presionaron contra los húmedos labios de su sexo. El dolor sordo de su deseo, alcanzó de inmediato un nuevo nivel.

Pero detrás de éste, había una emoción totalmente diferente. Un miedo lleno de ansiedad y necesidad. Estaba completamente desnuda, totalmente a su merced, sin el uso de sus manos para defenderse. Y él estaba desnudo, también. Si lo quisiera, podría tomar la única cosa que le había hecho prometer que no tomaría. Podría tener sexo con ella sin pedir su permiso.

Y lo peor era que si él la levantara, si la llenara con su polla, sabía a ciencia cierta que no lucharía contra él. Ella se retorcería, gemiría, y se correría, a pesar de sí misma.

—Lo prometiste, —protestó débilmente, empujando sin entusiasmo contra sus manos.

El cuerpo de su amante se quedó completamente inmóvil, de modo que todo lo que ella pudo sentir, fue la caricia caliente de su aliento en su mejilla.

— ¿Qué no te tomaría? —jadeó él—. Y no lo haré, tan tentado como estoy. Yo no obligo a las mujeres a hacer nada, Penelope. Si alguien más lo hizo en el pasado, entonces debería pudrirse en el infierno.

Ahora, fue ella la que se quedó completamente inmóvil. Sólo le había confesado la cruel realidad de su matrimonio a una persona: Jeremy Vaughn. Y aún así, este hombre misterioso, quién no la conocía en absoluto, había adivinado algo de la verdad. Su cuerpo y sus reacciones hacia él, le habían revelado su secreto más profundo, y más doloroso.

—Penelope, solo tomaré lo que me has ofrecido, —susurró él—. Hasta que me pidas más.

Su boca encontró la de ella, una vez más, pero no hubo nada rudo ni agresivo en ese beso. Esta vez fue suave. Tranquilizador. Tan suave, dulce e inesperado, que llenó de lágrimas los ojos de Penelope. ¿Cuándo había sido la última vez que había sentido ternura? ¿Proveniente de cualquier persona, pero sobre todo de un hombre? Se relajó contra él, olvidando su posición, dejando que su mente se tranquilizase, solo sintiendo la suave presión de sus labios contra los suyos.

Cuando él se retiró, escuchó sus suaves respiraciones. Y las suyas propias. Este hombre tenía muchos planes para ella, pero ese beso no había sido uno de ellos.

Y eso lo hizo aún más especial.

Ahora sin miedo de que él tomara lo que ella no había ofrecido, Penelope se rindió a las sensaciones. La rodilla que presionaba entre sus piernas, se empujó hacia arriba, más y más alto, hasta que sus pies ya no tocaron el suelo, y su sexo estuvo extendido contra su muslo.

— ¡Dios!, estás tan húmeda. Tan preparada, —murmuró, más para sí que para ella.

Movió la mano, bajando sus brazos atrapados, hasta dejarlos alrededor de su cuello. Ahora, estaban frente a frente en la oscuridad, y él tomó su trasero y la llevó hacia adelante. El resultado fue una dulce fricción. Se estremeció cuando su clítoris se rozó contra sus duros músculos, sintiendo el cosquilleo de los pequeños vellos a lo largo de sus piernas.

Él la movió de nuevo, guiándola hasta que se meció sobre su muslo por sí misma. Casi al instante, todo su deseo reprimido, el caliente placer contra el que había estado luchando, durante dos días, salió a la superficie. Se desbordó.

Inclinó la cabeza hacia atrás y dejó que la ola la recorriera. Cuando los labios de él tocaron su cuello, la enviaron por encima del borde. Se movió salvajemente, montando su muslo, mientras un estremecimiento tras otro de placer, la atravesaban. Su orgasmo pareció durar una eternidad, nunca aliviándose, nunca disminuyendo, hasta que quedó débil contra su pecho, resbaladizo por el sudor.

Sus brazos llegaron a su espalda, y la sostuvo, mientras lentamente dejaba que sus pies tocaran el suelo. Inestable, Penélope mantuvo sus propios brazos alrededor de su cuello, aferrándose a él, mientras pequeños temblores ocasionales seguían atormentando su cuerpo sensible.

El desconocido inclinó la cabeza, y su boca encontró la de ella. Su lengua se introdujo entre sus labios y exploró su boca, con un propósito vago y un lento tormento. El fuego que se acababa de extinguir en Penelope regresó de inmediato, y luego se duplicó cuando su amante tomó su trasero y tiró de ella contra él.

— ¿Más?, —susurró ella, débil cuando él, lentamente, la dirigió hacia la cama.

—Mucho más, —le prometió, mientras la colocaba sobre las almohadas.

Ella se estremeció cuando su gran cuerpo cubrió el suyo, aplastándola contra el colchón, moldeando cada curva suave contra su implacable dureza. Miró hacia el contorno borroso del hombre que la estaba cambiando poco a poco, alguien que ella nunca había visto. ¿Quién era él? ¿Cómo la había encontrado? ¿Por qué la deseaba?

Quería hacerle esas preguntas y más, pero él no le cedió tiempo para pensar, y mucho menos hablar. Sus dedos comenzaron a moverse, bailando sobre su piel, jugueteando con ella y probándola. Ella se arqueó cuando la punta de sus dedos se deslizó sobre sus pezones, los pensamientos abandonaron su mente, como el agua derramada de un vaso volcado.

Él se deslizó hacia abajo, tocando cada centímetro de su piel expuesta, hasta que ahuecó su sexo, abriéndola con unas pocas caricias de sus dedos. Ella se movió hacia arriba, ofreciéndose a él como una disoluta, esperando que introdujera los dedos en su cuerpo.

Pero no lo hizo.

—Te deseo, Penelope, —gimió, su voz era baja y ronca en la oscuridad.

Ella se arqueó una vez más, forzando a la punta de su dedo a entrar en su húmeda vagina. Contuvo un grito mientras jadeaba. —Entonces tócame.

—Preferiría hundirme dentro de ti, —susurró él.

Penelope se congeló. ¿Le estaba pidiendo…?

—Pero no vas a permitírmelo, —dijo, antes de que pudiera responderle.

Ella quería alegrarse de ese hecho, pero no podía. Parte de ella sabía que si él hubiera vacilado un momento más, podría haberle permitido hacerle el amor. Llenarla.

—Así que será tu boca, —dijo él, mientras se inclinaba sobre ella. Apretó los labios contra los de ella, y Penelope jadeó cuando sintió su larga y dura erección contra su vientre—. Quiero tu boca sobre mí otra vez.

Ella se apartó. — ¿Ya? —susurró—. No pensaba que…

Con un rubor, ella se interrumpió. Debía sonar como una muchacha tan tonta e ingenua. Obviamente, este hombre podía desearla de nuevo en muy poco tiempo. Era el cuerpo de su esposo el que no había sido capaz de desearla de nuevo, después de correrse.

—Penélope, he estado preparado para ti desde unos instantes después de que me hicieras correrme. —Presionó su boca en la suya otra vez—. Me vuelves loco de deseo. No puedo pensar en nada más que en ti. Pero quiero darte placer. ¿Confiarás en mí para que ambos podamos tener nuestra liberación simultáneamente?

Penelope tragó con fuerza. — ¿Cómo?

Se acostó sobre su espalda al lado de ella. —Ahora, siéntate a horcajadas sobre mí de modo que tu boca esté cerca de mi polla. Déjame saborearte mientras tú me saboreas.

Ella contuvo su aliento bruscamente. Nunca había oído hablar de tal cosa, pero su cuerpo ya palpitaba con la anticipación de sentir la boca de su amante misterioso contra ella. Su talentosa lengua excitándola.

Cuidadosamente, se desplazó para tomar la posición que él había descrito. Su polla ya estaba completamente erecta, cuando se inclinó sobre él. Cuando su cabello rozó la sensible cabeza, se sacudió bajo ella. Y cuando lo tomó en su mano, dirigiéndolo entre sus labios una segunda vez, él dejó escapar un suspiro tembloroso y lleno de placer, que hizo volar una ráfaga de aire caliente contra su cuerpo desnudo.

Y luego su lengua se clavó en ella. Penelope se arqueó, y su polla salió de sus labios, cuando ella lanzó un grito de puro placer. Ella acarició su erección mientras él la lamía, deslizando la lengua por cada grieta, lamiendo sus jugos como si fueran un buen vino.

Sus gemidos se hicieron más fuertes, más estrangulados, cuando él añadió un dedo largo y grueso al tormento. Despacio, lo deslizó dentro de su apretada vagina, mientras continuaba mordisqueando y lamiendo su clítoris.

Penelope luchó por contener la ola de placer, enfocándose de nuevo en su polla. Lo cubrió con su boca, deslizando la lengua sobre él, con el mismo ritmo con el que él deslizaba su dedo dentro y fuera de su cuerpo. Ella ya estaba comenzando a temblar, la liberación se alzaba entre las sombras de la habitación. Penélope se tensó, trató de alcanzarla, pero se mantenía fuera de su alcance.

Porque deseaba más. Deseaba que éste hombre se elevara detrás de ella y la llenara con su duro cuerpo. Quería que la presionara contra el colchón, con su peso sobre ella. Quería darle todo. Su cuerpo, su rendición.

Sólo que cuando imaginó a un hombre detrás de ella, presionándola contra la cama mientras la tomaba, la cara de su amante anónimo era la de Jeremy.

Con sólo pensar en él, su cuerpo estalló de placer. Ella se estremeció, mientras seguía succionando y deslizando su boca sobre el cuerpo de su amante misterioso, dejó caer las caderas en su boca, mientras gemía alrededor de su eje.

Sintió que las piernas de él se ponían rígidas, y luego se corrió. Penelope se sorprendió ante la repentina erupción, pero no le resultó desagradable. Su propio placer era demasiado agudo para que fuera perturbada por nada. Con un grito final, ella se arqueó, dejando salir su polla de su boca.

Penelope se derrumbó sobre las piernas de su amante, jadeando, mientras su cuerpo se estremecía por unos momentos más. Él se inclinó adelante y la levantó, moviéndola para que quedara acostada a su lado. Penelope no discutió. Estaba demasiado débil y laxa por el placer. Demasiado cálida y saciada.

—Se está haciendo tarde, —dijo él suavemente, cuando plantó un beso en su frente—. Debería irme.

Penelope alzó la vista hacia su cara, entre las sombras. —Muy bien.

La besó, y ella probó la esencia terrosa de su propio placer en sus labios. Inmediatamente, su cuerpo respondió con una velocidad sorprendente. ¿Cómo podía desearlo de nuevo? Él se alejó, y lo escuchó recoger su ropa, y vestirse en la oscuridad.

—Te…, —comenzó a decir ella, deteniéndose cuando el calor subió a sus mejillas. Gracias a Dios no podía verla.

— ¿Qué?

— ¿Te veré otra vez? —le preguntó suavemente.

Hubo un momento de vacilación. —Mañana por la noche.

El alivio la inundó. Un preocupante alivio, considerando lo cerca que había estado esta noche de pedirle que la tomara. Tendría que ser fuerte cuando la visitara de nuevo. Tal vez la próxima vez fuera la última.

El pensamiento la inquietó.

—Dejaré mi ventana abierta para ti, —prometió ella.

—Buenas noches, Penelope, —dijo suavemente—. Sueña conmigo.

Luego, la ventana se abrió y él se fue. Penelope giró sobre la cama para contemplar las brasas del fuego. Las que proporcionaban tan poca luz, que ella había podido ver al hombre que le había dado tanto placer.

Ya estaba vacía sin él. Anhelando sus caricias. Y parecía que la satisfacción no provendría de sus dedos, o su lengua. Eso sólo la dejaba deseando más. Deseando la única cosa que ella se había jurado evitar.

Y deseando a Jeremy, sin importar cuán equivocado fuera ese deseo.

Capítulo Quince

Jeremy movió los dedos a lo largo del brazo de la butaca donde estaba incómodamente sentado. Miró el salón de Penelope con el ceño fruncido. Era una magnífica habitación, muy hermosa, con lo mejor en muebles y accesorios, aunque había algo frío en la decoración. Reflejaba al personaje público que Penelope representaba.

Pero no reflejaba su verdadera naturaleza. La naturaleza apasionada que Jeremy había comenzado a liberar como su amante misterioso. Apretó los puños. Ser un seductor sin rostro le había parecido el plan perfecto cuando pensó en ello. Y ciertamente había funcionado. El anonimato de su disfraz hacía que Penelope estuviera cómoda. Le permitía dar rienda suelta a sus deseos, o a algunos de ellos. Pero todavía se contenía.

Y Jeremy encontró que romper sus barreras, darle un placer secreto, sabiendo que le estaba proporcionando un arma con la que chantajearla y arruinarla, era algo mucho menos agradable de lo que había planeado. De hecho, era francamente frustrante.

Jeremy quería estar dentro de su cuerpo. Quería sentirla arquearse bajo él, cuando entrara centímetro a centímetro. Quería que confesara que lo anhelaba tanto como él. Quería que le pidiera que le hiciera el amor, no para chantajearla, sino por otra razón. Algo preocupante que no podía entender, y mucho menos ponerle nombre.

Simplemente quería que ella lo deseara.

La puerta detrás de él se abrió, y Jeremy se puso de pie, mientras Penelope entraba en la habitación. Notó que dejaba la puerta abierta, mientras le dedicaba una sonrisa débil y cansada de bienvenida. Se veía ojerosa. Mucho más agotada y confusa de lo que había estado la tarde anterior.

Después de haberla dejado la noche anterior, ¿se habría quedado despierta, atormentándose? ¿O habría estado caminando sin descanso en su dormitorio, llena de deseos tan insatisfechos como los de él?

—Buenas tardes, Penelope, —dijo él, sonriendo, como si no hubiera notado sus ojos rojos, o las manchas oscuras bajo ellos. Sólo podía esperar que ella estuviera demasiado distraída para no notar los de él.

—Hola, —dijo ella en voz baja, pero no encontró su mirada.

Interesante. ¿Se sentía culpable por lo que había hecho en la oscuridad, la noche anterior? ¿O estaba simplemente temerosa de que él viera en ella la verdad? Después de todo, Penelope no sabía que era el hombre que la había hecho gritar la noche anterior. Ella simplemente pensaba en él como un amigo.

Una etiqueta que lo consternaba en más de un sentido.

— ¿Estás lista para la excursión de hoy? —le preguntó, dejando a un lado los preocupantes pensamientos, y haciendo un gesto hacia la puerta que había detrás de él.

Penelope lo miró en silencio durante un largo momento. A Continuación, pasó a su lado y se sentó en la silla situada enfrente a la que él había ocupado recientemente. Ella se miró las manos cruzadas durante tanto tiempo, que Jeremy no pudo evitar dar un paso hacia ella con verdadera preocupación.

— ¿Penelope?

Ella alzó la vista hacia él con una débil sacudida de su cabeza. —Me doy cuenta que viniste a escoltarme hacia una de tus salidas, y realmente aprecio todo el esfuerzo y tiempo que has dedicado a mi… educación. Pero, hoy no me encuentro de humor para eso.

Él se enderezó. — ¿He hecho algo para molestarte?

Ella, de inmediato, negó con la cabeza. —No, tú has sido solamente amable conmigo, aún cuando no lo merecía.

Él se estremeció. Cuando averiguara la verdad sobre su engaño, iba a odiarle. Eso no debería importarle, pero lo hacía.

— ¿Quieres que te deje en paz?, —le preguntó, y se sorprendió cuando se formó un nudo en su estómago al pensarlo.

Realmente tenía ganas de pasar tiempo con Penelope a la luz del día. Ser capaz de mirarla, ver sus reacciones a los placeres sensuales a los que la expondría ese día.

Ella consideró la pregunta durante un momento. —No. ¿Te quedarías?

Se apartó de ella, sorprendido por esa petición inesperada. —Por supuesto, —tartamudeó, mientras se sentaba de nuevo frente a ella.

Se quedaron sentados en silencio, hasta que una criada entró, y dejó una bandeja con té en una pequeña mesa entre ellos. Después de que Penelope hiciera señas a la muchacha para que se fuera y comenzó a servirlo, habló de nuevo.

— ¿Crees que soy una completa hipócrita?

Jeremy se puso tenso. Allí estaba. La pregunta que había estado esperando que le hiciera. La que fácilmente podría cambiar el rumbo de su, así llamada, guerra contra el exceso. Debería decirle que sí. Hablarle acerca de su verdadera naturaleza. Utilizar la confianza que había depositado en él, contra ella.

Pero ahora que había llegado el momento, y veía la expresión cansada de Penelope y sus ojos rojos, encontró que su respuesta era muy diferente.

—No lo sé. Una hipócrita es alguien que dice una cosa, y aún así, hace otra. O mantiene la otra en su corazón, o su alma. Alguien que niega la verdad de lo que es en público. —Se encogió de hombros cuando tomó la taza que le había servido—. Y no puedo imaginar las verdades que puedes o no, esconder de los demás. O incluso de ti misma.

Ella se quedó mirando el líquido humeante de su taza, y Jeremy vio la batalla que estaba librando. Contuvo el aliento, esperando que confesara que había estado permitiéndose oscuras pasiones con un hombre cuyo rostro no conocía.

Pero no lo hizo. Finalmente, negó con la cabeza. —Supongo que tienes razón. Sin embargo, algunos dirían que mis excursiones contigo son una prueba de mi hipocresía. Algunos querrían usar esos momentos en mi contra, si tuvieran la oportunidad. Para hacerme callar.

Jeremy se encontró extrañamente molesto por el hecho de que no confiara en él acerca de su amante secreto. Pero era una tontería. Después de todo, ¿qué le diría si se lo confesara? ¿Se revelaría a sí mismo ante ella? ¿Completaría su plan tal y como había prometido a sus amigos?

— ¿Jeremy?, —dijo ella en voz baja. Pero luego sacudió la cabeza con un rubor tan profundo, que casi oscureció sus mejillas a un profundo carmesí—. Quiero decir, Excelencia.

Él sonrió. —En privado, no veo nada de malo en que me llames Jeremy. Después de todo, siempre he sido lo suficientemente descortés, como para llamarte Penelope, y tú has sido lo bastante amable para no corregirme.

Ella bajó la barbilla. —Somos amigos, ¿no? Los amigos pueden referirse el uno al otro por sus nombres de pila, y eso no es impropio. Mientras sigamos usando los títulos delante de los demás.

Jeremy frunció el ceño. Allí estaba otra vez. Su resolución inflexible a comportarse de manera apropiada, al menos en público. Luchar contra lo que ella deseaba, a la vista de los demás.

—Sí, supongo. En cuanto a lo que dijiste acerca de que otros desean hacerte callar, es verdad, te has creado enemigos con tus palabras. Pero si te conoces, si conoces tu propio corazón, entonces lo que otros digan no debería importarte.

Ella lo miró, con una expresión sorprendida. — ¿Te conoces tú a ti mismo, y a tu propio corazón?

Se movió, incómodo. No estaba acostumbrado a hablar de sí mismo. Sus amigos no requerían tal franqueza, y sus amantes siempre habían sabido que su lugar sólo

estaba en su cama. Rara vez era empujado más allá de la cómoda distancia que él decidía mantener.

— ¿Qué quieres decir?, —le preguntó, en su mayor parte para ganar tiempo.

Ella se encogió de hombros. —Tu comportamiento solía ser completamente diferente. Solías ser conocido por tus excesos, por tu lujuria pecaminosa. —Pensó detectar un temblor muy ligero cuando dijo la palabra 'lujuria', pero no pudo estar seguro, cuando ella continuó—. Y ahora dices que has cambiado. ¿Qué te hizo ser el hombre que eras antes? ¿Y qué te hizo cambiar para ser el hombre que ahora afirmas ser?

Ante tales preguntas directas. Y ahora que las había expresado, no estaba seguro de saber realmente las respuestas que ella buscaba. Él era el hombre que era. Nunca se había detenido a preguntarse por qué. Nunca había considerado ningún otro camino.

Hasta ahora. Tomar el té con una mujer a la que estaba mintiendo. Ahora consideraba la verdad de su vida.

— Sé que fui moldeada por mi familia, —Penelope continuó, antes de que se viera obligado a contestar su pregunta directa.

Él dio un suspiro de alivio, antes de presionarla. —Por tu hermana, quieres decir.

Ella asintió, y sus mejillas enrojecieron otra vez. —Sí, por Miranda, y lo que descubrí sobre su verdadera naturaleza. Pero las mentiras de Miranda no fueron mi única influencia. Mis padres tuvieron un gran impacto en mi vida.

Jeremy no fue capaz de sofocar, por completo, un estremecimiento al pensar en la madre de Penelope, Dorthea Albright. La sociedad entera estaba al tanto de la dominante mujer, que parecía completamente ajena de cuánto daño hacía su comportamiento escandaloso, a las posibilidades de sus hijas más jóvenes en el mercado matrimonial.

—Veo por tu expresión que conoces a mi madre, —dijo, con una ligera sonrisa, que ablandó su ojerosa cara—. Ella es… difícil, lo sé. Crecer a la sombra de sus estados de ánimo, de sus críticas, de sus ansias de más, y más, y más… ciertamente me ha marcado. Me di cuenta, siendo muy joven, que se esperaba de mí que mejorara la situación para nuestra familia. Por lo que no fue sólo el comportamiento de Miranda, lo que me llevó a casarme por motivos financieros.

Jeremy se encontró inclinándose hacia ella. Muy pocas mujeres eran tan francas. Al menos con él.

Pero, dudaba que Penelope hubiera sido tan franca con él en el pasado, antes de que ellos fueran, como ella dijo, amigos. Podría ser un falso amigo, pero, sin embargo, estaba interesado en lo que tenía que decir.

— ¿Y tu padre? —le preguntó—. El debió tener alguna influencia en ti.

— ¡Oh!, la tuvo. —Su voz fue aún más baja, y la tristeza llenó sus ojos—. Era un hombre adorable en muchos aspectos. Nos amaba a mí y a mis hermanas, realmente creo eso. Era amable, en cada aspecto en que mi madre era dura. Pero vivía en un mundo de excesos.

Jeremy la miró interrogante. — ¿Quieres decir…?

Ella lo interrumpió. —No, no excesos sexuales. —Frunció el ceño—. No que yo sepa. Pero apostaba, hacía carreras, nunca pudo detener sus vicios, incluso cuando comenzaron a arruinarlo, a arruinar a nuestra familia. Sus necesidades egoístas se hicieron más importantes que nuestra comodidad, e incluso que nuestra supervivencia.

Jeremy asintió. Eso hacía más comprensible su búsqueda contra tal comportamiento egoísta. Ella había visto, y sentido las consecuencias de un comportamiento excesivo. Primero en su padre, y luego en su hermana.

— ¿Y tú? —preguntó ella, mientras se inclinaba hacia atrás—. Conozco muy poco de tu familia. Debes haber sido formado por ellos.

Jeremy se movió, no más cómodo al hablar de su familia, ahora, de lo que había estado la primera vez que abordó el tema. —Supongo que eso debe ser cierto, pero nunca he pensado mucho en ello.

Penelope frunció el ceño. —Tienes un hermano, ¿verdad? ¿Están unidos?

Jeremy se enderezó. —Sí, bueno, no.

Ella dejó escapar una pequeña risa. — ¿Cuál debo considerar una respuesta?

—Las dos cosas. —Sonrió, a pesar del desagradable tema—. Christopher solía ser muy parecido a como soy. O era. Era salvaje. Pero luego se enamoró. Se casó. —Frunció el ceño—. Y yo no sabía qué hacer. O pensar. Me molestaba, supongo.

— ¿Debido a que estaba rechazando la vida que todavía llevabas?, —le preguntó suavemente.

Jeremy levantó la mirada bruscamente. ¡Querido Dios!, ella había dado con el punto que él había estado negando durante tanto tiempo. Christopher lo había obligado a preguntarse si la vida, de la que siempre había disfrutado, era frívola. Ver la felicidad y fidelidad recién descubierta de su hermano, había cambiado la opinión de Jeremy sobre su propia existencia.

—Sí, supongo que es verdad, —admitió—. Ahí fue cuando comencé a cambiar.

Frunció el ceño. Salvo que no había cambiado. Simplemente había luchado con más fuerza, para mantener la vida que había estado viviendo. Y aquella lucha incluyó su acuerdo para destruir a Penelope.

— ¿Y tus padres?, —presionó ella.

Frunció el ceño. —Mi padre murió hace cuatro años.

—Lo siento, —susurró ella.

Él sacudió la cabeza. —Yo no.

Ella se echó hacia atrás, y vio la sorpresa en sus ojos. Y la sintió en sí mismo. Nunca le había confesado eso a nadie, ni siquiera a Christopher.

—No estábamos unidos, —le explicó, mientras se ponía de pié y comenzaba a caminar a través del pequeño salón—. Él nunca fue cruel, o incluso negligente. Me enseñó muchas lecciones de vida valiosas, y siempre lo respeté. Pero había algo que… faltaba. Nunca supe lo que era hasta que un día lo vi con su otra familia.

— ¿Su otra familia?

Asintió con la cabeza. —Tuvo una amante durante mucho tiempo, y tenían un hijo y una hija. Lo vi con ellos una vez. Era un hombre completamente diferente. — Pensó en el modo que su padre había lanzado a su pequeña hija en el aire. La forma en que se había reído—. Con ternura y amor.

Penelope se levantó y caminó hacia él. —Eso debe haber sido doloroso.

—Supongo que debió serlo en algún momento para mi madre. Pero, para el momento de su muerte, tenían una relación muy fría. Ahora ella se dedica a viajar. Parece muy feliz.

No es que él lo supiera con certeza. Otra revelación que lo avergonzaba.

Penelope negó con la cabeza. —Quise decir, doloroso para ti. Verlo con su otra familia. Verlo darles amor tan libremente, cuando era algo que no había compartido contigo y con tu hermano.

Se encogió de hombros. —Doloroso, no. Sólo… extraño. Después de eso, nunca más lo vi de la misma manera. Yo era su… negocio familiar, de cierto modo, al igual que mi hermano. Éramos una manera de asegurar su legado, pero dejó su pasión y sus emociones en otra parte.

—Y eso fue lo que decidiste qué harías, también.

Jeremy la miró. Un desfile de mujeres complacientes y lascivas, pasó brevemente ante sus ojos. Mujeres que había llevado a su cama, pero nunca más lejos. Hubo

algunas que realmente le habían gustado, pero en el momento que cualquiera se hacía más cercana, o le exigía más de lo que estaba dispuesto a dar, las apartaba.

Hasta Penelope.

—Supongo que sí, —admitió en voz baja.

— ¿No sería agradable, sin embargo, si pudieras ponerlas bajo un mismo techo?, —dijo con un suspiro melancólico—. ¿Una esposa a la que amaras, y por la que sintieras pasión? ¿Una mujer que puedas ver como una compañera, no sólo como una transacción comercial?

Se veía tan hermosa, mirándolo, con el rostro lleno de esperanzas ingenuas. Jeremy deseó poder recordar esa imagen de ella para siempre. Porque con el tiempo, esa ingenuidad desaparecería. Él había jurado aplastarla.

— ¿Tu cruzada, otra vez?, —preguntó, con una risa suave.

—Eso fue todo lo que dije, ¿sabes? —suspiró ella—. Aquel primer día que hablé con mis amigas. Todo lo que dije es que no era justo que se nos pidiera sentarnos en casa, mientras nuestros esposos encuentran el amor y la pasión en otra parte. Que merecemos más consideración y respeto. Y que la única manera de conseguirlo, es exigirlo. —Sacudió la cabeza—. Debo haber pulsado alguna tecla, porque todo aumentó sin control desde ese momento. Y ahora soy yo a la que le dicen cosas entre dientes, la que es observada, y quien se supone debe conducir una especie de levantamiento.

Había un tono melancólico y de anhelo en la voz de Penelope, y por primera vez, Jeremy se dio cuenta de cuán dura había sido su cruzada. Había sido elegida, de alguna manera, para convertirse en la voz de aquellas que no la tenían. Pero a ella no le gustaba la atención, o el odio, que venía con su posición.

—Puedes detenerlo en el momento que lo desees, —dijo, suavemente. Dio un paso más cerca de ella, y sus cuerpos casi se tocaron—. No es justo que tengas que asumir toda la responsabilidad.

Penelope contuvo el aliento, un sonido diminuto que pareció resonar como un disparo en el alma de Jeremy. Ella lo miró, con su mirada azul, un poco confusa, sacando la lengua para mojar sus labios. Toda la necesidad que había sentido por ella en la oscuridad de su dormitorio lo atravesó, sobrepasando su razón. Borrando de su mente sus planes.

Y cuando ella miró su boca, Jeremy no pudo evitarlo. Extendió la mano, sus dedos temblorosos acariciaron su mejilla. Ahuecó su barbilla, inclinando su cara hacia él, y disfrutando el modo en que ella se estremeció de deseo. Quería que la besara. Él, Jeremy. No un amante anónimo, no un admirador secreto que podía despedir a la luz fría de la mañana. Él.

Y eso hizo que cualquier deseo que sintiera por ella en el pasado, fuera una pálida sombra de lo que hervía dentro de él en ese momento. Se obligó a moderar sus sentimientos, y poco a poco, atrajo más cerca a Penelope. Su cuerpo, tan suave, rozó el suyo, se amoldó al suyo. Y se sentía tan bien.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás, levantando sus labios en un ofrecimiento silencioso. Sus ojos se cerraron con anticipación. Jeremy se inclinó, estaba tan cerca, que podía sentir su cálido aliento rozando sus labios, lo suficientemente cerca como para oler el suave perfume a rosas frescas en su piel.

Tan cerca que la sintió temblar.

Pero no presionó sus labios contra los de ella. Porque ese beso sería diferente a cualquier otro. Él le había confesado una parte de su alma, una parte que nadie más había visto… nunca. Y mientras la miraba supo, que si la besaba, esto no pararía allí. Sólo comenzaría. Se vería impulsado, primero a tocarla, y luego a tomarla.

Y cuando terminara, todo cambiaría.

Y no estaba dispuesto a permitirlo. Con una sacudida de cabeza, hizo la cosa más difícil que jamás se había obligado a hacer, y dio un paso atrás. Los ojos de Penelope se abrieron, y lo miró fijamente. Sus mejillas se oscurecieron con un rubor acalorado, y sus ojos reflejaron dolor y vergüenza.

Jeremy sintió un raro impulso de consolarla, pero no se permitió hacerlo.

—Y-yo lo siento, —murmuró él, la disculpa sonó muy pobre en sus labios—. Lo siento.

Luego retrocedió en la sala, y dejó sola a Penelope. Sabiendo que le había hecho daño.

Y sabiendo que muy profundamente en su interior, al negarse ese beso, se había hecho daño a sí mismo de igual manera. Aún así, permitirse esa emoción, era una locura que sólo lo haría más débil.

Subiendo a su carruaje, Jeremy se pasó una mano por su cara. La situación se estaba saliendo completamente fuera de control. Penelope Norman había tejido una especie de hechizo sobre él, pero él no podía… no permitiría que continuase. Esta noche, llegaría a ella como su amante secreto por última vez. Y antes que terminara la noche, pondría fin a esta locura.

De una vez y para siempre.

El Club de las Excomulgadas

Capítulo Dieciséis

Penélope se sentó en la cama, mirando, sin ver realmente, la ventana abierta al otro lado de la habitación. En escasos minutos, un hombre sin rostro pasaría por el umbral. Llegaría hasta Penélope y ella no se resistiría. La seduciría y ella dejaría ser seducida.

Él la desearía.

Y, sin embargo, no sentía mucho entusiasmo sobre ese hecho esta noche. Sí, ansiaba el placer que estaba por llegar. Su corazón latía más rápido ante la idea que su amante misterioso la introdujera en más placeres de los que nunca había conocido.

Pero no podía estar completamente sumergida en la anticipación, debido a Jeremy Vaughn. Debido al beso que casi habían compartido algunas horas antes, abajo, en su salón.

Porque él no la deseaba.

Jeremy no la deseaba. La había tocado, la había acercado a su cuerpo, había dejado que su aliento se mezclara con el de ella, pero luego se había retirado sin explicación alguna. Y sus ojos, sus ojos hundidos y horrorizados, le habían dicho todo lo que sus labios no habían expresado.

El estómago de Penélope se revolvía por la emoción, cada vez que pensaba en ello.

Debería estar feliz, debería estarle agradecida por su prudente respuesta. Si se hubieran besado, habría sido un terrible error. La reputación de Jeremy, la amistad que habían desarrollado, el hecho de que aún dudaba de sus verdaderos motivos, sin importar cuanta confianza había depositado en él, todas esas cosas les impedían

estar juntos. Sin mencionar que había estado entregándose, casi completamente, a otro hombre, durante varias noches.

Y, aún así, todavía anhelaba lo que podría haber sido. Continuaba ansiando que Jeremy la hubiera deseado lo suficiente para unir sus labios a los de ella, que enviara al infierno todas las buenas razones para retirarse.

Suspiró y puso un brazo sobre su rostro al recostarse contra las almohadas.

— ¿Estás dormida?

Penélope se sentó de nuevo, sobresaltada, mientras miraba la figura en sombras subir a través de su ventana. Contempló su silueta cuando cerró la ventana detrás de él. Él la deseaba. Completamente.

Sin contestar su pregunta, salió de la cama y cruzó la habitación. Extendió las manos hacia él, sintiendo el borde de la máscara que llevaba, antes de levantar los labios hacia los suyos. Él sabía a una débil mezcla de oporto fino y fresco sabor a menta. Y deseo. Siempre deseo.

Gimió mientras se arqueaba contra él, acercándolo más. Ya estaba duro contra su vientre, una prueba de que la encontraba atractiva. Que estaba dispuesto a dejar de lado toda la precaución, por tocarla.

Y ¡oh!, cuánto necesitaba eso para borrar de su mente la expresión de Jeremy. La humillación de ver a uno de los libertinos más celebres, escapar de su salón como si ella fuera un sapo cubierto de verrugas, sólo por desear sus labios.

—Tócame—, murmuró ella entre besos, tomando sus manos, y deslizándolas por sus costados, a través de su vientre, y finalmente presionándolas contra sus pechos.

—Con mucho gusto—, gruñó él.

Y luego la llevó, caminando hacia atrás, a través del dormitorio, su boca caliente y sus manos vagando sobre su cuerpo, como un hombre hambriento que hubiera encontrado un festín. Ella se arqueó contra él, sintiéndose muy deseada. ¡Qué hermoso y erótico!

Su trasero golpeó el borde de la alta cama y él se detuvo. Penélope apenas pudo contener un gemido de disgusto cuando sus manos dejaron su piel. Pero el gemido se volvió un grito ahogado, cuando lo sintió atar una venda sobre sus ojos.

— ¿Qué?—, preguntó ella, alcanzando la tela.

El agarró su muñeca. —Quiero verte—, susurró él. —Necesito verte, Penélope.

Ella vaciló. En la oscuridad total, su unión en las sombras los ponía en igual nivel. Pero con los ojos vendados, él tendría la ventaja, y ella estaría obligada a depositar su confianza en él. Se tensó ante el pensamiento. No sabía su nombre, y aún así, él estaría en posición de hacer lo que quisiera con ella.

Su mente volvió a Jeremy otra vez. Su confianza en él la había llevado a su humillante rechazo. A una inundación de dolor. Pero este hombre no la rechazaría.

—Muy bien—, susurró, bajando la mano.

El dio un suspiro de alivio, y lo sintió alejarse, le oyó añadir troncos al fuego, y encender velas alrededor de la habitación. A través de la tela opaca sobre sus ojos, Penélope sintió el brillo de la luz.

Ella no pudo evitar sonrojarse cuando su amante anónimo se movió para colocarse delante de ella. Tomó los finos tirantes de su camisón y los deslizó hacia abajo por sus hombros, dejando que la tela cayera alrededor de sus pies, dejándola desnuda.

El contuvo el aliento, y Penélope levantó la barbilla para que no se diera cuenta lo difícil que fue para ella exponerse de esta manera. Él sólo la había ibsevado en la luz tenue antes de esto. ¿Y si no la encontraba tan atractiva sin el manto de la oscuridad? ¿Y si no la deseaba después de todo?

—Eres magnífica—, susurró.

El aire dejó sus pulmones en un suspiro de alivio, y Penélope parpadeó ante el inesperado ardor en sus ojos, al escuchar su evaluación. ¿Era absurdo que la admiración de un extraño pudiera hacerla sentir orgullosa? ¿O que el rechazo de un libertino pudiera debilitarla?

Ella sacudió la cabeza. ¡No! ¡Ningún pensamiento sobre Jeremy! No dejaría que lo que había sucedido entre ellos le arruinara esa noche. Y no dejaría que las imágenes de él entraran en su mente, mientras que este otro hombre la tocaba. No de nuevo.

Escuchó el suave sonido de algo al golpearse contra el suelo y se puso rígida. —¿Qué estás haciendo?—, le preguntó, con su voz sonando débil e incierta.

—Quitándome la máscara—, confesó él.

Penélope dio un paso adelante y extendió sus dedos. Encontró el pecho de su amante y contuvo el aliento. Se había quitado algo más que la máscara. Su piel desnuda, caliente y suave, recibió las palmas de sus manos. Ella deslizó las manos hacia arriba, hasta rozar su barbilla.

Lenta y suavemente, le tocó la cara. Había un atisbo de barba en sus mejillas definidas. Sus labios eran llenos, justo como se sentían cuando los presionaba sobre su cuerpo. Ella suspiró cuando él sacó su lengua y jugueteó con sus dedos.

Una vez más, la imagen de Jeremy invadió su mente, y ella la apartó con violencia. No. No. No.

— ¿Estás bien?—, susurró su amante.

Ella asintió con la cabeza. —Sí. Sólo… tócame.

Él la levantó para sentarla en el borde de la alta cama, y ella abrió sus piernas sin pudor alguno, para permitirle situarse entre ellas. El pelo hirsuto de su pecho le hizo cosquillas en los muslos, mientras él inclinaba el rostro hacia arriba para capturar su boca. Su lengua se arremolinó alrededor de la suya, marcando el ritmo, tomándola y explorándola con ternura.

Y ella anheló aún más. Cuando las manos de él, tocaron sus costados desnudos, ella gimió en su boca. Cuando ahuecó sus pechos, ella se estremeció por el deseo. Parecía que su débil cuerpo estaba completamente fuera de control. Sus caderas se levantaron hacía él, bombeando en un ritmo salvaje. Sus manos se aferraron a su pelo, llevando su boca hacia su propia piel. Su lengua bailó contra la de él cuando la besó. Y ella le ofreció sus pechos de manera desvergonzada, cuando él arrastró sus labios hacia abajo, por su cuerpo.

Tener los ojos vendados, estar en la oscuridad, cuando sabía que él podía verla completamente, era una experiencia tremendamente excitante. Una que nunca habría dicho que deseaba, si se lo hubieran preguntado, pero una de la cual no podía tener bastante, ahora que le estaba dando placer.

Lo único que destruía la perfección de todo ello, era que su mente seguía vagando, llevándola a lugares a los que no quería ir. Haciéndola pensar en Jeremy, y en la forma que su boca se había movido hacia la suya. Haciéndola recordar lo mucho que había deseado su piel contra la suya.

Su amante anónimo tiró de sus pezones con su boca, y su cuerpo se sacudió cuando el placer hizo eco entre sus piernas. Envolvió sus pantorrillas alrededor de su

amplia espalda y se retorció contra con más fuerza, pero, aún así, su dolor no se aplacaba.

Él pareció sentir su necesidad, ya que retiró las manos de sus pechos, y las deslizó hacia abajo por su vientre, y entre sus cuerpos. Instándola a acostarse de espalda, ahuecó su sexo. Ella gimió cuando un estremecimiento de placer hizo que se arqueara, cuando cayó sobre ella como un rayo. El extendió sus piernas, y ella le oyó contener la respiración.

—Preciosa—, murmuró, mientras apoyaba su pulgar contra el brote duro de su excitado clítoris, y deslizaba un dedo dentro de su apretada vagina.

Penélope se arqueó, sus manos apretaron la colcha mientras él se introducía en su cuerpo. Ella levantó las caderas para encontrar sus empujes y apretó sus músculos internos para prolongar el placer, pero no era suficiente. Todavía se sentía vacía, insatisfecha.

Y todavía quería más.

—T-tu boca—jadeó, sin importarle estar suplicando. —Por favor.

Él no pidió una aclaración, o cuestionó su demanda. Ella sintió su aliento caliente quemar contra su muslo, casi al instante. Su mirada fija quemó igualmente su carne expuesta. Incluso con los ojos vendados, sabía que él estaba observando su cuerpo desnudo, finalmente revelado ante él.

Y luego, su lengua lamió su muy sensible carne. Penélope se sacudió ante el contacto, y el grito que escapó de sus labios no era uno que podría haber controlado, aunque le hubieran pagado en oro por hacerlo. Este hombre la había despojado de toda la correcta sutileza de la que siempre se había enorgullecido, y la dejó como una mujer lasciva, retorciéndose y suplicando.

Y, sin embargo, no le importaba. Sólo deseaba más.

Y él se lo dio. Clavó la lengua en su sexo, lamiendo y succionando su clítoris, hasta que su cabeza se movía sin control, de un lado a otro contra el arrugado cobertor. El placer nunca había sido tan intenso, palpitando al ritmo del rápido latido de su corazón, creciendo más y más, hasta que rozó el dolor, y ella quería gritar para pedirle la liberación.

Pero esta nunca llegó.

Desesperada por sentir las olas de placer, Penélope cerró los ojos, y se permitió pensar en Jeremy, como lo había hecho tantas otras noches, cuando este hombre la había tocado. Lo imaginó entre sus piernas, acariciando sus muslos, moviendo la lengua sobre su húmeda carne, succionando y extrayendo el placer de su cuerpo.

El placer llegó al punto máximo por segunda vez, pero, aún así, no pudo alcanzar la liberación. Ni siquiera con sus fantasías en marcha.

Sólo había una cosa que le daría lo que ansiaba. Mientras yacía allí, con la perversa boca del desconocido moviéndose sobre ella a un ritmo frenético, supo exactamente lo que necesitaba.

Tenía que ser tomada. Follada, como había escuchado susurrar a otros hombres, mientras pasaban a su lado. Con fuerza y rapidez. Con lentitud y calma. A ella no le importaba. Sólo quería la polla de este hombre dentro de su cuerpo.

Ahora.

—Por favor—, gimió, el rubor inundó sus mejillas, ya enrojecidas. —Por favor. Tómame.

La presión de su boca en su carne de repente se apartó, y Penélope gimió en voz alta en protesta.

— ¿Qué?—, jadeó él, su voz ronca por el deseo.

—Ya me has oído—, jadeó ella, mientras levantaba las caderas hacia él, sin poder evitarlo. —Dame lo que siempre has querido. Une tu cuerpo al mío. Tómame.

******

Jeremy miró a Penélope, completamente impactado. Su cabello rubio estaba enredado alrededor de sus pechos enrojecidos, sus piernas completamente extendidas para revelar el montículo brillante de su sexo, y su espalda arqueándose fuera de control. Ya no se parecía a la correcta dama que rechazaba la sensualidad, era, en cada centímetro, una mujer salvaje, llena de lujuria.

Finalmente, Jeremy había derribado su última muralla. Quería que introdujera su polla en ella. Que la reclamara. Algo que él había deseado más que cualquier otra, desde la primera noche que la tocó. La barrera final para romper su voluntad, así como para chantajearla.

Se acarició su erección una vez, mientras maniobraba sobre ella, impulsado por sentir el paraíso de su cuerpo a su alrededor, en un puño mojado y caliente. Apoyó los brazos a cada lado de su cabeza y vaciló, tomando un momento para mirarla.

Penélope se arqueó, empujando su cuerpo hacia el suyo. La mitad de su cara estaba oculta por la tela negra de satén que vendaba sus ojos, ocultándole la verdad. Pero sus labios llenos estaban tensos por la anticipación, sus mejillas estaban enrojecidas, mientras jadeaba, un aliento tras otro.

Era una completa tentación. Era la pasión personificada. La deseaba más de lo que nunca había deseado a alguna mujer con la que se hubiera acostado.

Y, aún así, no podía hacerlo. No de esta manera.

Esa tarde, se había alejado de Penélope, porque estaba demasiado cerca de él. Esta noche, se dio cuenta que tenía que alejarse, porque no estaba lo suficientemente cerca.

Deseaba 'tomarla', como ella le había pedido que hiciera. Pero no quería hacerlo mientras tuviera los ojos vendados, sin ser consciente de su cara, sin saber su nombre. No quería ser un placer que se permitiera por la noche, y negaba a la luz del día. Un sucio secreto que nunca compartiría con nadie.

No, la rendición que él deseaba, se dio cuenta, era mucho más profunda. Y no tenía nada que ver con la promesa que les había hecho a sus amigos.

Quería que Penélope lo mirara a los ojos cuando se deslizara en su cuerpo. Quería que susurrara su nombre cuando la llevara sobre el borde del placer. Quería que se sonrojara la próxima vez que lo viera en una reunión, al recordar la intensidad de su unión.

Quería que supiera exactamente lo que estaba haciendo y con quién lo estaba haciendo.

Eso iba en contra de cada uno de sus planes. Violaba todos sus códigos sobre mantener a las mujeres que llevaba a la cama, separadas de su vida diaria.

Pero era lo que deseaba. Y no quería… no podía conformarse con menos.

Aunque eso significara levantarse y dejar a Penélope, sin tomarla. Sin sentir su cuerpo latiendo a su alrededor. Incluso si eso significaba irse a casa adolorido por la insatisfacción.

Lo tenía merecido.

Con esfuerzo, se apartó de ella y se puso de pie, tomando sus pantalones, y poniéndoselos rápidamente. No se molestó con el resto de la ropa, simplemente la reunió en un torpe montón.

Penélope se sentó, y la expresión de su rostro era más o menos la misma que había tenido más temprano ese día, cuando Jeremy le negó el beso. Aún cuando no podía ver sus ojos a través de la venda, sabía que estaba avergonzada. Herida.

— ¿Qué…? ¿Por qué…?—, susurró ella.

—Lo siento, Penélope—, dijo él, suavemente, cuando se movió hacia la ventana, repitiendo la retirada que había hecho en su salón, solo unas horas antes.

— ¿No me deseas?—, dijo ella, con una voz plana, aún cuando su boca estaba retorcida por el dolor.

—Lo siento—, repitió él, antes de lanzar el resto de su ropa por la ventana abierta, y subir al alféizar.

Una vez afuera, se volvió. Penélope estaba de pie, de espaldas a él. Tenía los hombros encorvados.

El apretó los puños a sus costados. La había lastimado dos veces en un mismo día. Y se odiaba a sí mismo por ello. Se odiaba por dejar que alguien se le acercara lo suficiente, para tener el poder de hacerle daño.

Odiaba darse cuenta de que el dolor que ella sentía, hacía que su propio pecho doliera intensamente.

******

Penélope se quedó de pie, en silencio, por mucho tiempo, después de que su amante misterioso se hubiera ido, antes de quitarse la venda de la cara. Se quedó mirando la tela. Era un pañuelo negro muy fino, pero no había iniciales cosidas en la tela, que pudieran revelar la identidad de su amante.

Con el ceño fruncido, la dejó caer en el suelo, al lado del montón que formaba su camisón. Tal vez, no saberlo, era lo mejor. Si el hombre era alguno de sus conocidos, no podría soportar verlo y saber que él ya no la deseaba.

Suspiró mientras levantaba el camisón, y lo pasaba sobre su cabeza. Durante las noches que su amante misterioso se había unido a ella en su cama… e incluso antes, cuando él no era nada más que una serie de palabras y descripciones eróticas, en las cartas que le enviaba, a Penélope le había gustado ser deseada. Le había gustado ser acariciada, y que le dijeran que era hermosa. Había anhelado el poder que tenía cuando, a su vez, tocaba al hombre anónimo.

Y esa reacción era más que un experimento. Era más que un estudio sobre la pasión, para poder conocer más a su 'enemigo', como Jeremy le había dicho tantas veces. En verdad se había entregado a sus deseos. Totalmente.

Solo para que se le negara en el último momento.
Sacudió la cabeza mientras sacaba una bata del armario, y colocaba la pesada tela sobre sus hombros. Las imágenes la bombardearon, mientras luchaba por mantenerlos a raya.

Los recuerdos de los muchos y variados placeres que había experimentado. Había sido tocada de tantas maneras, y a su vez, ella había tocado.

Por primera vez, realmente entendió porque la gente sacrificaba tanto, por sentir lo que ella había sentido. Tanto los hombres como las mujeres. Incluso, el comportamiento de su hermana comenzaba a tener sentido, ahora que el deseo se había convertido en una fuerza impulsora en su propia vida. Penélope había pensado en ello de día y de noche. La había llevado a hacer cosas que nunca habría pensado que haría.

Y ahora lo había perdido. No una, sino dos veces en un mismo día. De dos hombres distintos. Y esa pérdida le dolía. Cortaba como un cuchillo, hasta el fondo de su alma.

Abrió la puerta y se movió por el pasillo en silencio. Quería encontrar a Fiona. Hablar con ella. Su doncella había experimentado el placer en el pasado, y también había pasado por un gran dolor. Quizás podría ayudar a Penélope a aclarar su mente. Recordar todas las buenas razones que tenía para evitar tal pasión.

Por lo menos, Fiona entendería por lo que ella estaba pasando, quizás mejor que cualquier otro.

Había un silencio total en la casa, mientras Penélope se movía a través de los pasillos, hasta llegar al área de servicio. La mayoría del personal ya estaría en la cama, profundamente dormidos, y completamente inconscientes del tormento de su ama.

Se detuvo delante de la puerta de Fiona, y tomó una respiración profunda para calmarse. Silenciosamente, giró el pomo, y empujó la puerta una fracción, lista para disculparse al despertar a su criada.

En su lugar, dio un tambaleante paso hacia atrás, y extendió una mano para cubrir sus labios. Fiona no estaba dormida. Y no estaba sola. No, la antigua cortesana estaba inclinada sobre su estrecha cama, totalmente desnuda. La luz de la vela caía en cascada sobre su pálida piel. Junto a ella, estaba uno de los lacayos de Penélope. Sólo llevaba los pantalones, y golpeaba el trasero de Fiona con su mano desnuda.

Penélope contuvo un grito ahogado y obsevó fijamente. No parecía que a Fiona le importara la zurra, aún cuando su trasero estaba completamente rosado, como consecuencia de los azotes. De hecho, ella se arqueaba hacia arriba con un gemido lujurioso, cada vez que el joven golpeaba de nuevo.

Demasiado sorprendida para saber qué hacer, Penélope se dio la vuelta y huyó, con el sonido de los gritos de placer de Fiona resonando en sus oídos, mientras subía corriendo las escaleras, y regresaba a su propia habitación. Cerró de golpe la puerta y se apoyó contra la barrera, respirando entrecortadamente.

Sentía como si todo su mundo se hubiera salido de su eje y hubiera sido lanzado a un lugar diferente. Penélope no se conocía, no conocía su cuerpo, ya ni siquiera conocía sus propias creencias. Todas las cosas de las que había llegado a depender, eran diferente ahora.

Cuando conoció a Fiona, y escuchó la historia de la antigua cortesana, había estado segura de que al ofrecerle a la mujer un lugar entre su personal, había estado salvándola. Que su criada había deseado dejar su vida de cortesana, porque no la disfrutaba. Pero ahora… ahora Penélope ya no estaba tan segura. Fiona, claramente había estado disfrutando de esas impactantes actividades que Penélope acababa de ver.

¿Qué significaba todo esto? ¿Habría estado totalmente equivocada? ¿Habría estado Fiona descontenta, sólo con el hombre que había sido su protector, y no con la vida que había llevado? ¿Deseaba su criada en secreto, regresar a la vida decadente que

había vivido? ¿Los días y noches eróticos que había pasado siendo el juguete de hombres poderosos?

Penélope parpadeó ante las lágrimas repentinas, mientras se lanzaba sobre la cama. Dio un respingo. El aroma masculino y excitante de su amante secreto, todavía estaba en la ropa de cama. Tentándola y burlándose de ella.

No tenía a nadie con quien hablar. Nadie para compartir su confusión. Nadie para que la aconsejara.

—Jeremy—, susurró, su propia voz, muy ronca, la sorprendió.

¿Podría ir a él después de su rechazo? No tenía ninguna otra opción. Incluso si no la deseaba, al menos la entendería. Y ella necesitaba su amistad y orientación, por lo menos una vez más.

Tal vez por última vez.

Capítulo Diecisiete

Jeremy miraba por la ventana del Club Worthington, viendo como las hordas de la elite de la sociedad, deambulaban por las aceras, viendo y siendo vistos en el buen clima de verano. Frunció el ceño. Todos parecían tan condenadamente felices. Tan contentos y seguros.

Mientras él se retorcía en su interior como un pañuelo exprimido.

— ¿Estás escuchando?

Jeremy se volvió hacia Anthony Wharton. Su amigo se paseaba por la habitación privada, con la cara de un feo rojo oscuro, y apretando sus puños a los costados. Jeremy arqueó una ceja. Nunca antes había visto a su amigo tan enojado. Estaba claro que molestaba a los demás, también, pues todos los presentes lo estaban mirando.

—Has tenido tiempo, más que suficiente, para terminar con esta locura—, criticó Wharton. —Y sin embargo, Lady Norman sigue siendo un problema. No la has humillado correctamente, y las amantes y esposas se encuentran todavía causando escándalo, debido a sus ridículos comentarios.

Jeremy frunció los labios y trató de mantener la calma. De ninguna manera, podía decirles a sus amigos que estaba empezando a ver los comentarios de Penélope como algo menos que tonterías. O que ellos no debían culpar a nadie, excepto a sí mismos, si las distintas mujeres en sus vidas estaban molestas.

Dunfield se echó a reír, pero estaba claro que sólo estaba tratando de aligerar el ambiente en la habitación. — ¡Dios mío!, Wharton, ¿es esa la causa de todo este estruendo?

—Cierra la boca, Dunfield—, espetó Wharton, girándose hacia el conde con el ceño fruncido. —No has sufrido en absoluto por la lengua de esa mujer. Yo soy el que perdí a mi amante, y todavía no he encontrado a la pequeña perra.

Jeremy lo miró. No había sido consciente de que Wharton continuara la búsqueda de Fiona, a pesar de su rechazo hacia él. Su lenguaje y actitud hacían esa revelación algo inquietante. Ciertamente, eso no animaba a Jeremy para compartir con él, el hecho de que Fiona fuera la criada de Penélope.

—Supéralo—, le aconsejó, mientras encendía un cigarro y trataba de fingir indiferencia. — ¿Por qué desearías a una mujer que no te quiere?

Se estremeció ante su propia elección de palabras. Él había rechazado a Penélope la noche anterior. ¿Creería ella que no la quería? ¿Que no era deseable cuando la verdad, era precisamente lo contrario? Ella era demasiado tentadora.

—Apostaría mi mejor montura, a que Penélope Norman sabe algo al respecto—, dijo Wharton, con el ceño fruncido. —Y si no te haces cargo de ella, Kilgrath, entonces, no me vas a dejar más remedio que hacerlo yo mismo.

Jeremy lanzó su cigarro, todavía ardiendo, hacia el suelo, y avanzó hacia Wharton en tres largos pasos. Antes de que su amigo pudiera reaccionar, Jeremy lo tomó por el cuello, y lo empujó contra la mesa más cercana. Wharton jadeaba para tomar aire, cuando Jeremy se inclinó sobre él, su rostro apenas a centímetros del de su amigo.

—Ya es suficiente, Wharton, — gruñó, luchando con fuerza para controlar su rabia. —Tal vez sólo tratas de liberar tu frustración, pero dejarás de agitar la lengua antes de que la pierdas. Nadie molestará a Lady Norman. Yo me estoy haciendo cargo de la situación, y no quiero oír nada más sobre eso. ¿Estoy siendo claro?

Wharton lo empujó para soltarse y se frotó la enrojecida garganta. —Perfectamente—, dijo, con voz ronca.

Su amigo se incorporó de la mesa y salió de la habitación, sin ni siquiera una palabra para ninguno de los hombres restantes. El conde de Dunfield se levantó de su asiento en el sofá y suspiró.

—Bueno, él necesitará a alguien para quejarse de esto. Iré tras él.

El marqués de Chartsfield se puso de pie, con una mirada de reojo hacia Jeremy. —Iré, también.

Jeremy observó, con el ceño fruncido, a los dos hombres que siguieron a Wharton. ¿Cómo había llegado a esto? Estos eran sus mejores amigos, y ahora estaban peleando como colegiales. Y todo porque Jeremy no había cumplido una promesa. Él podría alegar que lo había hecho, pero era una mentira.

Había tenido muchas oportunidades para resolver la situación con Penélope. Pudo haberle revelado todo, chantajeado, aplastado su espíritu, una y otra vez. Aún así, no lo había hecho. Pero la reacción de Wharton, sus amenazas veladas contra Penélope, habían tocado una fibra sensible en Jeremy, una reacción protectora que no había esperado, no más que sus impresionados amigos.

Levantó la mirada para encontrar el resto de Los Nunca, Ryan Crawford y el vizconde John Lockwood, mirándolo fijamente.

— ¿Quieres hablar de ello?—, preguntó Lockwood, mientras se reclinaba en su asiento, con una mirada evaluadora hacia Jeremy.

Jeremy vaciló. ¿Cómo podría hablar de algo que no podía explicarse por completo, incluso a sí mismo? Negó con la cabeza. —No en particular.

La puerta de la habitación privada se abrió, y apareció un lacayo vestido con la librea del club. —Me disculpo, caballeros. Lord Kilgrath, ha recibido un mensaje. Sus criados lo trajeron desde su casa.

Jeremy se acercó, y tomó la carta que estaba sobre una bandeja de plata. Haciéndole un gesto al hombre para que saliera, giró la misiva para mirar el sello. Una vistosa N. Su corazón se alojó en su garganta, cuando rompió el sello y leyó el contenido.

Era de Penélope. Su mano había estaba temblando cuando le escribió que tenía que verlo y llegaría a su casa a las dos de la tarde. Miró el reloj de pared al otro lado de la habitación. Era la una.

—Tengo que irme—, dijo, colocando la carta en su bolsillo.

— ¡Ah, ahí está!—, Alardeó Ryan Crawford.

— ¿Quién?—, Preguntó Jeremy, con el ceño fruncido ante la euforia del hombre más joven. — ¿De qué estás hablando?

—Todos hemos estado preguntándonos a donde se fue el lobo —, explicó Crawford. —Desde que comenzó tu persecución de lady Norman, se había ocultado. Pero acabo de ver un destello de él en tus ojos. Tiene que ser una mujer quién te escribió. Feliz caza, amigo.

Mientras Lockwood se unía a Crawford en sus risas, Jeremy sacudió la cabeza y salió de la habitación. Él, ciertamente, no se sentía como un lobo al pensar en encontrarse con Penélope. No después de todo lo que había sucedido el día anterior.

Se sentía como algo. Pero no como un depredador.

******

Penélope caminaba por el tranquilo salón de la casa de Jeremy. Sus manos le temblaban y se sentían sudorosas, mientras las apretaba detrás de su espalda, y trataba de encontrar algo parecido a la calma. Fracasó miserablemente. Su mente daba vueltas y su estómago se retorcía, mientras esperaba que Jeremy apareciera, y oró por qué no se disgustara al verla allí.

La puerta del salón se abrió, y Jeremy entró. Ella lo miró fijamente, examinando su rostro por cualquier reacción adversa a su presencia. Pero no había ninguna. De hecho, casi no reaccionó en absoluto. Su corazón se hundió.

— ¿Está todo bien?— preguntó Jeremy, mientras se movía por la habitación, y le hacía un gesto hacia una de las sillas. —Me preocupé cuando recibí tu misiva.

Penélope luchó contra un rubor de placer. Había pasado mucho tiempo desde que alguien se había preocupado por ella.

—Lo siento, no quise preocuparte—, le dijo. —Yo estoy... Bastante bien. Sólo necesitaba... — Se interrumpió. ¡Oh!, era tan difícil explicarle esto. Iba a sonar tonta. Frágil. Sin sentido.

— ¿Necesitabas?— Presionó él, su voz era suave mientras la miraba para animarla.

—Sólo necesitaba hablar contigo. — Sacudió la cabeza ante su propia cobardía. — Parece que eres la persona en quién confío últimamente. Tal vez demasiado.

Él frunció el ceño. —Me alegro que hayas venido. En realidad tenía que hacerte una pregunta.

Penélope, lentamente se sentó en la silla que él le había indicado y lo miró con ojos muy abiertos. ¿Una pregunta? No podía leer su expresión en absoluto, casi como si él, a propósito, estuviera escondiendo sus emociones. ¡Dios Mío!, ¿ya sabría acerca de su comportamiento? ¿Su conducta escandalosa?

— ¿Cuál es?—, Preguntó, con la voz quebrada.

—Fiona—, dijo él, mientras tomaba asiento. — ¿Por qué huyó de Wharton?

Penélope se sorprendió. Esa era la última pregunta que había esperado, y a pesar de estar aliviada de que Jeremy no hubiera descubierto sus actividades por alguna u otra fuente, ahora se encontraba en una posición incómoda. Jeremy era el mejor amigo y confidente de Anthony Wharton. ¿Podría realmente confiar en él con el

secreto de Fiona?

Pero, de nuevo, ella deseaba confiarle el suyo propio. Tal vez él lo entendería mejor si supiera lo que la impulsaba.

Se aclaró la garganta, incómoda. —Tu amigo—, comenzó, mirándolo a los ojos. —Era abusivo con ella.

Jeremy contuvo el aliento.

—La golpeó y la dejó muy mal, antes de que la conociera. Noté los moretones bajo su maquillaje una noche, cuando nos encontramos en la ópera. Hablamos, y una cosa llevó a otra. Le ofrecí un lugar en mi personal, y Fiona lo tomó para escapar de los abusos de Wharton. Y yo creía que para escapar de la vida de cortesana. —Frunció el ceño al pensar en el comportamiento escandaloso de Fiona, la noche anterior. —Pero ahora no lo sé. Tal vez fui una tonta al pensar que Fiona quería ser 'salvada'.

Jeremy frotó una mano sobre su cara, y su pálido semblante sacó los pensamientos de Penélope de sus propios problemas confusos. Parecía enfermo físicamente, mientras miraba el suelo, con la mirada perdida.

— ¿Cómo pude no darme cuenta?—, Murmuró, casi más para sí que para ella. — ¿Era tan ciego, tan egoísta, que no podía... o no quería ver?

Los labios de Penélope se abrieron por la sorpresa. — ¿Te culpas a tí mismo por el comportamiento de Wharton?

Él la miró, como si hubiera olvidado momentáneamente su presencia allí. —Yo estuve con ellos muchas veces. Debería haberlo visto, debería haberlo adivinado. Pero estaba demasiado interesado sólo en mí para darme cuenta.

Ella se puso de pie sacudiendo la cabeza. —No es tu culpa, Jeremy. Fiona me dijo muchas veces que le ocultó al resto de las personas lo que estaba sucediendo. Nadie lo sabía.

—Él parecía tan enojado—, murmuró él, una vez más para sí mismo. —Pensé que sólo estaba furioso, pero… — Se detuvo y miró hacia ella con los ojos muy abiertos. —Manténte lejos de él, Penélope.

Ella contuvo el aliento ante la preocupación que vio en su rostro. Estaba pálido, y casi temblando, cuando se puso de pie.

—Jeremy…

—Sólo… permanece lejos de él. — Caminó hacia la puerta. —Tengo que hablar con él. Tengo que asegurarme que no… hará nada.

Penélope se apresuró hacia adelante mientras Jeremy se acercaba a la puerta de su salón. Estaba tan distraído, al darse cuenta de la verdadera naturaleza de su amigo, tan preocupado, que parecía que iba a irse sin escuchar sus verdaderas razones para venir esa tarde. Y ella quizá nunca tendría otra oportunidad de decírselo.

—Espera, por favor, — dijo ella, corriendo para tomar uno de sus brazos. — Jeremy, necesito tu ayuda. Necesito tu consejo. No tengo a quién recurrir.

Él miró sus dedos, envueltos alrededor de su brazo, y luego su mirada se trasladó hacia su rostro. De repente, hubo una potente llama de calor en sus ojos. Deseo. Estaba segura de ello. Eso la tomó con la guardia baja.

¡Él la había rechazado! No la deseaba… ¿o sí?

— ¿Me necesitas?—, Dijo él, con una inclinación de cabeza.

Ella tragó, reconociendo el doble sentido de su pregunta. Optó por ignorarlo. —Sí.

— ¿Qué es?—, Preguntó él.

Ella cerró los ojos. El calor inundó sus mejillas, pero compelió su nerviosismo a un lado y dejo salir el flujo de palabras en una ráfaga. —Te hablé sobre el hombre que me escribía en secreto. Con el que me encontré aquella noche en el baile. Pero nunca te dije el resto. Él ha estado viniendo a verme desde entonces, Jeremy. Y he estado permitiéndole… libertades.

Abrió los ojos para juzgar su reacción y se encontró con que Jeremy la estaba mirando. Pero él no parecía horrorizado, o molesto, ni siquiera sorprendido. Él sólo… la miraba. Como si no pudiera creer que ella le confesara una cosa así.

— ¿Quieres decir que le has permitido que te haga el amor?— preguntó con suavidad.

Ella sacudió la cabeza, mientras liberaba su brazo y se alejaba de él. —No. Otras cosas, pero nunca eso. — Las palabras eran difíciles de decir, pero también eran liberadoras. Como si decirlas en voz alta les hicieran perder su poder constrictivo sobre ella. —De alguna manera pensé que podría mantenerme distante si no le dejaba hacerme el amor en realidad. Que podría seguir siendo lógica, y usar lo que sucediera entre nosotros en mi lucha contra el exceso sexual, como me lo sugeriste.

Él dio un paso hacia ella. — ¿Pero no funcionó?

—No. — Ella suspiró. —Por más que lo intenté, lo que hicimos aún tocó mis emociones. Más de lo que debería haberlo hecho. Estoy tan confundida, Jeremy. He luchado tanto contra tales cosas. Me dije a mí misma que podía vivir sin pasión, sin placer. Pero ahora entiendo por qué tantas personas se pierden a sí mismas en la lujuria. Yo lo hice. Incluso fui tan lejos como para pedirle a ese hombre que tomara lo que le había negado, pero él… él no me deseaba.

Hubo un momento de silencio. —Él es un idiota.

Ella sacudió la cabeza. —No, no lo es. Tal vez sólo sintió el fraude que soy. Que pensaba en... otra persona, mientras él me tocaba.

Se cubrió la boca en el momento que las palabras escaparon de sus labios. Ella no había pretendido admitir eso. Lentamente, dejó que su mirada se moviera hacia la de Jeremy. Él la estaba mirando, y por primera vez, una fuerte emoción se dibujaba en su rostro. Su expresión se había oscurecido, y el fuego en sus ojos ya no era de lujuria, sino de ira.

— ¿En quién?— Gruñó, avanzando hacia ella.
Ella sacudió la cabeza. No podía confesarle eso. Por nada en el mundo. Era demasiado. Demasiado difícil.

— ¿En quién?—, Repitió él, y esta vez lo dijo más fuerte. — ¿En quién pensabas mientras él te tocaba?

Su respiración se aceleró y las lágrimas llenaron sus ojos.

—En ti—, susurró. —Pensaba en ti.

******

Jeremy detuvo en su avance hacia Penélope, cuando la conmoción lo inundó. Había pensado que comprendía cada funcionamiento de la mente y el cuerpo de Penélope. Había pensado que casi podía leer sus pensamientos cuando la tocaba. Pero nunca había sabido que, mientras que su —desconocido— la tocaba, era su propio rostro el que bailaba ante sus ojos.

Las emociones de Penélope eran muy reales, y estaban en carne viva. Y había sido tan valiente para confesarlas, cuando creía que la había rechazado. Ciertamente, él nunca había sido tan atrevido u osado, como para poner tanto de él en la línea de fuego.

Sin pensarlo, la tomó por los brazos y tiró de ella hacia él. Sus labios bajaron para cubrir los suyos, y devoró su boca como lo había ansiado desde el momento que entró en la habitación. Ella se puso rígida en sus brazos por un momento, sólo una fracción de tiempo, mientras la sorpresa la sacudía. Pero luego enredó las manos en su cabello, y le devolvió el beso con un fuego y una pasión, más ricos y más profundos, de lo que habían sido en cualquiera de los momentos que había llegado a ella como el desconocido.

Juntos, se tambalearon hacia atrás, hasta llegar al sofá, y cayeron sobre los cojines. Sin romper el beso, Jeremy encontró el escote de su bonito vestido azul, y deslizó los dedos por debajo, empujando la tela a un lado, hasta que encontró un pezón, que se endurecía rápidamente. Ella se arqueó hacia su mano con un pequeño grito, y succionó su lengua con más fuerza.

Él no le pidió su permiso, y ella no se resistió, cuando tiró de los botones y apartó las capas de tela para descubrir sus pechos por completo. De hecho, ella lo ayudó, al desabrocharlos rápidamente mientras él empujaba su vestido y la camisa hasta la cintura.

Su cabeza bajó y tomó en sus labios el distendido pezón, succionándolo hasta que su pulso se aceleró, y ella gritó en voz baja. Los dedos de Penélope se enredaron en su pelo, y tiró de él para acercarlo más, instándolo a tomar más, a explorar más. A saborearla y tomarla a la luz de la tarde, en el salón.

Penélope no se detuvo a analizar o cuestionar lo que estaba sucediendo. Ella solo sentía. Sintió las manos de Jeremy sobre su piel. Sintió la presión de su erección creciente moviéndose contra su muslo. Sintió la forma en que su respiración

jadeante le acariciaba los pechos.

Él la deseaba. Ella lo deseaba. Y de ninguna manera iba a evitar que esto sucediera. Le quitó la chaqueta, arrojándola detrás del sofá, de manera descuidada, y luego se concentró en su camisa, rasgando los botones, hasta revelar una musculosa y bronceada extensión de carne. Al deslizar las manos por debajo, se estremeció ante la suave y caliente piel que encontró allí.

Se sentía tan bien. Quería que la presionara contra los cojines. Que deslizara su erección profundamente dentro de su cuerpo. Y no estaría satisfecha hasta que lo hiciera.

Ella tiró de él y cayeron hacia atrás, la boca de Jeremy encontró la suya una segunda vez. Sus dedos comenzaron a llevar su falda hacia arriba, cada vez más, más y más cerca de su centro, hasta que casi no pudo oír nada más, que el flujo de sangre en sus oídos.

Y entonces él la tocó. Suavemente. Lentamente. Sus dedos acariciaron los húmedos labios de su sexo, y ella se estremeció con un deleite y una anticipación, más poderosos que cualquiera que hubiera sentido antes. Porque sabía que estos toques los llevarían a una unión íntima. Y porque esta vez, el hombre que la tocaba era Jeremy.

Él gruñó su insatisfacción, cuando su vestido se deslizó hacia abajo, sobre sus piernas, de nuevo. De un tirón, lo sacó, junto con la camisa, por sus caderas, con un movimiento suave. Ella se arqueó para permitirle sacar su vestido, dejándola sólo con sus medias y zapatillas.

Se movió para dejar caer de nuevo las caderas en el sofá, pero él no lo permitió. En cambio, ahueco su trasero, manteniéndola arqueada, mientras le separaba las piernas con sus hombros.

Penélope miró, mientras Jeremy tomaba los muslos con sus cálidas manos y la observó. El calor inundó sus mejillas. Su amante sin rostro la había mirado así, pero ella no se había visto obligada a mirarlo. Sin embargo, con Jeremy, vio cada línea de tensión en su mandíbula, cada chispa de brillo en sus ojos, cada separación de sus labios.

Luego él alzó la mirada y la miró a los ojos.

—Tan hermosa, Penélope—, le susurró, antes de inclinar la cabeza y acariciar su sexo con los labios.

Ella apretó los cojines del sofá con un grito de placer. Pero también fue uno de frustración. Ella había sido saboreada antes.
Había encontrado la liberación en el toque de los dedos de un hombre, con sus labios. Lo que deseaba era una conexión mucho más profunda. La unión de dos cuerpos.

Quería ser poseída. Tomada. Complacida mientras daba placer a cambio.

—Por favor—, le dijo, jadeando mientras él arremolinaba su lengua alrededor de la dura protuberancia de su clítoris. —No más tormento.

Él levantó la cabeza bruscamente y la miró. Entonces asintió con la cabeza. Poniéndose de pie, se quitó lo que quedaba de su camisa, luego se quitó las botas y abrió de un tirón sus pantalones. Penélope se incorporó, apoyándose en los codos, mientras la tela de lana caía alrededor de sus tobillos. Contuvo el aliento.

En todos sus tanteos de medianoche de su amante secreto, nunca había sido capaz de ver su cuerpo claramente. Pero Jeremy estaba de pie frente a ella, completamente desnudo y completamente descarado. Era duro, tonificado y orgulloso, mientras la luz del sol calentaba su piel. Él era perfecto.

Anchos hombros que se reducían hasta convertirse en una cintura, atlética y estrecha. Tenía piernas fuertes, de las que no requerían el ridículo relleno que algunos caballeros todavía llevaban, para que se vieran más amplias. Y donde su parte superior e inferior se reunía, su dura polla se curvaba hacia arriba, contra su estómago.

Se inclinó hacia delante, colocándose sobre sus rodillas sobre el sofá, mientras extendía la mano para tocarlo. Tomándolo en su mano, se estremeció contra su voluntad. Él estaba tan caliente. Tan duro. No pudo evitar inclinarse hacia adelante y trazar con su lengua la vena rígida a lo largo de la parte inferior de su erección. Arremolinar la lengua alrededor de la cabeza sensible y lamer la pequeña gota de humedad que encontró allí.

Jeremy dejó caer la cabeza hacia atrás, con un gemido ahogado. —Pensé que no nos atormentaríamos más—, gruñó, mientras tomaba sus hombros y la bajaba de nuevo hacia el sofá.

Sus piernas se abrieron mientras él se situaba entre ellas, y su pulso comenzó a acelerarse fuera de control, cuando se posicionó contra ella. Sintió la dura punta de él probando su entrada, suave y mojada, y ella se puso rígida mientras se preparaba para la invasión que no había experimentado por más de un año. La última vez que la había sentido, no había sido particularmente agradable.

—No te haré daño—, le dijo Jeremy suavemente.

Penélope lo miró a los ojos, sorprendida. ¿Podía ver su nerviosismo tan claramente? ¿Se habían acercado tanto en tan poco tiempo? Ella asintió.

—Confío en tí.

Él se encogió un poco ante esa declaración, pero luego se inclinó y le dio un suave beso en los labios. —Mírame a los ojos, Penélope—, le ordenó. —No mires hacia

otro lado.

Penélope vaciló. Estaba dispuesta a entregarle su cuerpo, por completo, a este hombre. Dejar que la reclamara de una manera antigua y elemental. Y, sin embargo la idea de mirarlo a los ojos le parecía demasiado íntima. Pero, finalmente, levantó la mirada hacia la de él y la mantuvo allí, perdiéndose en las calientes profundidades verdes.

Mientras la miraba, él, despacio, empujó hacia adelante, introduciéndose en su húmedo y listo cuerpo, centímetro a centímetro. Penélope se aferró a sus brazos, mientras su canal se extendía para acomodarlo, pero nunca dejó que su mirada vacilara, aún cuando el placer remontaba una nueva y poderosa altura.

Esto era lo que se había perdido todas aquellas noches con su admirador anónimo. Este sentimiento de unión. De estar completa. Pero tuvo la sensación, cuando Jeremy se asentó totalmente en su cuerpo, que incluso si su amante la hubiera tomado así, no habría sido tan poderoso. Porque sabía que era Jeremy. Ella había deseado Jeremy.

Amaba a Jeremy.

Penélope parpadeó, y su mirada dejó la de él, ante esa segura y fuerte certeza. ¿Lo amaba? ¿Era eso posible? Se habían unido en una relación intensa y personal durante las últimas semanas, pero, ¿podría estar enamorada? ¿Un hombre que había vivido una vida completamente opuesta a la suya? ¿Un hombre al que aún no acababa de entender? ¿Un hombre que podía lastimarla muy fácilmente si lo intentaba?

—Penélope—, dijo él, con un gemido. —Mírame, cariño. Mírame.

Se obligó a mirarlo a los ojos. Él comenzó a empujar, muy cuidadosamente, manteniendo su mirada, con una intensidad que hizo la conexión mucho mejor. En

su mirada vio tantas cosas. Emociones enredadas, angustias ocultas, y una dulzura que él rara vez mostraba al mundo.

Y supo que amarlo no era algo que podría debatir, o pretender que no había pasado.

Todo lo que podía hacer era rendirse a lo inevitable.

Se aferró a sus brazos y comenzó a levantar sus caderas, para encontrar sus golpes de poca profundidad. En cada uno de ellos, su pelvis chocaba contra su sensible clítoris, y las olas de placer crecieron casi de inmediato. Él le sostuvo la mirada, mientras tomaba y tomaba, aumentando la velocidad de sus empujes, incrementando su profundidad, hasta que Penélope ya no pudo contener la marea aplastante de placer. Esta se apoderó de ella y gritó, hundiendo las uñas en su piel. Pero nunca apartó su mirada. Ella aprovechó de la luz, la intensa cercanía de sus rostros, y observó cada parpadeo de placer, cada movimiento de su fuerte mandíbula.

Supo que él iba a perder el control justo un momento antes de que realmente lo hiciera. Y el conocimiento de que ella lo había llevado al límite la catapultó a otro fuerte e inesperado orgasmo. Se arquearon juntos, sus gemidos mezclándose, cuando él se puso tenso, y ella sintió el calor de su esencia inundarla.

Jeremy bajó la cabeza y sus frentes se tocaron suavemente. Sus alientos se mezclaron y desaceleraron hasta llegar a un ritmo pausado. Y ella sintió su pulso rápido disminuir gradualmente su velocidad, para igualar el suyo.

Sólo cuando la calma fue completa, él inclinó su cabeza hacia un lado y la besó. De una manera tan suave, tan dulce. Ella se probó en su boca. Probó los restos de su deseo, y su cuerpo se apretó alrededor de él.

Él se rió mientras rodaba hacia un lado, abrazándola contra su pecho. —Vas a

tener que darme un momento, Penélope.

Penélope sonrió mientras colocaba una mano sobre su pecho. Podía sentir el latido regular de su corazón y eso la confortó. Al igual que sus brazos, cálidos y fuertes, a su alrededor. Algo había ocurrido aquí. Algo más que sexo. Algo más que la constatación de que lo amaba.

Habían hecho una conexión. Y aunque no conocía el corazón de Jeremy, él parecía no tener prisa en despedirla. De hecho, la atrajo hacia él.

—La próxima vez, quiero saborearte—, murmuró en su oído.

Ella se estremeció ante la promesa de su tono. —La próxima vez, ¿eh?

—Sí. — Él la besó en el cuello, y Penélope sintió un hormigueo. —Planeo pasar una eternidad, simplemente tocando tu piel. Y luego otra degustándote, por todas partes.

Ella volvió a sonreír, pero luego se detuvo. ¿Por qué esas palabras le parecían tan familiares?

—Quiero tomarte, Penélope. Duro y rápido. Lento y suavemente—, continuó.

Ella se sentó de repente y lo miró fijamente. Había escuchado esas palabras antes. No, no las había escuchado. Las había leído. Ambas afirmaciones le eran familiares porque las había memorizado, de las cartas eróticas de su amante secreto.

Sus ojos se ampliaron.

— ¿Revisaste mis cosas?—, Preguntó ella, con la voz quebrada por el duro impacto de lo que estaba comenzando a entender.

Él sacudió la cabeza mientras una mirada de confusión cruzaba su rostro. —Por supuesto que no, Penélope. ¿Por qué me preguntas eso?

Ella se puso de pie. —Si no revisaste mis cosas, ni leíste mis cartas, entonces cómo lo... —

Se detuvo cuando vio la cara de Jeremy, haciendo un gesto de emoción. Y de repente, el rompecabezas se deslizó en su lugar. Él sabía lo que las cartas decían, porque… porque él las había escrito.

Durante semanas, Penélope había pensado que había dos hombres en su vida. Pero ahora, mirando su rostro, afectado por la culpa y el horror, se dio cuenta de que había estado equivocada. Sólo había un hombre.

Y había estado jugando con ella, como una completa tonta, desde el principio.

Capítulo Dieciocho

— ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste hacerme esto?—, preguntó Penélope, su voz no era más que un susurro quebrado, mientras comenzaba a recoger su ropa desechada en el suelo, alrededor del sofá.

Jeremy se puso de pie y trató de tomar su brazo, pero ella se tambaleó fuera de su alcance, con un grito que imitaba al de un animal herido.
— ¡No! No me toques—. Lo miró fijamente, sosteniendo su camisa contra su pecho, como un escudo endeble. — ¿Es verdad? ¿Estoy en lo correcto?

Por un momento, Jeremy pensó fingir ignorancia, pero rápidamente desechó esa táctica. Si había algo que sabía más que ningún otro, era que Penélope no era ninguna tonta. Si negaba lo que ya sabía que era verdad, sólo empeoraría las cosas. En cambio, se inclinó y tomó sus pantalones. Al ponérselos, tomó un largo suspiro, antes de contestar la pregunta.

—Sí—, admitió en voz baja. —Yo fui el hombre que te escribió esas cartas. Era el que te visitaba por la noche.

El rostro de Penélope se desencajó, el dolor y la ira torcieron su boca, hasta que sus labios estuvieron dolorosamente delgados. Pero no dijo nada. Sólo lo miró fijamente.

Él casi habría preferido que reaccionara. Que gritara. Maldijera. Cualquier cosa

menos esa aguda y penetrante mirada, que cortaba más profundamente que cualquier palabra venenosa o mordaz.

— ¿Por qué?—, preguntó finalmente.

Él bajó la barbilla. Si existía un momento para la honestidad, éste lo era. —Le estabas causando problemas a muchos de mis amigos con tu cruzada. Y yo… — Vaciló. No le gustaba esto, porque estaba seguro de que sólo serviría para herir y enfadar a Penélope, aún más.

— ¿Qué?—, Preguntó ella, con voz dura y baja. — ¿Qué hiciste?

Él liberó su aliento con un suspiro entrecortado. —Saqué la cerilla corta y se me pidió que tratara contigo.

Las ventanas de la nariz de Penélope llamearon, pero que esa fue su única reacción externa a lo que había dicho. En silencio, pasó su arrugada camisa sobre su cabeza, y tomó su vestido. Con dedos temblorosos, colocó los botones en su lugar.

—Penélope—, susurró él.

—Por favor no digas nada más—, ella casi gruñó. —Lo entiendo completamente.

—No, no lo haces—, respondió él, moviéndose hacia ella.

Ella retrocedió con tres pasos apresurados. —Perdiste al sacar la cerilla y te viste obligado a 'tratar' conmigo, ¿qué más hay que entender?— Sacudió la cabeza. — ¿Qué planeabas hacer? ¿Seducirme para luego chantajearme? ¿O tal vez revelarme ante todos como nada mejor que una puta? ¿O pensabas que tu seducción cambiaría tanto mi vida, que simplemente dejaría mi charla sin fin, y agradecería a Dios que me pidieras ir a tu cama?

Jeremy quería negar sus enojadas y mordaces palabras, pero la verdad era que había considerado todas esas posibilidades. Una, o todas ellas, habían sido parte de su plan original. Sólo que, cuando llegó a conocer a Penélope, esas tácticas se habían borrado de su mente. Sólo dejando su deseo por ella, y sentimientos más profundos que una mera atracción física.

Ninguno de los cuales se podía decir, cuando ella lo estaba mirando como si fuera una especie de hijo de puta inhumano.

Ella se movió hacia él, cuando se quedó en silencio por un momento, se acercó a él lentamente. Todo su cuerpo temblaba para el momento que se detuvo delante de él. Jeremy la miró. ¡Dios!, cómo quería tocarla. Llevarla entre sus brazos. Disculparse. Explicarle… pero no había ninguna explicación. No había palabras para deshacer lo que había hecho. Para remover el amargo dolor de sus ojos.

Los ojos de Penélope se llenaron de lágrimas, convirtiendo el azul en un tono aún más oscuro. Luego se tambaleó hacia atrás, y le dio una bofetada, tan fuerte que su mejilla ardió.

—Eso es por lo que me hiciste. No en la oscuridad, Jeremy. No como el amante anónimo. Ni siquiera por el día de hoy, cuando me hiciste el amor... o tal vez deberíamos llamarlo 'Follar', ya que no había nada de amor en ello, sólo manipulación. — Su voz temblaba, tanto como sus manos, cuando dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. —Es por traicionar mi amistad.

Entonces se marchó, cerrando con un golpe la puerta detrás de ella, y dejando a Jeremy sólo en el medio del salón. Sin poder hablar. Y para un hombre que rara vez se quedaba sin palabras, eso era algo muy poderoso.

En silencio, se dirigió hacia el mueble de los licores, y se sirvió un trago en un vaso alto. Se tomó el alcohol en dos tragos largos, cerrando los ojos al oír el crujido de las piedras bajo las ruedas del carruaje de Penélope.

Ella se había ido. Y él no había hecho nada para detenerla. No es que pudiera haber hecho algo. No podía negar ninguna de sus acusaciones, no cuando todas y cada una de ellas era cierta. Ciertamente, no podría súplicar de perdón que no merecía.

Ella pensaba que él era la persona más baja que conocía. Y la verdad era que tenía toda la razón en su afirmación.

******

Penélope caminaba agitadamente, por el adornado salón de Miranda y Ethan. ¿Por qué había venido aquí? A este lugar, a la casa de su hermana.

Suspiró, cuando se detuvo para arreglar su enredado cabello, en el espejo sobre la chimenea. Su pecho se oprimió ante la vista de su aspecto desaliñado. Los recuerdos de cómo había llegado a tener un aspecto tan miserable, abofeteó su rostro, tan fuerte como ella había abofeteado Jeremy.

Con un suspiro, dejó de tratar de arreglarse. Había ido a ese lugar porque no tenía otro sitio a dónde ir. Nadie más con quien hablar.

Miranda era la única que podría entender. Y conociendo a su hermana, ella le ofrecería más amistad y consuelo de lo que Penélope se merecía.

Por lo menos, esperaba que su hermana fuera más indulgente de lo que ella misma había sido. Ahora, cuando pensaba en lo fría, lo enojada que había estado con Miranda, por cuánto tiempo había guardado rencor, Penélope estaba avergonzada.

La puerta del salón se abrió, y se dio la vuelta para enfrentar a su hermana. Estaba

lista para lanzarse a los brazos de Miranda, pero se detuvo cuando su hermana entró, tomando el fuerte brazo de su esposo, Ethan Hamon, conde de Rothschild. Penélope se sonrojó cuando Ethan le echó un rápido vistazo, y luego le dirigió a su esposa una breve mirada.

A Penélope nunca le había gustado el conde, aún antes de saber lo que le había hecho a su hermana. En su juventud, ella había pensado que era frío, distante y dominante. Y ahora, simplemente se sentía terriblemente incómoda a su alrededor.

—Penélope—, dijo Miranda, con una amplia sonrisa, mientras liberaba el brazo de Ethan, y cruzaba la habitación hacia ella.

Penélope sintió que su hermana quería abrazarla, pero Miranda se contuvo. Le dolió el corazón. Era su propia culpa que Miranda vacilara. Después de todo, había negado a su hermana tantas malditas veces, mientras guardaba un bajo y remilgado rencor, dirigido hacia ella.

—Bienvenida a nuestro hogar—, dijo Miranda, con una sonrisa.

—Sí—, dijo Ethan, mientras entraba en la habitación, y cerró la puerta, de manera suave, detrás de él. —Estamos muy contentos de que finalmente hayas venido a visitarnos.

Penélope lo miró. ¿Estaba de broma? Ciertamente, Ethan no podía quererla aquí, no después de todo lo que había dicho y hecho con respecto a él. Pero cuando encontró sus ojos oscuros, no encontró nada más que... bondad. Inesperada y totalmente genuina, por lo que podía decir.

—G-gracias—, tartamudeó, sin saber cómo proceder. —S-siento haber tardado tanto en visitarlos. Estuvo mal de mí parte.

Miranda la miró fijamente durante un largo momento, y Penélope vio el indicio

brillante de las lágrimas en los ojos azules, que tanto se parecían a los suyos.

—No tienes que disculparte conmigo—, le susurró Miranda, con la voz temblorosa por la emoción. —Estas aquí ahora, y eso es todo lo que importa.

Ethan les dirigió una sonrisa. —Sólo vine para saludarte, Penélope. Pero tengo, er, algo que atender. Espero que te unas a nosotros para la cena.

Miranda sonrió mientras su esposo hacía una reverencia y salía de la habitación, dejándolas solas. —Él no tiene nada que hacer. Sólo quería que pudiéramos hablar.

Penélope asintió. —Me lo imaginaba.

La sonrisa de su hermana decayó una fracción, e hizo un gesto hacia el sofá frente al llameante fuego. —Ven, siéntate. Puedo ver en tus ojos, y por tu apariencia, de que algo ha sucedido. Es la única razón que puedo imaginar, por la que vendrías a mí. Por qué no me dices lo que es, y tal vez pueda ayudarte. ¿Se trata de mamá?

Penélope se dirigió hacia el sofá, pero no se sentó. En su lugar, se cubrió los ojos y dejó que las lágrimas que había estado conteniendo durante tanto tiempo... lo que parecía una eternidad… comenzaran a caer.

— ¡Oh, Miranda. He hecho un total desastre de todo!

Miranda hizo un suave sonido de angustia, y Penélope se lanzó hacia sus brazos. Se sentaron juntas, y enterró el rostro en el cuello de su hermana mayor, y simplemente lloró. Miranda la abrazó con fuerza, sin hablar, sin ofrecerle más consuelo que su cálido abrazo, y su dulce y tranquila presencia.

Una vez que las lágrimas de Penélope disminuyeron, su hermana se echó hacia atrás y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. —Cuéntame.

Tomando una respiración temblorosa, Penélope comenzó a contarle toda la sórdida historia.

******

Una hora más tarde, Miranda tenía una bebida en la mano, y dejó escapar un silbido.

—Santo cielo, realmente sabes cómo meterte en un lío.

Penélope asintió, mientras tomaba sorbos de su propio trago del fuerte whisky que Miranda había sustraído de la colección privada de Ethan, a la mitad de la historia de Penélope. El calor quemante del licor la calmó, al menos un poco, aunque no adormeció sus emociones, sin importar lo mucho que lo deseaba.

—He sido absolutamente espantosa, Miranda. En especial contigo. Te juzgué tan duramente por lo que hiciste para proteger a nuestra familia. Perdí tanto tiempo. Y termine aquí, haciendo algo aún más impactante, y no por la mitad de tus buenas razones. — Extendió la mano y tocó la de su hermana. —Lo siento tanto, Miranda.

Miranda se sentó en el borde del sofá, junto a ella, sacudiendo la cabeza. — Querida, cuando nos viste juntos a Ethan y a mí, eso te asustó y trastornó. Te sentiste traicionada y confundida por mis acciones, así como mis explicaciones posteriores. Nunca te he culpado por eso. Sólo lamento no haberte podido ayudar, antes. Aconsejarte.

Penélope dejó escapar una risa sin humor. —Necesitaba tus consejos. Tal vez si hubiera venido a ti desde el principio, no habría sido una pequeña idiota ingenua, en lo relacionado con Jeremy y mi 'amante secreto'. — Penélope bajo la cabeza cuando más lágrimas amargas amenazaron con derramarse. —Él debe haberse reído de mí, todo el tiempo.

Miranda dejó a un lado su bebida, con una expresión incrédula. —Por todo lo que me contaste acerca de tu encuentro de esta tarde, dudo que Kilgrath haya estado riéndose. Me parece como si estuviera tan confundido como tú.

— ¡Oh, no!, él estaba completamente controlado. — Penélope se tomó el resto de su bebida. Pensó en la expresión de Jeremy cuando le confesó todo lo que le había hecho. Él había estado tan tranquilo, tan fuerte... tan guapo.

¡Dios!, ella no tenía remedio, aún ahora.

— ¿Lo estaba?—, Preguntó Miranda. —Si en verdad estaba en control, ¿por qué no simplemente te lo reveló la noche del baile, la primera vez que te tocó? ¿O más tarde, después de pasar una noche juntos? ¿Por qué no te chantajeó, como lo había planeado originalmente?

Penélope frunció el ceño. Había estado tan enojada cuando se enteró de lo que Jeremy había hecho, y por qué, que no se había detenido a pensar en esas preguntas.

—Ciertamente, tenía suficientes municiones en mi contra para acabar con mi cruzada—, admitió lentamente. —Le di más que suficiente con mi conducta lasciva.

Miranda negó con la cabeza. — ¡Detente! Nunca te reprendas por lo que sentías. Tienes todo el derecho de experimentar el deseo. Y el placer. Y de desear más que una vacía soledad. Esas cosas nunca son malas. A veces, lo que la gente hace para obtenerlas está mal, pero los sentimientos, las necesidades, no lo son.

Penélope suspiró, mientras se cubría el rostro con las manos. — ¡Oh!, estoy tan, tan confundida.

—Lo sé—, le susurró su hermana. —Lo entiendo completamente.

Penélope echó una mirada a su hermana, entre sus dedos, pero antes de que pudiera preguntar sobre el enigmático comentario de Miranda, la puerta se abrió y Ethan volvió a entrar. Miró fijamente a Miranda, y pareció como si un mundo de comunicación pasara entre ellos, con tan sólo esa mirada.

Él cruzó la habitación, y Miranda se puso de pie para permitirle sentarse al lado de Penélope. Ella bajó las manos y lo miró. Él encontró, una tranquila y amable mirada de su parte, antes de extender las manos para tomar las de ella.

—Penélope—, dijo en voz baja. — ¿A quién tengo que matar por hacer que te veas tan triste?

Penélope se echó a reír, la primera risa real que había sentido en las últimas semanas. La sonrisa de él fue su recompensa, y no pudo dejar de notar cuán terriblemente guapo era Ethan. Lo había olvidado eso en los años en que lo había convertido en un monstruo en su cabeza. ¿Qué más habría pasado por alto con sus ciegos prejuicios?

—A nadie—, dijo ella, apretando sus manos. —Me temo que todo esto es por mi propia culpa.

Miranda sonrió, mientras colocaba una mano en el hombro de su esposo, y miró a Penélope. —No estoy segura de estar de acuerdo con tu afirmación, pero vamos a dejar eso por un rato. La pregunta permanece, ¿Qué vas a hacer?

Penélope se dio cuenta que Miranda y Ethan era un equipo. Había una unidad allí, que ella nunca había aceptado. Eran una buena pareja. Cualquiera podía verlo después de cinco minutos en su compañía. Sin embargo, Penélope sabía que esa buena pareja había salido de algo muy cuestionable.

¿Quería eso decir que no había esperanza para ella? Si Miranda estaba en lo correcto, y Jeremy tenía sentimientos hacia ella, tan intensos como Penélope los tenía hacia él, ¿podrían reparar las mentiras entre ellos? ¿Podría encontrar algún tipo de sinceridad, escondida entre las capas de la manipulación que los había unido?

Más concretamente, ¿Quería hacerlo?

Se cubrió la cara otra vez. —No lo sé.

Fue Ethan quien respondió. —No tienes que saberlo en este momento. Sólo, quédate a cenar. Permanece el tiempo que desees. Y nosotros te ayudaremos a resolver algo.

Penélope asintió. —Permítanme escribir una nota para mi personal, para decirles que cenaré fuera esta noche.

Mientras Ethan se trasladaba para convocar a un criado, Penélope suspiró. Tan reconfortante como era estar en compañía de su hermana otra vez, no se hacía ilusiones de que iba a encontrar algún tipo de solución a sus problemas, no hoy. O mañana. O tal vez nunca.

El dolor en su corazón se sentía demasiado profundo como para superarlo.

******

La oscuridad no era consuelo para Jeremy, ni lo era el whisky, ridículamente caro, que ingería, no a sorbos, sino en grandes tragos. Este muy bien podría haber sido agua, por como lo estaba disfrutando.

Pero en realidad, tal vez no merecía disfrutarlo. O incluso el efecto adormecedor del alcohol. No después de lo que había hecho.

No, ya ni siquiera estaba tratando de convencerse de no haber estado equivocado. Había intentado eso durante la primera media hora, después de que Penélope lo dejara, tras una punzante bofetada y palabras, aún más dolorosas, de censura bien merecida.

Había luchado por recordar, que en cualquier momento durante sus encuentros, ya sea como él mismo o cómo su desconocido anónimo, ella pudo haberlo rechazado. Que pudo haberse negado. Había intentado desesperadamente recuperar esa capa helada de distancia, que alguna vez había tenido a su alrededor. Pero era imposible. Ya no encajaba.

Penélope lo había cambiado demasiado, en el poco tiempo que habían pasado juntos. Ahora todo estaba mal, y no tenía idea de cómo arreglarlo.

— ¿Lord Kilgrath?

Jeremy ni siquiera se molestó en mirar por encima del hombro, al criado que había interrumpido su solitario santuario. —Sin interrupciones, por favor. No estoy de humor para compañía.

— ¿Ni siquiera la mía?

Dio la vuelta al escucharlo. Christopher estaba en la puerta, junto a un lacayo. Y su hermano se veía preocupado.

—Por supuesto, eres bienvenido—, dijo Jeremy, con un suspiro.

Cuando el criado se fue. Christopher cerró la puerta detrás de él, y cruzó la habitación hacia el mueble de licores. Levantó la botella de whisky, casi vacía,

arqueando una ceja.

—Al menos cuando te destruyes a ti mismo, eliges lo mejor—, reflexionó su hermano. — ¿Puedo unirme a ti?

— ¿En destruirme?—, Preguntó Jeremy, tomando otro trago de su bebida. —Por supuesto.

Su hermano vertió sólo un toque de licor en un vaso, y en silencio, hizo girar el líquido mientras miraba a Jeremy. —Vine porque Anthony Wharton me visitó esta tarde, quejándose sobre algún tipo de discusión que tuvieron. Pero por algún motivo, dudo que la expresión de tu cara tenga algo que ver con eso.

Jeremy frunció los labios. —En este momento, no podría importarme menos lo que Wharton piense. No es el hombre que creía que era. — Dirigió la mirada hacia el fuego, al lado de su hermano. —Ni yo tampoco.

— ¿Por qué no me dices lo que está pasando?—, dijo Christopher, haciendo un gesto hacia las sillas frente al ventanal.

Jeremy asintió, mientras tomaba uno de los asientos. Apoyó los codos sobre sus rodillas, y con calma y tranquilidad, le dijo todo lo que había hecho. Se sentía como una confesión, pero su hermano podía ofrecerle poca penitencia o absolución. Y a juzgar por la expresión de asombro en la cara de Christopher, no tenía intención de darle ninguna.

—Y luego, me dio una bofetada y se fue—, concluyó Jeremy, y se tomó las últimas gotas de su vaso.
Christopher negó con la cabeza. —Bueno, a juzgar por lo que me has contado, creo que una bofetada en la cara es lo mejor que pudiste obtener. Una rodilla en las bolas suena más apropiado.

—Gracias—, dijo Jeremy con voz seca, mientras miraba a su hermano.

—Honestamente, no se trata de una cortesana o una mujer casada del tipo que busca aventuras amorosas, Jeremy—, dijo su hermano. —Penélope Norman es una dama. Y por tonta que pensaras que fuera su cruzada, debiste saber que lo que planeabas estaba mal.

—Absolutamente—, dijo Jeremy. —Pero no me importó. En realidad, esa parece ser la historia de mi vida, ¿no? Siempre he hecho exactamente lo que quería, sin pensar en las consecuencias para nadie más. He sido un completo bastardo durante toda mi vida.

Christopher negó con la cabeza. — ¡Vamos! Eso no es cierto.

— ¿No lo es?— Jeremy se puso de pie, y pasó unas mano por su pelo. — ¿Te das cuenta de que ni siquiera sé dónde está mamá? No he leído ninguna de sus cartas. Cuando te casaste, me molesté. No porque encontraras el amor, no porque fueras feliz... sino porque debido a tu matrimonio, mi vida era menos interesante. ¡Cristo!, apenas podía recordar el nombre de Hannah durante el primer mes de tu matrimonio.

Christopher frunció el ceño, pero no lo interrumpió.

—Nunca me he molestado en pensar en nadie más... nunca. Así que, ciertamente no pensé en Penélope. Al menos, no al principio. Y ahora, la he lastimado desmesuradamente. Ella me consideraba un amigo, y la traicione, en todas las formas imaginables.

—Y te odias a ti mismo por ello—, dijo su hermano, en voz baja.

Jeremy vaciló. Admitir eso, significaba admitir algo mucho más profundo. Pero no podía negarlo. No a su hermano. No a sí mismo.

—Sí—, dijo, poniéndose de pie y sirviéndose otra copa. Pero esta vez, no tomó ni un sorbo.

—Estás enamorado de ella.

No era una pregunta. Christopher hizo la afirmación con una expresión de tranquilidad. Jeremy se quedó inmóvil. Sabía que sus sentimientos por Penélope habían cambiado durante el tiempo que pasó con ella. Y no sólo el tiempo en su dormitorio, donde se dio cuenta que era una amante apasionada.

No, el que realmente importó, fue el tiempo en el que ella podía mirarlo a la cara. Se había dado cuenta que ella era inteligente, comprensiva, e incluso divertida. En las últimas semanas, había llegado a anhelar verla. Hablar con ella. Sólo estar en su presencia y ver su reacción ante la ampliación de su mundo.

Incluso le había confesado algunos de sus secretos más íntimos, y nunca lo lamentó.

Así que la idea de que la amaba... encajaba. Era aterradora y emocionante a la vez. E hizo su traición aún más devastadora.

—Eso no importa—, le dijo a su hermano. —Lo he arruinado todo.

Christopher se levantó de su silla, tan rápidamente que ésta cayó hacia atrás. — ¿Qué diablos te pasa? ¿Eres mi hermano mayor, o has sido tomado por alguna fuerza misteriosa? Nunca supe que te rindieras tan fácilmente. Y esta es la lucha más importante de tu vida. Si la amas, si realmente quieres estar con ella, entonces ve a verla. Harás todo lo que esté en tu poder para hacerle ver que has cambiado. Que dejarías todo si eso significa poder amarla.

Jeremy tragó con fuerza, y dejó la copa a un lado. — ¿Es eso lo que hiciste?

—Sí—, reconoció Christopher. —Y nunca me he arrepentido. — Hizo un gesto hacia la puerta. —Ve. Ahora. O lo vas a lamentar por el resto de tu vida.

Jeremy enderezó los hombros y le dirigió a su hermano una media sonrisa. —Me niego a tener remordimientos. Aún si tengo que luchar por el resto de mi vida, voy a ganar.

******

—Voy a esperar aquí todo el día, pero veré a su señora—, dijo Jeremy, media hora más tarde, mientras permanecía de pie en el vestíbulo de la casa de Penélope, mirando al criado que le bloqueaba el paso hacia la mujer que amaba. —Sé que ella está aquí.

—En realidad, no está—, dijo Fiona, mientras bajaba lentamente las escaleras. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y había fuego y protección en sus ojos, que hizo Jeremy contuviera un suspiro. Había jurado que lucharía por Penélope. Parecía que se vería obligado a hacerlo sólo para verla.

—Entonces, ¿dónde está?—, preguntó, mirando a los ojos de la antigua cortesana, con acero en los suyos.

Fiona hizo un gesto hacia el salón, con una mirada fría. — ¿Por qué no hablamos de esto en privado?

—Muy bien—. Él la siguió hacia la habitación. —Dime dónde está Penélope.

Fiona cerró la puerta con un golpe y lo miró. —No sé lo que le hizo. Recibí una nota suya, hace menos de media hora, diciendo que no vendría a casa. Pero la escritura era muy temblorosa. He sospechado, durante mucho tiempo, que ha

estaba representando algún tipo de juego con ella, que pretendía estar reformado, pero, ¿con qué fin? ¿Qué le hizo?

—Le mentí—, le espetó de vuelta. —Jugué con ella como un tonto.

Fiona negó con la cabeza. —No tiene vergüenza, Jeremy Vaughn.

Reprimió una risa sin humor. —Ahí es donde te equivocas. Lo único que me queda es mi vergüenza. Me odio a mí mismo por lo que he hecho, más de lo que te puedas imaginar.

Fiona se echó hacia atrás, su ira se convirtió en sorpresa ante su franqueza. — ¿Se odia a sí mismo? ¿Usted?

Él asintió. —Sí. Por muchas cosas. — Dio un paso para acercarse a ella. —Fi, ¿por qué no me dijiste lo que Wharton te hizo?

El color desapareció de la cara de Fiona, con tanta rapidez, que Jeremy extendió una mano para sostenerla.

— ¿Qué?—, preguntó ella, su voz era un susurro roto.

Inclinó la cabeza. —Me escuchaste. Pude haberte ayudado.

Fiona lanzó una carcajada. —Por favor. Ni siquiera le habría importado. Wharton es uno de sus mejores amigos, y yo era poco más que una puta ante sus ojos. Nadie lo habría detenido.

Jeremy sacudió la cabeza. Había muchas cosas que se cuestionaba sobre la vida que había llevado hasta ahora, pero esta no era uno de ellas.

—Me habría importado, Fiona. Y habría hecho todo lo que estuviera en mi poder

para detenerlo. Todo.

—Tal vez lo habría hecho—, dijo Fiona suavemente. —Tal vez, yo no creí ser merecedora de algo mejor, hasta que conocí a Penélope. Ella me dijo que merecía más. Que era mejor que la vida que llevaba. Pero yo...

Se detuvo, y Jeremy la observó mientras se alejaba de él, inquieta.

—Fiona, los dos hemos estado engañando a Penélope. Desde luego, no se puede comparar lo que tú le has ocultado, con lo que yo le hice. Pero una mentira es una mentira. Tienes que decirle la verdad. Realmente no quieres ser una doncella, ¿verdad?

Fiona dudó durante un largo momento, antes de encogerse de hombros. —No. No quiero. Pero hice lo mejor que pude, por ella. Porque fue muy buena conmigo. — Se volvió y lo miró. — ¿Qué haría usted por ella, Jeremy?

Él suspiró. —Sería un mejor hombre. Pero no puedo arreglar lo que le he hecho si no la puedo encontrar.

La antigua cortesana caminó hacia la ventana, pensando en sus palabras. Finalmente, se dio la vuelta. —Está en casa de su hermana. En la residencia de lord Rothschild, aquí en Londres. No me haga lamentar habérselo dicho.

Jeremy giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. —Haré mi mejor esfuerzo, Fiona. Buenas noches.

—Y buena suerte—, dijo Fiona, detrás de él.

El Club de las Excomulgadas

Capítulo Diecinueve

—Apenas si has comido un bocado—, dijo Miranda en voz baja. — ¿No hay nada que pueda ofrecerte para tentarte?

Penélope levantó la vista de su cena, sobresaltada. No había prestado atención a su entorno, y mucho menos pensaba en la comida.

—Lo siento—, dijo suspirando. —Todo se ve maravilloso. Es sólo que… no puede concentrarme.

—Voy a romperles los brazos—, murmuró Ethan, mientras tomaba un sorbo de vino. —Lo juro por todo lo que es sagrado.

Miranda arqueó una ceja hacia su esposo. —Vamos, querido. No creo que Penélope quiera que el hombre quede incapacitado, aunque sea una idea maravillosa. Y no olvides, que has cometido tus propios errores en la vida. Al igual que todos nosotros.

Ethan se encogió de hombros. —Supongo que es cierto. Pero será mejor que no oscurezca la entrada de esta casa con su presencia, en este momento.

Apenas las palabras salieron de sus labios, un sirviente entró en la habitación. — Pido disculpas, milord, pero el duque de Kilgrath ha llegado y se niega a irse sin una audiencia con lady Norman.

Toda la sangre se esfumó del rostro de Penélope, mientras se ponía de pie con lentitud. — ¿Jeremy está aquí?—, dijo, aferrándose al borde de la mesa para apoyarse.

Miranda se levantó, y pasó un brazo alrededor de su cintura. —No tienes que verlo. Ethan puede encargarse de él.

Penélope parpadeó. Su visión se nubló y se sintió completamente desorientada. Había esperado que Jeremy apareciera en algún momento, pero no tan pronto. ¡Y no allí!

La idea de verlo era a la vez tentadora y terrorífica. A pesar de todas sus mentiras y traiciones, su sangre se aceleraba sólo al pensar en él. Era una reacción desesperada y visceral, que deseaba reprimir con todo su ser, pero no podía.

Su terror era igual de poderoso. No estaba segura de poder enfrentarse a Jeremy sin derrumbarse. Sin admitir cosas que no quería que él supiera. Sin hacer el ridículo una vez más.

—Sí, déjame tratar con él—, dijo Ethan, arrojando la servilleta sobre la mesa y poniéndose de pie.

Penélope miró de su hermana hacia Ethan, y luego asintió de manera vacilante. Pero cuando Ethan se volvió para dirigirse hacia el vestíbulo, dijo, —Espera.

Su cuñado se volvió con el ceño fruncido. — ¿Sí?

—No lo…— Vaciló —…lastimes. Promételo.

Ethan se rió entre dientes. —Muy bien. Prometo no hacer nada que pueda causar daños permanentes.

Cuando salió de la habitación, Penélope se volvió hacia su hermana. —Soy una cobarde, lo sé.

Miranda negó con la cabeza. —No. Estas herida. Y cuando estés lista, lo verás.

Penélope se estremeció, mientras Miranda la llevaba hacia la puerta de servicio, para que pudieran subir sin ser detectadas. Sí. Vería Jeremy tarde o temprano. Pero por ahora, no estaba lista para hacer frente a la posibilidad de que la culpa, y nada más, fuera lo único que lo llevara hasta ella.

******

Jeremy se levantó, cuando la puerta del salón al que había sido enviado, se abrió. Pero en lugar del rostro de Penélope, fue el de Ethan Hamon, conde de Rothschild, quien lo recibió. Jeremy se acercó a él con el ceño fruncido.

—Quiero ver a Penélope.

Rothschild se cruzó de brazos, y arqueó una ceja, de manera lenta y peligrosa. —Me importa un bledo lo que quieras. Lo que quieres, es lo que te metió en este lío para empezar. Ahora siéntate, antes de que te siente yo mismo.

Normalmente, Jeremy no habría dejado pasar una amenaza como esa, pero podía ver que Rothschild, no tenía ninguna intención de dejarle ver a Penélope. Así que regresó a su silla y se sentó.

— ¿Ella no me va a recibir?—, Preguntó, tratando de moderar su tono de voz.

Ethan tomó una silla frente a él. —No.

La palabra era tan pequeña, y sin embargo, tenía la fuerza de un puño, directamente hacia sus entrañas. Jeremy tragó saliva, a través del nudo que tenía en la garganta.

—Así que todo ha terminado.

Decir las palabras en voz alta lo enfermó. Él nunca había merecido a Penélope, y aún así, de alguna manera, se había ganado su confianza y había obtenido el precioso regalo de su afecto. Pero los había perdido por su propia estupidez.

Ethan se encogió de hombros. —En este momento Penélope se siente muy herida. — Miró a Jeremy. —*Muy* herida.

Jeremy se estremeció mientras Rothschild continuaba. —Sin embargo, jamás me arriesgaría a tratar de adivinar lo que tiene en la mente una mujer en ese estado emocional. Si fuera tú, simplemente le daría espacio a Penélope.

Jeremy abrió la boca, pero Rothschild negó con la cabeza. —Tómalo de un hombre que ha sido un idiota, casi tan grande como tú. *Dale espacio*.

Pasando una mano por su cara, Jeremy caminó hacia la ventana. Nunca había sido un hombre que esperara, o que fuera paciente. Él era de acción, no de reacción. Y temía que en este punto, nada ayudaría su causa.

—El espacio no hará ninguna diferencia—, se quejó. —Lo que hice fue… fue…

— ¿Imperdonable?— ofreció Rothschild, severamente.

A Jeremy se le revolvió el estómago. —Tal vez.

—Horrible. Miserable. Estúpido —, continuó el otro hombre.

—Gracias—, interrumpió Jeremy, con el ceño fruncido. —Entiendo tu punto.

Volvió su atención hacia los jardines. Todo lo que había hecho desde la primera

noche que se acercó a Penélope, paso por su mente como en un sueño. Desde las horribles mentiras, hasta la manera dulce en que su cuerpo respondía. Desde la forma en que sus manos temblaban al darse cuenta de lo que había hecho, al sonido de sus suspiros, mientras se deslizaba en el sueño profundo. Todos los recuerdos, los buenos y los miserables, eran los más importantes de su vida.

Así que esperaría. Dios sabía, que esperar por ella valía la pena. Pero mientras lo hacía, tenía que actuar. Tenía que hacer algo para demostrar que había cambiado. De verdad, esta vez. No como en las mentiras que le había dicho.

Y solo podía pensar en una cosa, que podría comenzar a poner las cosas en su lugar.

Se volvió hacia Ethan. —Necesito tu ayuda.

Rothschild hizo una pausa. —Estás enamorado de ella, ¿no es así?

Jeremy asintió. —Sí.

El otro hombre suspiró. —Muy bien. ¿Qué necesitas?

******

Penélope apoyó la cabeza contra el respaldo del banco, en el hermoso jardín de rosas de Miranda.

—Estoy enamorada de él, ¿sabes?, — dijo en voz baja. Admitirlo en voz alta fue mucho más fácil de lo que pensaba que sería.

Miranda se echó a reír. —Por supuesto que sí. De lo contrario, no estarías tan herida.

Penélope miró fijamente a su hermana. — ¿No crees que soy una completa idiota por amarlo, incluso después de escuchar todo lo que hizo? ¿Todas las mentiras que me dijo?

—Por supuesto que no—, dijo Miranda, tomándola de la mano. —Yo, por ejemplo, creo que aún la peor de las circunstancias, puede convertirse en algo bueno al final. Algunas mujeres conocen a un apuesto caballero en un salón de baile lleno de gente, son cortejadas de manera apropiada, se enamoran, y se casan con su príncipe azul. Conozco algunas que lo han hecho. Pero a veces, nuestros príncipes están disfrazados de sinvergüenzas, y caemos en el dormitorio, aún antes de haberlos conocido en el salón de baile.

—Como tú—, dijo Penélope.

Su hermana asintió. —Tal vez, Ethan y yo hicimos todo al revés. Pero el hecho es, que nuestro viaje fue justo ese. Tal vez no nos hubiéramos enamorado, o al menos nuestro camino hubiera sido mucho más difícil, si hubiéramos sido más apropiados o correctos. Para Ethan, sobre todo, habría sido difícil cortejarme de esa manera. Y Jeremy es muy parecido a la manera de ser de Ethan, en ese entonces.

Penélope se rió, pero no se sentía muy divertida. —Es divertido pensar en cuán completamente censuré a Ethan, y luego me enamoré de una persona con una reputación igualmente espantosa.

Miranda se encogió de hombros. —Los libertinos son buenos esposos. Especialmente cuando se enamoran.

—Dije que lo amaba. No tengo ni idea de lo que hay en su corazón. — Penélope tiró del pétalo de una rosa, de manera distraída.

—Yo escuché su conversación con Ethan, antes que salieran—, dijo Miranda.

Penélope se enderezó. — ¿En serio? ¿Cómo?

Su hermana se encogió de hombros con una sonrisa pícara. —Cuando fui a la planta baja para pedir el té, los espié. Y si te hace sentir mejor, el hombre sonaba completamente miserable.

Penélope apretó sus manos. —El hecho de haya venido me da algo de esperanza. Pero, ¿Cómo puedo volver a confiar en sus palabras? Le creí cuando se comportaba como mi amigo, o cuando pretendía ser mi amante secreto en la oscuridad. Pero esas cosas eran una ilusión. Así que ¿cómo sabré si es real?

— ¿Estás segura de que eran una ilusión?— preguntó su hermana.

Penélope reflexionó sobre eso. Jeremy la había deseado. Sabía que eso era real. En cuanto a su amistad… bueno, eso no estaba tan claro.

Jeremy había estado tratando de manipularla, mientras la llevaba por su 'recorrido', sin embargo, los momentos que habían compartido durante su tiempo juntos, eran otra historia. Él le había confesado algunas partes dolorosas de su pasado. Cosas que imaginaba que no compartía fácilmente.

Y, después de todo, él no había usado sus confesiones y deseos, en su contra, como había planeado.

—Ya no lo sé.

Miranda le tocó la mano con suavidad. —Jeremy va a regresar. Tal vez no hoy. Pero no creo que sea la clase de hombre que, simplemente, te deje ir. Permítele que venga a ti. Déjalo que hable. Míralo a los ojos. Si lo haces, no será capaz de ocultarte la verdad.

— ¿Y cuándo obtenga la verdad?—, Preguntó Penélope. — ¿Qué hago entonces?

—Sólo tú puedes decidir eso—, dijo su hermana. —Pero, ¡Por Dios, Penélope!, no tires el amor. Si está ahí, entonces tómalo. Nadie lo merece más que tú.

Penélope se puso de pie. —Tengo mucho que pensar.

—Hazlo, — coincidió Miranda. —Así que, ve a casa y piensa. Estaré aquí si me necesitas.

—Lo sé. — Penélope la abrazó con fuerza. —Siempre has estado aquí. Yo sólo… era demasiado obstinada para aceptar tu amor.

Miranda sonrió con tristeza, mientras enlazaba su brazo al de Penélope. —No seas demasiado obstinada para aceptar el de Jeremy.

******

El club Worthington estaba lleno, cuando Jeremy y Ethan se hicieron camino hacia la habitación privada del fondo. Al entrar en la habitación, Jeremy respiró profundamente. Esto no era algo que disfrutaría, pero tenía que hacerse.

Por una variedad de razones.

Wharton estaba solo en la habitación, fumando un cigarro, y se volvió cuando los dos hombres atravesaron la puerta.

—No esperaba verte de nuevo después de tu pequeña escena, hace algunos días—, gruñó. — ¿Y qué haces tú aquí, Rothschild? ¿Has decidió unirte a Los Nunca?

Rothschild rió entre dientes, pero no fue un sonido amigable. —No exactamente.

—Hemos venido, para hablar contigo acerca de Fiona—, dijo Jeremy, con la mandíbula apretada.

Su amigo levantó la mirada lentamente, y el músculo de su mejilla se contrajo. — ¿Qué pasa con la pequeña puta?

—Ten cuidado—, dijo Rothschild suavemente.

Jeremy dio un paso delante. —Sé lo que le hiciste mientras estaba bajo tu 'protección', Wharton.

— ¿Qué le hice?—, Dijo su amigo, casi de manera inocente. — ¿Te refieres a cómo la puse en línea, cuando se portaba mal? Era mi maldito derecho, ¿Qué tiene eso que ver contigo?

Jeremy se acercó y tomó a su amigo por la corbata. Con un giro, le dio un tirón hacia adelante, casi cortándole el aire. El cigarro de Wharton cayó al suelo, y Jeremy lo pisó con el talón.

—Escúchame, bastardo—, dijo Jeremy suavemente. —Hay cosas que un caballero hace, y otras que no hace. Golpear a una mujer, es un de las cosas de la segunda columna. Sólo un pequeño y débil idiota, levanta la mano contra alguien que no puede defenderse.

Wharton se estaba poniendo morado, por lo que Jeremy liberó. Su amigo cayó al suelo, rebotando un poco hacia atrás, mientras jadeaba por aire, por segunda vez en pocos días. Miró enfurecido hacia Jeremy.

— ¿Qué? ¿Ahora son nobles?— Siseó. —Tú no eres un santo, Kilgrath. Y si recuerdo correctamente, tampoco tú, Rothschild. Kilgrath, has estado planeando chantajear a la bruja de Penélope Norman después de follarla. Y Rothschild, todo el mundo ha adivinado que convertiste a tu esposa en una puta antes de casarte…

No llegó a terminar la frase, antes de que Rothschild diera un paso hacia adelante y pateara al hombre en las costillas, con tanta fuerza como pudo, sin siquiera pestañear. Se puso en cuclillas junto a Wharton, mientras el otro hombre trataba de respirar.

—Otra palabra sobre mi esposa, y nos veremos con pistolas mañana al amanecer. Y soy un excelente tirador.

Wharton palideció y se apretó sus costillas en silencio.

Ethan se puso de pie e hizo un gesto hacia Jeremy, para que avanzara, con una sonrisa forzada. Jeremy levantó de un tirón a Wharton, sintiendo algo de placer ante el gemido de dolor que escapó de los labios de su amigo.

—Wharton, eres el tercer hijo de un conde. Tienes cierto prestigio y algo de poder, pero no es nada comparado con los que Rothschild y yo tenemos. Creo que sabes que podría destruirte, al igual que él, sin siquiera levantar un dedo. — Alisó la chaqueta de Wharton, con una leve sonrisa. —Así que, así va a ser tu vida de ahora en adelante. Nunca más volverás a ver a Fiona Clifton. Nunca le hablarás, y ciertamente no la amenazarás, o sufrirás mucho más de lo que ella sufrió, con cualquiera de las cobardías que le hiciste.

Wharton asintió lentamente.

—En cuanto a Penélope, olvidarás que alguna vez escuchaste su nombre. Si dices una sola palabra sobre el trato que hicimos para detenerla, si haces algo para silenciarla, te haré cosas por las que desearás estar muerto. — Jeremy sonrió ligeramente. — ¿He sido claro?

—Sí—, dijo Wharton. Toda la sangre había desaparecido de sus mejillas, y temblaba como una hoja.

Jeremy lo dejó en libertad. —En cuanto a nosotros, ya no somos amigos. Nunca lo seremos de nuevo. Ya no eres bienvenido en este club.

—No me puedes prohibir…— comenzó Wharton.

—Claro que puedo—, lo interrumpió Jeremy. —Y lo haré. Ahora vete. Y si alguna me entero que has levantado un dedo contra otra mujer, el fuego del infierno te parecerá más agradable.

Wharton retrocedió hacia la puerta, luego se volvió y salió corriendo de la habitación. Jeremy lo vio alejarse con el ceño fruncido. Ahora ya estaba hecho. La vida que alguna vez había conocido había terminado. Y el futuro era confuso.

Ethan puso una mano en su hombro. —Mira, tu amigo dejó unos magníficos cigarros. ¿Quieres uno?

Jeremy se echó a reír, mientras miraba la caja que Wharton había dejado. —Sí.

Ethan le dio uno, y sonrió mientras encendía el suyo. —Tal vez no seas una pérdida total, después de todo, Kilgrath.

— ¿En serio?—, dijo Jeremy, mientras dejaba que la llama danzara en la punta de su cigarro. —Me siento como extraviado. O perdido, por lo menos.

—Bueno, lo que has hecho esta noche, hace que el pasado se desvanezca un poco— dijo Ethan, mientras se sentaba en una de lujosas sillas de cuero.

Jeremy sacudió la cabeza. —Dile eso a Penélope. — Se detuvo. —No. No se lo digas.

Ethan ladeó la cabeza con sorpresa. — ¿No?

—No. —, suspiró él. —No me merezco ninguna consideración que no esté dispuesta a entregarme por sí misma. Lo que hice esta noche es lo correcto. No quiero que sea un mero espectáculo para hacerla hablar conmigo. Tenías razón cuando dijiste que necesita tiempo. Ya le he quitado todo lo demás. Lo menos que puedo hacer es permitirle eso.

Ethan sonrió. —Siéntate. Tomemos algunos tragos, y juguemos cartas. Si me emborrachas lo suficientemente, tal vez te cuente cómo hice el ridículo con la hermana de Penélope. Y cómo me amó de todos modos.

— ¿Por qué no?—, dijo Jeremy, con una débil sonrisa. —No es como si tuviera otro lugar a donde ir.

******

Penélope le sonrió a Fiona. Su doncella… antigua doncella, se secaba las lágrimas.

— ¿Así que no me odia?—, dijo Fiona, sonándose la nariz.

Penélope negó con la cabeza. —Por supuesto que no. Sólo deseo que me hubieras dicho que no querías cambiar tu vida, solo el hombre con el que estabas.

Fiona se secó los ojos. —Quería estar a la altura de lo que veías en mí. Que yo valía mucho más.

Una oleada de vergüenza se apoderó de Penélope. Sacudió la cabeza. —Oh, Fiona, tú vales mucho más que Wharton, pero nunca quise que creyeras que pensaba menos de ti a causa de tu profesión. Fui una chiquilla, tonta y estúpida.

Fiona le apretó la mano. —No, Penélope. Nunca fuiste tonta o estúpida. No has sido más que buena para conmigo, y nunca voy a olvidarlo.

—Sé feliz—, dijo Penélope, mientras se soltaban las manos. —Y ven a verme a menudo.

Fiona se echó hacia atrás con sorpresa. — ¿En serio?

—Por supuesto. Eres mi amiga. Y eso nunca va a cambiar.

Fiona sonrió con tristeza, mientras la puerta de la habitación se abría.

—Milady—, dijo su mayordomo, asintiendo con la cabeza. —Un caballero ha llegado a verla.

El corazón de Penélope saltó.

—Lord Rothschild, milady—, terminó de decir el mayordomo.

Fiona y Penélope intercambiaron una mirada, y ella vio que la otra mujer había leído sus pensamientos, sus esperanzas de que fuera Jeremy.

—Iré arriba a comenzar a hacer mi equipaje—, dijo Fiona con una sonrisa.

Penélope asintió. —Deje pasar a Lord Rothschild—, ordenó a su mayordomo.

Se puso de pie cuando Ethan entró. Él sonrió mientras Fiona se iba, luego volvió sus ojos oscuros hacia Penélope. —Siento llegar tan tarde.

Penélope sonrió. —No es demasiado tarde. Por favor, siéntate.

Se instaló en una de sus sillas, empequeñeciendo la pieza, y la miró. Penélope se movió incómoda, ante su mirada penetrante. Aunque ya no sentía rencor hacia el hombre, todavía no se sentía cercana a él, y no estaba segura de cómo tratarlo.

—Acabo de dejar a tu Jeremy—, dijo en voz baja.

Penélope se puso tensa. — ¿Y él te envió con un mensaje?— Contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta de Ethan.

—No.

Su respiración dejó sus pulmones precipitadamente, con decepción. —Ya veo.

Su cuñado sonrió amablemente. —No, no creo que lo hagas. Kilgrath ha decidido que no merece ninguna consideración de tu parte. Que después de tantas semanas de manipulación, debe dejarte sola para que tomes tus propias decisiones en lo que a él concierne y a su perdón.

Penélope lo miró impactada. — ¡Oh-oh!—, balbuceó.

—Pero aunque admiro su determinación—, dijo Ethan. —Creo que debes estar al tanto de lo que hizo esta noche, para que puedas tomar tu decisión.

— ¿Qué hizo?—, preguntó, quedando sin aliento, mientras se imaginaba las infinitas posibilidades, tanto para bien como para mal.

— ¿Conoces a sus amigos? Creo que ellos se llaman a sí mismos Los Nunca, — preguntó Ethan.

Ella asintió, y un sabor amargo llenó su boca. —No conozco bien a ninguno de ellos, pero ciertamente sé de ellos. Creo que fueron el motivo por el que Jeremy comenzó a buscarme, en primer lugar. Querían silenciarme.

—Entonces sabes que siente una gran lealtad y amistad hacía ellos, especialmente con el llamado Warton.

Ella se mordió el labio. Wharton, el que había abusado de Fiona. Jeremy se había atormentado por ese hecho, cuando se lo confesó. —Sí.

—Esta noche, Kilgrath le dejó muy claro a Wharton, que sus días de maltratar a las mujeres han terminado—. Ethan la miró de manera tranquila. —Si tu amiga ha estado preocupada por su seguridad, creo que ya no tiene que hacerlo. Wharton no se atrevería a desafiar a Kilgrath, después de sus amenazas.

Penélope se quedó boquiabierta. — ¿Amenazó a su amigo?

—Sí, y en el proceso, Kilgrath cortó sus vínculos con el hombre. Y puede haber dañado todas sus relaciones con sus Nunca.

En ese momento, Penélope se levantó. — ¡No!

—Él sacrificó algo que tenía en gran estima, sus amistades. — Ethan sonrió.

— ¿Debido a que quería volver a estar bien con conmigo?—, preguntó ella. — ¿No es esa otra manipulación?

—No— Ethan también levantó, y se dirigió hacia ella. —De hecho, me dijo que no te revelara lo que había hecho, por temor a que lo tomaras así. Sólo lo hizo porque era lo correcto. Creo que una vez te convenció de que había cambiado, aún cuando no lo había hecho.

Ella asintió, y el sabor amargo en su boca se duplicó.

Ethan le tocó la mano. —Creo que ahora, realmente quiere cambiar, demostrarte con sus acciones que es digno de tu amor, incluso si nunca lo obtiene.

Penélope parpadeó, mientras unas repentinas lágrimas inundaban sus ojos. —Pero, ¿puede cambiar? ¿Realmente cambiar? ¿Es posible que un hombre así, se convierta en una nueva persona?

—Por amor, creo que es posible. — Ethan se dirigió hacia la puerta. —Después de todo, querida, yo cambié por una razón similar.

Mientras su cuñado se acercaba la puerta del salón, Penélope lo miró. Tenía razón, él había cambiado. Ethan se había convertido en un hombre diferente, todo por el amor de su hermana. Los dos se habían arriesgado en el amor, y los beneficios que recibieron eran inmensos.

Pero, ¿Podría ella tomar un riesgo similar?

—Gracias, Ethan, — susurró ella, siguiéndolo hasta el vestíbulo. —No sólo por haber venido a verme esta noche, y decirme acerca de las acciones de Jeremy, sino también por amar a mi hermana.

Su apuesto rostro se suavizó. —Querida, ambos fueron, y son, mi mayor placer. — Le dio un breve beso en la mano. —Buenas noches.

Penélope lo vio partir y luego, lentamente, se dirigió hacia el piso superior. Su mente le daba vueltas, de manera vertiginosa, a todo lo que había pasado, a cada miedo y esperanza que ardían febrilmente en su mente.

Esta noche, no conseguiría dormir. No habría ningún amante para distraerla. Todo lo que tendría serían sus pensamientos. Y al amanecer, esperaba poder ordenarlos y decidir, de una vez por todas, lo que debía de hacer.

El Club de las Excomulgadas

Capítulo Veinte

Jeremy estaba sentado frente a su escritorio, la luz del sol de la tarde, iluminaba los papeles que tenía delante de él. Levantó la hoja, y leyó otra de las cartas de su madre. Las había estado leyendo durante algunas horas, comenzando por las que había escrito meses atrás, y siguiendo hasta la última, que había llegado a su escritorio tan sólo unos días antes.

Era impresionante ver todo lo que se había perdido, por estar totalmente absorto en sí mismo. Y lo poco que conocía a su madre. Encontró que era ingeniosa, interesante y bien versada en muchas cosas, después de todos los puertos que había visitado. Jeremy estaba decidido a escribirle esa misma tarde. No su garabateo usual, una nota sin ningún significado, que no mencionaba nada de importancia.

Algo que le hiciera saber, que ella realmente le importaba.

Levantó la mirada de las palabras cuidadosamente escritas. Era extraño empezar a examinar, de repente, tu propia vida. Pero él había estado haciendo exactamente eso desde… bueno, desde que Penélope llegó a su vida. Y a través de sus ojos, había reconocido lo egoísta y lo inútil que ésta había sido. Que él había sido.

Pero cuando se acercó a ella, Penélope había creído que era capaz de cambiar. Con cautela, le había permitido convertirse en su amigo, en su amante, porque pensaba que en algún lugar dentro de él, había un hombre mejor.

Así que tal vez ahora, si realmente se convertía en ese hombre mejor, podría recuperar su amor. O al menos, comenzar a merecerlo.

—Excelencia, ha llegado una carta para usted—, dijo un criado desde la puerta.

Jeremy levantó su mirada hacia el hombre, y le indicó que entrara. Tomó la carta

de la bandeja de plata, y le hizo un gesto para que se retirara. Miró la escritura. Regular, ordenada. No la reconocía.

Cuando le dio la vuelta, el sello en la parte posterior estaba en blanco. No había ninguna identificación en el exterior que le indicara quién le había escrito. Arrugando la frente, rompió el sello y desdobló las páginas.

Excelencia:
Por un largo tiempo he imaginado cómo sería, si estuvieras aquí conmigo. No como un amante misterioso cuyo rostro no puedo ver, sino en la luz. Sin mentiras entre nosotros. Sin oscuridad que nos ciegue. Esta noche pondré una vela en mi ventana para ti, Jeremy. Ven a mí a la medianoche, si deseas algo más que las mentiras que hemos compartido en el pasado.

Jeremy leyó la carta tres veces, antes de dejarla en el escritorio, completamente sorprendido. No estaba firmada, pero él sabía que era de Penélope. Una esperanza cómo jamás había conocido lo llenó. Ella le estaba ofreciendo una oportunidad. Se estaba acercando a él.

Se puso de pie y corrió hacia el pasillo. Tenía mucho que hacer si pretendía demostrarle, que su débil fe, sería recompensada con verdad y amor.

******

Penélope estaba de pie, frente al fuego de la crepitante chimenea, alisando su vestido de manera ausente. Todo estaba preparado, bueno, todo excepto ella misma. Estaba nerviosa, ansiosa, e insegura. ¿Y si Jeremy no se presentaba? ¿Y si llegaba, pero pensaba que simplemente iban a irse a la cama?

No, no podía pensar en eso. Por muy tentador que fuera, eso no era lo que tenía en mente para esta noche.

Para distraerse de su nerviosismo, Penélope observó la habitación. Jamás había estado tan brillante. El fuego era alto y cálido, las lámparas estaban encendidas y había colocado velas por todos lados, incluyendo una que parpadeaba en la ventana. Un faro para traer a Jeremy a casa.

Difícilmente, habría una sombra en la habitación. Esta noche, cualquier cosa que ocurriera, seria en la luz. Lo cual, era un pensamiento muy aterrador. Pero, aun así, Penélope enderezó los hombros y convocó todas las fuerzas que poseía. No quería vivir con preguntas o lamentaciones, así que esta era su única opción.

Oyó el sonido de la ventana, abriéndose detrás de ella, y se volvió lentamente para ver como Jeremy subía por la cornisa. Al igual que ella, llevaba su mejor vestimenta. Ropa oscura de noche, con un chaleco de plata y una corbata impecablemente atada. Se miró a sí misma con una sonrisa, ella también se había puesto su mejor atuendo. Un vestido azul, cosido con hilos de color plata, que hacía juego con su chaleco perfectamente.

Penélope decidió tomarlo como una buena señal y se acercó a él.

—Parece que tuvimos la misma idea, — dijo ella, con un movimiento tembloroso hacia su atuendo.

Jeremy no sonrió, sólo dejó que sus ojos vagaran sobre ella. Ella se ruborizó bajo su fogoso escrutinio, pero se obligó a no apartar la mirada.

—Has visto lo peor de mí—, dijo finalmente él, en voz baja, encontrando su mirada. —Pensé que lo menos que te debía, mi mejor atuendo

— ¿Te sentarías conmigo?—, preguntó ella, señalando las sillas junto al fuego.

No pudo dejar de ver cómo su mirada se movió brevemente hacia la cama, pero la siguió hasta las sillas, sin hacer ningún comentario. Se sentaron, y ella le sirvió una copa de su mejor porto, así como vino para ella. El dejó a un lado la bebida, sin tocarla, y la miró.

—Me alegro de que me hayas invitado esta noche, aunque me sorprendió—, dijo él. —Especialmente después de que no me quisieras ver ayer.

Ella se sonrojó. —Estaba demasiado dolida y confundida. No podía verte.

—Lo entiendo. — Bajó la cabeza. —Lamento todo el dolor que te causé. Cada una de las mentiras que te dije.

Penélope contuvo el aliento. Nunca había visto a Jeremy lucir tan… desconsolado. Fue una revelación, pero, ¿era real? ¿O era sólo otra manipulación?

—Me es difícil tener fe—, susurró ella. —Quiero creer que te arrepientes. Que esta no es sólo otra mentira, que me dices con el fin de doblegarme a tu voluntad. Pero no dejo de pensar de todas los las otras cosas que dijiste. Las falsedades.

Él asintió mientras rozaba con un dedo el pie de su copa. —Entiendo eso, Penélope. Violé tu confianza. Sé que recuperarla puede tomar un largo tiempo. Tal vez nunca lo haré. Pero quiero intentarlo. Y voy a cambiar, voy a demostrarte cuánto he cambiado.

Ella se enderezó. — ¿Cambiado? ¿Qué quieres decir?

Él frunció el ceño. —He roto los lazos con Los Nunca.

Ella se quedó sin aliento. — ¿Así que Ethan estaba en lo cierto? ¿Tus duras palabras con Wharton hicieron que terminaran todas tus amistades?

Él levantó la mirada y negó con la cabeza. —Veo que tu cuñado ha hablado contigo, a pesar de que le pedí que no lo hiciera.

—Lo hizo, — admitió Penélope. —Pero me alegro de que rompiera tu silencio.

Jeremy sacudió la cabeza, y ella sintió su frustración. —Pero no confronté a Wharton para poder manipularte. Lo hice porque no creo que un hombre deba levantar la mano contra una mujer. Nadie debería ser forzado por la voluntad de otro, y castigado con violencia si no se doblega. Sin importar lo que ahora pienses de mí, espero que sepas eso.

Penélope asintió de inmediato. Un tiempo atrás, no había estado tan segura, pero ahora conocía mejor al hombre sentado frente a ella.

—Lo sé.

Un destello de alivio suavizó la expresión de Jeremy. —Después de mi encuentro, escribí una carta a los demás, explicándoles que ya no podía ser parte del grupo. Estoy seguro de que seguiré siendo amigo de algunos de ellos. Pero ya no quiero asociarme con su reputación, nunca más.

Penélope inclinó la cabeza. — ¿Durante cuánto tiempo has sido amigo de esos hombres?

Él vaciló, y ella vio un atisbo de dolor en sus ojos. —La mayor parte de mi vida, milady.

— ¿Y renunciaste esas amistades, sólo por la esperanza de que, algún día, pueda ver que realmente has cambiado y que pueda perdonarte?

Él la miró a los ojos. Los de él eran tan oscuros, que casi podía perderse en ellos. Y tristes. Casi insoportablemente tristes. Era la primera vez que veía a Jeremy revelar sus sentimientos más íntimos, con tanta claridad.

—No quiero tu perdón, Penélope—, dijo, su voz tan ronca como siempre lo había sido la de su amante secreto. —Lo necesito. Y voy a hacer lo que sea necesario para conseguirlo. Es tu amor.

Penélope se puso de pie y lo miró. Él no se levantó, pero sí mantuvo su mirada. — ¿Quieres mi amor, Jeremy?

Él asintió. —Más que cualquier otra cosa. Te amo, Penélope Norman.

Penélope se tambaleó, dando un paso atrás, ahogando un grito de sorpresa, antes de que pudiera salir de sus labios. Poco a poco, Jeremy se puso de pie, pero no avanzó hacia ella.

—No tienes que creerlo ahora—, dijo él. —Pero debes saber que tengo la intención de demostrártelo. Todos los días. Por el resto de mi vida. Y algún día, espero merecer tu amor a cambio.
Penélope tragó saliva. Jeremy había puesto todas sus esperanzas y sus sueños frente a ella. Extendidas como una ofrenda. Pero no demandaba que las tomara. Simplemente le mostraba que estaban allí, para cuando ella estuviera lista.

Lo miró a los ojos. Por primera vez desde que lo conoció, no había nada oculto en ellos. Sus emociones, las oscuras y las nobles, eran tan claras y brillantes como la luz que inundaba la habitación.

Sus manos temblaban mientras se dirigía hacia él. Jeremy se puso rígido, pero no intentó acercarse a ella. No la atrajo hacia sus brazos para forzar su voluntad. Cuando ella envolvió los dedos alrededor de las solapas de su chaqueta, simplemente tomó aliento, de manera entrecortada, y la miró, esperando.

—Aspiraremos a merecer el amor del uno por el otro—, susurró ella. —Porque te amo, Jeremy. Te amo con todo mi corazón. Y sé que he hecho cosas que fueron insensatas y tontas. He estado amargada y enojada con el mundo. Ya no quiero ser esas cosas. Y contigo, no lo soy. — Se levantó de puntillas, buscando el beso que había estado anhelando, desde el momento que él entró por la ventana. — ¿Te arriesgarás a tener un futuro juntos?

Sus brazos finalmente se envolvieron alrededor de su cintura, y Jeremy tiró de ella hacia su pecho. Sus cuerpos se moldearon, y su boca descendió hacia la de ella.

—No es cuestión de azar, Penélope. Es una garantía—. Presionó sus labios contra los de ella, acercándola más a su cuerpo, mientras sus bocas se fusionaban con pasión y amor.

—Una garantía de felicidad—, le susurró él, antes de besarla de nuevo. —Y de placer. — Acunó la parte posterior de su cuello, y deslizó los labios hacia su garganta. —Y de imprudente abandono por el resto de nuestra vidas.

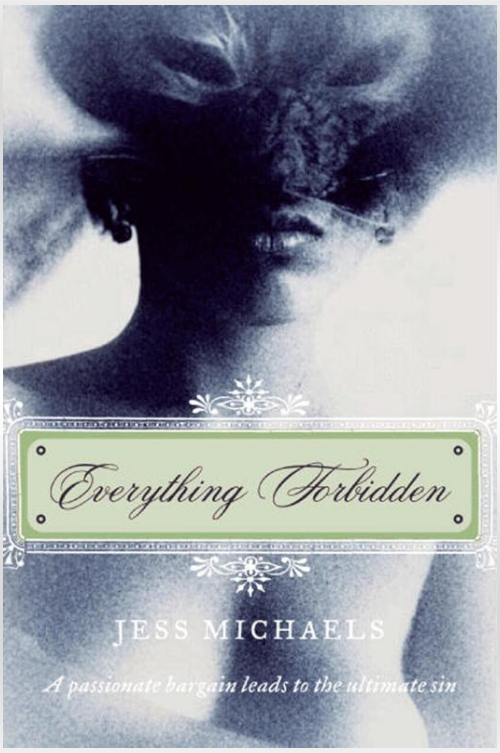
Penélope se echó hacia atrás, y miró a los ojos al hombre que amaba. —Tomaré eso como garantía, Excelencia. Pero creo que deberíamos sellar el acuerdo con un beso.

Jeremy sonrió, mientras comenzaba a llevarla hacia la cama. — ¿Por dónde debería comenzar, milady? Me gustaría sellar el acuerdo más de una vez esta noche.

El Club de las Excomulgadas

Fin

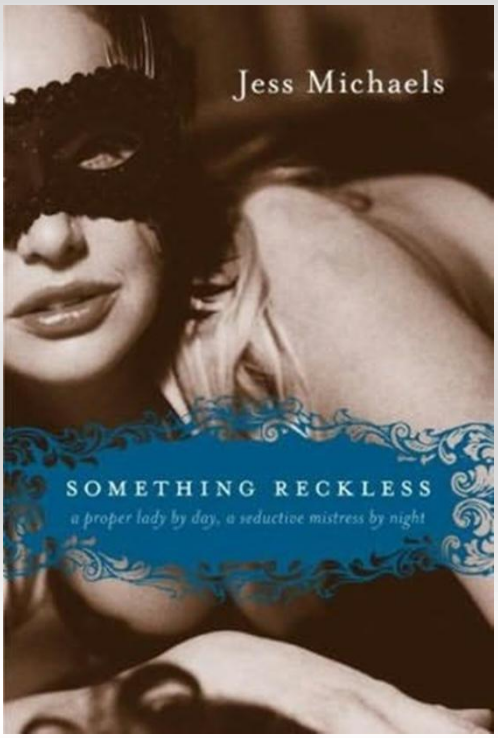
Serie Las Hermanas Albright



01 - Todo Lo Prohibido

Por veranos Miranda Albright ha visto horrorizada pero vergonzosamente excitada como su malvado vecino Ethan Hamon, el famoso conde de Rothschild, "entretiene" a una sucesión de amantes en su propiedad. Ahora que su padre ha fallecido, dejando atrás una montaña de deudas, Miranda debe hacer lo impensable. A causa de eso Ethan se ha comprometido a patrocinar a sus hermanas menores, financiera y socialmente, a un precio escandalosamente caro: Miranda debe ofrecerse a él por entero durante tres meses completos, sin remordimientos y sin restricciones.

Noventa días y noches de sensualidad desenfrenada le esperaban en los brazos de un pícaro que veía su sumisión nada más que como un gran juego erótico. Pero ni Miranda ni Ethan se dieron cuenta del fuego ardiente detrás de su inocente rubor. Y una vez que su pasión fue desatada por sus labios y su toque, es la estudiante la que va a instruye al maestro en los caminos del placer prohibido… y el amor.



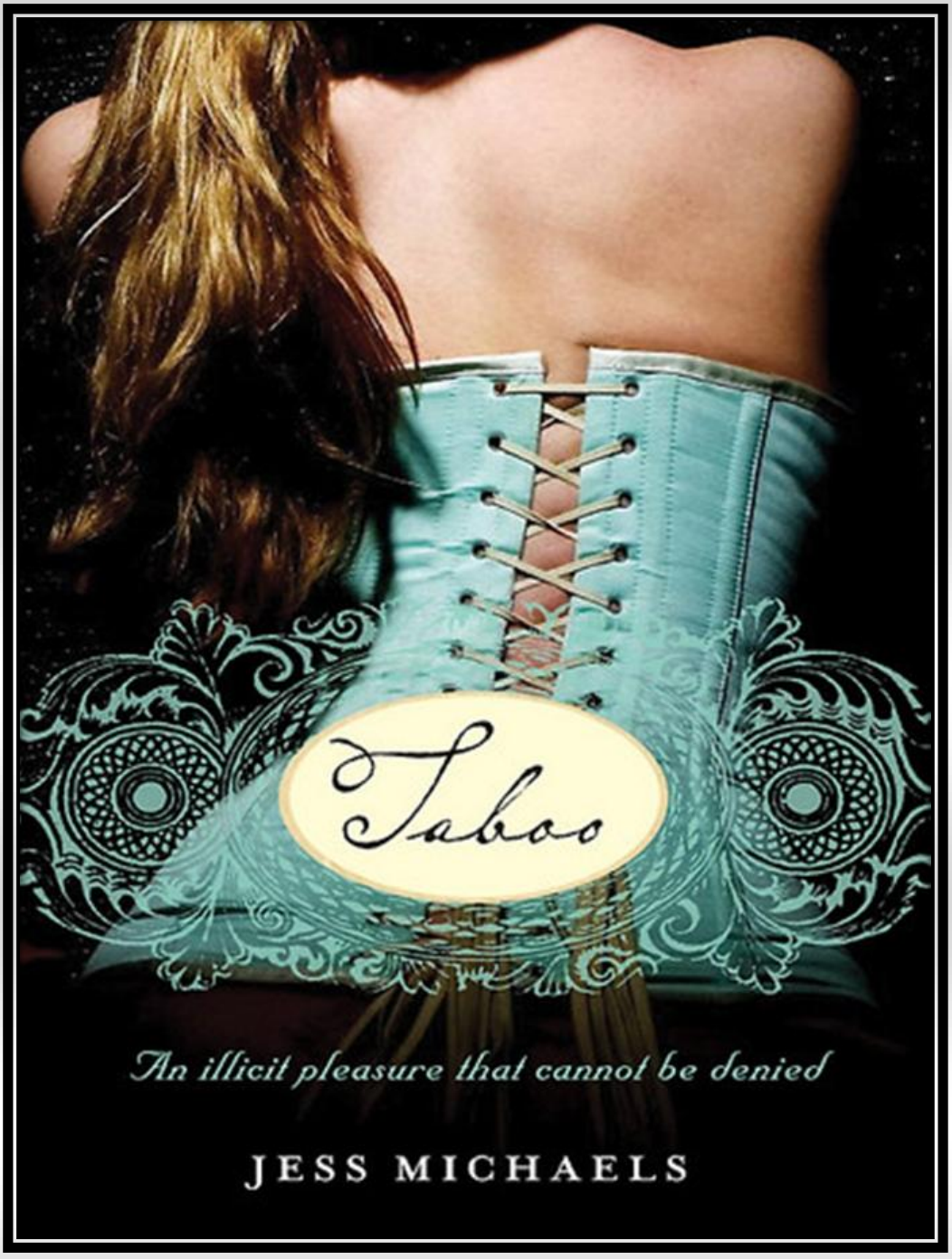
02 - Algo Imprudente

Después de presenciar una escena impactante y experimentar un matrimonio desastroso, de alguna manera Penélope Norman se ha convertido en la voz de aquellos que luchan contra los escandalosos excesos sexuales de la clase adinerada. Y Jeremy Vaughn, duque de Kilgrath, ha sido elegido en secreto para silenciarla.

El Duque cree que puede seducir a la hermosa pequeña hipócrita, para lograr que cese en su preocupante discurso... o al menos ponerla en una posición comprometida, para poder chantajearla. Por lo que pretende estar de su lado durante el día, con el fin de exponerla al erótico estilo de vida que ha estado llevando, y por la noche le escribe cartas eróticas y visita su cama como un amante enmascarado, para instruirla en todas las actividades pecaminosas a las que tanto teme. Pero a medida que crece su cercanía, Penélope los desea a ambos, a Jeremy y a su amante misterioso. Y Jeremy comienza a darse cuenta de que la frustrante y absolutamente tentadora Penélope, tiene la mano ganadora en cualquier juego en el que participen. Especialmente en los del corazón.

Próximamente

Jess Michaels - Las Hermanas Albright


Taboo
An illicit pleasure that cannot be denied
JESS MICHAELS

Tabú

SI ALTERAS ESTE ARCHIVO
REAVISITARTE!!!

El Club de las Excomulgadas

Si deseas saber más de Nuestros Proyectos o Ayudarnos a Realizarlos

Visítanos!!!

http://informativoexcomulgado.blogspot.com/